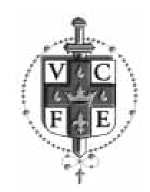
El beato de la dinastía «Piedra»

Vida del Beato Ceferino Namuncurá

Religiosos del Instituto del Verbo Encarnado

El beato de la dinastía «Piedra»

Vida de Ceferino Namuncurá



Ediciones del Verbo Encarnado
San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2007

Imprimatur
R.P. Ricardo E. Clarey, I.V.E.
Superior Provincial

El beato de la dinastía piedra : Beato Ceferino Namuncurá / Francisco Javier Muñoz...[et.al.].. - 1a ed. - San Rafael : Del Verbo Encarnado, 2007. 320 p. : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-9438-09-1

1. Ceferino Namuncurá-Biografía.
CDD 922

Fecha de catalogación: 26/10/2007

Primera Edición – 1000 ejemplares

El Chañaral 2699 – CC 376
(5600) San Rafael – Mendoza
Argentina

Tel. +54 (0)02627 – 430451
ediciones@iveargentina.org
www.edicionesive.org.ar
www.iveargentina.org

El presente libro es fruto del trabajo e investigación
de cuatro religiosos del Instituto del Verbo Encarnado.
Cada uno se ocupó de la redacción de una de las 4 secciones del libro.
El trabajo en conjunto posibilitó esta obra que hoy presentamos.

Trabajaron en ella:

Tristán Gelonch Villarino (sección 1)
José Gabriel Ansaldi (sección 2)
Juan Manuel Rossi (sección 3)
Francisco Javier Muñoz Iturrieta (sección 4)

Prólogo

Una vez, no sabemos en qué año, Don Bosco soñó que se encontraba en la basílica de San Pedro, dentro del nicho que se abre bajo la cornisa a la derecha de la nave central, sobre la estatua de bronce del Príncipe de los Apóstoles y del medallón en forma de mosaico del Beato Papa Pío IX. El no sabía cómo había llegado hasta allí y estaba intranquilo. Miró a su alrededor para ver si había forma de bajar y no vio nada. Llamó, gritó; pero nadie le respondió. Finalmente, vencido por la angustia, despertó.

Este sueño profético se hizo realidad cuando, ya elevado Don Bosco al honor de los altares, fue colocada una estatua suya exactamente en el lugar donde él soñó.

Sin embargo, como no es común en los sueños de Don Bosco, a éste le faltaron algunos detalles… Como el de no nombrar con quiénes estaría inmortalizado en aquella fría figura de mármol.

Se trataría de los dos primeros frutos exquisitos del árbol salesiano; uno de su mismo tronco, Santo Domingo Savio, y el otro, de la primera rama que brotó en tierra de misión, Ceferino Namuncurá, fidelísimo imitador de aquel, y orgullo de la orden salesiana y de nuestra patria.

Y allí lo tenemos a nuestro Beato, nada más y nada menos que en la basílica más importante, en el corazón de nuestra Iglesia. Aunque en honor a la verdad, pareciera que su escultor nunca vio un retrato suyo, ya que la imagen, por el afán de mostrar que se trata de un indio, está

bastante lejos de expresar la piedad, la mansedumbre, la nobleza y la santidad[1] de Ceferino.

Más allá de esto, sin duda que es muy significativa su "presencia" en ese privilegiado sitio. A él, quien fuera el último descendiente de la dinastía «Piedra», Dios le concedió quedar perpetuado en el templo de otro piedra, Pedro; a quien tanto amó, en la persona de San Pío X, durante su corta vida.

En la escultura Don Bosco se muestra indicando algo con su dedo, lo cual no parece ser otra cosa que el mismo altar, aquel signo del sacerdocio, en aras del cual nuestro Beato hizo todo cuanto podía, y aún más.

Buscó el sacerdocio con tenacidad, hasta, si se quiere, con violencia[2]. Y como sabía que este altar del sacerdocio pide ser embellecido con las flores de la santidad, se aventuró también en pos de ella.

Ceferino fue manso, como nos lo pintan sus biografías. Pero no olvidemos su fiereza... que se esconde en la férrea voluntad que lo llevó a la cumbre de la vida espiritual en tan pocos años.

Inquebrantables fueron sus padres en el dominio del desierto patagónico. Inquebrantable fue Ceferino en el dominio del vasto campo del alma, que muchas veces es *árido desierto*.

«*La santidad supone una determinación enérgica e inquebrantable de morir por completo a sí mismo y al mundo a costa de lo que sea. Y como almas de este temple escasean tanto, por eso han sido y serán siempre tan pocos los verdaderos santos*»[3].

Pocos pero los suficientes como para que cada época tenga en su Santo su remedio. «*El santo es una medicina, porque es un antídoto. A la verdad, ésa es la razón porqué el santo es de ordinario un mártir; se*

1 A los efectos del presente trabajo, la mención de la santidad de Ceferino no implica un anticiparse al juicio de la Santa Madre Iglesia sino una piadosa consideración de la virtud inobjetable de nuestro beato, así como también la simple expresión de deseo de una futura canonización.

2 Cf. Mt 11,12.

3 Royo Marín, *Teología de la Perfección Cristiana*, n. 239.

le toma por veneno porque es un antídoto. Sucede de ordinario que él vuelve al mundo a sus cabales exagerando lo que el mundo olvida, que no es siempre el mismo elemento en todas las edades. Sin embargo, cada generación busca su santo por instinto, y él no es lo que la gente quiere sino lo que la gente necesita»[4].

Nuestro Señor nos pide que seamos la «s*al de la tierra*»[5]. Ella le da sabor a los alimentos y también en la antigüedad fue usada para conservarlos.

El cristiano, llamado por Dios a la santidad[6], debe dar sabor, sentido, a la vida de los hombres; y por esto mismo está llamado a conservar a la humanidad de la corrupción por antonomasia que es el pecado.

Pero esto sólo se alcanza siendo distinto del mundo[7], así como la sal es distinta de la carne.

«*La paradoja de la historia consiste en que a cada generación la convierte el santo que más la contradice*»[8].

Esto vemos claramente en la vida de nuestro Beato. Con su ejemplaridad supo contradecir lo que no había de bueno tanto entre los toldos de su Patagonia a la cual tanto amaba, como en los demás lugares donde le tocó vivir. Contradecir lo que no es bueno, para conservar y elevar lo que sí lo es.

Y si de dar sabor y sentido se trata, cuánto tenemos para decir de este *lirio de las pampas*.

Desde muy temprana edad su vida tuvo un sentido bien claro, bien marcado: su sacerdocio y santidad por el bien de los araucanos. A la par, y como consecuencia de esto, vivió feliz, con esa felicidad que sólo gustaron y gustarán los santos. Nunca se quejó aun en las

---

4 G.K. Chesterton, *Vida de Santo Tomás de Aquino.*

5 Mt 5,13.

6 «*Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida Cristiana y a la perfección de la caridad*», CVII, *Lumen Gentium*, n. 40.

7 «*Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios*». Stgo 4,4.

8 G.K. Chesterton, *Vida de Santo Tomás de Aquino*

situaciones más difíciles…; siempre sonrió, aun en las humillaciones más ácidas.

Se puede decir de él lo que dijo Juan Pablo II de otro Beato: «*poseía una alegría fascinadora…*»[9].

La cual no guardó para sí sino que trató de comunicar a todos. En sus cartas expresa muchas veces, casi como una muletilla, su deseo de felicidad para aquel a quien escribe. Felicidad no sólo temporal sino también y principalmente eterna.

Espero que la lectura de estas líneas le sean de provecho para amar más a Dios por las maravillas que realizó en Ceferino, para valorar la fidelidad de este indiecito a la Gracia, y para crecer en la certeza de que Dios no cambia, sigue queriendo, como siempre lo quiso, que seamos santos, y sigue teniendo el mismo poder que obró en ellos esa santidad.

En fin, que al terminar este escrito pueda exclamar, con la confianza puesta en Dios, lo que otrora decía San Ignacio al leer alguna vida de santos y lo cual fue el comienzo de su conversión: «*si ellos pudieron por qué yo no*».

P. Gustavo Lombardo, IVE

9 Acerca del Beato Pier Giorgio Frassati, 13 de abril de 1980.



Escultura de Don Bosco en la Basílica de San Pedro. Roma.

Memorias de la pampa argentina

Tristán Manuel María Gelonch Villarino

«*Con la caída de Rosas*
después de la batalla de Caseros
-3 de febrero de 1852-,
Calfucurá se juzga libre de compromiso
y abre el período de los malones...
Su base de operaciones es
el reducto de Salinas Grandes».

(Cayetano Bruno, SDB)

Capítulo I

Reseña sobre los indios de la Pampa

«Dios le dio instintos sutiles
a toditos los mortales;
el hombre es uno de tales,
y en las llanuras aquellas,
lo guían el sol, las estrellas,
el viento y los animales»[10].

Toda historia necesita ser ubicada en un contexto espacio temporal, y ésta no puede escapar a dicho requerimiento.

La intención, por tanto, de esta primera sección es situarnos tanto en el momento histórico y en el espacio geográfico como en el ambiente espiritual en el cual nacería, algunos años más tarde, el llamado lirio de las pampas o santito de las tolderías: Ceferino Namuncurá, quien años más tarde se convertiría en el beato de la estirpe de los Curá, la dinastía «Piedra». Sin detenernos en demasiado detalle ni perdernos en los recovecos de la historia, buscaremos pintar en pocos trazos la imagen viva del indio de estos lares y de sus enseñoreadas tierras patagónicas.

Es el sur de la Argentina un paraje desértico, un territorio inhóspito, que, sólo con grandes dificultades, permitió el asentamiento estable de poblaciones. Su extensión abarca desde los lagos Andinos hasta el océano Atlántico y desde el sur cordobés hasta el intrépido Cabo de

10 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 647.

Hornos. Su geografía está dominada por pequeñas ondulaciones, salpicadas de médanos arenosos que indignamente se revisten con una vegetación rala, y donde crecen, como atalayas, los solitarios y renegridos caldenes, árboles de copa ancha propios de la tierra patagónica. En esta monotonía el sol era, en algún tiempo, la única referencia, y las veces que el cielo nublado duraba varios días era muy fácil desorientarse. Con razón dijo Hernández en el poema nacional:

«¡Todo es cielo y horizonte
en inmenso campo verde!
¡Pobre de aquel que se pierde
o que su rumbo estravea!»[11].

Uno de los principales biógrafos de Ceferino, Manuel Gálvez -a quien citaremos en más de una oportunidad-, postula la hipótesis de que la pampa inmensa, el escenario de esta, nuestra narración, jamás estuvo habitada hasta la llegada de los españoles al Mar Dulce o Río de la Plata, a principios del siglo XVI.

Lo que sabemos con seguridad es que, tres siglos más tarde, estaba este agreste territorio ocupado por diversas tribus de nativos sudamericanos, los cuales poblaron el territorio patagónico por medio de dos corrientes pobladoras principales: la primera fue iniciada por los indios querandíes, naturales de Buenos Aires, que dejaron sus campos a Juan de Garay y sus hombres, y se dirigieron al sur, estableciéndose en las márgenes del Río Negro[12]; la otra fue producida por la inmigración en gran escala de los indios del sur de Chile, los araucanos, pueblo audaz y belicoso que había establecido sus casuchas en la comarca de los lagos argentinos, donde abundaba la caza y la pesca, pero que se

11 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofas 642 -647.

12 Juan de Garay llegó al Río de la Plata desde el Perú. El día 11 de junio de 1580 refundó sobre la orilla inferior del cauce la ciudad de Don Pedro de Mendoza; la bautizó Santísima Trinidad y, a su puerto, Santa María de los Buenos Ayres, advocación mariana de la cual son muy devotos todos los navegantes y que, con el tiempo, originó el nombre de la actual ciudad.

En esta época se cree que se produjo el desplazamiento de los *querandíes* hacia el sur, con lo cual se sustenta la teoría de Gálvez de que la pampa estaba deshabitada a la llegada de Juan Díaz de Solís y de los demás adelantados de la cuenca argentina, aunque sí tenía habitantes la región septentrional de la actual Provincia de Río Negro.

vio obligado a desplazarse luego hacia la región pampeana a causa de las exploraciones realizadas desde el norte por los colonizadores españoles.

Naturalmente, se produjeron enfrentamientos territoriales, protagonizados por las tribus desplazadas. Con la definitiva victoria de los araucanos y su consiguiente dominio de la región, se comienza lo que dio en llamarse luego, la "araucanización" de nuestra pampa. Papel protagónico en la etapa subsiguiente a los combates por la tierra lo tuvo un elemento que los vencedores araucanos tomaron de sus contrincantes: el caballo, traído por los españoles, totalmente novedoso para estos horizontes.

Asentándonos en las apreciaciones del P. Jorge María Salvaire[13] es posible diferenciar seis parcialidades básicas entre los araucanos dispersos en las grandes extensiones que llegaron a ocupar desde los montes Andes hasta la mar océano, coincidentes con las que expone Manuel Gálvez[14]. Algunas llegan a ser casi pueblos diversos, donde hasta el idioma araucano ha sufrido graves variaciones, debido a la distancia y al continuo traslado de los toldos en busca de nuevos recursos de alimentación.

Los ranqueles, *o gente de los carrizales*, ocupaban el sur de Córdoba y de San Luis, el norte de la actual provincia de la Pampa y el noroeste de la provincia de Buenos Aires, y su capital era el rancherío llamado Leuvucó. Sus caciques eran herederos de las viejas dinastías de Painé y Pichuin. Al oeste de los ranqueles, junto a la Cordillera, se desparramaban los picunches, *o gente del norte*, y más abajo los pehuenches, *o gente de los pinos*. El sur y centro de Buenos Aires y sudeste de La Pampa era tierra de los puelches, *gente del este*, bajo el mando de Juan y Cipriano Catriel. En el centro y este de La Pampa y oeste de Buenos Aires tenían su reino los vorogas, *lugar de huesos*,

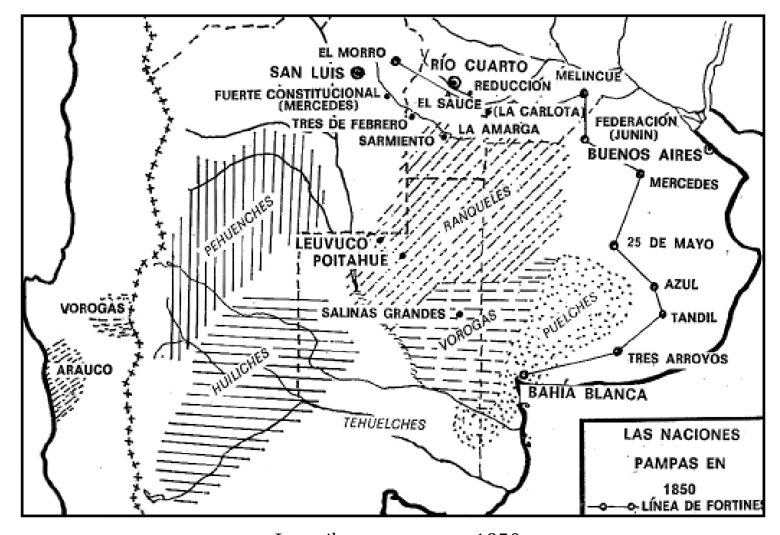
---

13 Juan Guillermo Durán, *En los toldos de Catriel y Railef, la obra misionera del padre Jorge María Salvaire en Azul y Bragado 1874–1876,* Facultad de Teología U.C.A., Buenos Aires, 2002, p. 51-61.

14 Manuel Gálvez, *Vida de Ceferino Namuncurá: El Santito de la Toldería*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1976, Cap. I, págs. 11 - 26.

(De ahora en adelante: Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap..., págs...).

principales descendientes de la araucanía chilena, limitados por sus coetáneos en los cuatro puntos cardinales. Por último, y más todavía hacia el septentrión, vivían los salineros o huiliches, *gente del monte*, de linaje cordillerano, que reconocían en el cacique Juan Calfucurá a su jefe supremo.



Las tribus pampas en 1850

Dejando un poco de lado el aspecto más geográfico, cabe preguntarnos ahora cómo eran estos hombres, habitantes de un desierto salvaje, tan temidos por los cristianos y famosos por sus crueldades...

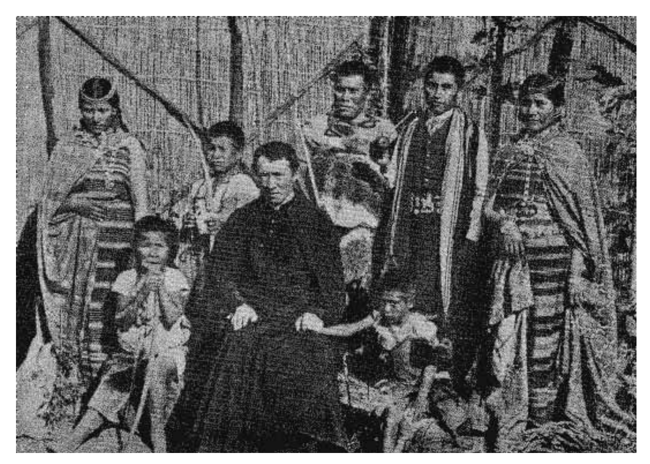
«Pues ni el indio ni la china,
sabe lo que son piedades»[15].

Si nos preguntamos acerca de la fisonomía de los indígenas, ésta se puede describir en algunos rasgos comunes a los diferentes tipos. Por lo general eran de baja estatura, contextura bien formada y musculosa. Su cabello era renegrido y lacio. Tenían cabeza ancha, cara aplanada, pómulos salientes, sin barbas ni cejas, los ojos bien pequeños y hundidos y los labios carnosos. Esta descripción coincide bastante con

15 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 561.

las fotografías de Ceferino, quien por el heroico trabajo de dominio de sí mismo, llegó a tener un rostro amable y una mirada sonriente.

Las tribus, cada una con su independencia y sus peculiaridades, poseían la misma organización básica. Existían confederaciones de tribus, formadas por numerosas familias, sujetas a un cacique principal que, si bien dirigía los parlamentos y asumía la dirección de la guerra de toda la confederación, restringía su gobierno a sólo su tribu. Lo seguían en jerarquía los caciques secundarios, jefes de otras tribus o familias, con cierta sumisión a él. En el último escalón estaban los capitanejos, título que se ganaban demostrando su audacia y valor en combate. Estos eran jefes de las familias de donde se reclutaban los guerreros u hombres de lanza.



Un misionero con sus indios

Cada tribu se componía de unos diez mil individuos, de los cuales dos mil eran hombres de pelea. Desde niños eran adiestrados para la guerra, que constituía su única y excluyente ocupación, por la cual se mantenían fuertes y ágiles. Y vaya si lo eran, sólo bastaría verlos montar en pelo de un salto o bolear un potro para admirarse de sus destrezas. Sus más importantes armas eran el cuchillo y las boleadoras, las cuales se usaban para la lucha y para la caza. Con el primero cuereaban y cortaban la carne de los animales capturados con la segunda, o acaso degollaban a algún enemigo.

Por más que conocieron las armas de fuego, tomadas de los españoles, nunca las usaron.

Alcanzaron los indios maestría en el dominio de los caballos, los amansaban con mucha más facilidad que los blancos, «*formaban indio y caballo como un solo ser. Y una vez terminado el saqueo y en huida hacia sus tolderías, no había ejército que pudiera alcanzarlos, pues esos caballos atravesaban volando, sin caer jamás, lagunas y bañados, médanos y tierras salitrosas, vizcacheras y tembladerales*»[16].

«*En el caballo de un pampa,*
no hay peligro de rodar
¡Jue pucha!, y pa' disparar,
es pingo que no se cansa»[17].

Su recurso táctico, tanto en acciones militares, como en robos y pillajes, era el legendario malón. Generalmente de noche, cuando se supone al enemigo sumido en un profundo sueño, se oían los aullidos y a la orden del cacique principal y de sus capitanejos, caían sobre una población, matando a los hombres y apresando a las mujeres y a los niños. «*Consumada la victoria, se alejan a toda prisa para dividir el botín, cuyo reparto nunca se efectúa sin disputas y riñas... Los viejos y adultos son inmolados sin piedad; las mujeres y los niños quedan cautivos; y el pueblo es reducido a cenizas, después de todo lo cual vuelven a huir con la misma rapidez que han llegado*»[18].

En tiempos de paz, los indios no tenían muchas ocupaciones: los adultos se dedicaban esporádicamente al cuidado de los caballos y a carnear las yeguas que luego comerían. El ocio los volvía chismosos, y en las tribus abundaban las habladurías y el espionaje. Por esto mismo, los indios eran los seres más desconfiados del mundo, no confiaban ni en sus parientes de sangre.

---

16 Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap. I, págs. 11 - 26.

17 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta,* estrofa 630.

18 Breve diccionario del P. Jorge Maria Salvaire. En Juan Guillermo Durán, *En los toldos de Catriel y Railef, la obra misionera del padre Jorge María Salvaire en Azul y Bragado 1874–1876,* Facultad de Teología U.C.A., Buenos Aires, 2002, pag. 1001.

Dice de ellos Martín Fierro, con la dureza que caracteriza al paradigmático gaucho en contra del nativo pampeano:

«*El indio pasa la vida*
robando o echao de panza;
la única ley es la lanza
a que se ha de someter:
lo que le falta en saber
lo suple con desconfianza»[19].

Por supuesto que con esto no estamos afirmando que todos los indios de la Pampa eran iguales a como los presenta nuestro poeta, José Hernández. Basta leer algunas cartas del P. Nicolás Mascardi y notar las alabanzas que prodiga a los puelches, indios que habitaban la zona del Nahuel Huapi[20]. Precisamente, y digo esto en relación al texto citado sobre la confianza del indígena, los misioneros católicos llegados a estas tierras buscaron ganarse la fe del nativo; tanto que los indios se les entregaban sin miramientos. Se dice por ejemplo, del padre Mascardi, que, cuando fue destinado a Chile y debía alejarse de su misión en la actual San Carlos de Bariloche, el cacique le decía: «*si quieres irte, vete sólo; veamos cómo pasas la Cordillera y las cuatro lagunas, que nosotros no iremos por cuanto hay, a pasarte, ni a acompañarte, porque no nos dejes*»[21]. Eran así, como niños, entregados a quien les daba confianza y retraídos naturalmente de quien no venía a buscar sino su bien propio.

Los indiecitos se divertían boleando avestruces. También loncoteaban, es decir, jugaban entre dos, tirándose de los cabellos mutuamente, para ver cuál resistía más.

Habían aprendido la agricultura y algunos indios tenían junto al toldo, además del caballo y la lanza, su pequeño sembrado, pero no lo trabajaban los hombres sino las mujeres. Eran ellas quienes componían

19 JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 459.

20 Cf. GUILLERMO FURLONG, *Nicolás Mascardi, S.J. y su "Carta- Relación" (1670)*, Theoría, Buenos Aires, 1995.

21 DIEGO DE ROSALES, S.J., *Vida apostólica y glorioso Martirio de el Venerable P. Nicolás Mascardi*. En GUILLERMO FURLONG, S.J., *Nicolás Mascardi, S.J. y su "Carta- Relación* (1670), Ed. Theoría, Buenos Aires, 1995, pag. 49.

el toldo, sembraban, tejían, cocinaban, cuidaban los animales, traían agua y leña y limpiaban. Estaba muy mal visto que los hombres las ayudasen. Las mujeres indias eran bastante infelices y se sometían en todo a sus maridos. Debían ser fieles hasta la muerte y morir juntamente con él[22]. En los toldos donde había cautivas eran éstas las que hacían el aseo, barriendo con escobas hechas de pluma de avestruz. No obstante, los toldos[23] se caracterizaban por su suciedad y ambiente pestilente. En cada uno vivía una docena de indios, que no gustaban mucho de los baños, salvo en verano, y que hedían un fuerte olor a potro, sobre todo al regreso de un malón.

Además de la carne de yegua, comían también carne de vaca y de oveja, tomaban mate y fumaban, lo que habían aprendido de los blancos. Y no era lo único que se les había impregnado en su cercanía a los europeos. También tomaban alcohol e incluso bebían hasta caerse al suelo totalmente borrachos.

Los indios más pobres y los niños andaban medio desnudos y descalzos, los capitanejos y caciques usaban ropa similar a la del gaucho, y las pequeñas princesas, hijas de los caciques, lucían vistosas prendas y se adornaban con lujosas alhajas.

Al no haber recibido todavía la educación cristiana, tenían ciertas tradiciones y costumbres que muestran en ellos una moral relajada. Es cierto que existió en algunos pero no en todos fue así, de hecho, muchos las abandonaron inmediatamente al descubrir la grandeza de la enseñanza de Jesucristo y su Iglesia.

Creían que existía un Dios, pero eran muy supersticiosos. Todas las calamidades o desgracias se las adjudicaban a un especie de de-

---

22 Como sucedió a las mujeres de Calfucurá cuando este murió.

23 «*Un toldo es un galpón de madera y cuero. Las cumbres, horcones y costaneras son de madera; el techo y las paredes de cuero de potro cosido con vena de avestruz. El mojinete tiene una gran abertura; por allí sale el humo y entra la ventilación... Todo toldo está dividido en dos secciones de nichos a derecha e izquierda... En cada nicho hay un catre de madera, con colchones y almohadas de pieles de carnero; y unos sacos de cuero de potro colgados en los pilares de la cama. En ellos guardan los indios sus cosas. En cada nicho pernocta una persona. En el toldo de un indio hay divisiones para evitar la promiscuidad de los sexos; hay camas cómodas, asientos, ollas, platos, cubiertos, una porción de utensilios que revelan costumbres...*». Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Cap. XXXV.

monio llamado *gualicho*, al cual calmaban ofreciendo sacrificios. Practicaban el culto de los muertos, a los que enterraban con sus armas, prendas de plata, ropas y hasta alimentos y le sacrificaban un caballo, generalmente su preferido.



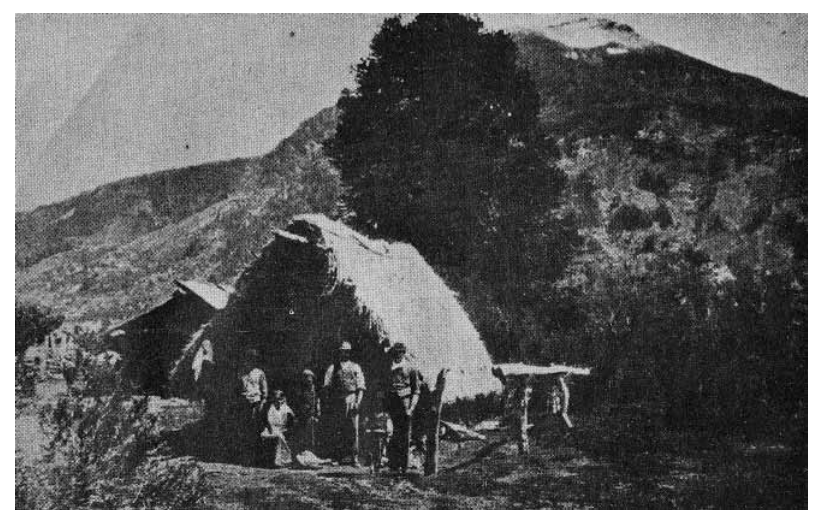
Sello de Calfucurá
Gran cacique de las tribus de la Patagonia entre 1834 y 1873

Contra este pueblo de grandeza oculta y de tremenda destreza bélica se las tuvo que ver, en su momento, el gobierno argentino. En palabras de Gálvez: «*¡Terrible epopeya la de estas guerras con el indio! Trescientos cincuenta años de angustias, de ruinas, de sangre. Los pobladores vivían con el arma al brazo. Las estancias eran fortines. Durante millares de noches, las gentes no durmieron creyendo oír lejano el alarido del indio, temiendo despertar entre las llamaradas del incendio. Ningún hombre sabía si iba a amanecer con su ganado o su dinero, y, lo que era más espantoso, sin su mujer, su hija, su hermana o su novia*»[24].

En medio de este panorama, de salvajismo, saqueos, maltratos y luchas sangrientas, allá por el 1834, irrumpió la presencia de un hom-

24 Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap. I, pág. 24.

bre que cambiaría los destinos del indio, y de quien surgiría el orgullo de su raza. La noche del 8 de septiembre, una tromba de 800 lanceros, cayó repentinamente sobre las tribus vorogas de Salinas Grandes, matando a sus caciques y tomando el poder... Una vez obtenida la victoria, entre los llantos y el humo, los guerreros gritaron el nombre de su gran cacique: Calfucurá.



Indígenas cerca del lago Huechulafquen (Neuquén)
Zona misionada por el P. Domingo Milanesio

Capítulo II

La dinastía Piedra y la Conquista del desierto

«*Pues toda la tierra es cancha,*
y de eso naides se asombre:
el que se tiene por hombre
ande quiere hace pata ancha»[25].

Se presenta así ante la Pampa, quien sería su emperador por más de tres décadas, el gran cacique Juan Calfucurá, abuelo de *nuestro Ceferino*, y fundador de la *Dinastía Piedra*. En lengua india, *curá* significa *piedra*, el nombre de su familia.

Sus primeros movimientos como cacique de los *vorogas* fueron para tratar de unificar a todas las tribus indias. La visión política, la diplomacia y la astucia para la guerra son algunas de sus cualidades, que también heredarán sus hijos.

Con el objetivo claro, puso manos a la obra. En un comienzo se mostró duro e hizo matar a varios caciques y capitanejos, pero una vez establecido el orden, se volvió amable y clemente. Envía emisarios a las demás tribus a decir a los caciques: «*que había cambiado el gobierno de la Pampa, porque así convenía, según la voluntad de Dios...*» y que Calfucurá, «*...quería la paz con sus hermanos, pues la misión que traía de la Providencia era hacer desaparecer a los culpables y unir a la gran familia araucana en un vasto e invencible imperio, en prueba de*

25 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 13.

lo cual volaría en socorro de los caciques que se viesen amenazados por los cristianos».

Todos los caciques, unos desde el principio y otros más tarde, reconocen a Calfucurá como soberano de la pampa. No habrá entre los indios uno más grande que éste, señor de los pampas por más de treinta y ocho años, dueño de cuarenta mil leguas cuadradas de desierto. Se fusionan en su carácter el gobernante prudente, el político audaz y astuto, el salvaje despiadado, y el patriota ferviente, amante de su pueblo y sus tierras. Sabe tratar a todos como se merecen, y es respetado por amigos y enemigos; indios de todas las regiones y tribus le rinden homenaje y le tienen una religiosa admiración. Lo consideran un instrumento de Dios.

Mientras tanto, en Buenos Aires gobierna otro gran jefe, Don Juan Manuel de Rosas, que había comenzado algunos años antes la campaña del desierto.

En respuesta a esto, en 1833, Rosas había organizado una expedición al Desierto que llegó hasta Choele Choel. En ella logró reducir a varios caciques y trabar amistades con otros, y obtuvo la liberación de unos dos mil cristianos cautivos. El integró los indios en la nación argentina, como custodios de la frontera, comprometiéndose el gobierno a proveerlos de víveres. Los malones habian sido el único medio que tenían los indios para abastecerse de víveres, yeguas, ganado y vicios. Así logró pacificar por un tiempo la frontera.[26]

Los indios se comprometían a no atacar los pueblos *huincas* y el gobierno de Buenos Aires se obligaba a entregar a Calfucurá mil quinientas yeguas, quinientas vacas, alcoholes, ropas, yerba, azúcar y tabaco.

En 1837 se le envían las divisas federales al gran cacique. Un mensaje del gobierno de 1840 dice: «*Las numerosas tribus de indios amigos*

26 Este tema es tratado más extensamente por Manuel Gálvez. El mismo sostiene que no se llegaba a la paz porque las autoridades del gobierno liberal no cumplían con los acuerdos de paz, pues no entregaban las raciones a los indios. A lo que los pampas contestaban con malones.

continúan dando ejemplos de fidelidad»[27]. No obstante, en 1846 Rosas llama la atención a Calfucurá sobre algunas violaciones al tratado de paz, pues algunos malones todavía se hacen.

La situación cambia en 1852, cuando cae el gobierno de Rosas en la batalla de Caseros. Los indios han molestado muy poco porque Don Juan Manuel los trataba bien y cumplía con su obligación de darles ocho mil yeguas cada año… y porque temían su poder. Apenas Calfucurá se entera de su caída envía a un gran malón, que avanza saqueando Azul.

Luego, con una actitud diplomática, el gran Piedra comenzará tratativas de paz con el general Justo José de Urquiza, pero no lo hará personalmente sino por medio de su tercer hijo, Namuncurá. Se firma un convenio de paz. Namuncurá es bautizado, tomando el nombre de Manuel y en esta ocasión Urquiza es el padrino.

Poco dura la paz. Los indios ya han advertido que los gobernantes actuales son débiles y que los jefes de frontera, que han pasado en la emigración muchos años, nada saben del Desierto ni de ellos mismos. Recomienzan las grandes invasiones. Las fuerzas de Calfucurá se muestran invencibles y los malones asolarán a las poblaciones bonaerenses.

La gente de la Capital teme que los indios avancen hasta la misma ciudad porteña.

Los ejércitos del gobierno son vencidos reiteradas veces, los aullidos indígenas aterran en las noches, miles de cabezas de ganado caen en manos indias y se multiplica el número de cautivos. La situación es dramática. Derrota en Sierra Chica, derrota en San Antonio, derrota en Talpaqué. Pasan por los campos de batallas las figuras del general Urquiza, del coronel Bartolomé Mitre y del general Hornos, mientras que del otro lado, permanece siempre el mismo estratega, Juan Calfucurá, el cacique Piedra Azul.

---

27 Continúa: «*Durante la paz de Rosas, la población rural llegó a extenderse hasta muy cerca de las Salinas Grandes, alcanzando un inmenso desarrollo la riqueza pública. Poblar el desierto, en 1850, era un hecho realizado en veinte años de paz y ¿por qué no decirlo? de acierto, dadas aquellas circunstancias, en la manera de tratar a los indios*», Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap. II, págs. 27 - 55.

En 1864 el poder de Calfucurá es enorme, tanto que todo lo que se encuentra al oeste de la línea de frontera que pasa por Junín, Bragado, 25 de Mayo, Azul y Tandil, está bajo el dominio del monarca de Salinas Grandes. Pero, como siempre, los grandes imperios y los emperadores tienen su ocaso, y en este caso, atardecería allá por el 1872.

El 8 de mayo se encuentran, en los campos de San Carlos, tres mil indios de Calfucurá, acompañado de su hijo Manuel. Se aprestan contra el general Ignacio Rivas, que cuenta con el apoyo de mil lanzas de los caciques Coliqueo y Cipriano Catriel. La lucha es cuerpo a cuerpo, lanza y cuchillo, así lo han querido los jefes. Los hombres de Catriel se sublevan, por lo que se demora su entrada en acción. La balanza se inclina para Calfucurá pero Catriel fusila a los insurrectos y avanza contra el Gran Piedra que, viéndose superado, debe emprender la retirada, dirigiéndose a sus toldos en Chilihué.



Cacique Coliqueo y familia. 1865

¡Tremenda catástrofe para el monarca del Desierto! Por primera vez conoce la derrota. No encuentra explicación, su orgullo está abatido y su ánimo desmoronado. Ya no le quedan esperanzas de volver a ser lo que fue. De las ocho décadas que cuenta de vida, cuatro las ha pasado gobernando la patagonia argentina. Pese a eso, sus fuerzas ya se han extinguido, los años no le vinieron solos y un golpe tan duro

lo deja como muerto. Al poco tiempo se enferma. Se agrava su enfermedad hacia principios del 1873 y, el 3 de junio, muere en la pampa. A su muerte pueden aplicarse estas palabras de Martín Fierro:

«Hombre que tanto sirvió,
varón que fue tan prudente,
por humano y por valiente
en el desierto murió»[28].



Manuel Namuncura

Los indios han sufrido una baja importante. Ha muerto una gran figura, pero nacerá otra.

Con la muerte de Calfucurá, el desierto necesita un nuevo caudillo. Para elegirlo se reunen en un gran parlamento sus hijos, que son a modo de príncipes del vasto y desolado imperio de las pampas, y doscientos veinticuatro caciques más. Los hijos varones del difunto jefe son quince. Por derechos de cacicazgo es el hijo mayor quien debe sucederlo, pero éste es un borracho, totalmente incapaz de gobernar. Luego de mucha discusión, se propone la formación de un triunvirato integrado por sus hijos, Bernardo Namuncurá, Manuel Namuncurá y

28 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 551.

Alvarito Reumaycurá. Pronto habrá una sola voluntad, la de Manuel Namuncurá, *garra de Piedra*.

«*Tiene Manuel Namuncurá sesenta y dos años cuando asume el poder. Es bajo, fornido, de anchos hombros, cara cuadrada, boca muy ancha, labios delgados, pómulos salientes, ojos chicos y algo oblicuos y ceño duro. Su mirada penetra, indaga, aterroriza, domina y se impone terriblemente. Habla con voz enérgica y natural acento de mando*»[29]. De este hombre extremadamente rudo y áspero nacerá quien luego será llamado el *lirio de las pampas*.



Cacique Catriel

Namuncurá logra en poco tiempo volver a unificar las tribus, y dar nueva vida a los alicaídos pampas. Hábil diplomático, como su padre, busca rápidamente un acuerdo con el Gobierno Nacional. Se compromete a no invadir y venderle cautivos a cambio de sueldos, yeguas, ganados y provisiones. Durante su reinado, habrá algunos malones aislados, pero no son de sus indios. De hecho, ni bien se entera de que han ocurrido, manda emisarios a Buenos Aires a aclarar la situación, que nunca se altera en su tranquilidad.

29 Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap. III, págs. 56 - 83.

Una novedad, de gran importancia para el futuro, es el trato que inicia Namuncurá con el Arzobispo de Buenos Aires, monseñor Federico Aneiros, a quien respeta por considerarlo un segundo Dios en la tierra. Se entrevé la intención del cacique de alcanzar la paz y que se evangelice a su pueblo. En cartas de 1874 y 1875 Namuncurá pide al arzobispo que interceda para que se quiten los fortines de la línea de frontera pues, según los tratados de paz, habían quedado indios y cristianos en vivir como hermanos.

En noviembre del 1975, Namuncurá vuelve a escribir a Aneiros. Pide que no le quiten los campos de Carhué y que no siga el ferrocarril hasta Choele Choel. Se queja de los robos que hacen los jefes de la frontera a su pueblo y declara no tener responsabilidad en los malones ocurridos el año anterior. Sin embargo, al mismo tiempo se ha contactado con los demás caciques y ha organizado uno de las invasiones más terribles que registrá la historia argentina.



La Expedición al Desierto
Óleo de Juan Manuel Blanes (Museo Histórico Nacional)

Salvo los ranqueles, todas las tribus del desierto estuvieron representadas en aquel ejército de Namuncurá, que llegó a acercarse a cien kilómetros de Buenos Aires. Uno de los caciques, Pincén, manda los mil quinientos indios de la división de Salinas Grandes; y Carupancurá, a los mil de Catriel. Alvarito está al frente de mil chilenos. Hay tam-

bién mil indios del Neuquén y quinientos de la escolta de Namuncurá. A esta invasión le siguen, en el próximo año, otros malones y embates de los indios.



Cacique Pincén

En represalia, el Gobierno, por iniciativa de Alsina, decide ocupar Carhué, lo que realiza el 23 de abril de 1876. Este lugar, que Alsina llamaba «*baluarte de la barbarie*», era una especie de santuario para los indios, al que no podían renunciar, por mandato expreso del moribundo Calfucurá.

La situación de los indios ira empeorando. En el año 1877 se termino la zanja de Alsina, que si bien no fue muy efectiva, estorbo los malones, luego, cuando, Alsina muere y es sucedido, en la campaña patagónica, por el joven coronel Julio Argentino Roca, partidario de la guerra ofensiva. Será éste quien termine la *Conquista del desierto*.

El avance del ejercito de Roca es inexorable; los indios son vencidos en casi todos los frentes. Pero, Namuncurá, como buen miembro de la Dinastía Piedra, está dispuesto a resistir hasta la muerte, por lo que, lejos de rendirse, se retira hasta Río Negro con su familia:

«No debe bajar la frente,
nunca, por ningún motivo:

El álamo es mas altivo,
y gime constantemente»[30].

Ha perdido casi todo su imperio de cuarenta mil leguas, ya casi no tiene ejército, está reducido poco menos que a la miseria, y, sin embargo, sigue luchando. En 1882 sólo él permanece en actitud hostil, los demás caciques ya han cedido. Su motivación es defender los derechos de su pueblo. No obstante, en penosa situacion, se niega a ayudar a las tribus chilenas que quieren invadir la Argentina, pues es su suelo, el suelo de su pueblo pampa.



Julio Argentino Roca

«*A principios del 82, casi toda la araucanía, en la parte argentina, está ocupada por el gobierno de Buenos Aires. No falta sino que caiga Namuncurá, el segundo y último caudillo de la dinastía de los Piedra.*

30 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 458.

Hambriento, rodeado de un puñado de hombres, sin su mujer ni sus hijos, que hace tres años han caído prisioneros, allá va por la cordillera de los Andes, de cerro en cerro, huyendo del enemigo, este admirable defensor del espíritu territorial, este hombre que ama ardientemente sus pampas perdidas, su pueblo en la humillación y en la derrota y la libertad que le han robado»[31].

El fin es inminente, pero ¿quién se anima a decretar el fin de este guerrero incansable, por cuyas venas corre la sangre del gran Calfucurá? ¿Es el fin de los Piedra? ¿Acaso no tiene Manuel varios hijos? ¿Acaso éstos no tienen el ímpetu y la ferocidad india que aterrorizó a tantos cristianos?

31 Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap. III, págs. 56 - 83.

Capítulo III

Cae la Dinastía Piedra, surge Ceferino

«*Y dejo rodar la bola*
que algún día se ha de parar...
Tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el hoyo,
o hasta que venga algún criollo
en esta tierra a mandar»[32].

Está llegando a su fin la *Conquista del Desierto*, aquella que regó de sangre el suelo argentino. No es que ya no haya más indios, sino que ya no se muestran belicosos. No era el indio, como muchos sostenían, un ser tan salvaje que no pudiera unirse a la civilización.

Pero volvamos a donde habíamos dejado la historia. Terminaba ya el año de 1882 y el gran cacique Namuncurá, refugiado en tierras chilenas, en algún recoveco de la cordillera andina, huía de las tropas de Roca, quien había dado órdenes de capturarlo. Es en diciembre, cuando el general Daza, patrullando la región, hace prisioneros a un grupo de indios, entre los cuales se encuentra, para su completa sorpresa, la familia real, la familia de Namuncurá. Una de sus mujeres, tres muchachos hijos suyos y una muchacha, Manuelita Rosas Namuncurá,

32 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 358.

hija del cacique, pero no de esta esposa, pues es muy poca la diferencia de edades[33].

Namuncurá, como era costumbre en su pueblo, había practicado la poligamia. Él mismo confesó años más tarde, en 1902, que tuvo tres esposas: «*una muerta, de la que nada se sabe, otra con la que se casara en 1900 según la ley cristiana y argentina, llamada Ignacia Rañil, mujer joven y bella, y la tercera, que se llama Rosario Burgos, chilena, la cual es ya vieja y enferma*». Sus hijos eran doce.



Rosario Burgos. Madre de Ceferino. (1932)

El señor de las pampas conservaba entonces una pequeña porción de su pueblo, pero había perdido a su familia, prisionera del gobierno.

Los prisioneros son interrogados y confiesan que iban de camino a encontrarse con Namuncurá. Inmediatamente, ordena Daza una ex-

33 «*La mujer del ex-monarca de las pampas tiene, según Daza, una agradable fisonomía. Su piel es blanca, aunque bronceada; el pelo, castaño. Los ojos son pardos. Muestra un aire altivo, y ejerce verdadera autoridad ante sus hijos y servidores. Parece conforme con su desgracia*». Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap. IV, págs. 84 - 105.

pedición de una veintena de hombres para capturar al cacique. Pero, estando en sus tierras, esto va a ser imposible. Cuando están a punto de llegar al lugar donde los esperaría Namuncurá, éste, precavido como siempre, los divisa de lejos y huye sin que puedan darle alcance. Manuel esta ahora herido, porque tienen a su familia y, entre las buenas cualidades de los indios, ninguna es tan evidente como la del amor a la familia.



Indios que ayudaron en la Campaña de Roca (1878)

Es así que el cacique Pie de Piedra, baluarte de su dinastía, bravo guerrero, que hizo frente a Alsina y a Roca y más de una vez los venció, aquel que desolaba los poblados con sus malones, se verá ahora derrotado por el amor a los suyos. Lo que no pudieron las armas lo pueden los sentimientos. Ha llegado la hora de que se rinda ante sus enemigos.

Aparece entonces en la escena un personaje que será muy importante en el proceso de civilización y evangelización de los indios: el padre Domingo Milanesio, el Patiru Domingu, como lo llamaban los indios, quien para algunos historiadores «*fue lo mejor que tuvo la Patagonia como misionero andante*»[34]. Años después será quien bautice en Chimpay al pequeño Ceferino Namuncurá.

34 «*El padre Domingo Milanesio había nacido en Séptimo Turinés, a siete kilómetros de Turín, el 18 de agosto de 1843, y llegado a la Argentina con la tercera expedición misionera a fines de 1877. Su primer campo de acción fue la Boca, junto a la capital porteña, donde sufrió un atentado que casi le costó la vida. Sentó reales en la parroquia de Viedma el 12 de noviembre de 1880. Lo acompañaba como teniente cura el padre José María Beauvoir. Mi-*

Este misionero salesiano, se encuentra predicando en el pueblo de General Roca, el hará de intermediario entre Namuncurá y el gobierno. En 1883 se presentan a Milanesio emisarios del cacique buscando garantías para la rendición de Namuncurá. El sacerdote, no tiene autoridad para darlas, pero con una caridad exquisita y profundamente conmovido por la pobreza de los indios, trata de convencerlos de que lo mejor es que su jefe se entregue. Los envía de vuelta con una carta dirigida a Manuel, fechada en Roca el 20 de abril de 1883, que dice así:

Mi respetable señor Namuncurá:

Supe por sus embajadores, que usted envió comisionados a este Fuerte para tratar la paz con las autoridades militares, habiendo determinado muy cuerdamente someterse al gobierno argentino. Véngase usted sin temores y confiado en mi palabra, que aquí será bien recibido. Puedo asegurarle a usted que el gobierno argentino, lejos de causarle mal alguno, lo va a favorecer en todo.

Con esta su espontánea sumisión, se ganará las simpatías de nuestro gobierno, evitará el derramamiento de sangre, la miseria y mil otras desgracias, al mismo tiempo que asegurará la tranquilidad y felicidad para usted, para su familia y para su tribu. Asimismo, nos ahorrará a los misioneros la fatiga que ahora nos resulta para instruirlos y bautizarlos a ustedes, y por lo que respecta a la vida material entrarán más fácilmente en la senda de la civilización y del progreso. Hago votos para que los consejos que le doy, mi estimado señor Namuncurá, no sean vanos y con el deseo de verlo pronto sometido al ejército argentino, lo saludo con toda el alma.

Su sincero amigo,

DOMINGO MILANESIO

Misionero Salesiano[35].

---

sionero verdaderamente incansable, fundó colegios y capillas, catequizó y bautizó a miles de indios, bendijo matrimonios,... recorriendo la Patagonia a lomo de caballo o de mula (sólo en la misión de 1884 según sus cálculos anduvo unos 2300 km. a lomo de caballo)». Cayetano Bruno, *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina,* pág. 287, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Bs. As., 1981.

35 *Memorias Biográficas,* Ed. CCS, Madrid, T. XVI, p 478. En adelante "M.B.".

Dicen los testimonios que se conmovió el cacique al leer la carta, y que creyó al pie de la letra todo lo que le decía el P. Milanesio. Por lo cual, tan pronto como puede, emprende la marcha hacia General Roca.



El padre Milanesio con el cacique Painefilú y su hijo.

Los que lo acompañan van todos a caballo. Los capitanejos son nueve, y los indios de pelea ciento treinta y siete. Y van con ellos, además, ciento ochenta y cinco indios de chusma. Llegan al fortín Paso de los Andes y siguen hacia General Roca, a donde llegan el 5 de mayo de 1883. Ahí los recibe el jefe de las tropas.

Memorable momento, rinde su lanza el famoso Cacique, el último de la Dinastía Piedra, el gran Manuel Namuncurá. Al entregarse recibe, como premio, el grado de coronel de la Nación[36].

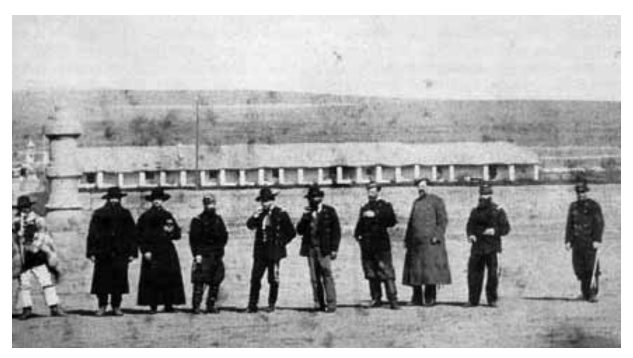
El general Roca, al enterarse del suceso, dirá: «*puede darse por terminada la conquista del desierto*»[37]. ¡Dichoso día este, en que se llega a la ansiada paz con los indios!

---

36 Una anécdota: «*como en el Fuerte Roca no tenían a mano uniformes adecuados, lo vistieron como se pudo: el quepis era de teniente coronel; el pantalón punzó con franjas de oro, era de coronel, y el capote militar con presillas, también era de coronel, pero Islas, muy astutamente, lo convenció de que el uniforme correspondía al grado de general, porque en realidad él había sido cacique general de Salinas Grandes*». Raúl A. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. I, pág. 12.

37 «*Ya un año antes de su expedición, Roca le había escrito al comandante Lorenzo Winter: a Namuncurá se le dará un sueldo de la Nación, reconociéndole un grado militar, lo que también se hará extensivo a algunos de sus principales capitanejos, según lo que convenga y la conducta acredite. Sea muy parco en los regalos para los que pida autorización*». Raúl A. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. I, pág. 12.

Esto permitirá una más fructuosa labor de los misioneros, ya que antes muchas veces habían sido resistidos por los indios a causa de los problemas con el gobierno. Ahora, quitada esta barrera, se dará el acercamiento de la cultura indígena al cristianismo, presentado especialmente por la misión salesiana. De esta fusión surgirá Ceferino, el mozuelo indio que trascenderá todos los esquemas, que será para todos los argentinos, indios y cristianos, el orgullo de su raza y de su tierra.



Campaña del Desierto de 1879. Fortín Puán.
Cacique Pichi Huinca, Obispo Dr. Mariano Espinoza, Padre Santiago Costamagna,
Cnl Teodoro García, Gral. Julio A. Roca, etc.
(Foto Antonio Pozzo, Albúmina, c. 1879, Archivo Gral. de la Nación).

Comienza aquí otra historia, la de la civilización de las razas salvajes de la Patagonia. Y como no podía ser de otra forma, el primer paso será llevar al jefe supremo, a quien no se considera prisionero, a Buenos Aires. En 1884 va a Patagones y desde allí se embarca, a bordo del vapor “La Pomona”, rumbo a la Capital. Va acompañado de unos quince indios, entre los que vienen un hijo suyo y sus cuatro hermanos. A uno de ellos lo utiliza de lenguaraz, un pequeño detalle que muestra que conserva su dignidad, pues el tratar por intermediarios era una forma de realzar la figura… Todavía seguía siendo el cacique Pie de Piedra, jefe de los pampas.

Namuncurá viene a entrevistarse con Roca y las autoridades nacionales para tratar la adjudicación de tierras para él y su pueblo, y para encomendarle al presidente la educación de su hijo Juan Manuel,

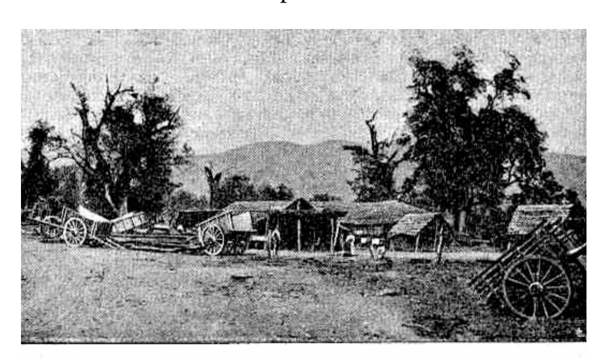
de doce años, en Buenos Aires. Se cuenta que, una vez llegado a la Casa Rosada, Roca se alegra de conocer al famoso cacique y, alabando su valentía y talento estratégico, le dice: «*Sos un tigre*», y Namuncurá, que conoce las hazañas de Roca, le devuelve así el elogio: «*Yo, tigre; vos, león*».

Una vez terminados estos trámites, y con la firme promesa de Roca de que se le haría justicia, vuelve a sus tierras y se instala en Chimpay, un lugar muy pintoresco a orillas del valle del Río Negro, cuyo nombre significa, en lengua india, «*llegar a alojar*». Ocurre esto el año 1884.

La propiedad de dichas tierras se le adjudicará recién en 1894, diez años después de su asentamiento, cuando se promulgue la ley 3.092.

Se entregan, entonces, al cacique, ocho leguas, de las cuales tres son para él y su familia y el resto para la tribu, que, en esa época, se componía de unas doscientas personas[38].

Ha llegado por fin el tan ansiado momento, el hilo de la historia nos ha conducido al tiempo y lugar donde verá la luz el niño Ceferino Namuncurá, hijo del cacique Manuel Namuncurá y de Rosario Burgos, quien fuera en ese entonces la esposa de Pie de Piedra.



Ranchos (abitazione) del cacico Namuncurà.

Toldos del cacique Namuncurá (Boletín Salesiano Agosto 1903)

38 Raúl. A. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. III, pág. 24.

En Chimpay, pues, agreste rincón de la provincia del Río Negro, vino al mundo, el 26 de agosto de 1886, el protagonista de esta historia, «*allá, en la margen derecha del río de los Sauces, cerca de lo que aún se llama Bajada de Namuncurá*»[39].

Respecto del nombre que se le puso, hay dos teorías: Raúl Entraigas sostiene que lo llamaron Ceferino en el momento del natalicio, por San Ceferino, mártir y papa, el santo del día. Este pequeño detalle confirmaría la intención de conversión de los indios al cristianismo. La otra postura la da Manuel Gálvez, quien dice que le pusieron ese nombre cuando lo bautizaron, dos años después, recordando el santo del 26 de agosto, día en que nació.



Ubicación de Chimpay.

Dos años después del nacimiento, tendrá Ceferino su nacimiento a la vida de la gracia, de verdadero hijo de Dios.

> «*Le echan la agua del bautismo,*
> *aquel que nació en la selva...*»[40].

39 RAÚL. A. ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. IV, pág. 30.
40 JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 232.

Desde allí hasta su muerte podrá decir y lo dirá con todo orgullo: soy cristiano. Es el P. Milanesio, tan querido y cercano a los indígenas, quien lo bautiza el 24 de diciembre de 1888[41].

Un episodio se destaca de su niñez: fue cuando Ceferino, siendo todavía un niño de pecho, que apenas caminaba, cayó al traicionero Río Negro y fue arrastrado por la corriente más de cien metros, ante las miradas impotentes de sus padres. Se lo veía aparecer y hundirse, estiraba sus manitas buscando ayuda, pero no la encontraba. Cuando ya no había forma de alcanzarlo y parecía que no tenía salvación, milagrosamente fue arrojado por un remolino contra un banco de arena. Los padres vieron en este providencial acontecimiento que la mano de Dios estaba con el pequeño. Y, siguiendo más adelante en la historia, podrá decirse que toda la vida del indiecito es un puro y continuo milagro del Señor.

Nos cuesta aceptar que se sepa sólo esto de los once años que pasó Ceferino con su familia en Chimpay. Nos apremian las preguntas. ¿Cómo es Ceferino? ¿Qué hace cotidianamente? ¿Cuáles son sus juegos preferidos? ¿Cómo es con sus padres?

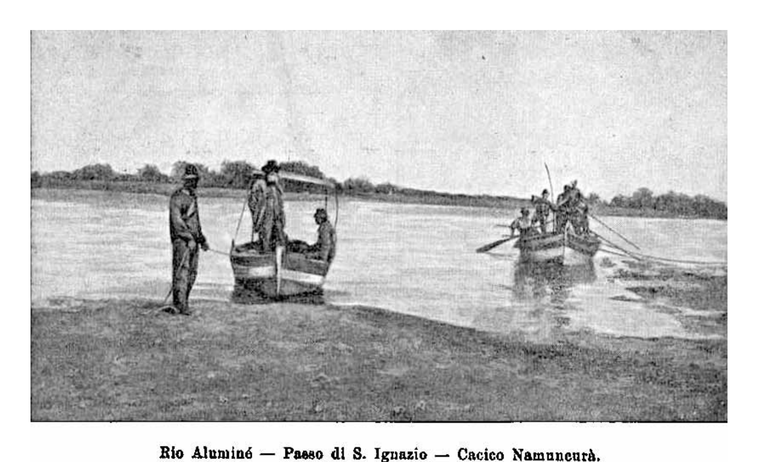
En cuanto a su fisonomía sabemos, por los testigos de la época, que, a los once años, cuando llega a Buenos Aires, tendrá, lo mismo que su padre, las piernas arqueadas. De seguro es porque ha montado a caballo desde muy pequeño, a los cuatro o cinco

---

41 Su partida de bautismo está entre las de los aborígenes en Carmen de Patagones. Y reza así: «*En veinticuatro de diciembre del año del Señor de mil ochocientos ochenta y ocho, el Pbro. Domingo Milanesio, en misión al Río Negro, puso óleo y crisma a CEFERINO NAMUNCURA, de sexo masculino, que nació el día 26 del mes de agosto de mil ochocientos ochenta y seis en Chimpay, territorio del Río Negro, en la Nación Argentina, hijo del cacique Don Manuel Namuncurá, natural del país de la, Nación Argentina, de religión indio, domiciliado en Chimpay, y de doña Rosario Burgos, natural del país de la Nación Argentina, domiciliada en Chimpay; siendo sus padrinos José Rivero, natural de Buenos Aires, de treinta y ocho años de edad, domiciliado en Roca, y doña Carmen Burgos, natural de Mendoza, de treinta años de edad, domiciliada en Río Negro, a quienes se advirtió el parentesco espiritual con el ahijado y con sus padres, y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana. Y por señal de verdad, lo firmaron: El Cura de la Parroquia: Ángel J. Piccono. Por el padrino y la madrina: Pbro. Domingo Milanesio*» Cit. en Raúl A. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. IV, pág. 31.

años, y desde entonces se convertirá en un verdadero centauro, que hace toda clase de acrobacias sobre el animal[42].

Se entretiene fabricando arcos y flechas, en lo que llega a ser un experto, así como en tirar al blanco. También aprende a hacer barquitos con vela y timón. Otros niños también los hacen, pero los mejores son los de Ceferino.



Rio Aluminé — Passo di S. Ignazio — Cacico Namuncurà.

Rio Aluminé - Cacique Namuncurá (Boletín Salesiano Agosto 1903)

Cuenta Alfredo, uno de sus hermanos:*«... por lo general vivía aislado, se lo veía a menudo sentado en una lomita cuidando el ganado y siempre estaba ocupado en algún trabajo manual de utilidad».*

Estas palabras son descriptivas del indiecito. Pero más pintorescas, mucho más bellas y conmovedoras son las que refiere otro de sus hermanos, Aníbal:

«Mi mamá me decía, refiriéndose a Ceferino, que desde muy chico fue un hijo modelo, diligente. Muchas veces por la mañana, cuando ella se levantaba, se asustaba porque no estaba Ceferino en casa; horas después, con gran sorpresa de ella, lo veía regresar con un

42 Según Manuel Gálvez, el niño tomará familiaridad con los caballos cuando se traslade su familia a San Ignacio en 1891. Pero, contra esto sostiene Raúl Entraigas que el desplazamiento de Namuncurá a dicha ciudad será en 1900, después de una gran inundación que hubo en Chimpay.

atado de leña, que luego vendía y compraba alimentos para ella; los vecinos de buen corazón, que veían cumplir esta obra por un niño de seis años, le daban algo más de lo que producía la venta de la leña. El día que no podía hacer este trabajo, según mi mamá, salía Ceferino a pedir alimentos a las casas de los vecinos, quienes le daban y los traía a su madre. Contaba mamá que había comprado unas ovejas a cambio de tejidos y las cuidaba Ceferino con todo empeño; entonces ya tenía nueve años: les construyó un corralito con sus propias manos. Mientras él trabajaba, decía mamá, los demás hermanos jugaban[43]*».*



Padre Domingo Milanesio. Recién llegado a la Argentina.¡

Qué hermoso relato! Nos preguntamos ¿de dónde le salen estas iniciativas a un pequeñuelo que vive en una cultura donde es mal visto que el hombre ayude en los quehaceres?

Sin duda el indiecito dedicaba varias horas a la vida familiar. Eso explica el afecto que demuestra por sus padres cuando se separa de ellos. Los recuerda tenazmente. Cuando aprende a hacerlo, les manda cartas. Namuncurá es para él su *«querido papá»*, y con la misma ternura recuerda a Rosario:

«*Tal vez Namuncurá juega con él, le cuenta historias —entre ellas, las hazañas del gran Calfucurá—, y le enseña a manejar la lanza y las boleadoras. Tal vez pasa el niño largo tiempo junto a la madre o en su regazo*[44]*».*

---

43 Raúl A. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. IV, pág. 33.
44 Manuel Gálvez, *El Santito...*, Cap. V, págs. 106 - 116.

El espíritu puro del indiecito sufre al ver la pobreza de su pueblo, que llega a ser miseria.

«Naides puede imaginar,
una miseria mayor;
su pobreza causa horror...»[45].

Los indios andan andrajosos y semi desnudos, el hambre aflige a la tribu. Ceferino recuerda las leyendas de su abuelo, del esplendor de su pueblo y no puede creer que hayan caído tan bajo, y no piensa sino en el modo de remediar la miseria moral y material que ve a su alrededor.



El cacique Namuncurá y su familia. Año 1898.
Ceferino se encuentra casi sentado en el piso.

«Las tribus están deshechas;
los caciques más altivos
están muertos o cautivos,
privaos de toda esperanza,

45 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 496.

y de la chusma y de la lanza,
ya muy pocos quedan vivos»[46].

Un día, siguiendo el impulso de su corazón dolido y magnánimo, se dirige a su padre pidiéndole que lo envíe a Buenos Aires a estudiar, pues allí hay gente que los podría ayudar. En fin, quiere ir a la capital *para estudiar y ser útil a su pueblo*.

46 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 508.

La Fe llega
a la dinastía Piedra

José Gabriel Ansaldi

«*¡Qué momento de emoción,*
gritarles: ¡Escuchad!,
y romper con nuestro acento,
la virginidad de un viento,
que nunca oyó la Verdad!».

(José María Pemán)

Capítulo I

Don Bosco y la Patagonia: más que un sueño... una obsesión[47].

«*Yo sé que allá los caciques*
amparan a los cristianos,
¡A qué andar pasando sustos...!
Alcemos el poncho y vamos»[48].

Una noche del frío invierno del año 1875 descendía del tren, en la estación de Porta Nuova, Turín, un joven sacerdote romañol[49].

Alto, flaco, de mejillas rosadas, llevando la valija subió a un pobre coche, resguardándose del viento de los Alpes. Le dio la dirección de Valdocco, y el caballo, empezó a trotar sobre las anchas piedras que cubren las calzadas de Turín. Los ojos azules del romañol se abrían ante aquella ciudad, que por siglos había sido sede de reyes.

Se oyó la voz del cochero, en el silencio de la calle desierta, preguntando si iba a ver a Don Bosco. Recibió una respuesta afirmativa.

Ese mismo día el sacerdote había comprado un retrato del ya famoso apóstol de Turín; pero no estaba seguro de reconocerlo cuando lo viese.

---

47 Para esta sección seguimos libremente a Hugo Wast en «Las aventuras de Don Bosco».

48 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho,* estrofa 375.

49 Adjetivo gentilicio perteneciente a las personas que provienen de la zona italiana de Romaña, cuya capital es Bolonia.



Don Bosco
Nació en I Becchi, el 16 de agosto de 1815; murió en Turín, el 31 de enero de 1888.
En 1890 se abrió su proceso de canonización. El 2 de junio de 1929 es proclamado beato y el 1 de abril de 1934 es declarado santo por Pío XI

Era joven, recién ordenado, y no sabía aún lo que la Providencia le tenía preparado. Había hecho un experimento de vida monástica. Llegó a vestir el sayal benedictino... Sin embargo, no permaneció mucho en el convento. Vino la supresión de las órdenes religiosas en Italia el año 1866, y tuvo que abandonarlos. Prosiguió sus estudios y se ordenó sacerdote secular, pero su vocación era la vida religiosa. Oyó hablar de los salesianos y atraído por los comentarios acerca de Don Bosco, y del apostolado que sus hijos llevaban a cabo con los jóvenes, se dispuso a ir a Turín.

Su confesor, sacerdote secular, poco aficionado a las Congregaciones religiosas, intentó disuadirlo. El joven persistió en su propósito; pero en víspera del viaje se confesó con el preboste[50] de la Colegiata.

50 Director.

Le comentó de su viaje a Turín. Y le preguntó:

- Si me entraran deseos de quedarme con Don Bosco, ¿qué pensaría usted?

El preboste le respondió que no lo hiciera. Aduciendo distintas razones, como la escasez de sacerdotes allí. Entonces le aconsejó que lograra la admisión en el Oratorio de Don Bosco, permaneciendo un año con él, que estudiara sus secretos, y viera cómo había podido fundar y mantener tantas escuelas, gimnasios, talleres, y volver después para hacer lo mismo en ese lugar.

Llegaron a destino. Descendió el joven sacerdote y llamó a la modesta portería del Oratorio. Le abrieron, dijo quién era y lo hicieron pasar al refectorio. Don Bosco terminaba apenas de confesar a sus *biricchini*[51], diaria y penosísima labor, para la que, en medio de sus más graves ocupaciones, siempre hallaba tiempo. A esa hora, ya tarde y frío, entraba en el refectorio a cenar.



Don Bosco confesando a sus Biricchini.
«*Jóvenes, si queréis perseverar en el camino del cielo, os recomiendo tres cosas: acercáos con frecuencia al Sacramento de la Confesión, recibid la Santa Comunión, escoged un confesor a quien podáis abrir vuestro corazón, y no lo cambiéis sin necesidad*».

51 En italiano «jóvenes/niños traviesos». Así llamaba cariñosamente Don Bosco a quienes vivían en el Oratorio.

El joven sacerdote penetró en el estrecho comedor de la comunidad, mal alumbrado por una lámpara de kerosén.

- Aquél es Don Bosco - le dijeron.

El corazón le latió fuertemente.

La vejez había encorvado sus espaldas y arrugado el rostro, pero todos sentían que él era un padre, un maestro y un camarada.

Conmovido, y asombrado por el comportamiento que sus hijos sacerdotes tenía delante de él, se aproximó, y de rodillas le besó la mano.

- ¿Quién eres tú hijo mío?

- Soy José Vespignani, sacerdote romañol. El año pasado le escribí pidiéndole sitio en el colegio de Alassio para mis hermanitos. Ahora vengo a pedirle sitio para mí entre sus hijos.



Don Bosco rodeado de los jóvenes del Oratorio de Valdocco.
En 1841, en la Iglesia de San Francisco de Sales, el joven Don Bosco inicia su Oratorio. Él escribía: «*Estos muchachos deberían encontrar afuera un amigo que los ayude, los asista, los instruya, acompañe a la Iglesia los días de fiesta. Quizá entonces no volverían a recaer. Así, tal vez, menos muchachos volverían a la cárcel. Comuniqué este pensamiento a Don Cafasso, y con su ayuda busqué el modo de hacerlo realidad*».

Don Bosco lo contempla un instante. Toma la carta de presentación que le entrega y la pasa a Don Rúa, su secretario, que tiene los ojos más jóvenes que los suyos, ¡ay! tan cansados ya.

- Sí -dice Don Rúa- es un sacerdote romañol, que viene a quedarse con Don Bosco...

Exclama el fundador, con una sonrisa desconcertante:

- Usted viene a quedarse un año con nosotros a aprender cómo fundamos colegios y cómo los mantenemos, para irse luego a su país a hacer lo mismo...

Vespignani queda petrificado. Aquellos ojos, que el trabajo y la vejez han apagado casi, leen, sin embargo, ¡en las almas! ¡Pero ese no es su pensamiento!; ésa es la sugestión del buen preboste de la Colegiata, que tiene cariño por su pueblo.

- ¡No! -exclama confundido-. Yo vengo a quedarme para siempre; quiero ser salesiano, si me acepta.

- Bien. Mañana nos veremos a la luz del sol y nos conoceremos. Usted dirá la misa de la comunidad a nuestros misioneros, que van a partir para la República Argentina... ¿Ha cenado?

- No, señor...

- Siéntese aquí, a mi derecha. Hallará un poco fría la cena, pero no es culpa del cocinero, sino de nosotros, que venimos tan tarde a hacerle los honores.

- Pero yo, señor Don Bosco, hace apenas un mes que digo misa; no seré capaz de celebrar delante de la comunidad: me confundiré; no sabré dar la comunión.

- ¡Todo saldrá muy bien! ¡No se preocupe!

Un rato después Don Rúa lo conduce a un aposento vacío: va a la ropería por sábanas, fundas y cobijas. Vuelve cargado con todo el ajuar y se pone a tender la cama.

Vespignani no quiere permitirlo.

- ¡Déjeme ayudarlo! –exclama Don Rúa-.Usted, Don Vespignani, está más flaco que yo, y ya es mucho decir.

En efecto, Don Rúa, el que fue primer sucesor de Don Bosco, estaba seco y sarmentoso. Nadie habría augurado para él la senectud a que llegó. Y menos para Don Vespignani, condenado por los médicos a morir tísico en la florida juventud: pero que vivió y trabajó como un joven hasta los ochenta años[52].

¡Qué fortuna asistir a la partida de la segunda expedición de misioneros! ¡Y qué gloria celebrar la misa de despedida!

Vespignani sería luego, él mismo, misionero de la Patagonia. Llegando a ser el primer y más importante director espiritual del protagonista de nuestra obra. Estuvo a punto de morir en Argentina, aunque Dios le dio luego unos cuantos años más de vida. Muchos de los testimonios sobre Ceferino, que luego citaremos, lo tienen por autor. Varias cartas de Ceferino están dirigidas a él. Y muerto éste, escribió una carta circular pidiendo datos y testimonios sobre nuestro beato.

Don Bosco se salió con la suya. «*Usted no debe ser misionero*», le había dicho terminantemente su confesor, Don Cafasso, y él obedeció. Pero, en cambio, se hizo padre de numerosos misioneros, que se difundían por el mundo a realizar lo que él había soñado.

El sueño que movió a Don Bosco a no retardar aquella empresa lo tuvo en 1872 y lo narró así a sus íntimos:

«*Me pareció encontrarme en una región salvaje y por completo desconocida. Era una inmensa llanura completamente inculta, en la que no se descubrían montes ni colinas. En sus lejanísimos confines se perfilaban escabrosas montañas. Vi en ella una turba de hombres que la recorrían. Estaban casi desnudos, eran de altura y estatura extraordinarias, de aspecto feroz, cabellos largos e hirsutos, color bronceado y negruzco e iban vestidos con amplios mantos de pieles*

52 Así escribía Hugo Wast (En el libro *Aventuras de Don Bosco*) en la primavera de 1931, viviendo en Valdocco mismo, a la vera de Don Vespignani: «*Diariamente conversaba con él y recibía la luz inmarcesible de que estaba lleno su corazón. Pocos meses después (15 de enero de 1932) Don Vespignani – el padre Vespignani para los argentinos- entraba en la verdadera tierra prometida*».

de animales que les caían por las espaldas. Usaban como armas una especie de lanza larga y la honda (el lazo).

Estas turbas de hombres, esparcidos por acá y acullá, ofrecían a los ojos del espectador escenas diversas; unos corrían detrás de las fieras para darles caza; otros llevaban clavados en las puntas de sus lanzas trozos de carne ensangrentada. Por una parte, unos luchaban entre sí, otros peleaban con soldados vestidos a la europea, y quedaba el terreno cubierto de cadáveres. Yo temblaba al contemplar semejante espectáculo, y he aquí que aparecieron en los límites de la llanura numerosos personajes, en los cuales reconocía, por sus ropas y su manera de obrar, a los misioneros de varias Órdenes. Estos se aproximaban para predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo. Los observé atentamente, mas no reconocí a ninguno. Se mezclaron con los salvajes, pero ellos, apenas los veían, se les echaban encima con furor diabólico y alegría infernal, los mataban y con saña feroz los descuartizaban, los cortaban a pedazos y colocaban trozos de sus carnes en la punta de sus largas picas. Luego se repetían las luchas entre ellos y con los pueblos vecinos.

Después de observar las horribles matanzas, me dije:

- ¿Cómo convertir a esta gente tan salvaje?

Vi entretanto en lontananza un grupo de otros misioneros que se acercaban a los salvajes con rostro alegre, precedidos de un pelotón de muchachos.

Yo temblaba pensando:

- Vienen para hacerse matar.

Y me acerqué a ellos; eran clérigos y sacerdotes. Los miré atentamente, los primeros me eran conocidos y si bien no pude conocer personalmente a otros muchos que les seguían, me di cuenta de que todos eran misioneros salesianos.

- Pero, ¿cómo es esto?, exclamé.

Estaba decidido a no dejarlos avanzar y me dispuse a detenerlos. Esperaba que de un momento a otro corrieran la misma suerte que los

anteriores. Quise hacerles volver atrás, cuando noté que su aparición había provocado la alegría en aquellas turbas de bárbaros, los cuales bajaron las armas, cambiaron su ferocidad y recibieron a nuestros misioneros con las mayores muestras de cortesía.

Maravillado de ello, me decía a mí mismo:

- *¡Ya veremos cómo termina esto!*

Y vi que nuestros misioneros avanzaban hacia las hordas de salvajes; les hablaban, y ellos escuchaban atentamente su voz; les enseñaban, y aprendían prontamente; les amonestaban, y ellos aceptaban y ponían en práctica sus avisos.

Seguí observando y me di cuenta de que los misioneros rezaban el santo Rosario, mientras los salvajes corrían por todas partes, les abrían paso y contestaban con gusto a aquella plegaria.

Los salesianos se colocaron en el centro de la muchedumbre, que les rodeó, y se arrodillaron. Los salvajes echaron las armas a los pies de los misioneros y también se arrodillaron. Y he aquí que uno de los salesianos entonó el «Load a María»; y aquellas turbas, todos a una voz, continuaron el canto tan al unísono y en tono tal, que yo, casi espantado, me desperté.

Tuve este sueño hace cuatro o cinco años, me causó mucha impresión, y quedé convencido de que se trababa de un aviso del cielo. Con todo, no comprendí su particular significado. Vi claramente que se trataba de misiones extranjeras, en las que ya hacía tiempo había pensado con gran ilusión»[53].

No dudó que aquel sueño fuese, como tantos otros un aviso de Dios. Pero, ¿cuáles eran aquellos pueblos, cuál aquella región que aguardaba a sus misioneros? Al principio, Don Bosco creyó que se trataba de los pueblos de Etiopía, después pensó en los alrededores de Hong-Kong y en los habitantes de Australia y de las Indias. Habló con

53 «*Lo contó por vez primera a Pío IX en el mes de marzo de 1876.* (...) *...también a Don Francisco Bodrato, el 30 de julio del mismo año. ... a Don Julio Barberis, en Lanzo. ... el Siervo de Dios cada vez que le contaba solía añadir algún detalle nuevo*», *M.B.*, T. X, págs. 59- 61.

sacerdotes ingleses; compró libros, mandó a algunos que estudiaran inglés... ¡No, no! En los grabados que traían sus libros, ni los hombres de Australia ni los de la India, ni los de Etiopía vestían con lanzas y lazos. Ni las regiones eran llanuras perfiladas por montañas a distancia infinita.

Un día llega al Oratorio de Valdocco un hombre de barba cerrada, fuerte y grueso, con gran uniforme de militar. Es Gazzolo, cónsul de la República Argentina en Savona, que trae a Don Bosco una carta del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros.

¿Cómo son las tierras, cómo son los pueblos salvajes de allí? Don Bosco se hace informar, le muestran grabados y libros, y reconoce en los patagones de gran estatura, vestidos de pieles y en la infinita llanura pampeana los terribles actores y el escenario de sus sueños. Pero el arzobispo no le invita a ir a la Patagonia, la tierra incógnita, según Darwin, cuya posesión discutíanse Chile y la Argentina, y tal vez España e Inglaterra. No, la Patagonia está muy lejos de Buenos Aires, y el arzobispo sólo piensa por entonces en las urgentes necesidades espirituales de la ciudad, en plena expansión, donde hay 30.000 italianos que carecen de asistencia religiosa.

Si los salesianos quisieran encargarse de una iglesia en el populoso barrio que llaman de la Boca, por estar situado en la desembocadura del Riachuelo, hallarían allí, entre connacionales, un terreno más propicio para evangelizar que en la misma tierra de los patagones.

Así le escribe el arzobispo:

«Los italianos que hay en Buenos Aires son 30.000, y la mayoría de los sacerdotes italianos vienen, me duele decirlo, a hacer la América[54]*».*

Don Bosco se resuelve a iniciar las misiones salesianas comenzando por la República Argentina. Desde Buenos Aires que será su cuartel general, sus hijos partirán después a la conquista espiritual, no sólo de la Patagonia, sino de las otras naciones circunvecinas.

54 Expresión utilizada para referirse a aquellos que venían a América con el solo afán de enriquecerse.

Frenético entusiasmo despierta en Valdocco el anuncio de que va a prepararse el primer escuadrón de misioneros. Diez son los elegidos, y entre ellos, como jefe, va el presbítero Cagliero[55].



Padre Juan Cagliero. Año 1880.
Jefe del primer escuadrón de salesianos que vino a la Argentina en 1875.
Al partir de Argentina hacia Italia, en el año 1904, llevó consigo a su querido Ceferino.

No es menor la alegría de Buenos Aires y de la pequeña ciudad de San Nicolás de los Arroyos, sobre la orilla derecha del gran Paraná. A ella le cabe la gloria de haber sido la primera en el Nuevo Mundo en costear el pasaje de algunos misioneros y en poseer un colegio salesiano.

---

55 Don Juan Cagliero (nació en Castelnuovo Di Asti, Turín, el 11 de enero de 1838 - murió allí también, el 28 de febrero de 1926), fue un prelado salesiano italiano, quien en sus años de infancia, era uno de tantos niños de la calle a quien San Juan Bosco amparó, y lo llevó al Oratorio Salesiano de Valdocco.

A la edad de 14 años, ingresó como novicio en los Salesianos en 1852. Ordenado sacerdote en 1860. Fue luego Vicario Apostólico de la Patagonia (1887-1907), durante su período eclesiástico colaboró en las misiones salesianas en Argentina. Fue confesor de la Beata Laura Vicuña Pino, y estuvo con Ceferino Namuncurá, con quien viajó a Roma, y le dio la extremaunción, cuando estaba agonizando y próximo a morir.

Obispo de Casale en 1908, y luego, Cardenal Arzobispo de Turín (1909-1912). Fue el primer Cardenal Salesiano.

Murió de un infarto en Turín, en 1926, a la edad de 88 años. Fue declarado Siervo de Dios en 1988, y está próximo a ser beatificado.

El 14 de noviembre de 1875 se habían embarcado en Génova, a bordo del *Savoie*, vapor francés, los diez primeros salesianos que partían en misión. «*Id por todo el mundo y publicad el Evangelio a todas las criaturas*». Palabras de Jesús que habían vibrado en el corazón de aquel gran capitán.

¡Ya ha partido su primer escuadrón! ¡Y ya ha llegado! El 14 de diciembre, doscientos italianos reunidos en el puerto de Buenos Aires asisten al desembarco de Don Cagliero y sus nueve jóvenes *soldados*.



Los primeros salesianos llegados a la Argentina. 14 de diciembre de 1875.
Antes de partir de Italia. Sentados, : P. Juan Cagliero, San Juan Bosco,
cónsul argentino Juan Bautista Gazzolo y P. José Fagnano.

Los diez misioneros han sido alistados y provistos de ropas y de vasos y ornamentos sagrados y libros de enseñanza y de estudio; llevan un piano y un armario. Don Bosco ha redactado minuciosamente la nota de gastos: 26.355 liras...

Y ha entregado a cada misionero un crucifijo bendito ex profeso y un papelito con estas palabras su postrer consejo:

«*Buscad almas y no dinero ni honores... Usad de caridad y de cortesía con todo el mundo... Cuidad especialmente a los enfermos, a los niños, a los viejos, a los pobres... Obedeced a las autoridades... Haced que el mundo conozca que sois pobres en el traje, en la comida, en la casa... Las penas de cada uno sean las penas de todos... A los jóvenes recomendadles la frecuente confesión y comunión... En las fatigas y en los padecimientos no olvidéis que tenemos un premio preparado en el cielo. ¡Amén!*».

Pasado un año, la joven misión salesiana posee ya un colegio en San Nicolás de los Arroyos, dos iglesias y una escuela de artes y oficios en Buenos Aries.



El Arzobispo Federico Aneiros. Segundo arzobispo de Buenos Aires (por bula de Pío IX del 25 de julio de 1873). Él fue quien pidió la ayuda de Don Bosco y sus salesianos para Argentina, en vistas a la misión en el barrio de La Boca

Pero la mies es mucha y los diez obreros resultan escasísimos. Hay regiones inmensas en que poblaciones cristianas viven y mueren sin los auxilios de un sacerdote. Don Bosco ha recibido una carta en que le refieren cómo cierta persona, para oír misa al menos un domingo en el año, partió el jueves y viajó todo el día a caballo y el viernes y el sábado y aun así apenas llegó a tiempo. Estas noticias espolean la

caridad de Don Bosco. Forma un segundo escuadrón de dieciséis y lo manda a Buenos Aires.



La tercera expedición salesiana a la Argentina. Diciembre de 1877 y enero de 1878.
De izquierda a derecha, sentados: P. Tomás Bettinetti; Mons. Pedro Bartolomé Ceccarelli; Don Bosco; P. Juan Cagliero; P. Santiago Costamagna y P. Domingo Milanesio. En pie, primera hilera, en octavo lugar: P. José Vespignani.
(De Argentina Salesiana - 1875-1950, pág. 117)

Vespignani, novicio de un día, ha dicho la misa de comunidad y vibra de entusiasmo evangélico. Ya se siente hijo de Don Bosco. ¡Oh, si pudiera partir a los campos vírgenes de América! ¡Sueño inaccesible! Su salud es miserable. Una fiebre continua lo gasta; una tos pertinaz no lo deja dormir. Frecuentes hemoptisis. Acaba por no ponerse en pie y lo mandan a la enfermería. Dicen los doctores que pronto irá a reposar en algún tranquilo cementerio. Le administran el viático, y se dispone a morir.

Una tarde Vespignani reconoce los pasos de Don Bosco y se incorpora con un heroico esfuerzo.

- Ya ve, Don Bosco, le había pedido que me mandase de misionero a la Argentina... es como si me hubieran mandado. Ya estoy de vuelta; ahora me iré a otra parte.

Don Bosco lo mira profundamente y, alzando la mano, le dice:

- ¡Irá! Voy a darle la bendición de María Auxiliadora.

Desde ese instante cesaron la tos, la fiebre, la sangre y empezó la recuperación.

Aquel joven sacerdote, que se moría tísico, pocos meses después figura el segundo en la lista del tercer escuadrón de misioneros que Don Bosco manda a Buenos Aires a fines del año 1877. El jefe de la nueva expedición fue Don Costamagna[56].

Pero nos detenemos aquí y hacemos ahora un breve paréntesis en las andanzas de los primeros salesianos en Argentina para contar algo acerca del trabajo realizado por los pioneros de la evangelización en las tierras patagónicas...



La segunda expedición salesiana a la Argentina. Año 1876.
Don Bosco está en sentado, contando de izquierda a derecha, en cuarto lugar.
(De Argentina Salesiana - 1875-1950, pág. 115)

56 Un cronista documentado retrata así a Don Santiago Costamagna: «… *"no descuida nada. Activo, lleno de vida y con necesidad de alcanzar amplios horizontes, atiende a todo...". Así lo elogia Don Vespignani: "...habría que pintar al vivo el carácter singular del Padre Costamagna en la plenitud de su juventud. Era activísimo, incansable y al mismo tiempo siempre alegre y de buen humor…"*». Cayetano Bruno, *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina,* Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Bs. As., 1981, pp. 59-60.

Capítulo II

«Aparecieron en los límites de la llanura... misioneros de varias Órdenes»[57]

«*Su esperanza no la cifren*
nunca en corazón alguno
En el mayor infortunio
pongan su confianza en Dios.
De los hombres, sólo en uno
con gran precaución en dos»[58].

En los tiempos de Don Bosco era la Patagonia la tierra incógnita, sobre la que en el siglo XVI se tejió la leyenda de los patagones gigantes, y en cuyo seno misterioso existía la ciudad de los Césares.

Ni se conocían sus límites ni estaba claramente resuelto a qué nación pertenecía. Argentina y Chile pretendían su jurisdicción. La Constitución de Chile de 1833 establecía: «*El territorio de Chile se extiende desde el desierto de Atacama hasta el cabo de Hornos, y desde la cordillera de los Andes hasta el mar Pacífico...*», la Argentina de 1853 nada decía al respecto y no había tratados sobre el particular

Mientras la parte oriental permanecía absolutamente desierta, pues Buenos Aires quedaba a incalculable distancia, la parte occidental, desde el siglo XVI, se había llenado de colonias y de ciudades importantes y prósperas en relación a la época.

57 Sueño profético de Don Bosco, *M.B.*, T. X, pp. 59–61.
58 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 1148.

No era extraño, pues, que los que mejor conocieran y explotaran la Patagonia en aquellos siglos fuesen los misioneros, los exploradores, los mercaderes que partían de Santiago, de Concepción, de Castro, de Osorno, ciudades en plena acción, menos apartadas de la Patagonia, por la cordillera estrecha y baja, que Buenos Aires y Córdoba.



Vicariato de la Patagonia.
En 1883, a fin de ordenar la acción misionera se organizó el Vicariato Apostólico de la Patagonia Septentrional ubicado en Patagones (que comprendería también la Patagonia central por entonces inexplorada) y la Prefectura del Sur de Santa Cruz, Tierra del Fuego e Islas Malvinas.
Se nombró vicario apostólico de la Patagonia a Monseñor Juan Carlos Cagliero.

Dos factores determinaron la mayoría de aquellas exploraciones. Uno fue la romántica leyenda de la ciudad de los Césares, que embrujó las imaginaciones de ambiciosos y aventureros[59]. Otro, el afán de los sacerdotes, jesuitas especialmente, que, habiendo comenzado la evangelización de los araucanos, quisieron extender su

59 «*La leyenda de la ciudad... La fantasía del pueblo (...) la adornó con detalles maravillosos, y por más de doscientos años persistieron las gentes en creer y buscar las encantadas ciudades de los Césares (...) No faltaban descripciones ingenuas y deslumbrantes (...) Especialmente de Chile, por la situación de sus ciudades australes, partieron numerosas expediciones en busca de los Cesares, sin más resultados que averiguar los pasos de la Cordillera, que luego aprovecharon los misioneros*». Hugo Wast, *Las aventuras de Don Bosco,* Ed. Librería Córdoba, Bs. As., 2005, págs. 393–394.

conquista espiritual a las opuestas vertientes de los Andes, tierra de indios poyas y puelches.

Para lograr algún fruto, el misionero debía presentarse solo. El padre Valdivia decía al rey Felipe II: «*Retírese el ejército, y entonces daremos civilizado todo el país de Arauco*».

Hay que imaginar lo que sería vivir en lugares tan remotos en aquellos siglos. Y ver en el lado oriental de la cordillera, argentino ahora, nada más que el infranqueable desierto. Pero ya en aquellos tiempos Chillán, Concepción, Valdivia, Castro, en tierra araucana tuvieron colegios para los hijos de indios. Cuarenta jesuitas, doce dominicos, diez franciscanos y algunos seculares administraban aquella fantástica empresa.

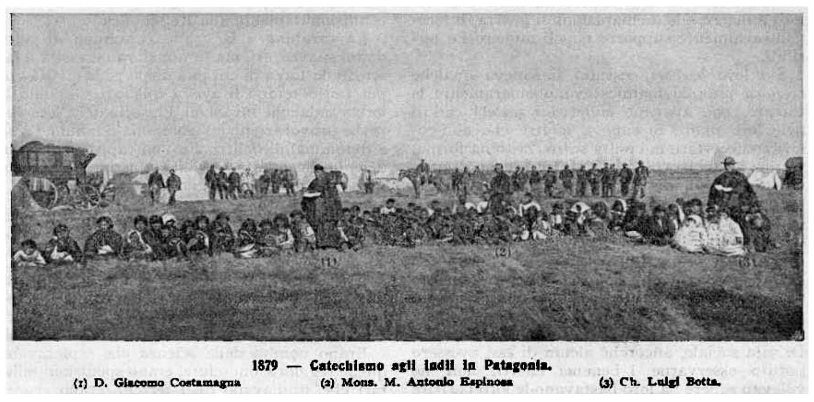
En 1670 el padre jesuita Mascardi fue muerto a flechazos en las orillas del Nahuel Huapi por los indios poyas. En 1703 vendría un jesuita flamenco, el padre Van der Meer, conocido como padre Laguna. Fue misionero entre los Pehuelches. Al cuarto año murió envenenado por sus salvajes catecúmenos. Le sucedió el padre Guillelmo. A quien los indios, por unos problemas, incendiaron la iglesia y huyeron. Un cacique lo envenenó con un vaso de chicha. Heredó su cruz de apóstol y de mártir otro jesuita, el padre Elguea. Los indios lo asesinaron, tal vez soliviantados por sus adivinos.

Apagada aquella luz de civilización que empezaba a penetrar en la Patagonia por el lado de Chile, volvió a caer su dura y rebelde tierra en las tinieblas del paganismo y la confusión de las leyendas.

En el siglo XVII, el río Salado, en la provincia de Buenos Aires, constituía la frontera del territorio civilizado. Más allá, las innumerables tribus de los indios pampas; y más allá aún, al otro lado del río Negro, los temibles patagones, que conservaban fama de gigantes.

En l740, dos jesuitas, los padres Cardiel y Falkner, penetraron territorio indígena, en guerra con los españoles. Y realizaron el milagro de fundar dos reducciones en las sierras del Volcán y

del Tandil. Pero en 1768 sobrevino la expulsión de la Orden de los jesuitas. Fueron abandonadas las misiones y los indios volvieron a la barbarie.



Misioneros Salesianos enseñando Catecismo a indios en la Patagonia
(Boletín Salesiano Agosto 1905)

Se destacó también la labor de los padres Lazaristas. Contando con misioneros como el Padre Pablo Emilio Savino y el conocidísimo Padre Jorge María Salvaire. El primero realizó grandes cosas entre los indios, como la conversión de Coliqueo. En la vida del segundo hay un hecho que será providencial para nuestra Patria, y más encuadrado en la historia de nuestro beato Ceferino, así lo narra Manuel Gálvez:

«*...el padre Jorge María Salvaire, deseaba ir a los toldos de Namuncurá para rescatar cautivos. Estaba con el cacique* (...) *en muy buenas relaciones. Había conseguido de Rivas la libertad de un yerno del caudillo de las pampas* (...). *Salvaire, que hablaba el idioma de los indios, fue quien intervino meses atrás entre Rivas y los delegados de Namuncurá. Por su parte, el cacique, a principios del 76, había pensado en la posibilidad y conveniencia de que misioneros enviados por el arzobispo se establecieran en Salinas Grandes. Pero, luego, le dijo al padre Meister: “Mientras estemos en pendencias con el gobierno de Buenos Aires, que mil veces promete mandarnos las raciones estipuladas, que nunca recibimos, no hay esperanza para*

la misión". Enterado de los deseos de Salvaire, Namuncurá contestó que le vería con placer en Salinas Grandes, para que instruyera y bautizara a las gentes de su tribu. Y le prometió una escolta. Ante tan buenos propósitos, Salvaire se dispone a recorrer las cien leguas que separan el Azul de Salinas Grandes. Bien provisto de obsequios, que lleva en varios carros, sale el 20 de octubre del Azul y llega el 27 a Carhué, donde lo esperan treinta indios que Namuncurá le ha enviado para escoltarle. Pero apenas parte la caravana de Carhué, surgen, de entre los matorrales, indios que rodean a los viajeros, aúllan ferozmente y levantan las lanzas amenazándolos. Salvaire, que va a caballo, se les escapa, no sin recibir algunos latigazos en la espalda; y los carros son lanceados. Y así, atacados noche y día, llegan el 1 de noviembre a los toldos de Salinas Grandes. Namuncurá no le da la mano al sacerdote, le niega amistad y protección y lo envía a legua y media de su capital. ¿Qué ha sucedido? Parece que unos "cristianos" vendedores de aguardiente, en el temor de ser perjudicados en su negocio, han difundido entre los crédulos indios toda clase de absurdas calumnias sobre Salvaire. Han dicho que el propósito de rescatar cautivos es un pretexto, pues ha venido como espía del Gobierno y a embrujar y envenenar a los caciques y a desparramar la viruela[60]*. Quieren matarlo. Namuncurá, tan decidido siempre, vacila esta vez, acaso porque la opinión de la tribu es unánime. No defiende a Salvaire, pero tampoco hace nada contra él ni permite que se le haga. Por fin, resuelve convocar a un parlamento. Reúnense los caciques. Asiste también el acusado. Al circular el mate, el sorberlo significa votar por la afirmativa. Casi todos se han decidido por la muerte del acusado, cuando le toca el turno al triunviro Bernardo Namuncurá. Bernardo habla contra los canallas que han calumniado al sacerdote. Y después de un discurso violento, arroja sobre Salvaire su poncho, en signo de protección, y jura*

60 Los misioneros relatan con tristeza las dificultades para la evangelización a causa del vergonzoso comportamiento de los «cristianos». «*¡Cuántas veces, "manu militari", se juntaba violenta y apresuradamente a caravanas de indios, a los que se obligaba a trabajos de esclavos por cuenta de municipios o de particulares, sin más recompensa que el mísero alimento!* (...) *Son cosas que no debemos callar, para que hoy se comprenda mejor cuáles eran las verdaderas condiciones en las que ejercieron su ministerio en la misión de Patagonia los primeros Salesianos* (...)». *M.B.*, T. XVII, pág. 545.

matar al que se le acerque. Los demás indios, entonces, examinan a Salvaire. No le encuentran ninguna herida en el labio y tiene pelo en la coronilla. No es, por consiguiente, un embrujador. Y termina la sesión, que ha durado seis horas, con el reparto de las provisiones que el sacerdote ha traído y el despojo de su dinero, que estaba destinado para el rescate de cautivos.

Entonces, Salvaire hace públicamente un voto solemne a la Virgen de Luján. Prométele, si le saca con vida, escribir su historia y edificarle un templo. Este es el origen de la Basílica de Luján. Los indios, al oír la promesa, cambian de actitud ante el sacerdote, aunque sin devolverle el dinero. Transcurren algunos días. Namuncurá pregunta por su salud, pero no le autoriza para regresar al Azul, ni le envía pan ni agua. Tampoco lo visita ni quiere recibirle en su toldería. Salvaire, que ya no aguanta más, se le presenta y le habla así: "Cacique, ha llegado para mí el tiempo de partir, si no quiero morir aquí de hambre y de sed. Entrégame los cautivos. ¿Dónde están? ¿Cuándo piensas cumplir tus promesas?". Namuncurá nada le responde, pero le entrega dos niños cautivos. Después, le entrega nueve adultos. ¿Lo hace Namuncurá porque es sensible a la justicia, o porque cree que no conviene a sus intereses dejar de cumplir siquiera en pequeña parte sus promesas? No lo sabemos. Tal vez las dos suposiciones sean buenas. Y al despedirse el sacerdote de Namuncurá y Bernardo, le dan tres caballos y un poncho tejido por unas indias» [61].

Con la sublevación de Coliqueo y de la tribu termina la obra de los lazaristas[62]. Su obra fue estupenda, pero no arraigó. ¡Cien años más en tinieblas!

Esta vez la luz vendría del Oriente y la traerían los hijos de Don Bosco. La obra de los salesianos, a quienes Aneiros entregó la Pampa y la Patagonia, respondía a una concepción grandiosa, y los hechos lo han probado. Impelidos por el estímulo de Don Bosco y

61 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. IV, págs. 84 - 94. - Puede ampliarse el tema en R.P. Carlos Miguel Buela, *María de Luján*, Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael, 2000, págs. 51, 68-72, 95-96.

62 En 1879 abandonaron la Patagonia.

por su propio religioso heroísmo, los salesianos llegarán en cincuenta años a cubrir con sus fundaciones un territorio gigantesco: desde el sur de la provincia de Buenos Aires hasta la Tierra del Fuego.

Capítulo III

La misión se afianza

«... ama el hombre con ardor
ama todo lo que vive
de Dios vida se recibe
y donde hay vida hay amor»[63].

En la casa madre de Turín vemos el escritorio de Don Bosco. Es una mesita negra, con un casillero. Don Bosco tiene allí distribuido el mundo. Una casilla corresponde a la Argentina.

Allí se acumularon durante varios años los datos concernientes a la conquista de la Patagonia para Cristo. Bien pocos, ciertamente. Don Bosco sabía tanto de las tierras nuestras como la mayoría de los europeos de su tiempo.

En un *Memorándum* al cardenal Franchi, prefecto de la Congregación de *Propaganda Fide*, le habla así:

> *«Esta región es conocida con el nombre de Pampas y Patagonia o tierras magallánicas en la América del Sur. Está comprendida entre el mar de las Indias y el Pacifico y se extiende desde el grado 42 al 60, y, si se le agregan las islas vecinas, viene a formarse un continente mayor que Europa. El proyecto que parece preferible consiste en establecer asilos, colegios y casas de educación en los confines salvajes. Iniciadas las relaciones con los hijos, sería fácil comunicarse con los padres y así, poco*

63 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 1087.

a poco, abrirse camino entre las tribus salvajes. Por intermedio del cónsul argentino en Savona, comendador Juan B. Gazzolo, me he puesto en relación con el arzobispo de Buenos Aries, el presidente de la República Argentina y el municipio de San Nicolás de los Arroyos. Esta ciudad, que no dista más de 60 leguas de los salvajes, daría ocasión a los salesianos para estudiar la lengua, la historia, las costumbres de aquellos pueblos, tal vez para preparar entre sus mismos alumnos algún misionero indígena que pudiera servir de guía entre los salvajes»[64].

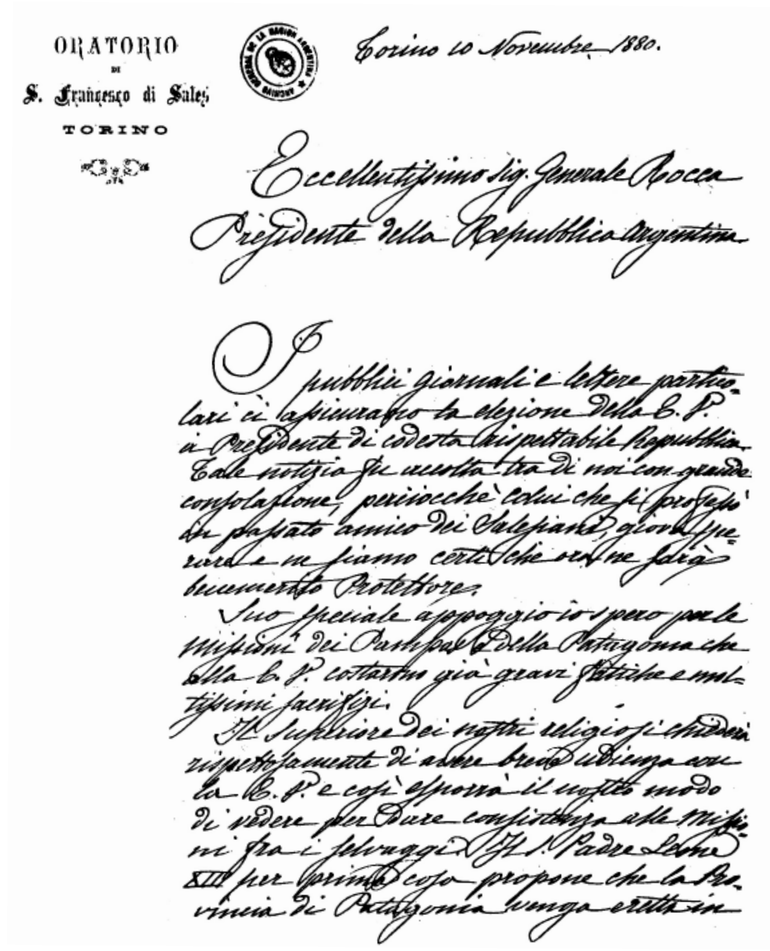
Poco después se ha dirigido al ministro de Relaciones Exteriores de Italia, Malegari, interesándolo por la suerte de los emigrantes italianos. Si se pudiera fundar una colonia italiana en la Patagonia redundaría en bien temporal y espiritual de esas pobres gentes. Don Bosco indica el sitio a propósito, la costa atlántica, del grado 40 al 50, «*donde no hay habitación, ni puerto, ni Gobierno que tenga ningún derecho*»[65].

El desdén con que las autoridades argentinas consideraban aquellas regiones, confirmaba las ideas corrientes en Europa de que la Patagonia era tierra de nadie... esa inmensa región que entre el río Negro y el estrecho de Magallanes mide 875.000 kilómetros cuadrados.

Pero ¿qué importan ni la extensión, ni el sitio, ni otros detalles geográficos de la Patagonia? Don Bosco ha visto en sueños la región, y se lanza a su conquista. Tan grande es su deseo de llevar a Cristo que en muchas oportunidades lo oirán hablar de sus anhelos y planes de «conquista»:

-« *¡Oh!, si yo tuviese muchos sacerdotes y clérigos; los mandaría a evangelizar la Patagonia y la Tierra del Fuego. ¿Y sabes por qué, amigo Bellia? ¡Adivínalo! ... porque estos pueblos han sido hasta ahora los más abandonados*»[66].

64 Mayo de 1876. Cfr. *M.B.*, T. XII, págs. 541-542.
65 Hugo Wast, *Las aventuras de Don Bosco*, pág. 397.
66 *M.B.*, T. III, pág. 283.



ORATORIO
di
S. Francesco di Sales
TORINO

Torino 10 Novembre 1880.

Eccellentissimo Sig. Generale Rocca
Presidente della Repubblica Argentina

I pubblici giornali e lettere particolari ci assicurarono la elezione della E. V. a Presidente di codesta rispettabile Repubblica. Tale notizia fu accolta tra di noi con grande consolazione, perciocchè colui che si professò in passato amico dei Salesiani, giova sperare e ne siamo certi che ora ne sarà benemerito Protettore.
Suo speciale appoggio io spero per le missioni dei Pampas e della Patagonia che alla E. V. costarono già gravi fatiche e moltissimi sacrifizi.
Il Superiore dei nostri religiosi chiederà rispettosamente di avere breve udienza con la E. V. e così esporrà il nostro modo di vedere per dare consistenza alle missioni fra i selvaggi. Il S. Padre Leone XIII per prima cosa propone che la Provincia di Patagonia venga eretta in

Carta de Don Bosco. Fechada el 10 de noviembre de 1880.
Es la primera página de una carta dirigida al recién elegido presidente, Julio A. Roca

Su tema predilecto era *las misiones*. Lo ya hecho no era nada en comparación con lo que tenía pensado hacer. Aceleraba con el deseo la redención de la Patagonia. «*...nosotros,* -dijo-, *aprovechando la experiencia de los otros, tomaremos las debidas precauciones y seguramente podremos alcanzar buen resultado. Para ello será preciso abrir*

un colegio en algún pueblo o ciudad ya algo civilizada y próxima a los lugares habitados por los salvajes, y mientras funciona el colegio para los habitantes del lugar, procurar estudiar y conocer la índole y costumbres de las tribus vecinas. Sería algo grande y no difícil, creo yo, tener en este colegio a alguno de los hijos de los salvajes, pues oigo decir que van a las ciudades a hacer sus compras. Si contentamos a algunos de éstos tratándolos amablemente, haciéndoles algún regalo, nos abrimos ya un buen camino. Si, además, se pudiese tener a uno de éstos como guía, que hubiese pasado ya varios meses en nuestro colegio, esto podría dar cima a la obra. Pero lo que más importa es no precipitarse, no hay que tener demasiada prisa; hay que preparar el camino, diría que, como fingiendo que no se piensa en ellos, pero poniendo colegios en las ciudades próximas a ellos y haciéndonos conocer y amar a través de músicas, cantos, tratos y regalos. Mientras tanto algún sacerdote podrá comenzar a entrar por aquellas tierras durante algunos días y, poco a poco, se podrán dar pasos lentos, pero seguros. Y, si el Señor en su Providencia dispusiese que alguno de nosotros sufriera el martirio, ¿tendríamos que amedrentarnos por esto?»[67].

Y en otra ocasión aseveró:

- «*Si yo tuviese dos mil sacerdotes para enviarlos a Patagonia y a las Pampas, sabría en qué emplearlos*»[68].

Para Don Bosco ganar las tierras del sur para Jesucristo era más que un sueño... una obsesión.

Como un estratega quiere atacar por tres puntos: por Buenos Aires, por la costa atlántica y por la cordillera. Y con tres aliados, respectivamente: Argentina, Italia y el obispo de Concepción, en Chile. No sabe exactamente qué lengua habla el obispo de Concepción, y le escribe en latín. No le contestaron ni el obispo, ni el ministro de Italia. Y la evangelización de la Patagonia se emprendió desde Buenos Aires.

No ha tenido la nación soldados más fieles, ni más eficaces, que los hijos de Don Bosco. Plantaban una cruz, levantaban un altar, y al

67 *M.B.*, T. XII, págs. 20-21.
68 *M.B.*, T. XVII, pág. 545.

hacer cristianos a los salvajes los integraban a la nación y ensanchaban los confines de la patria. Fue una verdadera y civilizadora conquista.

Al acrecentarse la población blanca en las ciudades, los indios habían ido replegándose hacia las llanuras del Sur, y más allá todavía. Se dieron allí la mano con los araucanos indómitos y de esa amistad nació la alianza que arruinaría a los estancieros de lo que se llamaba entonces «la frontera». Que por doscientos años vivió bajo la tremenda amenaza del malón[69].

En aquella época de caudillismo y de anarquía los muchachos se criaban ambiciosos, aventureros y bravos. Como bien canta el poeta:

«En el peligro, ¡qué Cristos!
el corazón se me enancha,
pues toda la tierra es cancha,
y de eso naides se asombre:
el que se tiene por hombre
ande quiere hace pata ancha»[70].

La nación tuvo que empeñar todo su poder para pacificar la Patagonia. Con la expedición partió un grupo de misioneros, entre ellos el presbítero Mariano Espinosa, después arzobispo de Buenos Aires y dos salesianos, el sacerdote Santiago Costamagna y el clérigo Luis Botta. Fueron los dos primeros salesianos en penetrar la tierra soñada por Don Bosco.

De ese modo, el 24 de mayo de 1879, el padre Costamagna, que iba en la vanguardia, plantó su cruz en Choele Choel, sobre el río Negro. Ese mismo día en Turín, Don Bosco y sus biricchini se arodillaban a los pies de María Auxiliadora, de quien celebraban la fiesta, rogándole por los misioneros.

---

69 En 1738 la propia villa de Luján fue saqueada por el cacique Calielán y sus lanceros. Después de 1810, los indios se mezclaron en las guerras civiles de los argentinos favoreciendo a uno u otro partido, y cobrándose la ayuda en ganado y cautivos. ¡Carrera, Yanquetrú, Baigorria y Baigorrita! ¡Ranqueles, puelches, araucanos! Zumbido de palabras que hacían temblar a las mujeres, en el fondo de los ranchos diseminados sobre la pampa infinita.

70 José Hernández, *Martín Fierro*, *El Gaucho*, estrofa 13.



Don Bosco rezando delante de la imagen de María Auxiliadora.
«*Hágase notar, dígase y predíquese siempre que María Auxiliadora ha obtenido y obtendrá siempre gracias particulares, y aún extraordinarias y milagrosas, a los que ayudan cristianamente a la juventud en peligro, con obras, con consejos, con el buen ejemplo o simplemente con su oración*» (Don Bosco).

Reinaba el rudo invierno patagónico. El ejército avanzaba dividido en varias columnas. Eran muchas las penurias que todos afrontaban[71].

Entre tanto el padre Costamagna, que iba en otra división, escribía a Don Bosco:

¡Deo Gratias! Administramos el santo bautismo, primero, a 60 adultos: luego, a otros 40, y a otros más en diverso número. Y no dejamos de escuchar la confesión de algunos soldados y de facilitarles el cumplimiento de la Santa Pascua en nuestra gran basílica, que era una modesta carpa militar[72]. Así fue el primer contacto de los hijos de Don Bosco con la Patagonia.

71 En el diario del coronel Racedo, bajo la fría forma de un parle militar, arden verdaderas tragedias. Deserciones, peste, sufrimientos, muertes acompañaban la marcha del grupo.

72 HUGO WAST, *Las aventuras de Don Bosco*, pág. 403.

Cincuenta años después, la labor misionera de los padres salesianos dió visibles frutos[73].



El padre Santiago Costamagna
Al llevar a cabo el primer encuentro con una tribu de indios escribió: «...me dijeron donde estaban los indios, a quince minutos, me indicaron el camino para poder ir y allí me fui. Al aproximarme a sus tolderías, me latía fuertemente el corazón: ¿qué haré? ¿qué diré? ¿a quién le hablaré? y ¿cómo, si no se todavía hacerme entender en indio?» (Carta a Don Bosco, Caruhé, 27 de abril de 1879, en Bolletino Salesiano de julio 1879).

Por su parte, el Gobierno argentino, que no podía sostener allí escuelas oficiales, ayudaba a los salesianos con subsidios[74].

Conviene añadir que en la conquista espiritual de la Patagonia habían consumido la vida de 77 salesianos, como bueyes laboriosos, que mueren sobre el surco mismo que van abriendo.

Aparecen aquí, por primera vez, las Hijas de María Auxiliadora. ¿No le han bastado las dificultades a Don Bosco? Son más bien razones fundamentales las que le impusieron aquello en que nunca habría

---

73 Los salesianos fundaron desde Bahía Blanca hasta la Tierra del Fuego: 19 colegios de primera enseñanza; 2 de segunda; 33 Oratorios festivos; 5 escuelas agrícolas; 27 escuelas profesionales; 5 bandas de música; 3 hospitales; 15 asociaciones de caridad; 6 asociaciones obreras; 20 parroquias y 32 iglesias y capillas. Periódicos, bibliotecas, imprentas, talleres.

74 Un día en el Parlamento, se alzó la protesta de un diputado en nombre del grupo socialista. Era intolerable que el Gobierno subvencionase escuelas de frailes. Tales subsidios, por mínimos que fueran debían suprimirse. Y le replicó un diputado católico: «*Propongo que en vez de suprimir el subsidio a las escuelas salesianas, se reparta una suma igual entre las escuelas socialistas de la Patagonia...*». ¡Y el grupo tuvo que confesar que los socialistas no habían fundado una sola!

pensado por su propio gusto. Don Auffray[75] nos dice: «*Su temperamento no podía hacerle sentir sino aversión por esta iniciativa*».



Santa María Dominga Mazzarello.
Cofundadora del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Instituto fundado en 1872.

Cierto día se encontró con un sacerdote de la diócesis de Mornese, llamado Pestarino. Quien para ayudar a las obras parroquiales de su pueblo había constituido una modesta asociación de muchachas bajo el nombre de Unión de las hijas de María Inmaculada. Su pequeña fundación marchaba obscuramente, cuando a una de las jóvenes, María Mazzarello, de veinticuatro años de edad, se le ocurrió invitar a otra compañera a construir un núcleo más unido por la caridad y la obediencia.



Primera expedición de las Hijas de María auxiliadora a la Argentina.
Foto del 1 de enero de 1879. Santa María Mazzarello se encuentra sentada en el centro.

75 Salesiano que escribió un libro sobre Don Bosco.

- ¿Quieres que aprendamos a coser en provecho de los niños pobres? -dijo María a Petronila, menor que ella un año.

- ¿Cuándo comenzaremos? –respondió con simplicidad.

- Mañana mismo; y hagamos desde ahora la intención de que cada puntada que demos sea un acto de amor de Dios...

Así, con esta ingenuidad, echaron, sin darse cuenta, las bases de una asociación que medio siglo más tarde cubriría el mundo.

Don Pestarino invitaba a Don Bosco a adoptar como hija suya la pequeña asociación de Mornese y a darle forma y amplitud. Don Bosco vacilaba[76]. El Capítulo, por unanimidad, fue del parecer que debía hacerse por las muchachas lo que ya se hacía por los biricchini.

Al año siguiente, el día de San Francisco de Sales, se reunían las jóvenes en número de 27, y elegían por superiora a la Mazzarello, y empezaban a trabajar con espíritu salesiano, bajo el nombre de Hijas de María Auxiliadora[77].

María Mazzarello, primera superiora, no tardó en ser elevada a los altares

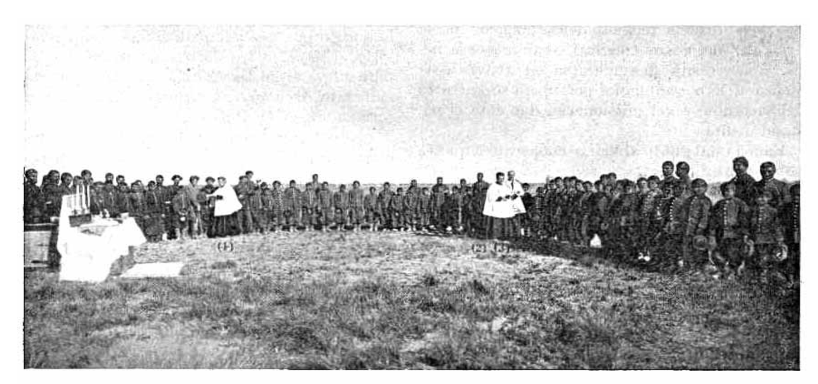
«Las primeras hermanas misioneras viajaron a América, enviadas por Don Bosco, a fines de 1877, con la tercera expedición de salesianos capitaneados por el padre Santiago Costamagna. (...) Sólo con la cuarta expedición llegaron a Buenos Aires las hijas de María Auxiliadora. Esto fue el 26 de enero de 1879»[78].

---

76 Don Bosco hablaba así a los miembros capitulares de su Congregación, en el año 1872: «*Muchas personas autorizadas me exhortan en hacer a favor de las niñas lo que estamos haciendo por los niños. Si sólo consultara mi inclinación, no lo haría; pero temo contrariar un designio de la Providencia. Os propongo que reflexionéis delante del Señor, y dentro de un mes me digáis vuestra opinión*».

77 Era su hábito color café, con una cofia blanca. Al poco tiempo de comenzado algún trabajo su vestimenta resultaba sucia y grotesca. Don Cagliero director general del nuevo instituto, decía riendo: -Si el alma de estas hermanitas es tan fea como su hábito, nos hemos lucido.

78 Cayetano Bruno, *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, Ed. Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Bs. As., 1981, pág. 199.



Misioneros salesianos realizando el primer bautismo de indios
(Boletin Salesiano Agosto 1905)

He aquí la familia salesiana y su desembarco en nuestra patria. Cuantas gracias ha querido el Señor concedernos por su intermedio. ¡Qué beneficios se siguieron de la docilidad de San Juan Bosco al Espíritu Santo que le mostró sus planes en sueños! Como un nuevo San José «*tomó al Niño y a su Madre*»[79] y los trajo a la Argentina. ¡Cómo nos aguijonea su celo por la gloria de Dios y por las almas! No permanezcamos inactivos, por el contrario decidámonos también nosotros, siguiendo sus huellas, a realizar grandes cosas por Jesucristo.

79 Mt 2, 13-15.

Los estudios de Ceferino en Argentina

Juan Manuel del Corazón de Jesús Rossi

«*... la educación cristiana comprende*
todo el ámbito de la vida humana
... para elevarla, regularla y perfeccionarla
según el ejemplo y la doctrina de Cristo».

(S.S. Pío XI)

Capítulo I

Hacia la Capital

«*Monté y me encomendé a Dios*
rumbiando para otro pago…»[80].

Una vez entreabiertas las puertas del desierto inmensurable de las pampas al mensaje salvífico de Jesucristo, era cuestión de esperar unos pocos años para verlas ceder de par en par a la opción inseparable de la santidad heroica y verdadera… porque «el Espíritu sopla donde quiere»[81] pero ayuda que nosotros no nos cerremos a Él, que no pongamos obstáculos a su acción, así como el paraje pampeano no opone ninguna resistencia a los vientos que lo surcan.

Aplicar esta comparación al toldo del cacique Manuel Namuncurá, otrora amo y dueño de cuarenta mil leguas cuadradas de dicho paraje, nos obliga, en cierto modo, a reconocer que Dios quiso premiar su apertura a la civilización cristiana y a las predicaciones salesianas -apertura progresiva y a su medida pero apertura al fin- con aquella petición de uno de sus hijos menores:

- ¿Por qué no me llevas a Buenos Aires a estudiar? (…) yo podré estudiar y ser un día útil a mi raza[82].

80 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 229.

81 Jn 3, 8.

82 *Testimonios*, primera serie, pág. 90: Confidencias del primo de Ceferino y secretario del Cacique, Juan Coñuel, al P. Esteban E. Pagliere. Citado por R. A. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 37.

Un ideal de este estilo excedía todas las fuerzas de un mapuche en estado natural. Y, sin olvidar ciertamente que es sólo Dios quien escoge los corazones desde «*antes que nacieran las montañas*»[83], podemos cederle algún mérito al buen Coronel Namuncurá, el cual no sólo se abrió a la misión de Cagliero y compañía sino que además se mostró siempre entero y deseoso del bien material y espiritual de su tribu y de su hijo Ceferino.

Diáfanas son, en su favor, las palabras con que respondió a Ceferino, de entre las cuales puede sacarse en limpio un elemento seguro: algo más noble había nacido en ese pecho guerrero desde que había sido bañado por las aguas del Bautismo… algo infinitamente superior a lo recibido en su sangre al venir al mundo, como descendiente del gran Calfucurá:

> - Sí, hijo. Tengo muchos amigos en Buenos Aires. Por lo menos, dicen que son amigos… Haré lo posible para recomendarte a ellos. Única cosa que quiero decirte es que tienes que separarte de nosotros. Te afligirás pero no dirás que tu padre te ha abandonado o no secundó tus designios. Dios quiera, hijo, que puedas ser útil…

Añade el valioso y emotivo testimonio de Juan Coñuel que, en medio de estas palabras, el feroz cacique de los mapuches, «*lo abrazó y lo besó…*» a su hijo, como una madre. Y Entraigas comenta con mucho acierto: «*El cacique veía lejos*»[84], que es como decir que sabía que su Ceferino -o Morales, como lo llamaban en su casa- no era otro de tantos indios… realmente podía «*ser útil*».

Hay diferencias entre los biógrafos[85] con respecto a las escalas del viaje de Ceferino y los suyos. Parece más convincente Entraigas cuando afirma que desde Chimpay «*tenían que cruzar el río, ir hasta Choele Choel, y ahí esperar la galera que los llevaría hasta Río Colorado, que*

---

83 Sal 90 (89), 2.

84 R. A. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 38.

85 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VI, págs. 106 - 116. También Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 38, quien dice que la teoría de que Ceferino fue hasta Zapala para tomar el tren con rumbo a la Capital del país la «*suponen Gálvez y otros*» pero se encarga de refutarla y con suficientes razones.

era hasta dónde, en 1897, llegaba el ferrocarril…». Creo que el error de Gálvez de hacer ir a la comitiva del cacique hasta Zapala se debe a su aseveración de que Ceferino se crió en San Ignacio, cerca del río Aluminé. Ya llegará el momento de aclarar este punto.

Mientras tanto continúan los Piedra su viaje en tren, viaje que aleja a Ceferino para siempre de los toldos mapuches de su infancia, viaje que lo aleja para siempre de su madre Rosario. Ceferino Namuncurá es aún un niño de diez años y, aunque «*desde niño pensaba como un hombre*»[86], ciertamente debe sentir profundamente esta separación. Por más que uno crea que volverá, «*toda despedida es muy parecida a la muerte*»[87] y, en este sentido, me cuesta encontrar algún sufrimiento más duro que el de un niño separado de su madre, de su familia, de sus costumbres y de su tierra. Pero el hijo del cacique está entero y afronta un sufrimiento tal porque busca algo más, tiene un fin que trasciende cualquier lazo humano e incluso sus mismas fuerzas de pequeño. El quiere ser útil a los suyos, aún no sabe bien cómo, pero sabe que para lograrlo debe sufrir… las palabras de su padre fueron claras. Al fin y al cabo, era él quien espontaneamente había pedido la separación, mostrando así que sabía lo que quería, como lo mostró toda su vida, la cual está llena de renuncias en vistas de un ideal superior y sobrenatural… los niños que tienen ideales superiores y sobrenaturales pueden afrontar voluntariamente sacrificios inmensos y dolorosos, hasta incluso separarse de sus padres con 10 años. Son como Ceferino que «*pensaba como un hombre*».

Evidentemente, para comprender esto hace falta un poco de ese don sobrenatural que es la fe.

De paso a su destino, los viajeros quedaron tres días en Bahía Blanca, al sur de la provincia bonaerense. Allí fueron recibidos en el colegio salesiano «*Don Bosco*» y fue agasajado el cacique. Sin presentir

86 *Testimonios*, primera serie, pág. 92: Carta del señor Benasulin, citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 37.

87 R. P. Carlos Miguel Buela, IVE, *Sacerdotes para siempre*, pág. 547. Y añade el Padre: «*Para mí, toda despedida tiene algo de parecido al 8 de febrero de 1986*», refiriéndose a la partida del primer miembro de nuestra Congregación, el Instituto del Verbo Encarnado, a la eternidad: el seminarista Marcelo Javier Morsella.

que ese indiecito que el cacique llevaba a Buenos Aires estaba entregado desde toda la eternidad a sus cuidados, los salesianos le festejaron el cumpleaños número once el 26 de agosto.

Días más tarde, llegan a Buenos Aires, a la capital, conocida para Don Manuel pero totalmente ignota para Ceferino. Sale a recibirlos un malón de mapuches, antiguos prisioneros de guerra, ahora libres en la ciudad, «*…se agolpaban en la estación del Ferrocarril del Sud, encabezados por el aborigen Antonio Rey*»[88], quien dirige un sucinto discurso de bienvenida al «*Monarca destronado*»[89].

Continúa Entraigas diciendo: «*Don Manuel contestó emocionado, y luego presentó a un pequeño tapecito de 11 años, de ojos vivísimos, rostro amable y porte señorial: era Ceferino. El mancebo se limitó a sonreír; pero cuando le preguntaron qué venía a hacer, dijo, categóricamente:*

- *Vengo a estudiar para bien de mi raza…*

Los mapuches, que no esperaban esa salida, lo rodearon, abrazaron y besaron.

- *¡Cuánto me alegro que así sea! - dijo Rey, y los demás repetían:*

- *¡Así sea!*»[90].

Ya en la ciudad, era el turno de actuar del cacique, tenía allí, según sus propias palabras, muchos de los que «*dicen que son amigos*». Uno de ellos era el General Luis María Campos, ministro de guerra en la segunda presidencia de Roca[91], el cual gozaba de ascendiente prestigio.

Como ya testimonió Entraigas, el cacique veía lejos. Con esa visión le describió al General Campos el ideario de su hijo pequeño, en pocas palabras pero muy concisas, como mejor lo saben hacer los indios:

---

88 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 38.

89 *Testimonios*, primera serie, pág. 90: Coñuel al P. Pagliere. Citado por Entraigas, , Cap., pág. 38.

90 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 38.

91 Desde 1904 a 1910. Campos también fue ministro de Luis Sáenz Peña y de Figueroa Alcorta. Cuando Ceferino llegó a Buenos Aires, el presidente era José Evaristo Uriburu.

- Vengo a decirle, señor general, que quiero educar a un hijo y a un nieto. Mi intención es que sean civilizados, buenos argentinos, para enseñar lo que aprendan aquí a la gente de su tribu…

Nótese que aquí habla Don Manuel de un sobrino de Ceferino, el cual parece haber venido con él desde Chimpay para hacer sus estudios en Buenos Aires. Pocos datos se tienen de él fuera de lo que se lee en el libro mayor del Colegio Pío IX: «*Albino Namuncurá Montiel. Hijo de Juan y de Carolina Namuncurá. Apoderado: Juan Cañuel (sic), sobrino del cacique y en cuya casa para. Mensualidad: $ 20. Abonará entro (sic) un año, su tío el cacique*»[92]. Nada se dice de sus intenciones de venir a Buenos Aires y poco se conoce de su vida posterior. Tenía un par de años más que Ceferino. Quizás fue un buen apoyo para él en esos primeros días en que estaba a punto de quedar solo en la gran ciudad.

El militar, padrino de Manuel, decidió conseguir a Ceferino una beca en los Talleres Nacionales de Marina, ubicados en la localidad de Tigre. «*Ceferino ingresó en los Talleres del Tigre, y lo pusieron como aprendiz de carpintero*»[93].

Si uno imagina al introvertido indígena de once años en esos talleres militares, donde no reinaba precisamente el mejor de los ambientes, fácilmente puede arribar a la consecuencia lógica: «*…el pequeño se sintió mal. Su padre lo visitaba con frecuencia. Y un día notó en sus ojos vidriosos la enorme pena que lo devoraba*»[94].

Gracias al cielo, que lo tenía reservado para metas más altas, el hijo del cacique no se acostumbró a los Talleres en los pocos días que allí estuvo. Además él tenía la idea fija de estudiar; como carpintero veía pocas posibilidades de ayudar a su tribu. Su padre fue a retirarlo, «*…el buen Ceferino, entre sollozos, le dijo que aquello no era para él, que él no se habituaría jamás a ese ambiente… Don Manuel le dijo que no se afligiera, que él arreglaría eso*»[95]. Salió en busca de algún otro de

92 Año 1897, pág. 517. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 42.

93 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 39. El autor anota al pie: «*Una placa de los Exploradores de Don Bosco recuerda el paso de Ceferino por esos Talleres*».

94 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 39.

95 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 39.

sus contactos y se dirigió al antes presidente Don Luis Sáenz Peña, el «*anciano bueno*»[96], que le había conseguido alguna vez ocho leguas de campo. Le rogó a su protector por la suerte de su hijo «*Y el anciano, luego de reflexionar brevemente, le contestó:*

- Muy bien, Don Manuel; lo voy a recomendar a los padres salesianos. Estos hombres siempre se han preocupado por el bien de los indígenas…



Monseñor Juan Cagliero.
Vicario Apostólico de la Patagonia.

Y ese mismo día, el 14 de septiembre de 1897, redactaba y entregaba al cacique…»[97] una carta de recomendación para el «*R. P. Superior de San Carlos, Pbro. N. Vespignani*»[98].

Son de especial interés algunos párrafos:

Distinguido señor y de mi aprecio:

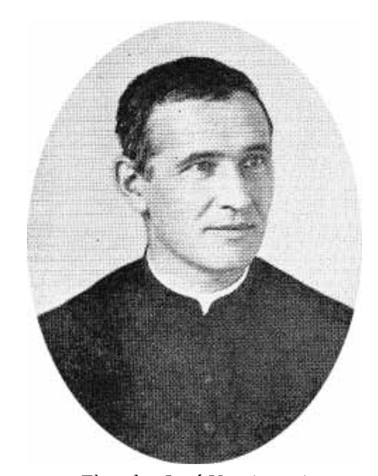
Me permito presentar a usted al portador, que es el cacique Namuncurá, que ha venido a empeñarse conmigo para que le facilite el medio de educar, dentro de los principios religiosos, a un hijo de once años que tiene.

96 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 39.
97 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 39.
98 Así dice el encabezado de la carta. Debiera quizás decir: «*J. Vespignani*».

Viene a continuación un comentario sobre los proyectos de Namuncurá de establecerse con su tribu en el Neuquén y allí construir una capilla. Y prosigue:

> *...estos antecedentes me deciden a interesarme decididamente cerca de usted, y si es preciso del señor obispo Cagliero, para que reciban en ese colegio, para educar, al referido joven que se llama Ceferino Namuncurá, el que su padre desea dejarlo en ese colegio.*

Se nota en el espíritu de la carta, como bien refiere Entraigas, lo interesado que estaba el antiguo presidente de la Nación por la causa de su protegido, el cacique mapuche.



El padre José Vespignani.
Cuando era joven sacerdote.
Fue el primer y más importante Director Espiritual de Ceferino Namuncurá

«La Providencia, que todo lo guía, "fortiter suaviterque disponens omnia"[99]*, quiso que en esos días se hallara monseñor Cagliero en San Carlos.* (...) *El padre Vespignani fue corriendo a mostrar al Prelado la nota, sabiendo que le iba a dar un alegrón. Y así fue, en verdad. Monseñor, que había escuchado de labios de Don Bosco que "un día los indios irán espontáneamente hasta ustedes...", y ansiando ponerse*

99 «*que todo lo dispone suave y fuertemente*».

en contacto con la gente de Namuncurá, no sólo dijo al padre José que recibiera al hijo del cacique, sino también al nieto»[100].

El salesiano Juan Cagliero era, por entonces, vicario apostólico de la Patagonia. Había ido ya en una ocasión a visitar a los indios del cacique Sayhueque pero de allí no había pasado a los toldos de Chimpay, quizás por la rivalidad de ambos caciques. El misionero de Namuncurá era el P. Milanesio. «*Namuncurá y Cagliero fueron después muy amigos; pero se conocieron ese día 20 de septiembre de 1897*»[101].

Ese día 20 de septiembre de 1897 es el día que el Señor hizo para que viera la llegada de Ceferino Namuncurá, el descendiente de los caciques de la pampa, al famoso Colegio Pío IX de los salesianos. «*Aunque bautizado, Ceferino ha vivido hasta entonces sin conocer a Cristo. Desde ese día comienza a ser un perfecto hombre de Cristo*»[102].

Muchos testimonios hay de la llegada de la comitiva pampeana al Colegio, de quienes lo vivieron:

«*Un día, una noticia nos conmovió y llenó de curiosidad al Colegio San Francisco de Sales: dos indios, verdaderos indios, acababan de llegar a la escuela. Corrimos todos, pensando en los atavíos guerreros que estábamos acostumbrados a ver y nos encontramos con dos niños de ojos dulces, bondadosos e inocentes. Uno de ellos era Namuncurá y el otro el indiecito Montiel, quien yo creía fuese su hermano*»[103].

Dice Colegio San Francisco de Sales, porque desde hacía cuatro años que «*era colegio sucursal Don Bosco,* (…) *destinado a descongestionar el atestado Colegio Pío IX recibiendo a los externos y los internos de los primeros grados*»[104].

Otro ex alumno del Colegio que, a la sazón, cursaba 2º grado, cuenta también sus recuerdos de aquella jornada:

100 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 41.
101 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 41.
102 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VI, págs. 106 - 116.
103 Testimonio del padre Alfonso M. Donnis, compañero de Ceferino.
104 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VI, pág. 46.

«Recuerdo que un día, después del almuerzo, nos sorprendió la música de la banda de los artesanos, dirigida por el maestro Barden, con sus alegres acordes a la entrada del comedor que llamábamos de los padres. Inquirimos algunos niños a qué respondía esa fiesta y el finado padre Del Carría nos manifestó que acababa de llegar el cacique Namuncurá, con varios de sus hijos, procedente de la Patagonia y traídos por monseñor Cagliero; y que entre los hijos, todos indios, se hallaba uno de los menores, o el menor, llamado Ceferino, que debía quedar como pupilo entre nosotros. Desde ese momento no buscamos más que ver a Ceferino»[105].

En esos años, el director del Colegio Pío IX era el primer argentino convertido en salesiano, el joven sacerdote Esteban Pagliere. Monseñor Cagliero lo había enviado, sin embargo, el 5 de junio de ese año a Turín, junto al clérigo Luis Pedemonte; con el fin de que se embebiesen del espíritu de Don Bosco y de la Congregación, que se respiraba todavía en el Oratorio de Valdocco.

Cumplía sus funciones quien era inspector y párroco de San Carlos, el padre José Vespignani, que había sido director hasta 1895. Él, junto a Cagliero y otros padres, salieron a recibir al cacique y al futuro interno, Ceferino. Como manifiestan los testimonios, todos los alumnos estaban ansiosos de ver a los indios, de los que habían escuchado multitud de historias contadas por los misioneros salesianos que vivían en la Patagonia y visitaban de cuando en cuando el Colegio. Igualmente, ellos mismos reconocen que no vieron lo que esperaban: nada de taparrabos ni vinchas ni arcos ni flechas ni lanzas; sino un hombre «*de aspecto terrible*» pero que «*viste uniforme de coronel de caballería: pantalón rojo, chaqueta azul…*»[106]. Continúa Gálvez diciendo que a los chicos «*les impone temor aquel hombre tan serio, de mirada penetrante, bajo y fornido y de piernas encorvadas*»[107].

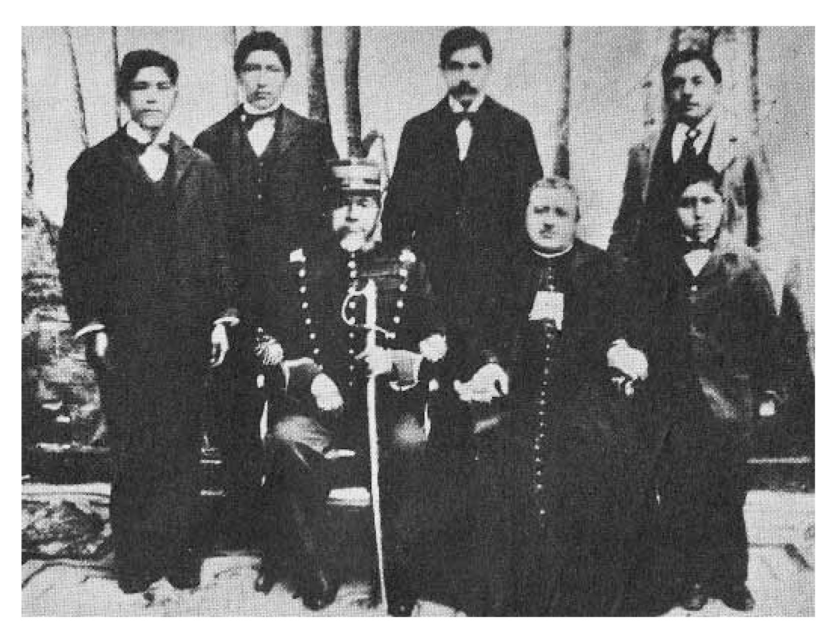
«Era el cacique Namuncurá, el Rey de las Pampas, que se había civilizado más por los medios persuasivos de la religión que por la

105 Testimonio de Don José Alleno, desde Lomas de Zamora, el 26 de julio de 1911, al padre Vespignani. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VI, pág. 46.

106 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

107 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

fuerza de las armas; con él venían varios hijos, y entre ellos, Ceferino, mi futuro amigo. Recuerdo que nos fue presentado como compañero; y desde ese día, creo, quedó en el Colegio... »[108].



Fotografía del año 1897, en el colegio Pío IX.
Aparecen el cacique Namuncurá con algunos parientes, el entonces Monseñor Juan Cagliero, y a su izquierda, de pie, Ceferino.

Los padres recibieron al cacique como a un ilustre visitante y lo invitaron al almuerzo. Hacia los postres, tocó la banda, como lo hacía «*siempre que había algún huésped ilustre a almorzar*»[109]. Entraigas nos narra otra de las felices ideas de Cagliero: «*Terminada la comida y retirada la banda, el vicario apostólico quiso hacerse retratar con sus huéspedes. Pusieron dos sillones: uno para el Prelado, y otro para el cacique. Los demás están de pie*»[110]. Gracias a esa foto, tomada por deseo del gran apóstol de la Patagonia, podemos ver el aspecto de Ceferino y de su padre, repetido casi paralelamente por todos los testigos.

108 Continúa aquí el mismo testimonio de Don José Alleno, ya citado.
109 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VI, pág. 48.
110 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VI, pág. 48.

Y es que monseñor Juan Cagliero había heredado de san Juan Bosco, con quien compartió muchas horas, ese tacto intuitivo que permite a los santos descubrir lo realmente importante y no quedarse en lo accidental, ese no se qué que tienen y que les permite palpar más que nadie la realidad con la cual se enfrentan. Cagliero intuía, de algún modo, que se encontraba ante el primer y más importante fruto de las misiones patagónicas y, por qué no, de todas las misiones salesianas. Y de ahí la respuesta inmediata al pedido de Don Luis y el recibimiento pomposo a la embajada mapuche: un nativo, un hijo de salvajes, criado en los toldos, un fruto de las misiones, bautizado por un salesiano hace no mucho tiempo, pedía ahora ingresar a estudiar en uno de los colegios fundados en Buenos Aires. Era un signo inequívoco de que Dios aprobaba el trabajo de los padres y cuando Dios bendice, uno se renueva en fuerzas porque sabe que «*con la gracia del Altísimo no fracasará*»[111].

Para una Congregación que está en sus comienzos, como estaban en ese entonces los salesianos, es un aliciente muy importante que el mismo Señor confirme la obra, en los diferentes lugares en que se halle dispersa, con frutos visibles que hacen vibrar a todo el Instituto y que hacen que la lejanía unifique cada vez más a los miembros dispersos. Así todos los salesianos que asistieron al Capítulo General de la Orden en agosto de 1904, en Roma, recibieron al «lirio de la Patagonia» -según lo llamó Cagliero- con los mismos afectos y consideraciones con que Cagliero y Vespignani lo habían recibido en ese 20 de septiembre de 1897.

Es lo grandioso de los carismas que el Espíritu Santo sigue suscitando en la Iglesia, que hacen que los que participan de ellos y los viven precisamente como Él los ha suscitado, se hagan cada vez más uno a pesar de la distancia. En otras palabras, es lo que «*decía La Rochefoucauld: la distancia es al amor como el viento al fuego; aviva y enciende, aún más, un amor grande; apaga un amor pequeño*»[112].

Para un religioso en tierra de misión, la fidelidad al propio carisma es el último bastión del que puede sostenerse para volver a tomar la

111 Sal 21 (20), 8.

112 R. P. Carlos Miguel Buela, IVE, *María de Luján*, pág. 548.

cruz cada día y saber que está siguiendo el mismo *Via Crucis* que regaron, con Su sangre, Cristo y Su Iglesia.

Esto es lo que indicaba Don Bosco cuando decía:

«*Llegad al convencimiento de que la gloria de la Congregación sois vosotros, que todo está en vuestras manos. La ayuda de Dios no faltará*»[113].

Cagliero, Vespignani, Milanesio y los demás padres vivieron el carisma salesiano y dieron frutos de santidad, empezando por el niño que se queda, medio asustado, a partir de ese día, a vivir con ellos como interno: Ceferino, el cual jamás volverá a sus toldos.

Su padre se fue y el niño fue presentado a los otros internos, sus futuros compañeros. Uno de ellos testimonia:

«*Rarísima vez monseñor Juan Cagliero nos visitaba en el salón de estudio; por eso, en esta ocasión su presencia fue acogida con visible y simpática sorpresa: traía a dos jóvenes indios; a uno, el menor de los dos, que parecía demostrar cierta confusión, ante tantos niños, lo tomó de la mano y lo presentó con palabras conmovedoras:*

- *Este joven -dijo monseñor- será en adelante vuestro compañero: aceptadlo en nombre de Don Bosco y prodigadle vuestro afecto y vuestra amistad...*»[114].

En el mismo testimonio se dice que monseñor Cagliero terminó sus palabras «*diciendo con emoción su esperanza de que el niño indígena:*

…siga la causa del apostolado de la Cruz.

Y el misionero y Ceferino se miran de un modo tan significativo que los circunstantes no dejan de observarlo»[115].

Julio Salmini, elegido por Cagliero como ángel custodio de Ceferino para esos primeros días, refiere:

---

113 *1000 Máximas de Don Bosco*, Recopiladas por el P. Rafael Sánchez Vargas S.D.B., nº 845.En adelante: *Máximas*.

114 Testimonio del señor Julio Salmini. En *Testimonios*, primera serie, pág. 105-106.

115 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

«*Recuerdo que Ceferino, un tanto cohibido, esa noche me preguntó, en un dificultoso castellano:*

- *¿Qué debo hacer ahora?*

A lo que contesté con el mismo tono, sin que se percataran los otros:

- *Espera: te avisaré.*

(...) *Al día siguiente, en el recreo de la mañana, cuando se podía conversar libremente, empecé a explicarle cómo debía conducirse con los compañeros; él prestaba mucha atención a mis indicaciones, y no era necesario repetirle las advertencias que le hacía, porque ponía mucho empeño en cumplirlas exactamente.*

Al principio me resultaba un poco difícil hacerme entender oralmente, a causa de que él no dominaba nuestro idioma; pero era visible su progreso, lo que demostraba poseer una inteligencia normal y una férrea voluntad de adaptarse al ambiente de disciplina del colegio»[116].

De a poco, el hijo del cacique, se fue acostumbrando. Frecuentaba el ínfimo grado en el San Francisco y, para cursar, debía cruzar la calle cuatro veces por día. Su director era el padre Juan Bautista Gherra, «*hombre esencialmente bueno, generoso y amplio, cualidades que le valieron muchas vocaciones salesianas, a las que arrastró con su ejemplo*»[117].

Ceferino le tomó mucho aprecio desde el comienzo y en su honor inventó una pequeña cancioncilla, recordada por la mayoría de sus compañeros, la cual cantaba con su «*magnífica voz de soprano*»[118], «*saltando al son de su cantito, y sonriendo con su alma abierta y franca*»[119].

---

116 Recordemos lo de Don Bosco: «*Llegad al convencimiento de que la gloria de la Congregación sois vosotros, que todo está en vuestras manos. La ayuda de Dios no faltará*». *Máximas...*, nº 845.

117 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VI, pág. 46.

118 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VII, pág. 52.

119 Testimonio del padre Luis J. Muras. En *Testimonios*, serie segunda, pág. 100.

La canción constaba de una pequeña elaboración sobre una melodía del napolitano Luis Denza y decía:

¡Fulí, fulí, fulí, fulá!

¡Viva el padre Gherra y Namuncurá!

Son muchos sus compañeros de aquel entonces que refieren haber escuchado su composición, siempre entonada con alegría, e incluso narran que el cantito era pedido por los alumnos y por los mismos superiores.

El 27 de diciembre de ese año, Ceferino Namuncurá culminó su primer año de estudios. Al no tener donde pasar sus vacaciones fue enviado a la escuela agrícola de Uribelarrea, a unos 100 km de la ciudad de Buenos Aires. Ya era alumno del colegio, ya lo conocían, ya manejaba discretamente el idioma.

De a poco se iba convirtiendo en el gran santo que estaba destinado a ser.

Capítulo II

La vida en el Pío IX

«Me hice hombre de esa manera
bajo el más duro rigor;
sufriendo tanto dolor
muchas cosas aprendí…»[120]

La escuela agrícola de Uribelarrea tenía sus orígenes en la mismísima voluntad del Sumo Pontífice León XIII. En 1893, el sucesor de Pío IX había dicho a monseñor Lasagna, quien fuera misionero salesiano en Brasil y Uruguay:

«Sí, todo eso está muy bien; pero ustedes no tienen todavía una sola escuela agrícola…»[121].

El obispo, fundador del Colegio de Montevideo, comentó este suceso en un almuerzo con «*el doctor de Nevares, el señor Bourdieu y el hacendado Uribelarrea. Las palabras del Papa indujeron a Don Miguel*[122] *a ofrecer doscientas hectáreas, a cien kilómetros de Buenos Aires, para que los salesianos establecieran la primera escuela agrícola*»[123].

Se fundó en aquel lugar, luego llamado Uribelarrea, la escuela agrícola Don Bosco. Hacia ella se dirigían muchas veces los salesianos y algunos de los alumnos, con el fin de pasar algunos días de vacaciones.

---

120 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 832.
121 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 73.
122 El señor Miguel Uribelarrea, estanciero, de quien tomó el nombre la zona.
123 P. Lorenzo Massa, *Vida del padre José Vespignani*, pág. 315.

Ceferino llegó a Uribelarrea el 27 de diciembre de 1897 y se marchó recién en febrero, para retomar las clases en el Pío IX.

De aquellos días de vacaciones se conservan algunos testimonios, de entre los cuales uno tiene particular importancia, debido a que encontramos en él las primeras manifestaciones del amor del beato por su tierra y por los suyos, a quienes veía tan necesitados. Me parece normal que, tras casi cuatro meses de ausencia, deje de negarse a hablar de los mapuches y comience a contar de todo lo que sucede con sus paisanos:

«Era en el año 1897. Me encontraba como alumno en la Escuela Agrícola Don Bosco, pueblo de Uribelarrea; era a fines de diciembre de ese año, cuando un día llegó a la Escuela el padre Juan B. Gherra, director del Oratorio San Francisco de Sales, con el niño Ceferino Namuncurá a pasar unos días de vacaciones.

Como yo era el encargado de llevar todas las mañanas la leche al Colegio San Miguel y al de las Hermanas de María Auxiliadora, me pidió el padre Gherra que, ya que iba solo en la jardinera, llevara al niño Ceferino como compañero, pues le serviría de distracción y de paseo.

Yo, encantado de tener un compañero de viaje; en pocas horas nos hicimos amigos. En el trayecto quería siempre manejar él el caballo. Yo siempre lo complacía. Él me narraba muchas cosas de la Patagonia. Para mí eran todas novedades; pero como no me interesaban, prestaba poca atención. Tanto que una vez lo interrumpí con una pregunta que no venía al caso. Y él me dijo:

- ¿Cómo? ¿no le interesan a usted mis explicaciones? Si usted conociera la Patagonia, vería qué linda es...»[124].

El entonces repartidor de leche, y *«más tarde coadjutor o lego salesiano, referirá, años después, algo importante y que ocurre varias veces. Para dar todo su valor a las palabras que el repartidor oye a Ceferino, es preciso recordar que el indiecito solo tiene once años y*

124 Testimonio de Ernesto Frigerio. En *Testimonios*, serie primera, pág. 113. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 73.

unos meses y que hace cuatro meses carecía en absoluto de instrucción religiosa.

Van los dos en el carrito, cuando he ahí que Ceferino exclama, según el lego, que sin duda juzgó poco elegante repetir sus palabras textuales:

- *¡Qué dicha es la de poder llegar un día a ser sacerdote! Entonces volvería a mis tierras a enseñar a tantos paisanos míos a conocer y amar a Dios.*

Luego pregunta a su interlocutor si le gustaría también ser sacerdote. A la respuesta afirmativa, le propone rogar para que los dos lo sean. En efecto, rezan parte del rosario. Y cuando regresan al Colegio, el indiecito corre a visitar a Jesús en la capilla, arrastrando a su compañero, sin lo cual no habría quedado contento»[125].

También refiere Gálvez acerca de estos días:

«*¿Cómo pasa las vacaciones? Puede afirmarse que no deja de estudiar, por lo menos de mejorar su lectura, sea que esto figure entre sus obligaciones o que él lo haga voluntariamente. Pues de otro modo no se explica que, al terminar las vacaciones, a fines de febrero, lea y escriba discretamente, según afirma un compañero del Pío IX que ha ido con él a Uribelarrea*»[126].

En el libro mayor del Colegio Pío IX se lee sobre Ceferino: «*Volvió de vacaciones el 28 de febrero de 1898*»[127].

Ceferino vuelve a retomar las clases ahora como alumno efectivo del Colegio Pío IX, dispuesto a empezar su primer grado.

Debe afrontar entonces algunas pruebas interesantes de considerar, lo cual se verá en el próximo capítulo. Por lo pronto, y para la continuidad de este relato, vale decir que sus sufrimientos se centraron sobre todo en su trabajo de desarraigar sus antiguos hábitos,

---

125 Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

126 Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

127 *Testimonios*, serie primera, pág. 104-105. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 79.

cuyo origen no se remontaba a su nacimiento en Chimpay sino a siglos de costumbres mapuches. En lugar de ellos debía colocar las virtudes cristianas, exigentes pero, a la vez, suaves y ligeras[128]. Sin embargo «*…el indiecito juró ser fuerte. Pero para ser fuerte hay que alimentarse, había oído decir en varias buenas noches. ¡Y él no se alimentaba!*»[129].

Entraigas dice que en esto se encontraba «*su tragedia…*»[130]. Quizás no sea para tanto. Igualmente no se puede negar que sufriría seguramente el no poder comulgar y ver como, día a día, sus compañeros lo hacían. Le dicen los padres que necesita estudiar bien el catecismo y comienza «*a prepararse esmeradamente a la primera comunión*»[131], a «*todas las horas del día se le ve con el librito en la mano. En los recreos se aísla para poder estudiar*»[132]. El catequista, por esos años, era el padre Antonio Costamagna, hombre de gran suavidad y paciencia en el arte de enseñar. Él tuvo a cargo la misión de preparar a Ceferino a su primera comunión.

Entre tanto, hace su primera confesión. Entraigas, acertadamente, lo imagina acercándose con una preparación esmerada a su confesor. Es difícil imaginar otra cosa.

> «*Para volar al Cielo necesitamos dos alas: la confesión y la comunión. ¿Queréis entrar al cielo? La Confesión es la cerradura, la llave es la confianza en el confesor. Este es el medio para abrir las puertas del paraíso*»[133].

Por esa época, en que se acercaba el día tan ansiado, a fines del invierno de 1898, hizo Ceferino sus Ejercicios Espirituales, en la fecha en que los hacían todos los alumnos del Colegio. Todo se convertía en preparación para el momento más glorioso, «*hasta entonces, en la vida de Ceferino*»[134].

---

128 Cfr. Mt 11, 30.
129 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. IX, pág. 68.
130 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. IX, pág. 68.
131 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 74.
132 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.
133 *Máximas...*, nº 240.
134 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

«Después de un año de contracción al estudio, después de doce meses de suspirar por la comunión, llegó el 8 de septiembre, día de la Natividad de la Virgen. El padre Vespignani estaba en Europa. Probablemente, le dio la primera comunión el padre Miguel Borghino, que era vicario inspectorial»[135].

Su alegría se adivina inmensa. El padre Vespignani, al cumplirse diez años de la muerte de Ceferino, escribió un artículo para *Il Bollettino Salesiano* donde dice:

«Edificó a todos con la diligencia empleada en prepararse a la primera confesión y, poco después, a la primera comunión. El fervor con que recibió estos sacramentos le quedó impreso en la persona, dándole una expresión casi de ángel y ayudándolo a destacarse indefectiblemente entre sus compañeros por su piedad, diligencia y conducta ejemplar, y filial confianza y tierna gratitud hacia los Superiores...»[136].



Ceferino en 1898, año de su primera comunión. Cuando tenía doce años.

Un compañero suyo de clase dirá: *«Era el alumno que más frecuentaba la santa comunión…»*[137].

135 Entraigas, *EL mancebo...*, Cap. IX, pág. 70.

136 *Bollettino Salesiano*, mayo de 1915, pág. 145. *«…edificò tutti colla diligenza impiegata nel prepararsi alla sua prima Confessione e poco dopo alla prima Comunione. Il fervore con cui ricevette questi SS. Sacramenti gli restò impresso nella persona dandogli un'espressione quasi di angelo e aiutandolo a primeggiare stabilmente fra i compagni per pietà, diligenza e condotta esemplare, e filiale confidenza e tenera gratitudine verso i superiori.* »

137 Testimonio de Gismondi, compañero del Colegio.

Añade Gálvez que desde «*ese día comulga cada semana, durante un breve tiempo. Después, con el permiso de sus superiores, lo hará cotidianamente*»[138]. «*Y desde ese entonces comenzó a alimentarse con el Pan de los fuertes*»[139]. Se verá más adelante que su devoción al Santísimo era del todo particular.

A partir de entonces, Ceferino se sigue interesando por aprender y formarse como cristiano.

Pese a sus esfuerzos, la falta de costumbre de estudio y de formación intelectual de su niñez le juega una mala pasada. A fin de año se encontrará aplazado en los exámenes finales correspondientes a primer grado: 40 puntos obtenidos sobre 110. Esta humillación era dura pero no tan escandalosa como la quiere hacer aparecer Entraigas. Estaba en los planes de un mapuche como Ceferino, amante del sentido común. Dios no nos pide el triunfo ni la gloria sino que nos entreguemos al trabajo. El verá si nos premia también aquí en la tierra… Lo que Ceferino buscaba lo consiguió evidentemente: glorificó a Dios y creció en virtudes y aprendió que también puede fracasar humanamente quien busca imitar a un crucificado.

Fue Namuncurá a Uribelarrea, a estudiar, a levantar el aplazo, y lo levantó. El 15 de febrero estaba de vuelta en el Colegio, como alumno regular del segundo grado.

En ese año, 1899, recibe la ayuda que le faltaba.

Dice Vespignani: «*Es confirmado en la iglesia de San Carlos el 5 de noviembre de 1899 por monseñor Gregorio Romero a la edad de 13 años siendo su padrino el cooperador salesiano Don Francisco Picabea*»[140].

Comenta Entraigas: «…*el Prelado lo ungió en la frente, para hacerlo soldado aguerrido de Cristo. El chico pidió lo que más iba a necesitar para llenar su misión sobre la tierra: fortaleza*»[141]. Y Jesucristo

138 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.
139 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 74.
140 Testimonios, serie primera, pág. 72. Citado por Entraigas, pág. 81.
141 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 78.

lo hizo fuerte, sigue Entraigas, como la Virgen le había prometido que lo haría a Don Bosco en aquel su primer sueño, cuando sólo contaba con nueve años.

Ceferino ha completado así su iniciación cristiana y enriquece cada vez más su vocación: será sacerdote salesiano y será misionero de los mapuches, de los suyos… y les celebrará el santo Sacrificio en los mismos toldos que lo vieron crecer. Comienza, a causa de estos anhelos, a esforzarse a diario por ser buen estudiante. Sabe que su misión es superior y que debe prepararse para afrontarla del mejor modo posible. Deberá enseñar… entonces hay que aprender.

Y el Padre lo premia, premia su esfuerzo también terrenalmente, porque ese año, 1899, Ceferino Namuncurá recibe gran cantidad de premios de estudio.

Ya el año anterior, pese a los malos resultados en los exámenes finales, lo habían nombrado Príncipe de la Doctrina Cristiana, por su destacado conocimiento en las competencias de catecismo.

Dejamos a Gálvez explicar en qué consiste todo esto:

«Cada año los padres salesianos organizan entre los alumnos dos certámenes. Uno, para los menores, es sobre el catecismo chico; (…) El que vence en el primero es proclamado Príncipe de la Doctrina Cristiana. (…)

[Ceferino] *Ya sabe bien el catecismo chico, mas para presentarse en un concurso es preciso saberlo al pie de la letra, palabra por palabra, sin olvidarse de una coma. Ceferino lo estudia hasta en los recreos, y el día señalado se presenta al certamen y triunfa.*

…el nieto de Calfucurá, que pudo ser príncipe de la dinastía de los Piedra, va a ser proclamado príncipe de la Doctrina Cristiana, el salón de actos del Colegio Pío IX desborda de concurrentes. Entre ellos están Santiago Costamagna, ahora obispo, y otras autoridades eclesiásticas, civiles y militares. Y están igualmente los alumnos del Colegio, los cuales, sumados los que aprenden un oficio y los que estudian, pasan de quinientos. (…)

Al llegar el momento de la distribución de los premios, llaman a Ceferino Namuncurá. El indiecito, en cuyos ojos aun ha de persistir la visión de las soledades del Río Negro y del Neuquén, sube cohibido al tablado, pensando, seguramente, en lo desagradable que es ser mirado y aplaudido por tanta gente. Porque le aplauden todos, grandes y chicos. Ya está ante la multitud el pobre muchachito de doce años. Y he ahí que, como signo de su principado, le colocan en la cabeza una corona hecha de cartulina.

…Ceferino es acariciado y felicitado por Cagliero, vicario apostólico de la Patagonia, y recibe una medalla y le colocan en el pecho una banda celeste y blanca»[142].

Ya en segundo grado, vuelve a obtener el premio de Príncipe, con lo que se confirma su ardiente deseo de aprender y retener el catecismo. Pero no será el único premio que reciba este año: el padre Vicente Martínez Torrens anota que, al concluirse aquel año, Ceferino es el primer premio de todo el curso y también de conducta y aplicación[143].

En 1900, cursando tercer grado, vuelve a ser el dueño del primer premio de conducta y aplicación y le dan el tercer premio de todo el curso, además de un premio de Historia Sagrada.

Otra asignatura donde es premiado tanto en 1899 como en 1900 es en canto. En 1901 obtendrá el primer premio. Muchos testimonian su excelente voz de soprano, especialmente entre los once y los catorce años. Entraigas narra una anécdota interesante que nos muestra a Ceferino afianzado como cantor en el Colegio:

«*Otra prueba de su excelente voz: debía ejecutarse un dúo en el Colegio Pío IX. Ceferino cantaba de soprano; pero he ahí que el contralto se enfermó. Entonces, sabiendo el maestro que en el Colegio San Francisco había un buen contralto, se lo pidió al Director. Este llamó al contralto, que era un chiquillo llamado Guillermo Brett -luego, sacerdote salesiano, y director e inspector en nuestro país-, y le dijo:*

142 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

143 El padre Vicente Martínez Torrens es el postulador de la causa de beatificación del Venerable Ceferino Namuncurá y desarrolla una cronología de su vida, de donde están tomados estos datos. La cronología puede encontrarse en: http://ceferino.dbp.org.ar/ceferino/

- Mira, tienes que ir enfrente. Vas a cantar tal cosa de contralto. El que hace de soprano es nada menos que el hijo de un cacique... Vete, que te esperan para ensayar.

Brett, al oír eso de hijo de un cacique, se alarmó. Ya Ceferino no frecuentaba más el Colegio San Francisco. Para el pequeño Guillermo, eso de encontrarse con un indio le produjo una impresión nada favorable. El hecho es que entró temeroso en el colegio de enfrente, y cuando llegó a la clase de canto, temblaba. El maestro le presentó a Ceferino. Éste, al punto notó que su colega en el arte de Euterpe está asustado. Entonces, le puso una mano en el hombro, le sonrió con una sonrisa dulcísima, y le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

- Guillermo… - dijo el chico, reponiéndose lentamente.

Y Ceferino prosiguió: - ¿Y qué vas a ser, cuando seas grande?

- Sacerdote - dijo Brett con entereza.

- Bien -prosiguió el araucano-; yo también quiero ser sacerdote. De modo que estaremos juntos… Pero ahora, a cantar…

Y comenzaron el ensayo.

El padre Brett siempre recordaba este episodio de su vida. Y decía que Ceferino no era solamente un gran cantor, sino también un gran amigo…»[144].

Ceferino fue un artista y «*su alma, naturalmente fina, captó bien la belleza de las melodías, y cuando oyó el órgano, el armonio, el violín, el clarinete y el violoncelo, en él se despertó el artista nato que dormía en su ser*»[145]; pero además era un guerrero y luchó por conseguir lo que quería y lo obtuvo, obtuvo las virtudes, a las que ayudaba su buen natural.

---

144 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VII, pág. 53.

145 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VII, pág. 55. «*Parecíame estar en el paraíso*» dirá después, en Roma, cuando asista a la celebración del Papa Pío X, con música de Lorenzo Perosi y Palestrina.

Muchas cosas se pueden destacar de su época de Colegio. Los testimonios rescatan, sobre todo, su carácter alegre y su cercanía a los superiores. Alcanzará con citar algunos:

Narra uno de los sacerdotes que estaban en el Colegio como superiores suyos:

«*Desde que lo conocí, noté en él un candor angelical. Era de carácter expansivo y alegre con los superiores y compañeros; pero jamás abusó de la confianza de los mismos.*

Traslucía en su rostro la nobleza de corazón que era todo caridad para con sus compañeros»[146].

Otro de sus formadores dice:

«*Dos cosas me llamaban la atención en ese niño: el cariño y afecto filial hacia el padre Gherra, de cuya sotana iba prendido, y la sencillez de su porte.*

(…) Vimos, además, a Ceferino, en la casa de Bernal, en las fiestas que a menudo se celebraban en la casa de formación. Por un motivo o por otro, entre los alumnos del Colegio Pío IX que concurrían a las mismas, contábase siempre él. Nosotros los clérigos nos gozábamos de la santa ingenuidad de ese niño»[147].

Otro salesiano que vivió también con él afirma acerca de su vida en los años del Pío IX:

«*Llamaba la atención su modo respetuoso de tratar con los mayores, fueran quienes fuesen; era jovial dentro de su seriedad, y era él quien mantenía alegre el ambiente donde se hallaba*»[148].

---

146 Testimonio del padre José Spadavecchia, sacerdote músico. En *Testimonios*, serie primera, 94.

147 Testimonio del entonces clérigo Lorenzo Massa, quien posteriormente fundaría el club San Lorenzo de Almagro, originado precisamente en un oratorio salesiano en la ciudad de Almagro el día 1 de abril de 1908 con el nombre de “Los forzosos de Almagro”; el club tomó luego su nombre actual en honor al padre fundador, así como también los sobrenombres con que es conocido popularmente: el “cuervo” y el “santo”. En *Testimonios*, serie primera, pág. 98.

148 Testimonio de Don José Torretti, de quien dice Entraigas que «*era un salesiano de una sola pieza*». En *Testimonios*, serie primera, pág. 114-115.

Ya citamos a Vespignani, cuando escribe que tenía una «*filial confianza y tierna gratitud hacia los Superiores...*».

Agrega el P. Zanettín, comentando sobre algunas ocasiones en que los alumnos iban a pasar unos días a Bernal:

«*Los que lo conocían tan sólo por referencias o por las alabanzas que le tributaban los superiores, presentándolo como modelo de los aspirantes, se acercaban a él con cierta curiosidad dibujada en sus ojos, y quedaban muy pronto prendados por su afabilidad...*

Los que ya lo conocían, para darle esas muestras de cariño de que es tan pródigo el espíritu de familia salesiano»[149].

Confirma estos testimonios el padre Domingo Morini, gran teólogo:

«*En sus grandes ojos, ingenuos y limpios, había una sonrisa luminosa e infantil: por ella asomaba el alma de una raza que vivía su infancia cristiana*»[150].

El texto del padre Morini es de gran belleza literaria y dice dos grandes verdades.

En primer lugar, lo referido a los ojos de Namuncurá, por los cuales se transparentaba su alma purísima. Y más que nada, por estas ventanas de su alma[151], se transparentaba su gran alegría, se traslucía su sonrisa. «*Se veía por esos sus ojos que reía de puro gusto. ¡Cuán bella debió ser su alma! Su inocencia saltaba fuera de sus ojos*»[152].

Uno de sus superiores en Villa Sora, Italia, aclara esta idea: «*En la serenidad de su mirada y en la compostura de todos sus actos, era evidente que la pureza constituía la forma de su santidad. "Sonríe con los ojos", decían los compañeros. Y decían la verdad... Cuando levan-*

149 *Testimonios*, serie primera, pág. 50.
150 *Testimonios*, serie primera, pág. 149.
151 cfr. Mt 6, 22.
152 Testimonio de Don Carlo Conci. En *Testimonios*, serie primera, pág. 65.

taba la cabeza, habitualmente baja, la sonrisa que brillaba en sus ojos, expresaba el virginal candor de su corazón...»[153].

En segundo lugar, llaman la atención las últimas palabras de Morini, que descubren la situación de los habitantes de la Patagonia. Algo de esto ya se dijo: de la mano de su cacique, Don Manuel, los mapuches se abrían al cristianismo y de a poco comenzaba a brillar para ellos la luz del Verbo, vivían su infancia espiritual.

Cuando, el 22 de marzo de 1902, Cagliero llegue a los ranchos del cacique en San Ignacio, acompañado por el padre Milanesio para hacer una misión, se encontrará con que el antiguo dueño de las pampas «*posee sentimientos nobles, ánimo agradecido y excelente corazón*»[154].

Merece ser traída a colación la relación que hace Gálvez del día 25 de marzo, en el cual Manuel Namuncurá y muchos de sus indios hacen su primera comunión:

«*Es al amanecer. En un rancho se ha instalado un altarcito. El obispo, el futuro cardenal Cagliero, empieza a oficiar la misa. En el pobre rancho se aglomeran los indios, los que fueron dueños de las pampas. Allí está el viejo cacique de noventa y un años, ya suficientemente instruido por el misionero en las verdades cristianas. El padre Milanesio, tan caro a Namuncurá y a los suyos, pues a él deben su dicha, dice en voz alta oraciones que los indios repiten.*

He ahí ahora el momento de la comunión. Todos van a recibirla por primera vez. El sacerdote va a dar a aquellos cristianos el cuerpo del Divino Redentor. Y entonces -¡Oh grandeza del poder de Dios!- se asiste a este espectáculo emocionante y sublime: los indios se acercan al Pan Eucarístico, se arrodillan, y el primero en tomarlo es el viejo cacique Pie de Piedra, el ex monarca de las tierras pampeanas, el famoso asolador de estancias y saqueador de poblaciones, el temible guerrero que más de una vez derrotara al ejército de la Nación, el "general" que hizo frente a Roca»[155].

---

153 Testimonio del padre Ludovico Costa. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XV, pág. 116.

154 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

155 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

Mientras tanto, uno de los miembros de esa tribu, Ceferino Namuncurá, se esmera cada día por servir más perfectamente a su Señor. El es el primero que supera esa infancia espiritual y llegará, con el auxilio divino, a las más altas edades de la vida del espíritu.

Pero no es bueno adelantarse…



Mons. Juan Cagliero y Ceferino Namuncurá.
Posan para la posteridad en el año 1897.

Capítulo III

«Las añoranzas del desierto inmensurable…»

«*Y estas son las ocasiones*
de mostrarse el hombre juerte,
hasta que venga la muerte
y lo agarre a coscorrones»[156] .

Hicimos referencia en el capítulo anterior a las dificultades que debió afrontar Ceferino en su trabajo de adquisición de las virtudes. Remarcamos allí que la principal dificultad con que se había topado el indígena en su camino a la santidad había sido su cuna mapuche, corrupta por toda clase de vicios desde siglos atrás hasta la llegada de la cruz, que se impuso sobre los toldos.

En este sentido, su dificultad se plantea como algo propio suyo, que lo distingue de los demás santos de la corte celestial. Es por eso que tanto Gálvez como Entraigas hacen referencia directa a las del todo particulares dificultades que encontró en cumplir aquello de san Pablo: «*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos*»[157].

En ayuda nuestra viene el testimonio de un muchacho que en esa época era aprendiz de zapatero pero que después se convirtió en padre salesiano:

156 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 291.
157 Ef. 4, 22.

«…Ceferino nos veía desfilando, con los brazos cruzados, bajo los pórticos a modo de monjes noveles. El hijo del cacique que en más de una ocasión habrá preferido a sus compañeros de infancia montando potros sin aperos ni sosas. Las añoranzas del desierto inmensurable...».

Esas *añoranzas del desierto* tiraban de la naturaleza silvestre del hijo de las pampas y le increpaban, diciendo: «*¿nos dejas? y ¿desde este momento no estaremos contigo por siempre jamás? y ¿desde este momento nunca más te será lícito esto o aquello?*»[158].

Es de suponer que sufrió mucho Ceferino este tironeo de sus costumbres porque «*la costumbre, en cierto modo, se hace naturaleza y produce una inclinación semejante a la inclinación natural*»[159]. Esto se puede aplicar tanto a una costumbre moralmente indiferente, como a un vicio o a una virtud; dirá también Santo Tomás que «*virtud es un hábito, a modo de naturaleza*»[160].

Gálvez resume de este modo varios testimonios al respecto:

«No le es tan fácil -como suponen algunos que le conocieron- el practicar la virtud. Abundan los testimonios y opiniones de quienes afirman cómo el nieto de Calfucurá, el hijo de Namuncurá, el muchachito que pertenece a la sangre de los Piedra, tiene que vencer su naturaleza. Monseñor Pedro Giacomini, administrador apostólico de Magallanes e inspector salesiano de la Patagonia meridional, al comparar con Domingo Savio al descendiente de los Piedra, cree que al "lirio de la Patagonia", como suele llamarse a Ceferino, le costó doble trabajo que al santito de Italia el alcanzar la perfecta virtud, "por cuanto, antes de vestirse el hombre nuevo, tuvo que deshacerse del hombre no sólo viejo sino secular y el milenario de sus costumbres bárbaras profundamente arraigadas en su raza, no como un vestido

158 San Agustín, Confessiones, L. 8, XI, 26. «*Dimittisne nos? et: A momento isto non erimus tecum ultra in aeternum, et: A momento isto non tibi licebit hoc et illud ultra in aeternum?*».

159 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica,* I-II, 58, 1: «*Quandoque vero significat inclinationem quandam naturalem, vel quasi naturalem…*».

160 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica,* I-II, 58, 1, obj. 3. Santo Tomás cita a Cicerón: «*…quod virtus est actus in modum naturae*».

al cuerpo, sino como la piel a la carne". Un condiscípulo del nieto de Calfucurá escribe: "Me parece que tenía su carácter fuerte, que fue dominado; en general, se habrá creído que nada le costaba ser bueno, y a mí me pareció que debía adaptarse a la disciplina, aunque prácticamente no haya dado muestra de indisciplina"; y agrega que quienes lo creyeron muy dócil, luego reconocieron "que supo sobreponerse y vencerse". El padre Virgilio Zanettin, que trató bastante a Ceferino, declara su certidumbre de que Dios, por algún medio sobrenatural, le ha hecho conocer el rumbo de su vida y lo ha prevenido y guiado por entre los obstáculos.

"Si no supiera esta intervención divina -dice-, *yo no podría explicarme ese dominio constante sobre sí mismo en un niño que hasta los once años desconoció casi por completo la religión y los medios de la gracia". Y añade: "Admira, es cierto, la santidad de un Domingo Savio, nacido en una familia cristiana, plasmado por un santo como Don Bosco; pero mucho más admira la virtud de un indiecito de las Pampas, nacido en una familia no por cierto constituida, y entre los malos ejemplos de una tribu ya decaída, que se entregaba con desenfreno en brazos de lo defectuoso de la civilización".*

En fin, el padre Francisco Tomasetti (…) ha dicho (…) cómo el descendiente de los Piedra debió, desde el principio, "combatir contra el propio natural, enemigo de cualquier yugo y disciplina, tanto que le resultaba difícil ponerse en fila con sus compañeros y ser puntual a la campana; pero bien pronto, empujado por una voluntad formidable, por un deseo de mejorarse y perfeccionarse, sobre todo por el amor de Dios, que obraba en él con su gracia, llega, con tenaz sacrificio, a una virtud que alcanzaba a lo heroico"»[161].

Dijimos que Entraigas también se refiere a esta particularidad del camino espiritual de Namuncurá:

«*Necesitó fortaleza para repechar esa cima que él había vislumbrado desde su llegada a Buenos Aires. Tuvo que repecharlo todo: aprender a hablar, aprender a caminar, aprender a sonreír, aprender a perdonar, y luego, en las aulas, iniciarse en el arte de leer, de escribir,*

161 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117–146.

de calcular, de redactar, de cantar... En todo este complejo escalafón de ascensiones anduvieron en juego los dones del Espíritu Santo, por un lado -especialmente, el de fortaleza- y, por otro, la maciza voluntad del mapuche, que a toda costa quería …¡llegar!

"Ceferino iba aprendiendo el idioma nacional, con decisión, pero trabajosamente", dice el informe del Director del Colegio, entresacado de los registros del archivo»[162].

Más tarde, hablando sobre los estudios, dirá Entraigas que, a sus compañeros, todo les resultaba más fácil. «*En cambio, Ceferino debía comenzar siempre de cero…*»[163].

Justamente ese es el centro de la cuestión. Para él, cada virtud se debía comenzar a cultivar de cero, desde lo mínimamente básico… *las añoranzas del desierto inmensurable…*

Cuando Vespignani comenzó su trabajo de recopilación de datos para introducir la causa de Ceferino preparó un «itinerario» o «bosquejo» que envió con una circular cuyos destinatarios eran todos los que personalmente habían tratado con Namuncurá. En ella desarrolla una serie de puntos para que comentasen los testigos. Son cincuenta y un puntos, de los cuales el tercero dice: «*Del rancho al Colegio Pío IX. Graves dificultades que debe vencer Ceferino en la transformación de su vida libre anterior, a la vida disciplinada del Colegio*»[164]. Comenta Entraigas: «*El padre Vespignani no pone dificultades, sino graves dificultades que debe vencer Ceferino...*»[165].

Todos coinciden, entonces, en el esfuerzo ciclópeo del hijo del cacique para ser quien llegó a ser, quien nosotros conocemos. Nadie crea que hacerse santo es cuestión de blanderías y propósitos vanos. «*Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos padece violencia y los violentos lo arrebatan*»[166]; sólo ellos, los que «*haciendo contra su propia sensibilidad y contra su amor carnal y mun-*

162 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 75.
163 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 76.
164 *Testimonios*, serie primera, pág. 71.
165 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. IX, pág. 66.
166 Mt 11, 12.

dano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento»[167] son capaces de alcanzar la meta. Y Don Bosco les había enseñado bien esto a sus religiosos: «*Las cruces son las que nos conducen a la gloria, las actuales espinas se trocarán en rosas ante vuestros ojos*»[168]; «*Seamos ambiciosos, pero de salvar nuestra alma con sacrificio*»[169]; «*Sé hombre; nunca te acobardes*»[170]. Estas máximas de su santo fundador resonaban en el alma mapuche y contrarrestaban las añoranzas del desierto inmensurable…

Y de a poco se le iban haciendo piel, y lo recubrían con un nuevo vestido, más arraigado y difícil de remover que el recibido al nacer. Así lo testimonia aquel coadjutor, Don José Caranta:

«*Fue mi ayudante en la sacristía. Todo lo que le mandaba lo hacía sin contradecir. Era incansable: trabajaba con cariño en el servicio de Dios...*

Una vez que trabajamos todo el día y hasta la noche en preparación de la fiesta del primer día del año, yo le dije: "Siento mucho el haberte hecho trabajar tanto", y él me contestó con estas preciosas palabras: "No importa el trabajar mucho, con tal que salvemos el alma..."»[171].

Este y no otro es nuestro santo, el mismo hijo del cacique Manuel Namuncurá, el «*santito de la toldería*»[172], el «*mancebo de la tierra*»[173], garra de piedra, el más insigne de los mapuches argentinos y la flor de las misiones salesianas, el niño que «*tiene todos los caracteres de los colosos. ¿Y de dónde sacó ese chiquillo más bien bajo, corto de genio y de mirada dulce, agallas para una obra tan gigantesca? Cosas de Dios... Él lo sacó de Chimpay como quien va, corta una flor de cardo, y la trae a la urbe*»[174].

---

167 San Ignacio de Loyola, *Exercicios Spirituales*, [97].
168 *Máximas...*, 875.
169 *Máximas...*, 934.
170 *Máximas...*, 279.
171 *Testimonios*, serie primera, pág. 77. Cit. por Entraigas, *El mancebo...*, pág. 164.
172 Así se titula el libro de Manuel Gálvez.
173 Así se titula el libro de Entraigas.
174 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. X, pág. 77.

Fructificó ciertamente el trabajo. Afloraron las virtudes, y los testimonios no ahorran elogios. Sorprende, a primera vista, su devoción a las tres cosas blancas, la Sagrada Eucaristía, que tanto ansió recibir; la Inmaculada Virgen María, especialmente la Auxiliadora, madre de los salesianos, y María de Luján, madre de los argentinos; y la figura del Vicario de Cristo, el Sumo Pontífice, a quien pudo conocer en persona.



María Auxiliadora (Boletín Salesiano Julio 1903)

El padre Spadavecchia, quien fue su profesor de canto, dice:

«*Lo tuve como alumno en la clase de canto, pues poseía una hermosa voz de soprano. Alma enamorada de Dios y de la Santísima Virgen, se deleitaba sobremanera cantando devotamente las alabanzas en su honor*»[175].

«*Cuando el padre Pedemonte reunía datos de Ceferino para escribir su vida, supo que uno de los asistentes del año 1899 lo reprendió, porque siempre estaba mirando por la ventana del estudio grande. Al cabo, se dio cuenta de que desde la ventana que estaba frente al pupitre del indiecito, se veía el parpadear* [de] *la luz del sagrario de la capilla.*

(…) *Cuando en 1922 fue el padre Pedemonte a Italia, sabiendo que el padre Luis Bertagna era aquel asistente de 1899, no sólo lo entrevistó, sino que años más tarde le escribió lo siguiente:*

Lo saludo y le ruego me aclare lo que sigue: en 1922, en Turín, hablando de las virtudes de Ceferino Namuncurá y de cuanto yo recordaba, usted me dijo era tan piadoso, que frecuentemente miraba hacia afuera por la ventana.

Que usted le avisó y él, tan obediente como era, parecía no obedecer, y que entonces usted lo cambió de lugar.

Luego en el patio se lamentaba con su maestro, diciendo que en el lugar donde lo había puesto, no podía ver la lámpara del sagrario que ardía en la capilla...

[Le pide, a continuación, que autentifique el testimonio].

(…) *Y el padre Bertagna añadió:*

- *Autentico colla mia firma quanto é descritto in questo foglio*»[176].

Testimonia también el padre Zanettín:

---

175 *Testimonios*, serie primera, pág. 94. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XI, pág. 81.

176 «*Autentico con mi firma cuanto está descrito en esta hoja*». Entraigas, Cap. XI, pág. 86.

«*Después de una breve visita al Santísimo Sacramento y de un saludito a María Auxiliadora, frente a ese gran cuadro de Bernal, salía Ceferino de la iglesia, para seguir esparciendo sana alegría en su derredor...*»[177].

El clérigo Muras ejercía por esos años en el Colegio el oficio de sacristán. Le pusieron a Ceferino como ayudante. Con respecto a esta tarea, dice Muras:

«*Está de más decir el interés que demostró siempre por los pequeños quehaceres de la capilla. Jamás vi apagada la lamparilla del Santísimo Sacramento u olvidados de guardar los ornamentos de la misa...*

(…) *Y más: esa fe lo acompañaba todo el día. Más de una vez en el patio, en un aparte de sus entusiastas juegos, se me acercaba y señalándome una de las ventanas de la capilla, próxima al altar, me decía: "Allí se ve la lamparita de Jesús...", y comprendí que más de una vez dejaba de intento semiabierto el postigo de la ventana para poder mirar al sagrario durante el recreo, a través de la lamparilla...*»[178].

De los meses que pasó en la escuela agrícola de Uribelarrea, en 1902, para tratar de mejorar su salud, nos cuenta el padre Patricio Heduvan:

«*Tenía mucha devoción a Jesús Sacramentado y a menudo se lo veía hincado delante de su altar y orar con devoción. Como no hubiera sacristán, el padre Pestarino encargó a Namuncurá de la capilla, oficio que cumplió con satisfacción y edificación de todos hasta que fue llamado otra vez a la Capital*»[179].

Con respecto a su devoción a María Santísima el padre Carlos Buela ha escrito en su libro sobre la Virgen de Luján, cuando habla de los ilustres visitantes que han hecho alguna vez oración a los pies de su camarín:

177 *Testimonios,* serie primera, pág. 50. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XV, pág. 113.

178 *Testimonios,* serie segunda, pág. 101.

179 *Testimonios,* serie primera, pág. 30.

«*1900. Ceferino Namuncurá.*

Numerosos cooperadores y más de mil niños de las casas de la Capital de los Padres Salesianos, presididos por el padre Albera y los obispos Cagliero y Costamagna, llegaron a Luján para agradecer los beneficios recibidos en 25 años de acción salesiana en América. En esta peregrinación del 26 de noviembre de 1900 estaría presente el indiecito Ceferino Namuncurá, hoy venerable[180]*. El padre Pedemonte dice de su devoción mariana: "Todas las mañanas, al despertarse, hecha la señal de la cruz, estampaba un beso en la medalla de la Virgen, que siempre llevaba al cuello. Solía repetir: ¡Virgen de Luján, rogad por mí, que soy pecador! ¡Auxiliadora de los cristianos, salvadme!". Todavía hoy tenemos alguna estampa en la cual el indiecito escribe con su pluma la anterior jaculatoria a la Virgen de Luján*»[181].

Otro testigo agrega:

«*En su devocionario "La juventud instruida", que llevaba siempre consigo, le vi una estampa de la Santísima Virgen con una oración escrita por él, de puño y letra, en la que pedía la gracia de llegar a ser sacerdote para salvar a sus paisanos. Estoy convencido que ya entonces era un santo…*»[182].

Para él, la Virgen era la madre que ya no veía, la había adoptado para que presida todas sus acciones:

«*Ceferino, arreglados sus libros en el cajón, tomó también él una estampa de la Virgen y una del Sagrado Corazón, se las puso delante y comenzó a estudiar…*»[183].

Después de las vistas, podemos descubrir en él un gran elenco de otras virtudes adquiridas durante esos años. Destacamos algunas, recurridas suficientemente por los testigos, lo que las hace más patentes:

180 Esto lo escribía el R.P. Carlos M. Buela en el año 2000.

181 R. P. Carlos Miguel Buela, IVE, *María de Luján*, pág. 51.

182 Testimonio del señor Luis L. Pisano, que lo conoció en esa época. En *Testimonios*, serie segunda, pág. 103.

183 Testimonio de su compañero de Viedma Augusto Valle. En *Testimonios*, serie primera, pág. 57.

su humildad, su amor a la regla, su disciplina, su modo de aceptar las correcciones y humillaciones, etc.

«*El mejor elogio de su época de colegio podría hacerse diciendo que vivió su reglamento*»[184].

Acerca de los dominicos, pero aplicable a todo religioso dijo una vez Juan XXIII «*Dadme un dominico fiel a su regla y constituciones y, sin más milagros, le canonizaré*» Namuncurá era religioso de alma, aunque nunca llegó a serlo de hecho.

«*Ceferino rehuía toda popularidad. Pocas palabritas al oído de alguno de los antiguos amiguitos, una invitación a otro, una sonrisa muy significativa para un tercero que ya sabía interpretar ese su lenguaje... y helo ahí cruzar el patio, llevando un racimo de compañeros a la iglesia. ¡Cómo nos impresionaba el apostolado de aquel indiecito estudiante desarrollado entre civilizados y, lo que es más, entre aspirantes al sacerdocio!*»[185].

«*Más de una vez aguardaba a sentarse después que lo hubieran hecho los otros y si notaba que alguno había sido menos afortunado que él en la ración, con delicadeza y buen modo le ofrecía gentilmente la suya, pretextando que sin duda al compañero le agradaba más...*

(…) *Solíamos tomar mate con bombilla, y como él era el más práctico en cebarlo, generalmente se encargaba de eso. Pues bien, mientras cebaba mate, sólo de tarde en tarde se servía él. Y eso, muchas veces, porque se le había tapado la bombilla. Tomaba algún sorbo para destaparla, y así era notable la mayor rapidez en darse la vuelta, como vulgarmente se dice*»[186].

Una vez fue reprendido en duros términos por monseñor Santiago Costamagna, hombre de carácter muy fuerte pero de mucho sentimiento. En resumen:

184 Testimonio de Don José Clemente. En *Testimonios*, serie primera, pág. 40-41. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIV, pág. 109.

185 cfr. Confrontar el testimonio del P. Zanettín unos párrafos más arriba.

186 Testimonio de Don Pedro Tealdi, el cual conoció al beato en Uribelarrea. En *Testimonios*, serie primera, pág. 54-55. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIV, pág. 107.

«*… lo que el áspero Prelado le dijo, era:*

-No se te ocurra ensoberbecerte, porque las alabanzas que te han tributado, no son para ti...

El pobrecito quedó como si le hubieran echado un balde de agua. Tanto, que el padre Vespignani le dijo en italiano, para que entendieran los muchachos, que se habían quedado de una pieza al escuchar el reproche preventivo con que el mitrado Costamagna había rociado al inocente Ceferino:

-Ma, monsignore..., questo é troppo...[187].

El Siervo de Dios no dijo una sola palabra. Bajó los ojos, se enjugó tal cual lágrima furtiva que intentaba traicionarlo, y sonrió amargamente al Prelado, como agradeciendo su rociada»[188].

Algunas veces era también objeto de ciertos malos tratos de sus compañeros:

«*No pocas veces los modales bruscos iban acompañados de frases despectivas como éstas: "Salí, indio"; "dejame lugar, negro"; "andate a la pampa, ñato...". Nunca se dio el caso de que Ceferino replicara una sola palabra.*

(…) *Mas cuando la alusión del compañero era demasiado zahiriente, la sonrisa tardaba algún tanto en volver a iluminar su rostro. Bajaba entonces la vista y veíamos que hacía un esfuerzo sobrehumano para acallar el amor propio herido.*

(…) *Fuera de estos casos, ni la más leve sombra de tristeza nublaba sus grandes ojos castaños. Desbordaba una alegría franca, inquieta, que uno la habría creído natural en él, a no conocer el esfuerzo que se imponía para vencer el temperamento indígena, naturalmente retraído y desconfiado*»[189].

---

187 «*Pero, Monseñor… esto es demasiado…*».
188 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVII, pág. 130.
189 Testimonio del padre Zanettín. En *Testimonios*, serie primera, pág. 52.

Como último testimonio, traemos una anécdota que lo pinta de cuerpo entero. Ocurrió a principios de 1988 y está narrada por el otro protagonista, su compañero Don José Alleno:

«Un día nos hallábamos jugando al juego de la bandera, Ceferino, yo y otros compañeros, entre los cuales recuerdo a Fermín Carreras, de trágica memoria; a un tal Viale, Biocca y otros.

Se suscitó un incidente entre Ceferino y yo: él me había tocado y yo debía pararme al punto, pero la partida era muy reñida y quise trampear para ganar. Insistí en que no me había tocado. Ceferino protesta. Yo me acaloro y lo llamo tramposo. El me trató de mal hablado y nos fuimos a las manos.

En ese momento intervino un padre cuyo nombre no recuerdo, pero creo que era hermano de usted [escribe al padre Vespignani], el padre Pedro y nos separó...

Yo dejé de jugar y desde ese día dejé también de ser amigo del indiecito. Pasaron varios días y llegó el sábado por la noche, día de confesión general. Vi en la capilla a Ceferino esperando turno para confesarse. Yo, a mi vez, me situé en otro confesonario. En fin, nos confesamos. Considerando yo una falta mi riña con Ceferino, la manifesté a mi confesor, quien me dijo que perdonara y, como penitencia, hiciera las paces con mi deudor.

No sé si Ceferino hizo la misma confesión que yo, y si su confesor le dio la misma penitencia que a mí; lo cierto es que, hallándome ante el cuadro de María Auxiliadora que estaba a la derecha del altar de la capilla, veo que un niño se aproxima y se arrodilla a mi lado.

Era Ceferino, mi enemigo. Me miró fijo y me dijo (textual):

- *"Préstame Juventud..." (libro de misa que yo tenía en la mano llamado Juventud Instruida);*

El momento de reconciliarnos había llegado; Ceferino no supo cómo buscar nuevamente la amistad y se valió de ese medio. Yo, enseguida, y conociendo la buena oportunidad que él me presentaba, antes de darle el libro, le dije (textual):

- *"¿Amigos como antes?"*

Y él: - "¡Bueno!"

La penitencia estaba cumplida y ambos teníamos pintada en nuestros rostros la satisfacción. ¡Felices días en que los incidentes personales se allanaban con tanta facilidad! Desde ese día fuimos grandes amigos»[190].

Ceferino era así. Tomaba la iniciativa y buscaba que los demás gozaran lo que él había logrado. Se ve también en sus cartas. Escribe a un primo suyo, que vivía en Buenos Aires, cuando él sólo contaba trece años y cursaba segundo grado:

«*Deseo que prepare bien su alma para entregársela a la Santísima Virgen y después te llevará al Paraíso*»[191].

Había arrancado de cero, con las grandes añoranzas del desierto inmensurable, pero estaba triunfando y se fortalecía para los combates por venir. En 1876 Don Bosco escribía una carta a Don Miguel Rúa, donde dice:

«*Imagino que os gustará os describa la audiencia que ayer (sábado santo) me concedió el Padre Santo [Pío IX] a las 7 de la tarde. Duró casi una hora. Con verdadera bondad paterna leyó los saludos del marqués Fassati, de Don Julio Barberis y sus novicios, de Don Luis Guanella y los Hijos de María. Después leyó todas las cartas, las cortas y las largas. La última fue la de Garrone, en la que el Papa advirtió muchas faltas de lenguaje y de ortografía.*

- *Éste -dijo bromeando el Padre Santo- necesita prepararse todavía un poco, antes de presentarse a examen de letras.*

Preguntó si hay muchos tan buenos como Domingo Savio. A lo que contesté:

- *Creo que hay algunos, pero son muchos los que se esfuerzan por emular a aquel antiguo alumno y superarlo en virtud*»[192].

---

190 *Testimonios*, serie primera, pág. 14-15.

191 Carta del 29 de noviembre de 1899, a su primo hermano paterno Don José Bes Quiró. En Luis J. Pedemonte, SDB, *Cartas y escritos de Ceferino Namuncurá*, ed. II, pág. 12.

192 Carta del 16 de abril.

Ceferino mismo testimonia que él, años después, cumplía con esta afirmación del apóstol de la juventud. Le escribe a Vespignani:

«*Le prometo, con suma reverencia y sinceridad, estas tres cosas: seré muy obediente a los superiores; seré muy humilde, cualquier consejo que me den los superiores los recibiré con mucha humildad; después seré muy estudioso y siempre cumpliré con el deber de clase*»[193].

Esto y no más necesitaba para ser un nuevo Domingo Savio. Y esto lo cumplió hasta el heroísmo. Se animan algunos incluso a insinuar, como Gálvez[194], que sus esfuerzos fueron mucho mayores que los del santito italiano. Igualmente, estas disputas no alteran la santidad de uno ni de otro. Cada uno floreció donde fue plantado y en eso consiste nuestra santidad de cada día.

«*Pues, nuestro buen mapuche llegó tan rapado a navaja en lo que a modales urbanos se refiere, que ni formar fila sabía...*

El pobrecito tuvo que remontarlo todo: para llegar a ser un perfecto caballero, como le dijo nada menos que la princesa María Leticia de Saboya Bonaparte, allá en Turín; tuvo que ir escalando todas las gradas del saber humano y las etapas de la urbanidad, a fuerza de pulmón, de constancia, de humillaciones y de voluntad.

(…) *Ahora le enseñaban que cuando a uno lo hieren en una mejilla, hay que presentar la otra; y allá en los toldos la venganza era una ley sagrada. Debió luchar contra el propio natural enemigo de cualquier yugo y disciplina, tanto que le resultaba difícil ponerse en fila con sus compañeros y ser puntual a la campana... Aquí le hablaban siempre de santa pureza, de virtud angélica, de "castitá selvaggia", y sus antepasados contaban por docenas las mancebas, y el toldo principal tenía mucho de los serrallos orientales.*

Los Salesianos le hablaban siempre de trabajo y templanza, como el lema de Don Bosco y el oriflama de su Sociedad, y él, allá en los

193 Carta del 19 de marzo de 1901. En Luis J. Pedemonte, SDB, *Cartas y escritos de Ceferino Namuncurá*, ed. II, pág. 13. (En adelante, solamente Pedemonte).

194 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117–146.

toldos, había visto la holgazanería llevada a la cima de la náusea, y la embriaguez hecha festines y orgías...

No; no le fue fácil a Ceferino remontar el balumbo atávico de tantas generaciones. Al contrario, debió subir la cuesta empinadísima de la virtud descalzo y entre abrojos y espinas. Felizmente, como chico inteligente que era, había vislumbrado la cumbre dorada. Y hacia allá enderezó sus pasos: pero ¡cuánto le costó! Entonces, cuando sus pies sangraban, era cuando el pequeño comprendió toda la fuerza y significado de lo que le dijeron en los Ejercicios Espirituales: El Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza, y sólo los esforzados lo conquistan... »[195].

Nosotros también debemos muchas veces empezar de cero. Ceferino es un ejemplo a seguir en la lucha diaria por la santidad.

Todos tenemos nuestras añoranzas del desierto inmensurable…

195 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. IX, pág. 67.

Capítulo IV

«La marcha rumbo a la adversidad»

«Les aguanté los tirones
sin que ni un ¡ay! se me oyera...»[196].

A Ceferino lo dejamos en cuarto grado. Llegaba a ese 1901 con un nivel ascendente en el campo de los estudios, premiado en canto, en catecismo, en conducta; había sido presidente de la *Compañía del Ángel Custodio*, los compañeros lo respetaban y crecía su estima hacia él, valorizándolo cada vez más como el gran santo que ya era.

Este panorama hace que Entraigas titule así el XIV de los capítulos de su libro: «*Comienza el siglo XX con pie derecho*»[197]; y él mismo se lamenta de que Ceferino «*desgraciadamente, iba a poder disfrutar tan pocos años*»[198] de ese siglo.

Su *status*, igualmente, no alteraba para nada sus prácticas piadosas ni su humildad y, mucho menos, su trato exquisitamente caritativo para con compañeros y superiores. Al contrario, lo acrecentaba.

Ésta es la época en que «*comenzó a enviar sus primeras cartas a Chimpay, esas misivas que doña Teresa, la bolichera italiana, leía a la avidez explicable de toda la familia reunida en el toldo grande del*

---

196 José Hernández, *Martín* Fierro, *El Gaucho*, estrofa 148.
197 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIV, pág. 105.
198 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIV, pág. 110.

cacique»[199]. Ceferino ha escrito mucho durante su vida y «*es precisamente en sus cartas donde mejor dejó, como tendremos ocasión de comprobarlo, el espejo de su ser privilegiado y el heliograbado de su alma*»[200]. En todas sus cartas se muestra muy cariñoso y atento con su familia, con su tribu, pero, sobre todo, con su padre, el anciano cacique, siempre duro como una garra de piedra. Un poco más adelante abordaremos el tema de su relación con el gran Manuel.

Como dijimos, entretanto él seguía ganando prestigio en el Colegio Pío IX, al que tan tímidamente había entrado. Hacia principios de noviembre, un hecho vendría a exaltar aún más la persona ya engrandecida del mapuche.

Había una fiesta importante en el colegio. No coinciden los biógrafos en el motivo aunque sí en casi todas las circunstancias. Gálvez dice que «*celébrase el cincuentenario de la institución salesiana*»[201]; Entraigas refiere la fiesta a monseñor Juan Cagliero: «*Se cumplía, pues, el medio siglo de su vida salesiana*»[202]. El asunto es que el Pío IX debía vestirse de fiesta y asistirían numerosos personajes de las misiones salesianas y de la alta sociedad porteña.

«*A las 17.30 del 1º de noviembre fue el acto académico. La banda tocó "Il giuramento" de Mercadante. Y luego, discursos, poesías, diálogos...* »[203]; «*entre los números del programa figura un discurso de Ceferino*»[204]. El hijo del cacique conmueve al auditorio realizando un discurso donde presenta la barbarie en que se encontrarían sumidas las tribus de la Patagonia; incluyendo, evidentemente, la suya propia, de la cual es heredero; sino les hubiera sido dada desde lo alto la inestimable gracia de la evangelización, gracia que ellos no podrían ni siquiera haber imaginado y que Dios se dignó enviar por

199 ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. VIII, pág. 61.

200 ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. VIII, pág. 64.

201 MANUEL GÁLVEZ, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117–146.

202 ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. XVII, pág. 127. Parece ser su postura la más acertada, ya que Cagliero llegó muy joven al Oratorio de Don Bosco, alrededor de 1850. Entraigas pone 2 de noviembre de 1841 pero esa fecha es imposible de sostener, por la edad del Prelado de la Patagonia.

203 ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. XVII, pág. 127.

204 MANUEL GÁLVEZ, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117-146.

intermedio de monseñor Juan Cagliero, aquel joven educado por Don Bosco.

«*El Prelado lo abrazó con emoción incontenible*»[205].

Si esto fue un éxito para el pequeño indígena, que había aprendido español siendo ya de once años, lo sucedido tres días más tarde, el 4 de noviembre, en el homenaje de los amigos del obispo, supera todas sus imaginaciones.

Se hallaban presentes siete obispos y algunas personalidades de relieve, como Don Luis Sáenz Peña, otrora presidente, y el doctor Abel Bazán, presidente de la Suprema Corte. La relación dice que hubo discursos de varios oradores, pero nadie duda en afirmar, como lo hace la crónica del Colegio, que quien conmovió y produjo «*emoción general*» fue nuevamente el mapuche, Ceferino Namuncurá[206].

Con gran brillantez, pero, más que nunca, moviendo los corazones, el orador indio repitió la temática, titulando a su alusión «*El ángel de la Patagonia*». «*Y era toda una tesis para probar que realmente monseñor Cagliero era el ángel de sus queridas tierras australes. Son tres nutridas páginas*»[207]. «*Dicen las crónicas que arranca aplausos y lágrimas*»[208].

Es verdad que no es lo mismo que haberlo escuchado, porque esto era dicho nada menos que por él; pero puede servirnos recoger las últimas frases del elogiado discurso. La sola lectura provoca atisbos de emoción y es que Ceferino sabía conmover con esa candidez de las almas tocadas por el dedo selectivo del Creador:

«*Me han dicho que muy pronto volverás a recorrer las pampas para visitar a todos tus hijos, consolarlos y fortalecerlos en la fe.*

¡Dios te acompañe, pastor intrépido, y guarde tus pasos en el peligroso y larguísimo viaje!

205 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVII, pág. 128.
206 Crónica del Colegio Pío IX.
207 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVII, pág. 128.
208 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117 – 146.

¡Quiera Dios que pueda yo también compartir tus sudores en favor de los pobres indios, haciendo por ellos lo que tú has hecho por mí, oh ángel de la Patagonia! »[209].

Todos los circunstantes se estremecen ante las palabras proferidas por el descendiente de Don Manuel, quien acaba su discurso, «*dirígese hacia Cagliero y le besa el anillo. El obispo lo abraza y lo acaricia*»[210]. Entre los demás, la primera reacción es la de su apoderado, el padrino de su padre, Don Luis Sáenz Peña, quien se levanta y abraza a su protegido, que se nota también conmocionado. Sólo dos días más tarde escribe a Don Manuel alabando las virtudes de Ceferino y le dice, entre otras cosas:

«*Su acento, sus frases fueron tan oportunos elocuentes, que lo que lo concluyó, me levanté para darle un abrazo*»[211].

Luego continúa nombrando a algunos de los presentes y lo felicita por su hijito. Tanto lo ha impresionado el discurso a ese hombre ya mayor, dedicado toda su vida a la política y los negocios.

Incluso monseñor Costamagna, hombre de muy duro carácter, se vio obligado a sacar a la luz su lado sentimental:

«*Cuando terminó de hablar Ceferino, el Prelado se puso de pie y dijo que el indiecito lo había conmovido mucho, y que había estado a punto de interrumpirlo para intercalar en su discurso estas palabras:* "*Yo también me haré salesiano y un día iré con monseñor Cagliero a enseñar a mis hermanos el camino del Cielo, como me lo enseñaron a mí...*"».

Entonces el público aplaudió con entusiasmo. En eso estalló un vibrante ¡Viva Ceferino! que la multitud coreó con un ¡Vivaaa! estruendoso, mientras «*el nieto del vencedor de Sierra Chica y de Tapalqué lagrimeaba...*»[212].

209 El original del discurso ha sido encontrado en los Archivos Salesianos de Turín, Italia.
210 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117–146.
211 *Testimonios*, serie primera, pág. 42.
212 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117–146.

Tras esta actuación lucida, en las fiestas del más importante de los salesianos de la Patagonia, el mismo agasajado se decidió a partir en la misión ya mencionada a la zona de Aluminé, más precisamente en los toldos de San Ignacio; de la cual obtuvo una cantidad ingente de frutos, empezando por la primera comunión del hijo de Calfucurá, de 91 años[213].

Aprovechó Cagliero para hablar con el cacique sobre la situación de su hijo en el Colegio y sobre su vocación. El mismo Don Manuel le pidió que le bendijera un lugar para inaugurar un cementerio y le comentó que tenía intenciones de levantar una capilla donde su hijo les pueda celebrar la Eucaristía en el futuro. «*El indiecito recibe la noticia con alegría y emoción, y desde entonces pide a Dios con insistencia y multiplicado fervor la gracia del sacerdocio, para salvar a los indios*»[214].

Todo estaba previsto de perfecta manera por los hombres, por Cagliero, por Namuncurá y por el mismo Ceferino; pero Dios tenía otros planes, y eso no debe asombrarnos, porque Él lo tiene desde siempre «*dispuesto con peso, número y medida*»[215] y, en cambio, nosotros, muchas veces, no vemos más allá de nuestra sombra. Ceferino Namuncurá supo conformarse a la voluntad de Dios, que era distinta de la suya en un primer momento. Y ese es otro de los distintivos de los grandes santos, resignar hasta su propia voluntad, su propio querer, con tal de agradar a Aquel que nos rescató del poder del enemigo.

El Padre tenía preparada una cruz para su predilecto de la Patagonia: «*cuando Ceferino vivía, diré golosamente, la plenitud de la vida salesiana, que a él le encantaba; se le cruzó en el camino, como un designio fatal, una enfermedad que lo obligó a abandonar para siempre su querido Colegio San Carlos*»[216].

---

213 Entraigas dice que tenía 86 (pág. 131), haciendo uso de una crónica del obispo Cagliero. Pero Manuel Namuncurá, como dice en su cronología el padre Vicente Martínez Torrens, ya citado, tenía 75 años al nacer Ceferino en 1886. Luego la razón es de Gálvez que le cuenta 91 (cap. VII).

214 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117–146.

215 Sab 11, 20.

216 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVIII, pág. 136.

El nombre de la cruz de Ceferino fue *mycobacterium tuberculosis*, bacteria descubierta por Robert Koch en 1882 que produce la enfermedad comúnmente llamada tuberculosis. «*Es una infección bacteriana contagiosa que compromete principalmente a los pulmones, pero puede propagarse a otros órganos*»[217]. Todavía en 1966, «*entre gente civilizada, es la causa principal de la muerte en las edades comprendidas entre catorce y cuarenta y cinco años*»[218]. «*Los Misioneros salesianos lucharon durante décadas, en lucha desigual, contra la tuberculosis. Los organismos vírgenes del aborigen eran caldo de cultivo propicio para la proliferación de toda suerte de virus*»[219].

Ceferino tiene 16 años cuando lo sorprende el bacilo de Koch, que lo llevará temprano al cielo. Su misma constitución lo predispuso: «*Los factores predisponentes y las condiciones inmunitarias del individuo desempeñan, en el desarrollo de la tuberculosis humana, un papel tan importante como el del propio bacilo… En primer término figura la raza…*»[220]. Además ese año ha realizado un salto de cuarto a sexto grado, con los esfuerzos que esto indica, lo cual contribuye para peor.

Se encuentra cansado. «*Durante el invierno de 1902 aparecen en Ceferino los primeros síntomas de la tuberculosis. Por entonces no tiene sino un poco de tos, a la que nadie, ni él mismo, le atribuye importancia*»[221]. Pero la enfermedad avanza rápidamente y la tos lo acompaña en todo momento.

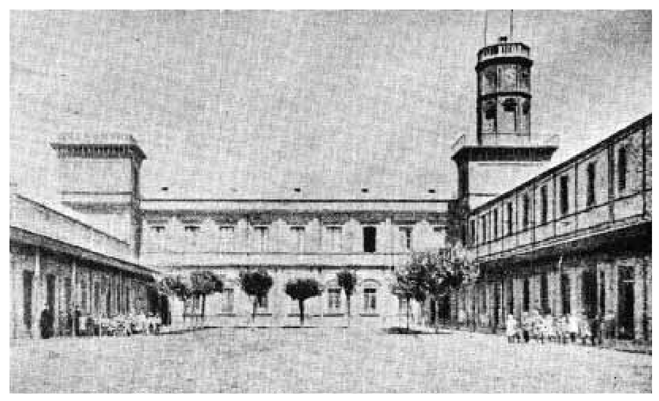
«*Cuando había que repasar las lecciones, Ceferino se concentraba tanto que parecía que no estaba en clase. Se notaba, eso sí, su presencia, por la tosecita inseparable que le producía la enfermedad enemiga de los hijos del desierto*»[222].

De a poco tiene que ir abandonando algunas actividades que tanto le regocijaban: el juego y el estudio. Los superiores empezaron a considerar el traslado del mapuche a algún colegio donde pudiere

217 Enciclopedia médica: http://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/
218 Prof. Rodolfo Pasqualini, *Medicina interna*, pág. 293.
219 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVIII, pág. 136.
220 Prof. Rodolfo Pasqualini, *op. cit.*, pág. 299.
221 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VII, págs. 117–146.
222 Testimonio de su compañero De Salvo. En *Testimonios*, serie primera, pág. 127.

disfrutar de un clima más propicio para la recuperación de su salud. Querían facilitarle todo cuanto pudieran, pues ya habían descubierto hace tiempo el inmenso valor que se escondía bajo su pequeña figura. Por eso, «*los Superiores, no obstante que no terminó el año, lo aprobaron, y hasta alcanzó a obtener el diploma de digno de mención…*»[223].

Se eligió como su destino provisorio la ya conocida escuela agrícola de Uribelarrea. No sabemos la fecha exacta en que se trasladó a la campaña, por la sencilla razón de que el libro mayor del Colegio Pío IX de 1902, donde estaría registrada la fecha, se ha extraviado.



Patio del Colegio San Francisco de Sales, en Viedma (Río Negro).
Allí jugaba Ceferino por los años 1903-1904.

Sí sabemos que fue hacia el fin del año. A partir de ese momento, el indígena comenzaría a ver sus sueños truncarse uno tras otro, desde sus deseos de seguir estudiando en el «aspirantado» de Bernal hasta su vocación al sacerdocio salesiano…

«*Namuncurá, en cambio, se fue a Viedma para estudiar y ser el apóstol de su raza. No pudo serlo. Dios le pidió el sacrificio de su vida, que no disminuyó en nada el mérito de su inmolación. Fue varón de deseos ante Dios. Los méritos no se miden por los éxitos, sino por las intenciones*»[224].

223 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVIII, pág. 138.
224 Testimonio del padre José Clemente Silva. En *Testimonios*, serie segunda, pág. 42.

Ahora empezaba su más duro camino. «*A mediados de octubre emprendió la marcha rumbo a la adversidad*»[225].

Escribe a Vespignani el 29 de octubre de 1902, ya desde la Escuela Don Bosco:

> «*Permanezco por algún tiempo en Uribelarrea, hasta que mi salud se vuelva a restablecer*»[226].

225 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVIII, pág. 138.
226 Pedemonte, pág. 14.

Capítulo V

Nuevamente a la vera del Curú Leuvú [227]

«El que es gaucho ve ande apunta
aunque inora ande se encuentra…»[228].

El río Negro, «Curú Leuvú» para los mapuches, atraviesa la pampa, territorio de los Piedra. Las principales poblaciones -hasta la catástrofe natural de 1901 que los obligó a dirigirse al río Aluminé en el Neuquén- se ubicaron cerca de sus orillas. Ceferino lo había conocido en su niñez, es más, casi se había ahogado en él. Después se había alejado, en dirección a la civilización. Ahora volvía a ver sus aguas, pero esta vez en sus corrientes finales, las más próximas al Atlántico. Llegaba a Viedma, actual capital de la Provincia de Río Negro.

Fue enviado allí tras cuatro meses en Uribelarrea, cuatro meses de incertidumbre sobre su salud y sobre el destino de su vocación.

Pese al desconcierto tiene todavía bien clara su meta, «*…ve ande apunta*». Y es sacra la voluntad de los superiores. Don Bosco había dicho que «*la gracia de Dios triunfa siempre donde encuentra una humilde obediencia*»[229].

El acólito Luis Muras, que lo acompañó en el viaje, refiere de su ida a Uribelarrea:

---

227 *Río Negro*.
228 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho,* estrofa 378.
229 *Máximas...*, nº 461.

«*A mediados de octubre de ese año* [1902] *los Superiores, viendo que su salud decaía, resolvieron enviarlo a pasar un tiempo en la escuela agrícola de Uribelarrea y me confiaron la misión de ir con él y acompañarlo.*

En ese viaje y en la permanencia a su lado, apoyándonos mutuamente, tuve muchas ocasiones de apreciar la hermosura de su alma.

Allí tuve también la oportunidad de profundizar su amor a la patria y a su pampa»[230].

Ceferino se mantiene el mismo de siempre.

«*A poco de llegar a Uribelarrea, escribe a Vespignani. Le pide un consejo "para practicar más perfectamente la virtud de la santa Pureza" y una oración para que el Señor le haga más bueno. Al otro mes, nueva carta donde le dice: "¡Con qué ansiedad espero la orden de volver a San Carlos, muy reverendísimo padre, mas nunca llega esa orden!". Le solicita la gracia de permitirle volver para Navidad. "Mi salud -agrega, sin duda erróneamente- está completamente restablecida y es por eso que he decidido volver". Pero más que volver al Pío IX -al que llama San Carlos por ser el nombre del templo parroquial que forma un todo con el Colegio-, parece que deseara ir al seminario de Bernal, "para seguir la voluntad Santa del Señor, que me llama a su santo servicio, aunque soy indigno de tan alto honor". Cagliero y el mismo Vespignani tiénenselo prometido*»[231].

Con respecto a esta promesa, él mismo redacta al padre Vespignani, por esos días, en la segunda carta citada por Gálvez:

«*¡Ah, mi muy Rdo. Padre, pienso ir muy pronto al Seminario Salesiano de Bernal, pues ya me ha dicho S. S. Ilustrísima monseñor Cagliero para seguir la Voluntad Santa del Señor que me llama a su santo servicio, aunque soy indigno a tan alto honor*»[232].

---

230 *Testimonios,* serie segunda, pág. 102. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVIII, pág. 138.

231 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VIII, págs. 147–166.

232 Carta del 17 de noviembre de 1902. Pedemonte, pág. 14-15.

Se ve que su vocación ya estaba más que arraigada y, sea cual sea su lugar de residencia, debía servir a Jesucristo en el ministerio sacerdotal.

Ya en Uribelarrea, colaboraba en lo que le era posible, según su estado de salud corporal. Uno de los que se formaban en la Escuela de allí recuerda:

«*Nos dijeron que nuestro compañero venía del Colegio Pío IX de Buenos Aires, en busca de salud, pues el clima de la Capital Federal no le sentaba…*»[233].

Sin embargo, él no se cansa de afirmar en sus cartas que está recuperado. Lo que sucede es que, cuando el alma busca algo con fuerza, suele olvidarse del cuerpo.

Como joven que había asimilado el espíritu de Don Bosco, Ceferino no podía estar en ocio. Estaba, sí, enfermo; pero, pudiendo hacer algo, no era Namuncurá quien se iba a estar mano sobre mano, en una indolente inacción.

Por eso pidió al padre Andrés Pestarino, director de la Escuela, que le diera algo que hacer. El padre Patricio Heduvan nos dice al respecto:

«*Tenía mucha devoción a Jesús Sacramentado y a menudo se lo veía hincado delante de su altar y orar con devoción. Como no hubiera sacristán, el padre Pestarino encargó a Namuncurá de la capilla, oficio que cumplió con satisfacción y edificación de todos hasta que fue llamado otra vez a la Capital*»[234].

No podía el director de la Escuela haberle dado un cargo que más agradara al enamorado de la Eucaristía que era Ceferino. Tanto el padre Heduvan como el padre Muras -ambos, trienistas en esa Escuela en 1903- nos dicen que se esmeraba en tener la capilla hecha una joya, y que nunca faltaron flores en los altares.

233 Testimonio del doctor Luis E. Solari, letrado del foro bahiense. En *Testimonios*, serie primera, pág. 125.

234 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. II, pág. 18.

Resume Gálvez, quien seguramente tiene ante sus ojos los testimonios arriba citados, con este párrafo:

«*Un inmenso placer que tiene en Uribelarrea es el de ser sacristán. Como no lo hay en este momento, encárganle a él de esas funciones. Y es de ver con qué contento y perfección las cumple y cómo en ello edifica a sus ocasionales compañeros, los pequeños agricultores de la escuela*»[235].



Escuala Agricola de Viedma

Ceferino quiere estar activo. Sabiendo que los tesoros hay que cuidarlos, había pedido a Vespignani «*un consejo para practicar más perfectamente la virtud de la santa Pureza* [así, con mayúscula] *y una oración para que el Señor me haga más bueno*»[236]. La inactividad es enemiga de la castidad, de la que dice san Juan Bosco que debe ser la «*virtud sobresaliente de los Salesianos* (…) *así como los hijos de San Francisco de Asís se distinguen por su pobreza y los hijos de San Ignacio sobresalen por la obediencia*»[237]. Entonces reclama más ocupaciones.

Dice el padre Heduvan:

235 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VIII, págs. 147–166.
236 Carta del 29 de octubre de 1902. En Pedemonte, pág. 14.
237 M*áximas...*, nº 145.

«*Este joven mostró siempre, durante esos pocos meses del año 1903, un caudal grande de piedad, siendo además, por el buen temperamento que lo caracterizaba, muy apreciado por esos pequeños agricultores, a los cuales asistía y cuidaba cuando el asistente no podía, por alguna razón, estar con ellos. Y no recuerdo que alguno se le hubiera insubordinado o faltado al respeto al pequeño asistente...*»[238].

Mientras, agravaba, porque el clima de Uribelarrea distaba mucho de ser el ideal para la recuperación de un cuerpo tuberculoso. Su ansia vehemente de ir a Bernal lo impulsa a declararse en buen estado de salud.

«*No; no estaba curado. Los médicos afirmaban todo lo contrario. Si se hubiera restablecido, seguramente que tanto monseñor Cagliero como el padre Vespignani le hubiesen abierto de par en par las puertas del instituto bernalense. Pero la tuberculosis se agazapaba como un áspid en el seno del caciquito. Y no era Bernal, ciertamente, el lugar más indicado para él. Por diversas razones que veremos, los Superiores pensaron en enviarlo a Viedma. Y hacia allá fue Ceferino*»[239].

Otra vez, contra sus deseos y otra vez también con gran alegría, emprendió el viaje en barco hasta Viedma. Como se constatará luego, cuando realice el viaje a Italia, Ceferino no tenía problemas con la vida del mar; ni mareos ni nada por el estilo… sólo su constante tosecita, que iba *in crescendo* a cada instante.

Él es quien cuenta de ese viaje, del cual nadie más habla debido a que nadie más lo acompañó. Redacta a Vespignani:

Le quiero manifestar en ésta una gracia especial que las benditas almas del Purgatorio me han concedido, y es de haber hecho un feliz viaje, librándome del peligro espiritual y corporal.

Oiga, cariñoso Padre, lo que el buen Capitán decía a los demás pasajeros:"Este niño nunca se marea, es muy fuerte, éste sí que es un hombre".

---

238 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVIII, pág. 140.
239 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVIII, pág. 141.

Mas yo al oír estas palabras del Capitán, decía en mi interior: "Este feliz viaje se lo debo a las benditas almas del Purgatorio" y luego rezaba un Padrenuestro para los pobres oprimidos.

En la misma carta continúa:

En cuanto a mi salud, va bien y el Rdo. Padre director me dijo que pronto me pondría morrudo: así sea[240].

Vuelve a traslucirse en el ánimo del buen indígena sus deseos de buena salud, tras los cuales se esconde la secreta esperanza de llegar algún día a ser parte del Colegio de Bernal.

En Viedma se encontraba, por el contrario, el Colegio San Francisco de Sales, de educación secundaria. El edificio databa de 1897.



Beato Artémides Zatti

«*Era director, entonces, el padre Bernardo Vacchina; prefecto, el padre Ramón Faveiro; consejeros, los padres Juan Aceto y Evasio Garrone -éste, encargado del hospital y la farmacia-, y confesores, los padres Luis Marchiori, que vivía en Carmen de Patagones, y Ángel Veneroni, que era el párroco. Como se daba gran importancia a los talleres, había muchos coadjutores que eran maestros de oficios.*

240 Carta del 8 de febrero de 1903. Entraigas, quien trae esta cita en la pág. 143, coloca esto como nota al pie: «*El original de esta carta se ha extraviado. Se encuentra reproducida en "El Nuevo Templo de San Carlos", semanario parroquial del 16 de abril de 1904, n. 102, pág. 804 (tomo 1902-1904). Había trascurrido más de un año, desde que la escribiera Ceferino…*».

En un colegio donde no había catequista, el número de coadjutores era de trece, sin contar un novicio, que fue el más célebre de todos: Artémides Zatti[241]»[242].

Allí llegó Ceferino, en los primeros meses de 1903. Sus compañeros eran pocos, solamente 16: «*...doce estudiaban latín, para ser clérigos, y cuatro aprendían oficios, para ser coadjutores*»[243].

«*Apenas llega Ceferino al colegio San Francisco de Sales, el director, que es el padre Bernardo Vacchina, lo presenta a los aspirantes. A ellos les llama la atención el tipo del muchacho. Y Vacchina les dice que es un hijo del famoso cacique Don Manuel Namuncurá, ahora coronel del ejército*»[244].

Uno de los que luego fueron sus compañeros, Augusto Valle, posteriormente director de Escuela en el Alto Valle del río Negro, acababa de perder a su compañero de banco, el cual, «*no pudiendo soportar*

---

241 Zatti nació en Boretto, Italia, el 12 de octubre de 1880 y a los 17 años llegó a Bahía Blanca junto con sus padres y hermanos, donde desplegó una incansable tarea pastoral.

A los 20 años sintió el llamado de Dios a la vida religiosa e ingresó al Aspirantado Salesiano de Bernal. Según los relatos de época, "fueron años muy duros para Artémides, por ser mayor que sus compañeros y por sus pocos estudios. Pero todo lo venció con voluntad tenaz, clara inteligencia y sólida piedad".

En 1902, asistiendo a un sacerdote tuberculoso contrajo la enfermedad y debió regresar con los suyos. De regreso a casa, manifestó su decisión de morir como religioso de Don Bosco. Aconsejado por el padre Cavalli fue al Hospital Misionero de Viedma. Allí, el sacerdote y doctor Evasio Garrone detectó el grave estado del joven y descubrió sus virtudes: podría ser su sucesor ya que él se sentía viejo.

Viendo que la enfermedad seguía haciendo estragos en el joven, le propuso un voto a María Auxiliadora: "Si ella te sana, dedicarás tu vida a los enfermos". Artémides hizo el voto y se sanó por completo. Desde entonces dedicó su vida a los enfermos.

En 1908 Zatti se consagró a Dios como salesiano coadjutor, y desde 1911 a 1951 se hizo el pariente de todos los pobres inmolando cuarenta años al servicio de los enfermos y, particularmente, de los más pobres.

El 15 de marzo de 1951 murió en el hospital de Viedma rodeado del cariño y gratitud de un pueblo que comenzó a invocarlo como intercesor ante Dios.

El 25 de octubre de 1996 fueron aprobadas las virtudes heroicas del Siervo de Dios, el 7 de julio de 1997 fue declarado Venerable y el 15 de abril del año 2002 el Papa Juan Pablo II lo declara Beato.

242 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIX, pág. 145.

243 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIX, pág. 145.

244 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. VIII, págs. 147–166.

mis bromas y continuo movimiento, había cambiado de lugar...»[245]. Tras la presentación, hacia su lado dirigió Vacchina a Ceferino, como encomendándoselo. Él, Augusto, testimonia:

«*Fue recibido por nosotros con grande alegría, ya porque se aumentaba el número de aspirantes, ya porque veíamos en él al hijo de uno de los caciques más poderosos de la Patagonia.*

Muy pronto llamó la atención de todos sus compañeros, por su ánimo constantemente alegre y sereno y por su trato familiar así en las conversaciones como en los juegos»[246].



El salesiano padre Bernardo Vacchina.
Superior del Colegio de Viedma cuando Ceferino fue a aquel lugar

Y más tarde, y hasta con cierta diversión, cuenta el instante en que a Ceferino, el futuro beato, le fue asignado el puesto al lado suyo:

«*Ceferino se sentó a mi lado, mientras los ojos de todos, sin excluir los del asistente, estaban fijos en mí, con mal disimulada complacencia, intuyendo que, con el nuevo llegado, tan digno en su compostura, no aventuraría mis acostumbradas travesuras de chiquilín. Y por aquel día me convino estar quieto y observar la actitud del hijo del cacique*».

245 *Testimonios*, serie primera, pág. 57.
246 *Testimonios*, serie primera, pág. 57.



El padre Evasio Garrone.
Sacerdote médico. Acompañó a Mons. Cagliero en su viaje a Italia (1904), junto con el beato Ceferino Namuncurá, a quien atendió numerosas veces.

Y prosigue:

«*Un compañero así le tocó a Ceferino Namuncurá o al Tehuelche como lo llamaba yo cuando el padre Vacchina nos lo presentó a los doce primeros estudiantes de latinidad que nos hallábamos en el estudio a las cinco de la tarde, en el aula de quinto y sexto grados, año 1903, a principios del curso escolar.*

(...) *El padre Vacchina, después de hablarnos del nuevo compañero, se dirigió hacia mí y me dijo que me lo daba por compañero, que fuera juicioso con él; y después de hacerme bromas en genovés, como solía con frecuencia, indicó a Ceferino que se sentara a mi lado.*

Pocos minutos después, yo miraba a todos lados para ver a mis compañeros que no me sacaban los ojos de encima y noté que se sonreían, como también el padre Jenaro Alonso, que era nuestro maestro y ese día también nuestro asistente porque el acólito José Reguera estaba enfermo...

No me quedó más remedio que corresponder a sus sonrisas y estarme muy quieto»[247].

Vuelvo a remarcar la impresión que el hijo de Don Manuel sabía causar en las personas, ya sea en los de su edad, ya sea en los mayores que él. Todos los testigos recuerdan muy bien su forma de ser y nadie afirma tener de él recuerdos vagos.

El caso de Valle es paradigmático, ya que en su testimonio ha anotado el lugar y hora exactos de su primer encuentro con Namuncurá. Es seguro que a muchos jóvenes habrá sido presentado como nuevo alumno, pero dudo mucho de que de algún otro recuerde el instante preciso, como recuerda el de la aparición de Ceferino.

Causaba impresión en las personas y lo hacía por esa unión íntima que tenía al Verbo Encarnado, el cual ha influenciado tanto a la humanidad, que con su nacimiento en Belén partió en dos la historia del hombre.

Por eso impresionaba cada vez más, porque cada vez se unía más al Señor. En definitiva, «*había llegado a ese grado de mística plenitud en que se paladea lo que parece amargo, en que se comprende de una vez por todas que es cierto lo que dijo el Divino Maestro: "Bienaventurados los que lloran"*[248]*, en que se percibe la dulzura de la lágrima… Y a eso iba él al santuario: a gustar la dulzura de las lágrimas*»[249].

Esas lágrimas, que ya desde esos instantes dejaron de ser las lágrimas de un simple ser humano y se convirtieron en las lágrimas de alguien que ha tenido un contacto con lo eterno, con el Eterno, que le hace parecer que todo es «*basura, con tal de ganar a Cristo*»[250]; se convirtieron en las lágrimas de alguien que reconoce que todo lo ha recibido de arriba y quiere cumplir aquello del Señor:

247 *Testimonios,* serie primera, pág. 57.
248 Mt 5, 5.
249 Entraigas, *El mancebo...*, XVIII, pág. 212.
250 Fil 3, 8.

«*…gratis lo recibisteis, dadlo gratis*»[251]; se convirtieron en las lágrimas de un misionero… porque «*las lágrimas de un misionero son frecuentemente lágrimas de agradecimiento*»[252].

251 Mt 10, 8.

252 La frase pertenece a la crónica nº 10 de las misiones del Instituto del Verbo Encarnado en Papúa Nueva-Guinea, donde aún hoy se encuentran algunos sacerdotes misioneros, realizando un ingente trabajo pastoral.

Capítulo VI

¿Otra vez hacia los toldos?

«…ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza,
y hasta los indios no alcanza
la facultá del Gobierno»[253].

El beato ya se había hecho todo un hombre en 1903. En las condiciones en que se había ido modelando, podía afrontar cualquier situación adversa.

Ya hemos dicho que su padre, Don Manuel, veía lejos, y notó que su hijo había llegado a un nivel tal que podía serle más útil como «*lenguaraz y secretario*» en el toldo mayor que estudiando en un lejano colegio. Esto porque veía lejos como indio… pronto vería más lejos, como verdadero cristiano.

Narra Entraigas:

«*Entre tanto, el anciano cacique, firme en sus trece, había vuelto sobre sus pasos y a toda costa quería tener a Ceferino en San Ignacio. Para ello había enviado a su hijo Julián, su hermano José y otro joven llamado Miguel, con una carta fechada en Junín de los Andes, el 3 de febrero de 1903, para Don Luis Sáenz Peña.*

Los emisarios vinieron a Buenos Aires, y como era verano, no encontraron al ex Presidente de la Capital. Estaba en una estancia que

---

253 José Hernández, *Martín* Fierro, *El Gaucho*, estrofa 374.

tenía en Ferrari, partido de Magdalena (Provincia de Buenos Aires), y se llamaba San Luis Beltrán. Entonces los tres se fueron a Ferrari. Y allá, el 22 de marzo los recibió Don Luis»[254].

Todo esto ocurre luego de que Ceferino «*ha permanecido sus últimas semanas en Uribelarrea y ha comenzado a vivir en Viedma*»[255].

Ceferino realmente amaba mucho a su padre, y también su padre lo amaba mucho a él. En el momento de la separación se lo demostró, como buen cacique, de un modo lacónico, seco en expresiones, pero cargado de sentimientos profundos… profundísimos. Presentía que la separación, por más que aparecía como temporal, era para siempre y le advirtió: «*tienes que separarte de nosotros…*»[256]. Y lo «*abrazó y lo besó*»[257] a su hijo, como buen padre.

Ya en Buenos Aires se muestra orgulloso de él y se lo presenta a todos sus conocidos. Se adivina su dolor por dejar a su hijo solo en la ciudad y quiere recomendarlo bien, para que se lo cuiden.

Cagliero refiere un ejemplo que es tremendo, de cuando habló con el cacique durante la misión de San Ignacio, en marzo de 1902, y le contó sobre la vocación y las dolencias de Ceferino:

«*El venerado anciano, aunque optaba por tener a su lado al hijo de su predilección, consintió con mis deseos por el bien de su salud, de sus estudios y de su vocación...*»[258].

Así como dijimos en uno de los capítulos precedentes, que los niños que tienen ideales superiores y sobrenaturales pueden afrontar sacrificios muy grandes en pos de esos sus fines; del mismo modo, diremos que los padres que tienen entre sus hijos ese tipo de niños, no tienen que ser menos valientes que ellos en afrontar las dificultades que se opongan a su vocación, de entre las cuales la primera y más dolorosa es la separación del hogar paterno. Y así como Ceferino es

254 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIX, pág. 146.

255 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VIII, págs. 147-166.

256 *Testimonios,* serie primera, pág. 90.

257 *Testimonios,* serie primera, pág. 90.

258 Testimonio del obispo Juan Cagliero. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVII, pág. 131.

ejemplo de los primeros; del mismo modo, Don Manuel Namuncurá, en su religión todavía *quasi natural*, es ejemplo de los segundos.

Los compañeros de Ceferino captaban ese amor muy íntimo que ligaba a padre e hijo. Citamos a continuación varios de los testimonios que han llegado a nosotros con respecto a esto.

«*Tenía un profundo respeto a su padre, a quien amaba. Cuando recibía una carta de él, que ya conocía la procedencia, su rostro se inundaba de alegría. Un día, paseando él y yo por el patio, sin decirme nada, veo que saca del bolsillo interior de su saco una carta, me la extiende con visible satisfacción y me dice:*

- Lee.

Era una carta de su padre, mal escrita, pero que se entendía bien lo que quería decir. "Mi querido hijo", empezaba la carta. Desde el principio al fin eran ardientes consejos: "que debes portarte bien para ser mañana un hombre de provecho... Acá te mando cincuenta centavos para que compres caramelos". Efectivamente, en la carta venían 50 centavos papel.

Terminada la lectura, ensobré la carta, puse el billete dentro y la entregué a Ceferino. La guardó lleno de alegría, como si hubiera recibido un precioso regalo... »[259].

«*Ceferino quería de veras a su padre. No podía ser de otro modo. Era bien nacido*"»[260].

«*Lo que otras veces llamó mi atención, fue el cariño tan especial que demostraba a su anciano padre. En varias ocasiones lo fue a visitar; pero nunca se notaron entre padre e hijo melindres, caricias o muestras de cariño desmedidas, aunque nadie dudaba del afecto que los vinculaba...*

Pocas palabras, unas sonrisas francas; pero eso sí, siempre en compañía el uno del otro.

---

259 Testimonio de Julio Salmini. En *Testimonios*, serie primera, pág. 112.
260 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVI, pág. 121.

(…) [Luego se refiere al cacique] *A pesar de su aspecto un tanto terrorífico y de sus modales secos, nos había caído en gracia, porque le gustaba estar entre los niños. Nos quería. No ya que fuera hombre de muchas palabras. Todo lo arreglaba con una sonrisa bonachona, sobre todo si se hallaba en compañía de algún misionero conocido.*

…siempre que podía, manifestaba su gratitud a los misioneros salesianos por la instrucción religiosa de su tribu y a los padres del Colegio por la educación y adelanto de su hijo.

El mismo Ceferino, en una recitación, en el comedor, manifestó en presencia y en nombre del padre, esos mismos sentimientos de gratitud, en tal forma que conmovió al fiero rey de las pampas y más aún a nosotros…»[261].

«*¡Cuánto amaba a su querido y anciano padre, a su buena madre, hermanos y hermanas y a toda la gente de su tribu!* »[262].

Es fácil imaginar la gran alegría que habrá inundado al hijo del cacique, sobre todo, en dos acontecimientos que tienen involucrado a su queridísimo padre. Testimonio del primero trae el padre Beraldi:

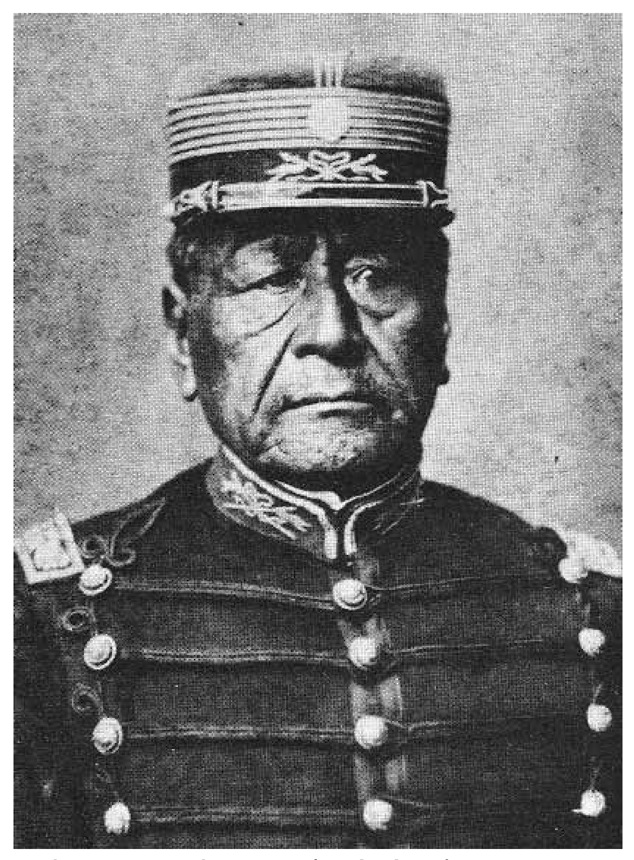
«*Al saber que su anciano padre, Don Manuel Namuncurá, quería edificar en el paso de San Ignacio una capilla para que su hijo Ceferino la oficiara cuando fuera sacerdote, ocupándose así de los pobres indios de su tribu, el piadoso jovencito pedía siempre esa gracia: hacerse pronto sacerdote y salvar a los indios de la Patagonia...* »[263].

El segundo hecho nos remonta a un tiempo después, cuando, estando en Roma, fue recibido en audiencia por el Santo Padre Pío X. El Papa le dijo:

«*Di a tu papá cuando le escribas que el Vicario de Cristo lo bendice de todo corazón a él, a su familia y gentes de su tribu, y que sean buenos cristianos para que todos puedan ir al Paraíso…*»[264].

261 *Testimonios,* serie primera, pág. 52-53.
262 Testimonio del padre Juan Beraldi. En *Testimonios,* serie primera, pág. 114.
263 *Testimonios,* serie primera, pág. 114.
264 Pedemonte, pág. 35.

Estaba ya cerca de la muerte y escribió a su padre, lleno de júbilo, contándole estas palabras del Vicario del Salvador. «*Comienza la carta con estos superlativos: "Excmo. señor Don Manuel Namuncurá - Muy amadísimo papá", donde revela un deseo de realzar los méritos de su padre (excelentísimo), y el profundo amor que le profesaba (amadísimo)*»[265].



El cacique Manuel Namuncurá, padre de Ceferino. Año 1883.
Luego de rendirse y llegar a General Roca, donde se entrega al Gobierno, recibe como premio el grado de coronel de la Nación. Por eso posa para la foto luciendo el uniforme del ejército argentino.

265 ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. XVI, pág. 123.

«*Ése era Ceferino: el hijo tiernamente afectuoso. Quería de veras al Cacique. Lo admiraba. En su alma lo había encumbrado. Excelentísimo señor, lo llama en una de sus cartas.*

Y ahora, ese ser tan querido de su corazón se le cruza en el camino de su vida como una piedra de escándalo. Lo obliga a optar entre el cariño filial y el ideal de su vida, que fue siempre ser sacerdote…

¡Qué prueba para su joven corazón!»[266].

Dura es de considerar la situación: mucho más difícil es siempre aceptar el daño que pueden hacernos aquellos que mueven tras de sí nuestros afectos. La causa es sencilla y es que el daño se hace doble, porque nos duele la contradicción que se nos hace, y nos duele, y quizás muchísimo más, el mal que se hace a sí misma la persona por nosotros amada. Este dolor es, por tanto, proporcional al afecto… y vimos cuanto amaba Ceferino a su progenitor…

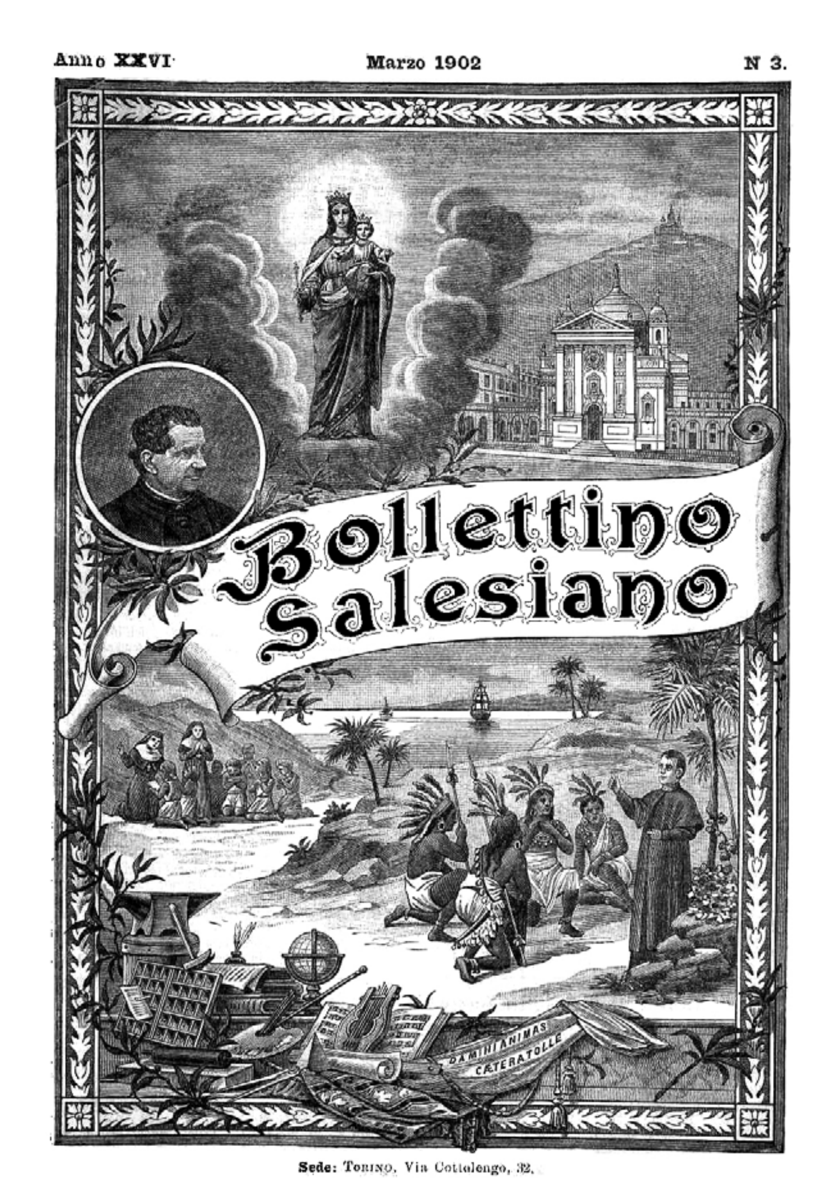
Se produce un choque terrible entre el cacique Namuncurá, garra de piedra, y la pétreamente arraigada vocación de su hijo. Choque estruendoso que ya había tenido su antecedente en 1902, en el Pío IX. Lo cuenta Vespignani:

«*Cuando se pronunció Ceferino respecto de su vocación eclesiástica, y el cacique Namuncurá venía para sacarlo del Colegio, para que le ayudara como secretario, interpusimos la influencia del señor Presidente para que lo dejara en el Colegio...*

Recuerdo que Ceferino hizo especiales prácticas de piedad y se aconsejaba sobre este punto. Y cuando vino el papá con intención de llevarlo, le hicimos ver que incurriría en falta muy grave si antes no iba a aconsejarse con el protector del niño.

Prevenido por nosotros y por el mismo Ceferino, el doctor Sáenz Peña convenció al cacique que dejara a su hijo seguir los estudios con los padres salesianos. Y se consiguió con inmensa satisfacción de aquel siervo del Señor...»[267].

266 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVI, pág. 124.
267 *Testimonios*, serie primera, pág. 9.



Tapa del Boletín Salesiano - Marzo 1902

El ya citado Salmini, compañero de aquellos años de primaria, trae también relatos relacionados a la situación:

«*Tuve ocasión de presenciar una entrevista entre el coronel Manuel Namuncurá y su hijo Ceferino. Era una tarde. En el pórtico que da frente al comedor de los padres. El coronel vestía el uniforme militar de su grado, tenía el cuello desprendido y en lugar del sable, se apoyaba en un bastón. Lo acompañaba un particular, también indio, con un pañuelo de seda blanco al cuello.*

El coronel hablaba con Ceferino y éste escuchaba al padre, mirando hacia donde estaban jugando los niños. De vez en cuando Ceferino respondía con monosílabos y alternaba en la conversación en raras ocasiones, el acompañante.

Yo no desperdiciaba ese cuadro que me resultaba interesante, pues por la seriedad de Ceferino, me parecía que estaba recibiendo alguna reprimenda de su progenitor.

Cuando mi amigo se reintegró a sus compañeros, le pregunté, a boca de jarro, si su padre lo estaba cafeteando[268].

-*No, nada de eso -me dijo-; al contrario: me hablaba de sus asuntos y me daba consejos*».

Pero no era eso lo único que le decía su padre. Se mostraba, sí, resignado a veces pero indudablemente lo empujaba a que se vuelva cada vez que podía… «*me hablaba de sus asuntos*»…

Ahí comenzó su lucha. Una lid tremenda entre el amor a su padre y el destino que Dios le había trazado[269].

En esta ocasión el ex presidente intervino y zanjó la cuestión a favor de Ceferino y de los padres, que no querían perderlo.

Ahora, ya en 1903, vuelve a la carga el cacique, como mostramos al comienzo, enviando a una nueva comitiva a su amigo de Buenos Aires. La reacción de Don Luis, ahora de vacaciones, es

268 Significado de la expresión *cafeteando*: "*Dar un café a uno, es darle una reprimenda, regañarlo*".

269 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XVI, pág. 121.

diferente a la anterior, quizás movido por la insistencia de Manuel. Refiere Gálvez:

«*Sáenz Peña lo considera justo. Y le contesta, el 22 de marzo, diciéndole que va a dirigirse al Superior del colegio Pío IX pidiendo que el niño sea enviado junto a su padre*»[270].

Sáenz Peña se encuentra con que Ceferino ya no está en el Colegio de Almagro y escribe a Viedma. La respuesta que recibe la remite nuevamente al cacique, junto a una nueva carta fechada el 29 de mayo. La carta con que los sacerdotes salesianos respondieron a Sáenz Peña lamentablemente se ha perdido.

Igualmente pueden deducirse algunas actitudes:

Por un lado, Entraigas trata de los Namuncurá:

«*Tanto Don Manuel como Julián parece que no cejaban en su propósito de llevarse a Ceferino, porque a fines de mayo todavía Julián estaba en Buenos Aires, o había vuelto a la Capital, y le había escrito a Don Luis, que seguía en su estancia*»[271].

En cambio, Gálvez, se avoca a los salesianos y a la conclusión del episodio:

«*El deseo de Namuncurá causa consternación entre los salesianos, y es probable que el mandar a Ceferino a Viedma tenga por objeto ganar tiempo* (…) *El caso es que a fines de mayo nada han resuelto los padres. O han resuelto no entregar al niño, tratando de convencer al cacique. En otra carta de Sáenz Peña a Julián, del 29 de mayo, dícele que le adjunta la respuesta del rector del Colegio y le pide llevársela a su padre.*

Como se ve, los salesianos han tardado más de dos meses en contestar. Y aunque no existe documento alguno que lo pruebe, los hechos demuestran que, por el instante, Namuncurá no insiste»[272].

270 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VIII, págs. 147-166.
271 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIX, pág. 146.
272 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VIII, págs. 147-166.

Después de este episodio, a mediados de año, escribe Ceferino al padre Esteban Pagliere, acerca de una posible visita que debería hacer a sus familiares, a la cual temía mucho, por las tentaciones que imaginaba podría encontrarse:

«*Porque tengo gran necesidad de sus santas oraciones, mi querido Don Juan. Dentro de pocos días deberé ir a mi casa (junto al río Aluminé). ¡Y quién sabe cuántos asaltos me dará el demonio para hacerme caer en sus manos y precipitarme luego de precipicio en precipicio!*

Mas si Ud. ruega por mí a la querida Madre María, Ella ciertamente me salvará, no permitirá que yo, siendo su hijo, pase a ser esclavo de Satanás, que es el más acérrimo enemigo.

Mi hermano Julián aún no ha venido a buscarme y no sé cuándo llegará; mas antes de partir allá, espero escribirle otra cartita»[273].

Nada más habla sobre ese viaje a San Ignacio, en ninguna de sus cartas posteriores. Tanto Gálvez como Entraigas deducen, como parece lo más lógico, que el viaje nunca se efectuó. Éste último escribirá:

«*Sobre esa ida de Ceferino a San Ignacio, le dice al padre Beraldi que antes de ir, volverá a escribirle. Hasta el 5 de enero de 1904 no le escribe. Y en esa carta no le habla para nada de tal viaje*»[274].

Por último, encontramos un postrer intento de llevárselo pero vemos en él al joven indígena mucho más avezado para resolver él mismo el percance, según lo trae Entraigas, quien dice que Julián, su hermano, probó convencerlo de todas las maneras, mas no había caso con el tesón de su hermano pequeño que defendía su vocación valientemente. El último ataque fue presenciado por Vicente Martini, jefe del taller de carpintería, que «*escuchó un diálogo que fue como el epílogo de una serie de asaltos que el hermano había dado, para ver si abría una brecha en la ciudadela inexpugnable del Mancebo.*

273 Pedemonte, pág. 16.
274 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXII, pág. 168.

Narra Martini que Julián se le acercó mucho, como para hablarle al oído, y le dijo:

-Ceferino, ¿te gustan las chicas?

El joven reaccionó instintivamente, como si lo hubieran herido en lo más vital de su alma; se desprendió con violencia del brazo del hermano, y le contestó resueltamente:

-¡No, no me gustan!...

-Pero... ¿por qué no te gustan?

-Porque tengo que ser sacerdote...

Y fue tan decidida, varonil y tajante la respuesta, que, narraba Martini, Julián no volvió más a la carga»[275].

En esta valiente respuesta de Ceferino vemos el poder de la vocación y de la gracia; las cuales pueden hacer que una persona, y aun de corta edad, encause y sublime los afectos naturales y lícitos que están anejos a nuestra naturaleza.

La victoria ya estaba lograda, ya no lo molestarían más su padre ni su tribu para rogarle que vaya a serles útil antes del tiempo establecido por los designios divinos.

Podemos preguntarnos con Entraigas el por qué de tantas insistencias de Don Manuel, conociendo que su voluntad primera era de que su hijo se forme el tiempo necesario, según él mismo había dicho a Cagliero. Y respondemos con el testimonio de Pablo Fermín Oreja:

«*Esta actitud no aparece suficientemente aclarada: es posible que haya sido determinada por el conocimiento del quebranto de la salud de Ceferino y la creencia familiar de que su reintegro a la tribu contribuiría a su restablecimiento...*»[276].

Sea como sea, al fin y al cabo, por esto o por aquello, Don Manuel Namuncurá descubrió el significado último del sufrimiento de la sepa-

275 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXIII, pág. 176.

276 Pablo Fermín Oreja, *El gualicho y la cruz*, pág. 40-41. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XIX, pág. 148.

ración de su hijo y el alcance de las palabras que un día pronunciara a Cagliero. Y se resignó a la voluntad de Dios y de Ceferino, que era la misma, y «*aunque optaba por tener a su lado al hijo de su predilección, consintió con mis deseos por el bien de su salud, de sus estudios y de su vocación*...».

Capítulo VII

Nunca jamás en su suelo

«…le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones,
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara»[277].

Ceferino logró al fin que su padre aceptara su vocación. Así, tras las idas y venidas que hemos repasado de modo breve, se pudo quedar en el Colegio de modo definitivo y seguro. Pero estaba el otro adversario, la tuberculosis, que le destrozaba los pulmones y le arrebataba la vida en plena etapa de juveniles aspiraciones.

Son los comienzos de 1903. Ceferino era un poco mayor que todos sus compañeros, pero no obstante, les brindaba a todos gran confianza y los divertía con sus anécdotas e historias de la Patagonia. Además les preparaba arcos y flechas que él mismo probaba y «*lucía su maestría en la preparación de flautas*»[278].

Se destacaba también en la equitación.

«*En uno de los frecuentes paseos que hacían los chicos a la Quinta, uno de los estudiantes, Francisco Pablo De Salvo, narra que le llamó la atención el gusto que tenía por cabalgar. Jineteaba el primer caballo que encontraba. En un alfalfar de varias hectáreas de extensión lo vio*

277 José Hernández, *Martín Fierro, El* Gaucho, estrofa 392.
278 *Testimonios*, serie primera, pág. 126-127.

hacer piruetas sobre el caballo, y algunos ejercicios de acrobacia que asombraron a todos.

Cuando echó pie a tierra, Francisco Pablo le preguntó, creyendo que la respuesta iba a ratificar su placer por la equitación:

-¿Qué es lo que más te gusta, Ceferino?

-Ser sacerdote... - replicó sin pestañear.

El chico quedó sorprendido, y comprendió toda la hondura interior del Mancebo»[279].

No sin emoción dice Augusto Valle:

«*Éramos pocos compañeros y nos queríamos como hermanos. No he vuelto en mi vida a disfrutar de una amistad tan sincera y tal como la de los años pasados en el Colegio San Francisco de Sales...*»[280].

Y si la vida del Colegio era alegre, mucho le debía a la alegría que siempre mostraba, aun en la enfermedad, el hijo del cacique, quien «*se esmeraba en que todos sus compañeros, los aspirantes, no sintieran la nostalgia de la familia y estuvieran siempre contentos...*»[281]. «*Para nosotros la santidad consiste en estar alegres*», dijo santo Domingo Savio a un chiquillo que sentía la nostalgia de la casa paterna[282].

Llegó el tiempo de comenzar las clases, lo que «*significa un enorme esfuerzo para Ceferino, pues debe estudiar latín. Del pampa al latín hay distancia*»[283].

Dirán sus compañeros:

«*Debo advertir que, si bien es cierto que Ceferino no descollaba por su inteligencia, la suplía con su voluntad férrea para el estudio. Era, como digo, sumamente aplicado, con noción exacta del cumplimiento*

279 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XX, pág. 155.

280 *Testimonios*, serie primera, pág. 59.

281 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XV, pág. 115.

282 Enseñanza recibida seguramente de san Juan Bosco, de quien se recogido la siguiente máxima: "*para nosotros la base de la santidad consiste en estar siempre alegres*" (*Máximas...*, nº 1).

283 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VIII, págs. 147-166.

de todos los deberes propios de su edad; lástima que su salud nunca lo acompañó en su gran deseo de ser ciudadano útil para los de su raza y, por consiguiente, para la Patria»[284].

«*Durante este tiempo recibí ejemplos de piedad; y muy a menudo dábanos avisos y consejos; tanto que al hablar con mis compañeros yo lo llamaba "mi consejero"*»[285].

Este último testimonio pertenece a Augusto Valle, aquel primer compañero de banco de Ceferino. Justamente Augusto Valle fue quien lo acompañó también en su primer oficio dentro del Colegio, el cuidado de la capilla privada del obispo, oficio tal que resultó de gran gozo para Namuncurá. Los superiores habían dicho a Valle que no lo deje barrer a Ceferino «*porque eso perjudicará a su salud. Pero Ceferino, pretextando la necesidad de despachar pronto, lo hace siempre que puede*»[286].

«*Como monseñor Cagliero estaba en Europa, y la presencia de un sacristán en su capilla no era necesaria; el padre Vacchina, queriendo complacer a Ceferino, lo puso de ayudante del sacristán en la parroquia, cuyo titular era Don José Caranta, un alma de Dios, que, naturalmente, hizo muy buenas migas con el Mancebo*»[287].

Los compañeros no debían dejarle hacer muchos ni pesados trabajos, ya que esto deterioraba notablemente su delicada salud. Él buscaba no estarse ocioso, pensando en aquello que Don Bosco dijo: «*si un salesiano sucumbiese por exceso de trabajo, ganará otros cien para la Congregación*»[288].

«*…cuando nos descuidábamos, lo encontrábamos realizando trabajos que nosotros le pedíamos que no hiciera.*

…alguna vez lo encontramos levantando bancos o alfombras pesadas»[289].

---

284 Testimonio del señor Luis Solari, secretario del juzgado civil nº 2 de Bahía Blanca. En *Testimonios*, serie primera, pág. 81.

285 *Testimonios*, serie primera, pág. 24.

286 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VIII, págs. 147-166.

287 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXI, pág. 158.

288 *Máximas...*, nº 942.

289 *Testimonios*, serie primera, pág. 58.

Con ocasión de la muerte de León XIII, el 20 de julio de 1903, para unirse simbólicamente al dolor de toda la Iglesia, se doblaron campanas, quince minutos en cada una de las tres mañanas invernales que siguieron a ese día triste. El encargado de hacerlo era el sacristán, Caranta.

«*El frío cortaba las carnes. Yo quería llamar otro ayudante. Ceferino me decía que no, que él quería tener el gusto de tocar por la muerte del Papa que había enviado a los salesianos a convertir la Patagonia…*

(…) *Le pregunté si el frío no le hacía mal y me contestó: "¡Oh, no es nada! Peor debe ser el infierno..." Y ésta era frase habitual en él, sobre todo en las contrariedades...*»[290].



S.S. León XIII (1878-1903)
Con ocasión de la muerte de este papa Ceferino fue, enfermo, a tocar las campanas. Pero era el turno del sacristán: «El frío cortaba las carnes. Yo quería llamar otro ayudante. Ceferino me decía que no, que él quería tener el gusto de tocar por la muerte del Papa que había enviado a los salesianos a convertir la Patagonia…».

290 *Testimonios,* serie primera, pág. 76.

Las excesivas actividades a que se entregaba terminarían por destruirlo. La tuberculosis se agravó mucho en Viedma. El 24 de septiembre vomita sangre por primera vez.

«*En la fiesta de la Virgen de las Mercedes patrona de Viedma, se realizó una gran procesión por las calles de la ciudad; hubo mucho trabajo.*

Ceferino desplegó una actividad inusitada, sin poderlo nosotros evitar, pues mientras uno estaba en la torre con las campanas, el otro estaba atendiendo los trabajos de la sacristía. No fue, pues, posible vigilarlo...

Y sucedió entonces que al terminar la procesión, lo encontramos apoyado en una alfombra grande, que había arrollado, dando señales de fatiga y tosiendo. Ese mismo día se le revelaron los síntomas de la grave enfermedad que debía llevarlo a la tumba»[291].

«*Y a la noche arroja sangre*»[292].

Habíamos dicho que Ceferino tenía habilidades sorprendentes para el canto. En el San Francisco de Sales, de Viedma, seguía explotando su don.

«*Allí el maestro de música era el padre Ramón Faveiro. Y allá también descolló como cantor, aunque ya había cambiado de voz: era tenor. Por mucho tiempo se recordó un famoso dúo que cantó Namuncurá con el clérigo Anduaga, no menos que otras ejecuciones sagradas y profanas.*

Pero un mal día el padre Faveiro llamó a varios de los mayores: iba a seleccionar a los que debían cantar un trozo nada menos que del Guillermo Tell, de Rossini. Cuando le tocó el turno a Ceferino, el mozo se esforzó para hacer unas notas altas…, y le sobrevino un tremendo acceso de tos. Sacó el pañuelo, se lo llevó a la boca… y salió corriendo hacia un grifo cercano. Lo abrió, ¡y junto con el

---

291 Recordemos nuevamente las palabras de Don Bosco, de unos párrafos más arriba: "*si un salesiano sucumbiese...*".

292 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VIII, págs. 147-166.

agua del río Negro corría sangre de Ceferino! Era el principio del fin…

Ya nunca más pudo volver a cantar»[293].

Para fines de año ya se encontraba más tiempo en el Hospital San José, contiguo al Colegio, que en el Colegio mismo.

«*Terminaba el año 1903 y las antiguas dolencias presentáronse nuevamente con vómitos de sangre que le hicieron guardar cama durante unas semanas y que no le permitieron seguir sus estudios*»[294].

El encargado de los enfermos del Colegio era el padre Evasio Garrone, más conocido como el padre *Doctor*. Don Bosco le había dicho, cuando le tocó en Italia hacer el servicio militar, que aprendiera todo lo que le fuera a servir. Siendo parte del cuerpo de Sanidad, «*tenía una copiosa ciencia empírica. Había adquirido una experiencia muy grande.* (…) *Sobre todo, entendía mucho en enfermedades pulmonares, que allá y entonces eran el pan de cada día. Por eso es que tanto monseñor Cagliero como el padre Vespignani no titubearon en enviarle a Ceferino, cuando se le declaró la tuberculosis, amén de que el aire nativo, esperaban, sería su mejor terapéutica. No fue así, desgraciadamente*»[295]. Él fue quien se hizo cargo de los cuidados médicos de Ceferino.

El primer paso fue llevarlo a la enfermería, donde comía, con una especial alimentación.

«*Y en ella encontró dos almas de Dios: Don Artémides Zatti, un coadjutor salesiano que bien merecería seguir la huella de Ceferino rumbo a los altares, y la hermana Severina Teghille, una santa religiosa de María Auxiliadora que consagró su vida a los enfermos*»[296].

293 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. VII, pág. 56.
294 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXVI, pág. 189.
295 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXII, pág. 166.
296 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXII, pág. 166.

«*La hermana Severina,* (…) *le daba mañana y tarde su cóctel. Y era de ver cómo agradecía el fino Mancebo cada vez que la Religiosa se lo servía... Solía decirle:*

- Ahora no puedo pagárselo, Hermana; pero cuando sea sacerdote, le devolveré el ciento por uno…

Le preguntó sor Severina para qué quería ser sacerdote, y él contestó:

-*Para salvar a mis hermanos, que veo sufrir mucho…*»[297].

En una ocasión en que estuvo enfermo, el joven De Salvo fue llevado al Hospital y ahí «*se encontró con Ceferino. Los compañeros le decían que al llegar de Buenos Aires, su tez era bronceada; pero ahora el chico De Salvo lo hallaba tan pálido, que casi era amarillo*»[298].

Sin embargo, a él le gustaba minimizar el estado de su dolencia haciéndole muy poco caso. Escribe a Vespignani:

«A mí, que estoy un poco enfermo, los superiores me consuelan con decirme que recurra a San José; lo estoy haciendo y confío mucho en que San José que es tan bueno, no dejará de escucharme»[299].

En parte, esta subestimación de la tuberculosis que lo carcomía provenía de la confianza que inspiraba en él el padre Doctor Garrone.

«*Al padre Telmo Ortiz,* (…) *le quedó muy grabada una conversación que escuchó en esos días* [entre Ceferino y Garrone].

- ¿Cómo te va, Ceferino? - preguntó el sacerdote, retirando la mano que el Mancebo había ya asido para besarla.

- *Bien, Padre; pero me molesta mucho la tos…*

---

297 *Testimonios*, serie segunda, pág. 97. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXV, pág. 189.

298 *Testimonios*, serie primera, pág. 131-132.

299 Pedemonte, pág. 15. *Originales*, carta nº 7.

- ¡Esa bendita tos! ¿Y cuándo te molesta más?

- Cuando estoy en la iglesia, cuando rezo fuerte. En el patio, no.

- ¿Así que en la iglesia sí y en el patio no? Entonces, es Mandinga el que anda en todo esto - añadió el padre Garrone - Pero deja, no más: le vamos a quebrar los cuernos a Mandinga… - terminó el salesiano, bromeando»[300].

De la mano de Garrone, Ceferino imaginaba poder superar la enfermedad que lo atormentaba, pero había aun otros dolores más profundos...

Uno fue el alejamiento de sus padres, de los que lo aconsejaban, de aquellos a los que confiaba sus secretos y movimientos íntimos. Ya había dejado a Vespignani en Buenos Aires, su primer y más importante director espiritual, al que escribía habitualmente. A fines de marzo, Cagliero había viajado a Europa para participar del tercer congreso salesiano de ambos mundos.

«*Ceferino halló en Viedma un confesor que le venía como anillo al dedo: era el secretario de monseñor, padre Juan Beraldi, hombre de alma cristalina, sencillo y bonachón hasta la ingenuidad. Cuando el Vicario Apostólico viajó a Europa, lo acompañaba el Secretario. Ceferino sufrió un desgarrón*»[301].

El 30 de abril le escribe y en la carta se nota la tristeza sentida que de él se había apoderado por haber quedado solo:

«*Con placer le escribo estas pocas líneas, porque es para mí un gran consuelo el poderle manifestar mis deseos.*

Yo pienso siempre en Ud. y en monseñor Cagliero y encuentro siempre con qué consolarme cuando me viene a asaltar la melan-

300 *Testimonios*, serie primera, pág. 36-37. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXIV, pág. 179.

301 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XX, pág. 152.

colía, el recuerdo de los santos consejos que me daban cuando estaban en Viedma»[302].

Como hemos comentado más arriba, otro de los elementos que lo hace sufrir bastante son las burlas, generalmente involuntarias, de sus compañeros. Hay momentos en que su humildad llega al heroísmo. Dejamos el lugar a los testimonios.

Dice De Salvo:

«*En cierta ocasión que me hallaba a su lado, mientras él nos narraba aventuras de guerreros indios, que a caballo cruzaban las pampas, dando alaridos y agitando sus lanzas…, en lo más animado de la narración, recordé que también él era indio, y entonces me pareció la ocasión propicia para resolver una duda, y sin más le pregunté:*

- Ceferino, ¿qué gusto tiene la carne humana?

Namuncurá, profundamente sorprendido por mi pregunta, instantáneamente se calló, me miró, como para comprobar que mi pregunta era ingenua, inclinó su hermosa frente, y unas lágrimas brillaron en sus grandes ojos negros. Y un profundo suspiro dio término a la inesperada escena, que fue brevísima…

(…) *Ceferino nunca recordó mi pregunta impertinente. Por el contrario, me pareció que me profesaba más cariño que antes...*»[303].

También Valle refiere:

«*Nunca noté en él un acto de impaciencia o de enojo en las pruebas que yo mismo, involuntariamente, por mi genio diametralmente opuesto al suyo, lo he sometido*»[304].

Refiere Artémides Zatti que un nuevo alumno recién llegado al colegio, llamado Francisco Pesce, se burlaba, durante todo el día, del modo de hablar de los indios y chapurreaba delante de Ceferi-

302 Pedemonte, pág. 16.
303 *Testimonios*, serie primera, pág. 128.
304 *Testimonios*, serie primera, pág. 58.

no frases llenas de errores gramaticales. Ceferino hacía lo que hay que hacer: bajar los ojos, sonreír, callar[305].

Por último, un episodio ocurrido el 13 de junio llegaría para aumentar el dolor del joven estudiante Ceferino Namuncurá.

Monseñor Cagliero había pensado tener a sus aspirantes no en Viedma sino en la otra vera del río Negro, en Carmen de Patagones. Allí funcionaban dos colegios, uno era el San Francisco Javier, destinado a los aspirantes del almácigo de monseñor. El problema se presentó cuando las Hermanas, que vivían en el edificio, no pudieron mudarse, lo que obligó a Cagliero a retener a sus aspirantes en el San Francisco de Sales, de Viedma. Finalmente, en junio de 1903, se terminó de construir el Colegio María Auxiliadora, se mudaron las religiosas y quedó a disposición de Vacchina el San Francisco Javier de Carmen de Patagones.

La separación de sus compañeros fue muy áspera para Ceferino, pues su salud no le permitía marcharse del lado del padre Garrone. Con muchos detalles lo cuenta De Salvo:

«*Precedidos por el padre Vacchina, nos instalamos en el antiguo colegio de las Hermanas. Con nosotros vino también Ceferino, quien quiso traer, él mismo, una pequeña estatua de María Auxiliadora que fue colocada en el patio embaldosado, bajo un pequeño pórtico. Por muchos años recibió el saludo de los aspirantes, al finalizar los recreos largos, cantándose ante ella, hermosas alabanzas…*

Éramos dieciocho los aspirantes fundadores. Pero tuvimos una tristeza: Ceferino no podía quedarse con nosotros... Su salud, en extremo delicada, requería cuidados especiales. Y los superiores, que lo amaban muchísimo, no quisieron cargar con la responsabilidad de quitarle la vigilancia más que paterna con que el padre Garrone seguía, meticulosamente, los pasos de la inexorable tuberculosis, que amenazaba arrebatar a la Congregación una de sus glorias más puras, y una de las esperanzas más acariciadas, cual

305 Testimonio de Artémides Zatti. En *Testimonios*, serie segunda, pág. 94.

era la de que Ceferino llegara a ser sacerdote y misionero entre sus mismos paisanos, que era también la suprema aspiración de su vida…

¡Y Ceferino tuvo que abandonarnos! Quedamos diecisiete aspirantes... Nunca olvidaré la escena: terminaba el día 13 de junio; el padre Vacchina, que tampoco podía disimular la emoción con que se separaba de nosotros, con quienes compartía la mayor parte del día, en Viedma, nos reunió a su derredor…

Los últimos consejos los dio con palabras entrecortadas. Luego se sobrepuso. Dijo una serie de chistes llenos de su gracia peculiar y nos dio a besar la mano. Pero su ojo experto había advertido que, en un rincón, solo, con la cabeza inclinada, estaba el hijo del desierto, su predilecto Ceferino, triste, conteniendo las lágrimas…

El padre Vacchina, lo recuerdo muy bien, vaciló… Pero se hizo el fuerte y con voz esforzada le dijo:

- Ceferino, ven acá; despídete de tus compañeritos... ¡Vamos! Hay que ser fuerte... ¡caramba! ¡No faltaba más! ¿No ves cómo yo no lloro?

Y luego con voz más fuerte, quizás para disimular mejor lo que sentía en esos momentos de separación, dirigiéndose a nosotros nos dijo:

- ¿Y ustedes qué hacen con esa cara de Dolorosa? ¡Está lindo eso! Como si fuera el fin del mundo… ¡Vamos a ver!

El padre Vacchina, con una excusa, se retiró por breves momentos. Nosotros rodeamos a Ceferino, y nos despedimos, sin poder contener nuestra emoción y tristeza al verlo alejarse de nosotros por primera vez…

Al cabo volvió el padre Vacchina, tomó de la mano a Ceferino y, pasando su sombrero por encima de nuestras cabezas, se alejó.

Los acompañamos hasta la puerta… Ceferino, en sus escritos, dejó consignada la tristeza grande que le produjo esta separación»[306].

Solamente dos veces menciona Ceferino en sus cartas el dolor que le causó en el alma este alejamiento de su vocación y esta separación de sus amigos que, unos meses más tarde, recibían su santa sotana. Mientras él está solo en Viedma, aunque lo acompaña su secreta esperanza, su anhelo ardiente de ser sacerdote, misionero, salesiano, santo.

«*Ahora estoy separado de mis queridos compañeros los aspirantes, pero día llegará en que podré unirme otra vez con ellos…*»[307].

Al padre Beraldi le escribe:

«*Y de un modo especial ahora que mis queridos compañeros los aspirantes partieron para Patagones y me dejaron solo. ¡Cuánto he tenido que sufrir!*»[308].

Al comenzar el año siguiente, Cagliero volvía a pisar la Argentina, su barco atracaba en el puerto de Buenos Aires el domingo 3 de enero de 1904. El 15 salía para Bahía Blanca y el 29 por la tarde ponía nuevamente sus pies en Río Negro. El pastor había regresado después de muchos meses.

Por su parte, Ceferino permanece durante el verano junto a los padres de Viedma, Vacchina y Garrone. Cuenta De Salvo:

«*El padre Vacchina venía desde Viedma muy seguido a visitarnos. Nos hablaba, quería saber cómo estábamos, cómo se desarrollaba nuestra vocación. Casi siempre lo acompañaba Namuncurá*»[309].

De seguro fue de mucho gozo para el hijo del cacique el reencuentro con Cagliero, que era para él un verdadero padre, por ser también padre de su tribu y de toda la pampa. El 5 de

306 Confrontar la carta de 30 de abril colocada un poco más arriba. Pedemonte, pág. 16.

307 Pedemonte, pág. 19.

308 Pedemonte, pág. 16. *Originales*, carta nº 9.

309 *Testimonios*, serie primera, pág. 129.

abril partía otra vez para Buenos Aires desde Carmen de Patagones en otro de sus tantos viajes; y, cuando parecía que el nuevo 1904 se desarrollaba con la misma normalidad de siempre, una noticia sacudió todas las estructuras salesianas de esta parte del globo.

«*El día 18, el internuncio, monseñor Sabatucci, se le presentó en Almagro con un telegrama: "Santo Padre se ha dignado elevar Monseñor Cagliero sede arzobispal de Sebaste". Firmaba Merry del Val, secretario de Estado*»[310].

Al día siguiente, Ceferino le escribe, se nota sin conocer la noticia, y le dice, entre otras cosa, que le queda «*sumamente agradecido por estos beneficios y que a su debido tiempo le sabré agradecer. Por deber y amor de gratitud de un hijo a su padre bondadoso, le comunicaré que todos los días le tengo presente en mis pobres oraciones y seguiré haciéndolo todos los días de mi vida*»[311].

Falta poco para el final de su vida y ya ha crecido pero sigue siendo el único auténtico Ceferino, el de siempre y el de cada día, el tremendamente sencillo y el magníficamente grande, el que está en los detalles pero no se queda en naderías, la misma piedad sin aparatosidades, la misma garra de piedra, con la misma suavidad y paz de la pampa, el mismo indio, el mismo hombre, el mismo santo.

El imparable Cagliero estaba otra vez en Bahía Blanca para el 22 de junio y tenía una gran noticia para nuestro beato: los caminos para el sacerdocio parecían allanarse: lo llevaría con él a Roma dentro de un mes, en el viaje que haría para participar del Capítulo de la Orden. Además, el padre Garrone había sido elegido como representante capitular de estas misiones, por lo cual podía cuidarlo durante el largo viaje… quizás el cambio de clima lograría la tan ansiada curación.

310 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXV, pág. 187.
311 Carta del 19 de abril de 1904. En Pedemonte, pág. 24.

Dice Zatti:

«*No cabía en sí del gozo que experimentaría al ir a Roma y postrarse a los pies del Padre Santo, tanto más que monseñor le dijo que lo presentaría al Sumo Pontífice vestido de gaucho…*

Por tanto, los pocos días que le quedaban de estada en Viedma, los empleó en proveerse de todo lo necesario, por cuanto, desde varios años atrás no vestía más la indumentaria gauchesca; y ahora era ya mozo. Por otra parte el tiempo urgía»[312].

El tiempo urge, como dice Zatti, ya «*el 4 de julio se realizó en el Colegio María Auxiliadora de Carmen de Patagones, el acto académico con que ambas comunidades religiosas despedían al Pastor que, preveían, ya no volvería más a tierras patagónicas.*

El día 5, Cagliero reunió a los salesianos a la noche, en Viedma, y les habló. Todos los salesianos estaban cabizbajos y melancólicos. Les dio muy oportunos consejos para la buena marcha de la Sociedad Salesiana, y les recomendó que tuvieran para el padre Pagliere las mismas consideraciones que habían tenido para con él»[313].

Monseñor Juan Cagliero, el padre Evasio Garrone y el indio Ceferino Namuncurá partieron el 6 para Buenos Aires. El viaje fue accidentado, se demoró algunos días y recién el 11, en tren, llegaron a Bahía Blanca. El mismo día, a las dos de la tarde, rumbearon también sobre ferrocarril con dirección a la capital. Ceferino volvía a Buenos Aires pero sus ojos se volvían hacia la pampa, eterna, inmensurable, como los ojos de Cagliero. Dejaban los dos esa tierra tan querida; la Patagonia ya no sentiría jamás sus pasos.

Ninguno de los dos volvió vivo, pero sus restos esperan la resurrección de los muertos en diferentes lugares del territorio austral de nuestra República Argentina.

«*Si usted viera la Patagonia, vería que linda es...*» -le decía Ceferino al lechero de Uribelarrea, siendo un niño.

---

312 *Testimonios,* serie segunda, pág. 95.
313 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXVI, pág. 196.

El hijo del cacique amaba la tierra que le habían conquistado sus antecesores, la tierra que le había regalado Dios. Le costó alejarse, un nuevo adiós. Y otra vez, la meta firme, cueste lo que cueste.

«Amo el dolor, porque el dolor es ala,
y el que tiene alas, se remonta al cielo:
querer sufrir es columbrar la aurora,
y empezar a sufrir, romper el vuelo»[314].

Ceferino vuela de su tierra, la suya propia, y vuela alto.

«…le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones,
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara»[315].

314 J. S. Chocano, *Obras Completas*, tomo I, pág. 28.
315 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 392.

Roma... a la Eternidad

Francisco Javier Muñoz Iturrieta

«*Si Dios me ayuda en mis estudios,*
algún día volveré a la Patagonia
y hablaré a mis compañeros
del cariño que el Santo Padre, sin conocernos,
nos tiene a los de la Patagonia».

(Ceferino Namuncurá)

Capítulo I

Hacia la «Eterna Città»[316]

«Tantos amigos hallé,
que alegre de verme entre ellos
esa noche me apedé»[317].

«Ya está otra vez el hijo del Desierto en la capital de la República. Ha hecho un viaje detestable, pero no se ha quejado. A la verdad él no se ha quejado nunca de cosa alguna ni se quejará durante el tiempo que le falta de vida. Para él ese viaje ha sido casi como ir al cielo. Porque de Buenos Aires le llevarán a Italia, donde vivirá en los lugares en que vivió Don Bosco; en donde conocerá a Don Rúa, su sucesor; en donde está el Santo Padre, el nuevo Papa Pío X, al cual él será presentado y para el cual lleva un obsequio…»[318].

Ceferino ya se encamina a Italia.

La Providencia, lo lleva, sin él saberlo, a lo que será su «*anticipo del cielo*».

Con cuánta alegría habrá recibido la noticia de este viaje. ¡Y cómo no! Conocerá los lugares donde comenzó la obra salesiana, verá a aquellos de los que tanto ha escuchado hablar… hasta con el queridísimo Papa podrá reunirse… aunque de tantas gracias sólo prevea unas pocas…

---

316 «*Ciudad Eterna*».
317 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 193.
318 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VIII, págs. 147-166.



Despedida del obispo Juan Cagliero que parte definitivamente del país. Año 1904.
Cagliero se encuentra en el centro; a su derecha, de barba, el presidente Roca;
y a la izquierda sobresale la figura del P. José Vespignani.

Es llamativa su preocupación por la fe de bautismo, previendo las cosas importantes que puedan acaecer estando en Roma. Lo primero que hace en Buenos Aires es escribir al padre Crestanello[319]. Le pide que hable con su padre, con cierta urgencia. Quiere que el coronel Namuncurá dé con exactitud la fecha de nacimiento, lugar donde fue bautizado y nombre que le pusieron. Pues:

«*...estando yo en Italia sucederán ocasiones muy urgentes en que es necesario presentar mi fe de bautismo; de lo contrario, no presentándola, no podré hacer bien las cosas. Por ejemplo, si recibo la sotana en Italia, me perjudicará si no tengo mi fe de bautismo*».

El 19 de julio de 1904 se embarca Ceferino en el vapor *Sicilia*, rumbo a Génova, acompañando a monseñor Cagliero y al padre Garrone.

Monseñor Cagliero, al llevarlo a Italia, confía en la mejora de Ceferino. Pensando en el cambio radical de clima y la mejor atención de los médicos.

Cada noche, en el silencio pavoroso del mar, pide a mons. Cagliero «*la buena noche*»[320], según la costumbre establecida por Don Bosco. Luego de la cual le besa el anillo y se va tranquilo a su camarote... a soñar en el, cada día más próximo, Oratorio de Valdocco.

319 El cual se encontraba en Junín de los Andes.
320 Así llamaba Ceferino a las conocidas por nosotros como «*buenas noches*».

Al pasar por Las Canarias, islas pertenecientes a España en el Atlántico, escribe al padre Pagliere:

«*... me estoy poniendo cada vez más "morrudo". Quiera el Señor y la Virgen Auxiliadora sanarme del todo de una vez, y que pueda algún día ver cumplidos mis santos y fervientes deseos*»[321].

Llega con los padres a San Pier d' Arena, Génova, alojándose en el hospicio San Vincenzo di Paoli.

Le escribe nuevamente a Pagliere. Su asombro es notable:

«*En la última mañana del 10 habré podido contar más de doscientas iglesias, pues en cada división de colinas, médanos o montañas habrá más de diez iglesias*». « *¡Oh, si la Patagonia tuviera tantas iglesias como aquí, sería el más feliz de todos!*».

Y le asegura:

«*El Señor y la Virgen Santísima Auxiliadora cuidarán de mi salud, me darán lo necesario para seguir mis estudios; en fin, lo que desea Don Bosco que tenga: salud, santidad y sabiduría*[322]. *De estas tres eses no me escaparé más*».



Génova. 1904. Ceferino arriba a Italia con Mons. Cagliero y el P. Garrone a San Pier d' Arena, Génova, alojándose en el hospicio San Vincenzo di Paoli. (Boletín Salesiano junio de 1905).

321 Carta del 4 de agosto. Cit. por Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. VII, págs. 117-146.

322 Decía Don Bosco: «*No te olvides de las tres letras: S.S.S: Salud - Sabiduría - Santidad. Pídelas al Señor*» (*Máximas*, nº 856).

A Turín llega dos días después. El descendiente de los Piedra se encuentra con el Oratorio de Don Bosco. La noticia de su llegada nos la relata el «*Bollettino Salesiano*»:

«Pequeñas Noticias. Desde Valdocco: Noticias de familia. El 13 de Agosto, acompañado del sacerdote José Vespignani, Inspector de las casas salesianas de la República Argentina, de D. Evasio Garrone y de otros misioneros, llegó al Oratorio su Exc. Revma. Mons. Giovanni Cagliero, Arzobispo de Sebaste, siendo recibido con mucho entusiasmo por los superiores y los alumnos. S.E. lleva consigo al jovencito Ceferino Namuncurá, hijo del primer cacique de la Patagonia, quien queriendo abrazar la carrera eclesiástica, llevará a cabo sus estudios en Roma, si la salud le es propicia. El 25 del mismo mes, tuvo lugar una acogida semejante a Mons. Giuseppe Fagnano y a S.E.Rma. Mons. Giacomo Costamagna, el cual, habiendo desembarcado en Nápoles, tuvo ya la consolación de ser recibido en audiencia especial por el Santo Padre y el placer de visitar muchas de nuestras casas de Italia»[323].

El cuadro de la bienvenida es grandioso. Los vivas y aplausos para Mons. Cagliero van y vienen, también para el *figlio del cacico Namuncurá*. El indiecito está feliz, pero no presume ante los agasajos.

«... guardó silencio,
mientras todos celebraban
con placer aquel encuentro»[324].

Se hallan reunidos allí unos mil niños.

---

323 *Notizie compendiate. A Valdocco. Notizie di famiglia. Il 13 agosto, accompagnato dal Sac. Giuseppe Vespignani, Ispettore delle Case Salesiane della Repubblica Argentina, da D. Evasio Garrone e da altri missionari, giungeva all'Oratorio Sua Eccellenza Rev.ma Monsignor Giovanni Cagliero, Arcivescovo di Sebaste, accolto entusiasticamente dai superiori e dagli alunni. S. E. condusse con sè il giovanetto Zeffirino Namuncurà figlio del primo cacico della Patagonia, che volendo abbracciare la carriera ecclesiastica, compirà, se la salute gli sarà propizia, i suoi studi in Roma. Il 25 dello stesso mese, si rinnovavano le stesse accoglienze a Mons. Giuseppe Fagnano e a S. E. R.ma Mons. Giacomo Costamagna, il quale, essendo sbarcato a Napoli, ebbe già la consolazione di essere ricevuto in speciale udienza dal S. Padre e il piacere di visitare parecchie nostre case d'Italia.*

324 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 1038.



El beato Miguel Rúa.
Primer sucesor de Don Bosco. Gobernó la Congregación desde 1888 a 1910.
Recibió del mismo San Juan Bosco un gran elogio: «Si Dios me dijera: hágame la lista de las mejores cualidades que desea para sus religiosos, yo no sé qué cualidades me atrevería a decir, que ya no las tenga el Padre Miguel Rúa».

Terminada la recepción se dirigen adonde Don Rúa. Se arrodilla al llegar. Ceferino está nervioso y no puede proferir palabras. El sucesor de Don Bosco lo acaricia para consolarlo, y le pregunta sobre su familia, sus estudios y su salud. Ceferino se encuentra emocionado… pero se tranquiliza, y habla media hora con Don Rúa. Dirá luego: «*¡Qué bondad la de Don Rúa!*».

«Debo confesarlo aquí:
el hombre que manda allí
es poco menos que un santo»[325].

Del beato Miguel Rúa hizo San Juan Bosco un elogio que envidiaría cualquier otro religioso o sacerdote. Hablando con algunos salesianos dijo el santo: «*Si Dios me dijera: hágame la lista de las mejores cualidades que desea para sus religiosos, yo no sé qué cualidades me atrevería a decir, que ya no las tenga el Padre Miguel Rúa*».

325 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 714.

Ceferino se adentra en el entorno del Oratorio de Valdocco, desde que es presentado por Cagliero:

«*Durante el saludo de la noche, que nosotros llamamos las "buenas noches" monseñor Cagliero nos lo presentó como una flor de las pampas, y dijo que ese joven había venido a Italia para mejorar sus salud y continuar sus estudios, deseando ardientemente ser sacerdote.*

En los días siguientes el jovencito fue objeto de admiración y de muchas atenciones de parte de todos nosotros. Nos edificó grandemente la devoción con que estaba en el templo, ya sea cuando escuchaba misa, ya cuando iba a visitar el Santísimo Sacramento libremente durante el día.


Torino-Valdocco — Oratorio di S. Francesco di Sales.

Oratorio de Valdocco.
Foto extraída del Bollettino Salesiano de septiembre de 1904

A mí me sorprendió su sencillez y humildad. Prefería siempre el último lugar en el refectorio. Y cuando Don Tomasetti, entonces director de esa casa, lo invitó a pasar a la mesa de los superiores, Ceferino pareció confundido...»[326].

El ambiente que se vive allí es envidiable. El espíritu de Don Bosco «*se palpa*». «*No estoy más en la Patagonia*», comenta en una carta, y no porque la desdeñara.

---

326 *Summarium*, pág. 33. El testimonio es de Mons. Rotolo, que en ese momento era asistente general de los salesianos en la casa del Sagrado Corazón, en Roma.

Los misioneros salesianos se hayan reunidos en Valdocco, pues se celebra un Capítulo de la congregación[327]. Ceferino es presentado a todos como el fruto de las misiones patagónicas. Cagliero lo lleva un día a la Arquidiócesis para que lo conozca el cardenal Richelmy, arzobispo de Turín.



S. E. il Card. Agostino Richelmy, Arcivescovo di Torino.

Cardenal Richelmy

Nos narra el padre Vespignani el trato con que fue rodeado el indiecito:

«*Difícil es explicar los cariños y agasajos de que fue objeto* (…) *era el benjamín de todos: tenía su lugar en la mesa del Capítulo y a menudo se dirigían a él las miradas, las preguntas y los cumplimientos de los que venían de todas partes para tomar parte del Capítulo General*».

Y agrega un comentario sobre sus actitudes:

«*Su satisfacción y mejor entretenimiento consistía en orar ante el altar de María Auxiliadora, ayudar las misas y asistir a las demás funciones sagradas...*

327 Xº Capítulo General de los Salesianos.

Su sencillez y su humildad no menguaban ni lo hacía engreír el título de príncipe de la Patagonia, heredero de los caciques de las Pampas Argentinas, etc., que aparecían juntamente con su retrato en los diarios de Turín y luego de Roma.

Yo mismo asistí en la capital de Italia a una entrevista de Ceferino con varios reporteros de diarios: se le hacían mil preguntas y él, con toda serenidad y sonriéndose, todo contestaba con acierto y con la más asombrosa calma y naturalidad.

Los publicistas acababan por admirarse por su cultura superior a su edad y concebían estima de esa raza americana que por tantos años había quedado abandonada.

No escondía Ceferino los profundos sentimientos de gratitud para Don Bosco y sus hijos y hacía caer sobre los salesianos todo el mérito de la educación suya y de los de su raza (…)»[328].

También Ceferino nos narra la recepción en una carta enviada a Faustino Firpo, compañero suyo del Colegio Pío IX:

Turín, 24 de agosto de 1904.

Sr. D. Faustino Firpo

Muy distinguido señor:

El 13 del corriente mes hemos llegado a esta simpática ciudad, después de 24 días de feliz viaje.

El 10 llegamos a Génova (...). ¡Cuántas bellezas contiene esa ciudad! (…).

(…) El 13 cuando llegamos, el Oratorio estaba de gran fiesta por la llegada de Mor. Cagliero.

El Oratorio bien embanderado y arcos triunfales por donde debía pasar el Arzobispo de Sebaste; la banda de música hacía sonar sus mejores melodías de su repertorio. Acompañaban éstas los vivas y aplausos de los mil niños del Oratorio. Para colmo de desgracia, también me aplaudieron y gritaban: ¡Viva el Príncipe Namuncurá!

---

328 *Testimonios*, serie primera, pág. 10.

Si le digo esto no porque me haya enorgullecido, sino porque somos amigos; y deseo que no diga nada a los del colegio. (…)

Ya he dado muchas vueltas por la ciudad de Turín. Por el centro, algunas calles son como las de Buenos Aires, Mor. Cagliero me llevó a visitar al Card. Richelmy, Arzobispo de la ciudad.

He visitado la armería real antigua, como a la romana; pero no caben más noticias. Basta.

He rezado por Ud. y familia a la Virgen Auxiliadora para que Ella os haga feliz.

Aquí le mando una estampita que la puse sobre la tumba de Don Bosco en Valsalice. La medalla la compré; es de aluminio, no sé si le agradará. Dios le bendiga.

Soy de Ud. s. s. y amigo,

Ceferino Namuncurá.

Ante tanto agasajo Mons. Costamagna se pone receloso y lo reprende fuertemente. Ya lo había reprendido una vez en Argentina. Nos lo cuenta Gálvez:

«*En esos días del Capítulo, llega monseñor Costamagna a Turín. El obispo ve cómo todos llenan de cumplimientos al indiecito y hasta le dan un lugar distinguido en los actos académicos y en otras fiestas. A veces, en los discursos, lo citan o lo elogian. Costamagna teme que el muchacho se envanezca. Costamagna es fogoso, de modos un tanto bruscos.* (…) *Y sin pensar en que puede herirle profundamente, le dice: "Vamos, soberbio, no vayas a creerte un superhombre. Todo lo que dicen es mentira. Mirad al soberbio cómo se pone ancho*"»[329].

Ceferino, humildemente, acepta lo dicho. «*Por la paz en casa, hazte humilde y tolerante*»[330].

Entre tantos sucesos no se olvida nunca de su fe de bautismo. Decide rápidamente escribir a su padre, a la lejana Patagonia:

329 MANUEL GÁLVEZ, *El Santito...*, cap. VII, págs. 117-146.
330 *Máximas...*, nº 464.



Tapa del Boletín Salesiano de agosto de 1904.
Número correspondiente a la llegada de Ceferino a Valdocco. En las Noticias Compendiadas de esta tirada se relata la llegada de Mons. Cagliero con el príncipe Namuncurá.

«Turín, agosto 22 de 1904

Señor D. Manuel Namuncurá - Junín de los Andes:

Mi muy amado Papá:

Quisiera es estos momentos encontrarme a su lado y manifestarle el deseo de mi corazón. Pero como estoy tan lejos de Ud. se lo diré por medio de la presente.

Deseo que diga y responda todo lo que sabe y recuerda a las preguntas del R.P. Crestanello acerca de la fe de mi bautismo.

Le pido este favor porque ahora tengo tanta necesidad de ella que Ud. tal vez no se imagina ni piensa. Teniendo la fe (de) mi bautismo, todo se hará bien, y si me falta, no sacaremos nada.

Ayúdeme, querido Papá, y algún día seré su consuelo y su alegría si no en este mundo, será en el otro. Yo nunca me olvido de Ud. y familia, y siempre y todos los días pido al Señor que los bendiga y libre de todos los males corporales y en modo especial espirituales.

De mí no se cuide mucho; estoy siempre con el Ilmo. y Revmo. Mor. Juan Cagliero, su bienhechor y amigo.

De salud estoy bien, gracias a Dios y a la Virgen Santísima Auxiliadora. Los padres de Italia me tratan muy bien, en modo especial el Sr. Don Rúa, que me quiere mucho. Esté tranquilo y siempre alegre.

Recuerdo a toda la familia, y deseo que me escriba alguna vez. Yo le he escrito ya muchas cartas y no sé si las habrá recibido.

Dios os bendiga y María Santísima os auxilie siempre.

Soy su afectísimo hijo. Ceferino Namuncurá.»[331]

Como viendo el futuro le comenta al cacique: «… *si no en este mundo, será en el otro*». Y tiene razón, porque nueve meses después de llegar a Italia dejará este valle de lágrimas para unirse eternamente a Dios.

331 *Originales*, carta n. 14. Cit. por Entraigas.

Al mismo tiempo escribe al p. Crestanello[332] por lo mismo:

«V. J. y M.[333]

Turín, agosto 22 de 1904

Rdo. P. Augusto Crestanello

Vuelvo nuevamente a molestarle en su pacífica labor, obligado por la suma necesidad y urgencia en que me encuentro. Ya habrá adivinado mi pensamiento y es muy fácil aceptarlo.

Mi deseo es que secunde mi buena voluntad, ayudándome en todo lo que pueda. (…)

Buscar mi fe de Bautismo preguntando a mi Papá: ¿quién fue el Padre Misionero que me bautizó? ¿En qué año y qué mes? (Si es posible que diga el mes también).

¿Qué nombre me puso el Padre Misionero? ¿Quiénes fueron mi padrino y madrina? ¿Si fui bautizado en Chimpay o Choele Choel?

En cuanto al nombre, habrá que insistir más a Papá. Porque antes de salir de casa me llamaban Morales y durante el viaje para Buenos Aires, mi Papá me lo cambió por el de Ceferino que actualmente llevo[334].

Puede ser que antes de llamarme Morales haya tenido otro nombre, quizás el verdadero nombre bautismal, pero creo que no haya tenido más que dos nombres: el de Morales y Ceferino.

Como quiera que sea, si encuentra la fe de mi bautismo todo está arreglado y el Ilmo. y Revmo. Mor.· Cagliero me insiste mucho sobre esto; una razón para que ponga todo su empeño posible para hallarla. El Señor se lo pagará el trabajo.

---

332 El p. Crestanello estaba en Junín de los Andes. Allí el p. Domingo Milanesio era Director de la casa. Y como misionero volante estaba el p. Zacarías Genghini.

333 "*Viva Jesús y María*".

334 Ceferino tiene una confusión respecto a su nombre por lo que le dijo su padre antes de llegar a Buenos Aires: "*No te llamas Morales sino Ceferino*". A causa de lo cual pensó que su padre le estaba cambiando el nombre, pudiendo haber tenido otro nombre antes que *Morales*. Razón por la cual no encontraba su fe de bautismo. Cuando en realidad siempre se llamó *Ceferino*, habiéndosele puesto *Morales*, a modo de apodo, por su parecido a un peón llamado Morales, que se destacaba por su llamativa mansedumbre, al igual que Ceferino.

Cuando la encuentre, la dirigirá al Ilmo. y Revmo. M.^{or} Cagliero; que venga bien asegurada y con urgencia para evitar que se extravíe.

Monseñor Cagliero y el Sr. Don Rúa están bien como también los demás RR. PP. Superiores.

Tenga la bondad de decir a Papá que estoy muy bien. Que no se cuide mucho de mí, porque ando siempre con el Ilmo. Sr. Arzobispo Cagliero y tengo siempre un doctor al lado que cuida de mi salud, el R. P. Garrone y Ud. le conoce muy bien...

Rezo y sigo rezando por Ud. y demás hermanos de esa santa Casa. Ruégole que se acuerde al Señor por este su humilde servidor. Ceferino Namuncurá.»[335]

En cuanto a su salud, Cagliero nota una pequeña mejora: «*Llegado a Turín* (…) *recobró la primera robustez y lozanía y adelantó en el estudio de la nueva lengua que había ya aprendido a conocer y un poco a hablar en los colegios de Buenos Aires y Viedma...*».

En Buenos Aires y Viedma había sido admirado por su piedad y candor religiosos. Lo mismo acá, en Turín y en Valsálice.

Nos narra un futuro misionero de la Argentina[336] que aprendió algo de español con él:

«*Habiendo dado palabra al inolvidable monseñor Fagnano de ir a las misiones de Magallanes, Don Julio Barberis (el maestro de novicios) nos dijo a algunos que pensábamos venir a la América, que aprovechásemos el tiempo y estudiásemos el castellano.*

–Hay en Valsálice –nos dijo- un buen joven, indio de la Argentina. Él os lo podrá enseñar muy bien.

Al principio, a decir verdad, esta indicación no nos agradó mucho, pero cuando tuvimos ocasión de conocer a aquel joven, nuestro desagrado se cambió pronto en asombro y en cariño... Pues ese joven,

335 *Originales*, carta n. 13. Cit. por Entraigas.

336 Valentín Mausch. Trabajó muchos años en el extremo Sur de Argentina.

Ceferino, al ver que éramos acólitos y que pensábamos ir a su tierra nos trató con mucho respeto y veneración...

Mayor fue nuestro asombro y cariño al descubrir bajo esas facciones algo rústicas; un alma hermosa, un alma llena de Dios, de ese Dios a quien, decía, no haber conocido antes...

Fue para nosotros un gran pesar el tratarlo tan poco (…) Nos separamos con pena, pero yo jamás pude olvidarlo. Muchas veces lo tenía presente; en modo particular al ver algún indio de Magallanes, se me representaba Ceferino en actitud de rezar el Ave María al empezar la clase... Cuando supimos la noticia de su muerte, lo sentí, pues él nos decía tener grandísimo deseo de ser algún día sacerdote para mejor servir a Dios. Dios dispuso que ayudara a los misioneros desde el Cielo…»[337].

En Valdocco tiene un encuentro con la princesa María Leticia de Savoya Bonaparte, llegada el 30 de agosto al lugar. Ceferino es presentado por Cagliero. La princesa conversa un rato con el *príncipe de la Pampa*. Le pregunta acerca de su padre, el gran cacique, y de las tribus patagónicas. Y el comentario de la princesa sobre este encuentro es elogioso: «*A este joven nada le falta para ser un perfecto gentilhombre*».

Llegan también noticias suyas a la Patagonia. Como nos cuenta un periodista[338], compañero de Ceferino en Viedma:

«*Sus cartas se nos leían frecuentemente en las "buenas noches". Eran todo un coloquio de su almita con la Eucaristía y siempre nos pedía que rogásemos por sus padres y por la gente de su tribu...*»[339].

Ceferino, a su vez, suspira (en palabras de un salesiano de Viedma[340]) por la tan ansiada tierra de misión, su propia tierra:

«*Al ver tantos campanarios dedicados a María, yo exclamaba entre mí: ¿Cuándo será el día en que también mis tierras patagónicas, de la*

337 *Testimonios*, serie primera, pág. 78. Cit. por Extraigas.
338 Diego Reguera Godoy.
339 *Testimonios*, serie primera, pág. 141. Cit. por Entraigas.
340 L. Cástano, *Agonía*.

pampa a los Andes, se vean sembradas de iglesias y capillas que canten las glorias de la Virgen?».

Llama la atención en sus conversaciones sobre la señal de la cruz. Sensible es su alma al lenguaje de los signos... ¡y más al signo que es distintivo de los cristianos!:

«*¡Qué lástima! ¡La primera señal del cristiano, la que representa el misterio de la Pasión y muerte de Jesucristo, hacerla tan mal, no sólo por cristianos, sino por religiosos, hijos queridos de Dios! ¡Hacerla peor que los turcos y cismáticos!...*».

Y añade unas palabras fuertes:

«*Yo la haré muchas veces y para reparar a los que la hacen mal y como un garabato cualquiera, imitando al demonio que la hace por despecho, por haber sido vana para él la Redención...*»[341].

El padre Luis M. Galli[342] nos ha escrito un poco sobre Namuncurá: y nos lo pinta como era: un joven piadoso y amable. Quizás sin percibir la fuerte lucha interior de Ceferino, en que se habrá jugado el valor y fortaleza propia de los de su dinastía. Sin dejar de lado, en esta consideración, la alegría de la virtud practicada. Nos narra así:

«*Conocí a Ceferino en septiembre de 1904, en Turín. Lo vi pocas veces, porque salía a menudo acompañando a monseñor Cagliero en las visitas que hacía, pero lo suficiente para recibir las más agradables impresiones y concebir de él la estimación más profunda.*

Su porte modesto y recogido, el aire de bondad que trasuntaba su rostro; la sonrisa que florecía constantemente en sus labios y los modales sencillos y cultos a la vez, le atraían las simpatías y benevolencias de todos, que se maravillaban de hallar tanta bondad y finura en un hijo de la Pampa salvaje.

---

341 *Testimonios*, serie primera, pág. 74-75. Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXIX, pág. 219.

342 Rector por muchos años del santuario de María Auxiliadora de Fortín Mercedes, y guardián de la tumba de Ceferino.

Tengo como un recuerdo carísimo de mi vida el haberlo tenido varias veces a mi lado, mientras oraba delante de la taumaturga imagen de María Auxiliadora. ¡Qué compostura tan edificante! ¡Qué claras y devotas fluían de sus labios las oraciones!... Yo lo miraba como a un santo, mientras producían en mi corazón honda pena los golpes de tos que entre palabra y palabra le rompían el pecho...»[343].

Como nos cuenta el padre Galli, vuelve la tuberculosis a roerle los pulmones. En septiembre comienza ya el otoño, y con este la tragedia de su tos.

Sin embargo, aquellos días en Italia son inolvidables para Ceferino. Era infaltable en sus conversaciones y cartas algún elogio de lo que estaba viendo, o de aquellos con quienes estaba.

Cierta vez un sacerdote, que había sido misionero en el Río Colorado[344], llegó a Roma donde se encontró con Ceferino. Este, al verlo, se acercó a saludarlo:

- *Vea, padre Carlos, qué afortunado soy: tengo la dicha de venir a estudiar a Italia. ¡Qué buenos son mis superiores!*

Y en otra ocasión el mismo misionero le preguntó:

«- *¿Te gusta Italia? ¿Has visto a los Superiores? ¿Qué impresiones has experimentado?*

El joven contestó con un suspiro de gran satisfacción:

- ¡Oh, sí, cuán buenos son todos los Superiores! Yo no sabría decir cuál de ellos es mejor, pues todos indistintamente me tratan con bondad y cariño.

- *¿Y has hablado con Don Rúa?*

- *¡Sí! Muchas veces, y siempre que me presento a él, no sé lo que siento, pero me convenzo siempre más que es verdaderamente un santo...*[345]

343 *Testimonios*, serie primera, pág. 27. Cit. por Entraigas.
344 Padre Carlos Marelli.
345 Acertó Ceferino. Hoy Don Rúa es *beato*.

- ¿Y has visto Roma?- prosiguió el padre Carlos.

- He visto muchas cosas, he visitado muchas iglesias...

Mientras conversábamos, noté en él una tosecita precursora del fin de su bella existencia... Le aconsejé que cuidara su salud, y él me dijo:

-Padre Carlos, los Superiores me cuidan mucho, no me dejan faltar nada...»[346].

No sólo Don Rúa es motivo de admiración para Ceferino. Cagliero mismo es objeto de su confianza ilimitada. Cualquier cosa que él le mandara, aconsejara, o asignara, él lo hacía al momento, y con mucha alegría. Sin olvidar que esto implicaba sacrificios para él, por su delicada salud. Y muchas veces se lo encontró haciendo cosas que no le sentaban bien a su estado de salud. Entonces le preguntaban porqué hacía esas cosas. Él simplemente respondía. «*Me lo ha dicho Mons. Cagliero*». Esto le bastaba para pensar que lo dicho por su querido monseñor era lo que más le convenía. No se equivocaba Don Bosco cuando decía: «*Los jóvenes... se muestran muy dóciles cuando están convencidos de que la persona que les manda los ama*»[347].

---

346 *Testimonios*, serie primera, pág. 26-27. Cit por Entraigas.
347 *Máximas...*, nº 48.

Capítulo II

El «Dulce Cristo en la Tierra»

«Guarecidos en el toldo
charlábamos mano a mano»[348].

Desde su llegada a Roma, y aun desde antes, el hijo de la Pampa desea ardientemente conocer al Santo Padre.

El 23 de septiembre termina el Capítulo General de los Salesianos. Muchos parten seguidamente a sus lugares de misión. No así otros tantos, que se quedan para el viaje a Roma, donde se gestiona una Audiencia con el papa San Pío X.

Va Namuncurá entre los sacerdotes, llevado por el mismo Cagliero, que desea presentárselo al Papa.

Llegan a la ciudad de los mártires el 19 de septiembre. Desde allí le escribe al padre Pagliere:

«¡V. J. y M.!

Revmo. Sr. P. V.[349] *Esteban Pagliere*

Muy Reverendo Padre:

Le escribo desde la capital del mundo Católico, desde la Ciudad Eterna. Ansiamos todos el momento de ir a ver al Papa, a nuestro Santo Padre Pío X, y creo que la audiencia será mañana.

---

348 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 468.
349 Iniciales de “*Presbítero Vicario*”.

No le escribo muchas cosas porque lo dejaré para después de mi visita al Vicario de Cristo.

Solamente le diré que con el Rvdo. Doctor D. Garrone, hemos visitado las Basílicas de San Pedro y San Pablo, Santa María Mayor, muchos otros monumentos de la antigüedad, como ser Coliseo, templos paganos y jardines antiguos[350].

Nos quedan todavía muchas cosas de ver.

¡Dios quiera que me quede en Roma a concluir mis estudios, y éste es mi único deseo!

Monseñor Cagliero está bien, como también el Revdo. Padre Evasio Garrone.

Reze al Señor y a la Virgen Auxiliadora por este su humilde hijo en J. y M.

Ceferino Namuncurá.

Nota: Monseñor Arzobispo Cagliero y el Rdo. P. Garrone saludan a todos y su bendición en compañía.

Dios bendiga a todos. ¡Vale!.»[351]

Comenta esta carta Gálvez: «*...nada de particular dice el joven Ceferino. Pero lo estupendo es que esas palabras las escriba un hijo de la Pampa, un indiecito nacido en los toldos de Chimpay y criado en los ranchos de San Ignacio; un nieto del emperador del Desierto, Calfucurá, Piedra Azul, guerrero feroz y genial; un hijo de Namuncurá, Pie de Piedra, el gran cacique de Salinas Grandes*».

Se transparenta en esta carta el profundo amor al Papa: «*Ansiamos todos el momento de ir a ver al Papa*».

De las tres cosas blancas que todo cristiano debe amar, la Eucaristía, María Santísima y el Papa, vemos sobrados ejemplos en Ceferino. Desde su estadía en el Colegio Pío IX es marcada su devoción a María Santísima... y llamativa su cercanía al Santísimo Sacramento... ahora se nos manifiesta el profundísimo afecto a la «otra cosa blanca», el

350 "*Visita catacumbas, templos y monumentos*" dice el padre José en su *Itinerario*.
351 *Originales*, Carta n. 28.

Vicario de Cristo... pues «*nuestro tercer gran amor debe ser siempre la blanca figura del Papa*»[352].



La Basílica Vaticana

Desde su llegada a Roma, y aun desde antes, el hijo de la Pampa no desea otra cosa que conocer al Santo Padre. Exclama Ceferino antes de ir a la Ciudad Eterna: «¡Dios quiera que me quede en Roma a concluir mis estudios, y éste es mi único deseo!».

Tal amor no se despierta en las vísperas de la audiencia. Es algo vivo en el alma de Ceferino. Lo proclaman sus palabras y sus obras... como tendremos oportunidad de referir en varios lugares.

Sigue hablando Gálvez: «*... ya está Ceferino, el último de los Piedra, en la ciudad del otro Piedra: Tu es Petrus*».

Los padres salesianos fueron recibidos en audiencia el 27 de diciembre...

Ceferino se ha enterado previamente de la obra, carácter y virtudes de San Pío X... los medios católicos no hacen sino hablar de este gran Papa... es bien conocido. Gálvez nos presenta un pequeño resumen:

«*Nacido en un hogar modesto, en un pueblito de la Venecia, José Sarto es considerado, por quienes no conocen su vida, como un paisanote sin mayores luces. Sin embargo, en la Universidad de Padua, donde estudió Humanidades, consta que en Filosofía "se ha hecho no-*

352 *Directorio de Espiritualidad*, Instituto del Verbo Encarnado, nº 309.

tar como pensador" y que "ha adquirido, de una manera superior, las materias del curso" con "ciencia profunda y extensa". Igualmente ha descollado en Latín, en Griego, en Geografía, en Historia y en Matemáticas.

Cura párroco, primero, y vicario después, fue nombrado bastante tarde, cuando tenía cuarenta y nueve años, obispo de Mantua. En 1893 el Santo Padre le designó Patriarca de Venecia. Al sencillo y modestísimo José Sarto este honor afectóle de tal modo que se enfermó. Y cuando tres días después León XIII le hizo Cardenal, cayó de rodillas al recibir la noticia y declaró que no sabía si agradecer a Dios o quejársele. En el Patriarcado realizó una obra grandiosa, y llegó a obtener el respeto y la admiración de Roberto Ardigó, el gran filósofo materialista.

En 1903 muere León XIII. El cardenal Sarto va a Roma, al Cónclave, y toma pasaje de ida y vuelta. En la primera votación tiene cinco votos, y por cierto que con mucho disgusto para él. Cree el mundo entero que será elegido Papa el eminente cardenal Rampolla del Tíndaro, que ha logrado veinticuatro sufragios. A la noche, cuando después de la segunda votación, Sarto ve que diez cardenales han sufragado por su nombre, se asusta y suplica que no piensen más en él. En fin, en la séptima votación es elegido Papa, casi por unanimidad. Al ser leído el resultado, José Sarto llora abundantemente. Pregúntale el Camarlengo, según es de práctica, si acepta, y él contesta: "Lo acepto como una cruz".

Pío X es alto y robusto. En su rostro carnoso, agradable y aun bello, hay una extraordinaria expresión de dulzura. Su mirada suave y tierna muestra la hondura de su vida interior y la inmensa bondad de su corazón. Es un padre para todos, especialmente para los pobres y los pequeños. Y es también, como no tardará en revelarlo, un teólogo formidable y un defensor ardiente de la doctrina de la Iglesia»[353].

Fueron los S.S. Pontífices Pío IX y León XIII quienes bendijeron y dieron a los hijos de Don Bosco la misión de evangelizar los vastos territorios de la Patagonia. Pero tocó a S.S. Pío X el conocer el más bello fruto... y bendecirlo. El fruto venido de la Patagonia salvaje…

---

353 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. X, págs. 180-187.

Quien había «*vivido del malón y entre recuerdos de barbarie, de sangre y de muerte*»[354], se encuentra ahora subiendo la escalinata de San Pedro...



S.S. San Pío X (1903-1914)
Fueron los S.S. Pontífices Pío IX y León XIII quienes dieron a los hijos de Don Bosco la misión de evangelizar los vastos territorios de la Patagonia.
Pero tocó a S.S. Pío X el conocer el más bello fruto... y bendecirlo.

«Pie de Piedra» va a presentarse a la sede de «Pedro»... ante el sucesor del primero de los apóstoles, «*fundamento perpetuo y visible*»[355] de la Iglesia... Dos «Piedra» se encontrarán... Y el pequeño «piedra» reconoce ya en el otro «Piedra» a Cristo... y por eso lo ama, ya que «... *amar al Papa, amar a la Iglesia, es amar a Jesucristo*»[356].

354 Escribe Gálvez.

355 San Ignacio de Antioquía, *A los Romanos*, prólogo: MG: 5, 685. Cit. por "*Directorio de Espiritualidad*", Instituto del Verbo Encarnado, Nº 309.

356 San Luis Orione, Carta del 1 de julio de 1936. Cit. por "*Directorio de Espiritualidad*", Instituto del Verbo Encarnado, nº 312.

Camina junto a una treintena de salesianos... como fruto precioso de las misiones soñadas por Don Bosco.

Ya se ve nuestro indiecito entre las maravillas de grandes artistas como Miguel Ángel y Rafael Sanzio, Sangallo y el Bramante, el Pinturicchio y Julio Romano y otros cien artistas... Todo esto lo admira grandemente, pero nada lo impacta tan hondamente como su encuentro con el Papa:

«¡Viva Pío X! ¡Viva Jesús y María!
Istituto Sant´Ambrogio di Milano
(Via Copernico n. 8)

Rmo. Pro Vicario de las Misiones

Pbro. D. Esteban Pagliere – Viedma

Rmo. Señor Pro Vicario:

Me pesa mucho tener la desgracia de escribirle tan tarde y darle la noticia tan consoladora después de casi ocho días en que sucedió. Pero vale más tarde que nunca, y confiado de que ya habrá recibido la carta que le mandó S.S. Ilma. Arzobispo Mons. Cagliero el mismo día en que sucedió.

El 27 del pasado septiembre era admitido en audiencia por S.S. Pío X el Ilmo. Mons. Juan Cagliero con otros treinta y tres Padres Superiores de las casas salesianas de América, y entre ellos el hijo del Rey de las llanuras Patagónicas (así dicen los diarios de Roma)[357]*.*

A las diez horas y media a.m. tuvimos la máxima dicha de postrarnos ante los pies del Vicario de Cristo en la tierra. Yo tuve la gran fortuna de ser el primero, después de Monseñor y Don Marengo[358]*, de besar el sagrado anillo de su Santidad.*

¡Ah, mi amado Padre, si hubiera estado presente en ese momento, hubiera podido comprender la bondad del Padre

357 Los paréntesis son también de Ceferino.

358 En realidad su nombre es Marenco. En ese momento era Procurador de los Salesianos ante la Santa Sede. Luego fue obispo titular de Massa Carrara. Y, más tarde, Delegado Apostólico en América Central.

Santo! A ninguno dio a besar el pie. A todos, uno por uno, la mano venerada. A mí me llenó de caricias. ¡Oh, qué amable, el Santo Anciano del Vaticano!

Después que todos saludamos al Santo Varón, el mismo Santo Padre me hizo señas que comenzara mi discursito, pues se lo había dicho antes Mons. Cagliero que yo diría unas palabras en italiano.

Cuando empecé, todo lo hice sin sentir nada en el cuerpo. Pero después que estaba en la mitad, todo mi ser se puso en movimiento; las piernas me temblaban, las manos igual, para pedir la bendición a Su Santidad sobre mi persona, familia y sobre los indios de la Patagonia, se me aumentaron los temblores y las lágrimas saltaban de mis ojos; finalmente concluí, pero bien...

Y el Santo Padre ¡con qué atención, amor y afabilidad me escuchaba!

No quiso tampoco sentarse en su trono. Mons. le dijo que se sentara y él contestó: "Cosí in piede sto bene. Lasciami stare"[359]. *¿Veis, Padre, qué bueno es?*

Después que yo terminé, él mismo me levantó y me habló, contestándome sobre lo que le había dicho. Y aquí le diré tal como me lo dijo en italiano. Se lo traduzco en castellano porque en italiano no lo puedo escribir bien: todavía no soy muy guapo para escribir en italiano; pero ya lo hablo bastante bien.»

El padre Vespignani comenta lo siguiente:

«*Al concluir el joven Ceferino su discurso, se asomaban lágrimas de ternura a los ojos del Pontífice, quien abrazó al joven, lo bendijo y lo animó en su santa vocación. No era, pues, sólo Pie de Piedra el que lloraba. También la Piedra Angular de la Iglesia* (...) *lloraba de ternura...*».

Y sigue la carta de Ceferino:

«He aquí las palabras del Padre Santo: "Bueno, hijo mío, te doy gracias por lo bien que hablas del Vicario de Cristo. Quisiera

359 San Pío X tenía sesenta y nueve años... necesitaba estar sentado, en medio de tantos trabajos.

el Señor que puedas poner en práctica todo lo que en él dices: de convertir a todos tus hermanos de la Patagonia a Jesucristo. Y yo a este fin, te doy de todo corazón, mi Apostólica Bendición. Di a tu papá que el Santo Padre lo bendice a él, a toda su familia y a toda la gente que está en su poder. Dios te bendiga, hijo mío...".

Mientras decía estas cariñosas y paternales palabras, yo no podía contener las lágrimas. ¡Oh, cuánta bondad la del Padre Santo!

Después que me dirigió dichas frases, habló a todos en general, agradeciendo la filial visita, e impartió su santa y apostólica bendición.

Creerá, quizás, ahora que aquí habrá acabado la audiencia; pero tenga paciencia, amado Padre, de seguirme donde yo lo conduciré por medio de la presente...»

Ceferino sin embargo olvida algo en su emotiva crónica: «*Concluido su discurso, Ceferino entrega al Santo Padre, como obsequio para él, un quillango*[360] *que le ha traído desde el Río Negro*»[361].

Continúa la carta:

«Dada S. S. la bendición a todos, Monseñor le presentó el plano de la nueva iglesia parroquial de San Carlos (Bs. As.) y le rogó que escribiera de su puño y letra, su santa bendición sobre dicho plano.

El bondadoso anciano, con una sonrisa propia de un santo, de padre amable hacia sus hijos, contestó con todo cariño de su alma: "Si, come no[362]*... Vengan in tanto avanti tutti cuanti...".*

Y nosotros pasamos, en seguida, a otra sala, en su escritorio, y le hicimos corona. A su izquierda se sentó Mons. Cagliero y todos los demás, en pie. Mientras escribía S. S., Monseñor le dijo: "Cuanta bontà, Santo Padre!..." Y S. S. contestó: "Per questi figli miei..."[363]*. Además de ser el Padre Santo cariñoso y amable, era*

360 *Manto* (Hecho con pelo de guanaco).
361 Manuel Gálvez.
362 "*¡Cómo no!*" expresión propia de loa argentinos al querer expresarse en italiano.
363 Por estos hijos míos.

también muy alegre. Aquí tiene lo mejor y más precioso. Después que escribió su autógrafo en el plano indicado, Mons. Cagliero le presentó la carta de los Novicios y Aspirantes de Patagones, diciéndole: "Santitá, qui c'è una lettera degli Novizi e Aspiranti della Patagonia, e pregono a Vostra Santità di mandar loro la Vostra santa benedizione"[364].

Su Santidad tomó en seguida la carta y, sin leerla, escribió en seguida un precioso autógrafo, impartiendo su santa bendición a todos los Superiores y Niños del Noviciado de Patagones que S. S. I. Mons. Cagliero la mandó en la misma tarde a Vuestra Reverencia.

(Aquí debo advertir que después de la audiencia y almuerzo, salí con el Reverendo Padre Garrone a visitar las catacumbas de San Calixto y después paseamos por la ciudad toda la tarde, y a la mañana a las nueve tomé el tren para Florencia; de modo que no he tenido tiempo de escribirle en seguida la carta. Vengamos a lo de antes...)[365].

Concluido de satisfacer a los deseos de todos el amable Pío X, Monseñor presentó a todos los Padres, uno por uno, diciéndole el lugar de destino, y a todos tenía algo que decirles. ¡Cuánta bondad la del Santo Padre!

Mientras todo estaba en calma, yo me repuse de nuevo y no lloré más. Aquí varios Padres pidieron varias gracias, como ser: el padre Burlot pidió la facultad de dar la bendición papal a todos sus feligreses con indulgencia plenaria y todos los demás pidieron la misma cosa: el Padre Santo lo concedió.

De modo que el Reverendo Padre Garrone cuando vuelva a Viedma, dará la bendición papal con indulgencia plenaria; a los que, confesados y comulgados, rogasen según la intención del Sumo Pontífice, podrán ganar indulgencia plenaria.

Después otros Padres pidieron la bendición de tal persona, de ésta otra, como uno: bendición para el presidente de la Nación;

---

364 "*Santidad, aquí tiene una carta de los novicios y aspirantes de la Patagonia, ellos piden que su Santidad les mande la bendición*".

365 Paréntesis del mismo Ceferino.

otro para el gobernador de tal provincia, otro para el Arzobispo, Obispo, etc...

El Santo Padre dijo que dieran; es decir, comunicaran a todas las personas que tuvieran presentes en su mente y corazón, que el Santo Padre los bendecía a todos. De modo que yo puedo mandar la bendición del Padre Santo a cuantos conozco y quiero. Capisce?[366]

Me había olvidado que Mons. Cagliero, al principio, cuando entramos, presentó al R. P. Garrone; diciendo a S. S. que era el médico de la Patagonia con permiso de la Santa Sede y de la Nación Argentina, que hacía mucho bien a los habitantes de la Patagonia y que era muy querido y apreciado por todos, en la Patagonia. Don Garrone decía después[367] *que no se esperaba de ser tan alabado por su Arzobispo delante de S. S.!*

Continuando a lo de antes, todos pasamos nuevamente besando el sagrado anillo del Pescador, para despedirnos.

Yo me quedé bien último a besar el Santo Anillo y S. S. me hizo una caricia. "Addio, caro figliuolo"[368] *me dijo con toda dulzura. Antes que salieran todos, cuando pasó el Padre Garrone a besar la mano del Padre Santo, éste le dijo: "O mio Dottore, addio! Dio vi benedica!"*[369].

Después Don Giuseppe Vespignani, antes de salir, dijo a S. S.: "Santità: lascia venire con noi in America il nostro Mons. Cagliero"[370]*. S. S. le contestó: "Io non so niente"*[371]*. Otro Padre le dijo: "Santità, lo faccia nostro protettore ante la Santa Sede"*[372]*. Y el Santo Padre: "Questo si che e buono!"*[373]*. Y después, afuera todos...*

Ya habían salido todos los Padres y yo solo me quedaba un poco atrás. El Obispo que cuidaba a S. S. me llama y me dice: "Ti

366 "*¿Entiende?*".
367 Después de la audiencia.
368 "*Adiós, querido hijito*".
369 "*¡Oh, mi doctor! ¡Dios os bendiga!*".
370 "*Su Santidad. Deje que venga con nosotros a América a Mons. Cagliero*".
371 "*Yo no sé nada* (de este asunto)".
372 "*Su Santidad. ¡Hágalo nuestro protector ante la Santa Sede!*".
373 "*Eso sí que estaría bueno*".

chiama Sua Santità"[374]*. Yo vuelvo atrás y me conduce al escritorio del Padre Santo que esperaba sentado y buscaba una cosita. Yo me inqué delante de S. S. y junté las manos. Finalmente S. S. sacó un rico estuche que contenía una medalla de plata.*

De un lado tenía el busto de S. S. Pío IX, y del otro, el mismo que indica a los fieles la Inmaculada Virgen María, es decir, la conmemoración de su pontificado y de la Inmaculada.

Le bezé nuevamente la mano y me hizo una caricia. Le di las gracias y él, con una dulce sonrisa, me despidió.

Yo salí de la estancia contento como un no sé qué decirle por el hermoso regalo; altro[375] *que hermoso! preciosísimo y santo recuerdo de un vicario de Cristo, del que representa a Jesucristo mismo en la tierra!*

Quizás me haya hecho este regalo porque yo le regalé un precioso quillango de guanaco que S. S. mismo con Mons. Cagliero lo pusieron al pie del trono.

Como quiera que sea, a mí me basta saber que el Papa muy rara vez hace regalo a uno. Si a mí me la regaló será y demuestra que el Vicario de Cristo es muy bondadoso. Soy muy dichoso: tener la dicha de guardar un recuerdo del Rey Santo de los Católicos! ¡Sea Dios bendito por esto!

Este regalo será un honor muy grande para mi querida familia, para el noviciado de Patagones: tener un compañero así distinguido por el Vicario de Cristo. todo este honor los depongo a los pies de mis queridos superiores y compañeros del colegio San Francisco Javier.

No lo digo esto por soberbia sino porque me glorío de pertenecer a la santa casa de buenos niños como son los de Patagones.

Sigamos lo que he cortado. Salí solito, de la sala de audiencia y me fui a juntar con todos los demás Padres.

374 "*Te llama Su Santidad*".
375 "*otro*". Varias veces escribe palabras en italiano en vez de hacerlo en español.

Aquí me rodearon todos y me preguntaron el por qué me había llamado el Padre Santo. Y yo mostré el estuche con colorado, que en la parte superior tenía el escudo papal, y lo abrí para que vieran la medalla, Mons. me dijo que era muy afortunado y así los demás Padres.

En fin para acabar de hablar del Santo Padre, baste decirle que todos los Padres decían: "Es un Padre de los Salesianos. Es un gran papá. Mejor no nos podía tratar y nosotros fuimos demasiado imprudentes. Nos hemos aprovechado de su bondad...".

Además la audiencia duró media hora y algo más. durante media hora hemos podido contemplar el rostro venerando, amable y paternal de nuestro santo padre. Jamás me olvidaré de este día tan feliz. ¡Oh, qué bueno es el Santo Padre Pío X! ¡El Señor y la Virgen Inmaculada lo conserven por muchos años!

Dicen que goza de una perfecta salud. Yo espero verlo nuevamente en San Pedro el día ocho de diciembre cuando venga a pontificar en honor de la Inmaculada Concepción.

Después de visitar al Padre Común de los fieles, Monseñor Cagliero nos llevó al palacio del Cardenal Rampolla, para hacer una visita también a nuestro protector ante la Santa Sede.

El Emmo. Señor Cardenal estuvo muy contento de la visita y nos dio a todos su santa bendición y nos despedimos, dirigiéndonos al Colegio del Sagrado Corazón. Llegando a las 12 y 1/2…

Ahora, amadísimo Padre, para no ser más largo que el Pasio[376] *del Viernes Santo, concluyo mi pobre relación. Contento si satisfago en algo sus deseos...*

Ahora, Mons. Cagliero se halla en Sicilia; el R.P. Garrone anda haciendo su giro[377] *de Nápoles, Venecia y Loreto y muchos otros lugares; volverá luego a Turín. Yo también he hecho mi giro; esta carta la escribo desde Milán.*

376 Se refiere Ceferino al Relato de la Pasión del Viernes Santo, que es realmente largo (En latín es "*passio*", no "*pasio*").

377 En italiano "*giro*", en español "*gira*".

Pasado mañana volveré a Turín y visitaré todas las casas salesianas de esa provincia. Después vuelvo nuevamente a Roma y allí: ASIENTO PASTORAL[378].

Acuérdese, amadísimo Padre, de este su humilde hijo en Jesús y María. Ceferino Namuncurá.

P.D.- Casi todos los diarios de Roma hablan mucho de mí, así como los de Turín. Dicen el Príncipe Zeffirino Namuncurá, etc. etc. lo que quieren decir de mí...»[379]

Monseñor Astelarra, que luego fue el primer obispo de Bahía Blanca, nos narra un episodio gracioso, en el que Ceferino tiene un *arrebato de curiosidad, imprudente* podríamos decir, delante del Santo Padre (cosa que no cuenta en la carta). Le debe haber inspirado mucha confianza la presencia de Pío X, pues recordemos que llega a la audiencia muy nervioso: «*…las piernas me temblaban, las manos igual…*». Esta es la narración:

«*… Durante la audiencia, habiendo caído la conversación sobre la vacancia de la Patagonia – pues monseñor Cagliero había sido nombrado Internuncio en Centro América*[380] *– Ceferino, con una ingenuidad angelical, pregunta al Papa Pío X: "Santidad, y ahora ¿a quién va a mandar a la Patagonia en lugar de monseñor Cagliero?" Y el Papa a Ceferino: "Questo non si dice..."*»[381].

No se nos cuenta que Ceferino haya agregado otra cosa a las palabras del Papa… habrá entendido, vivaz como era, de la ligereza de su pregunta. Aunque ciertamente le debe haber dolido este *no poder saber*. ¿Quién se encargará de las misiones de su querida Patagonia? Ya llegará el momento de saberlo. Es una pequeña cruz que le pide el Santo Padre. Y él acepta, pues «*al Papa se le debe amar en cruz; y quien no lo ama en cruz, no lo ama de veras. Estar en todo con el Papa*

378 Quiere decir *sede episcopal*. Bromea. Como si él fuese obispo residencial.

379 *Originales*, carta n. 30.

380 Entraigas corrige diciendo que en realidad fue nombrado Delegado Apostólico de Centroamérica.

381 *Testimonios*, serie primera, pág. 123.

quiere decir estar en todo con Dios; amar a Jesucristo y amar al Papa es el mismo amor»[382].

Estas son palabras de otro santo, Don Luis Orione, estrechamente relacionado con nuestra Argentina.

Parece que Dios ha querido marcar a nuestra Patria con el sello de unión al Vicario de Cristo. Ya desde los tiempos de Isabel la Católica… con santos misioneros y grandes personajes. Incluso ahora, en medio de la cultura del mundo moderno, hay quienes siguen unidos en doctrina y hechos, con su mente y su voluntad, al Obispo de Roma. Aunque otros hagan lo contrario. Por eso… «*Permanezcamos sordos cuando alguien nos hable prescindiendo del Papa, o no explícitamente a favor del Papa y de la sana y exacta doctrina de la Iglesia: los tales no son plantación del Padre Celestial, sino malignos retoños de herejías que producen fruto mortífero*»[383].

Ceferino es de los que aman al Papa… y de los que difunden el amor hacia él. Pues ha visto el amor del Papa. Pasa sólo unos pocos días en Roma... pero su *romanidad* es notable. ¿Qué es *romanidad*? Es ese «*especial espíritu de comunión con el Sucesor de Pedro, Cabeza visible de la Iglesia de Cristo, mediante unidad de fe y caridad...*»[384].

Unos días después, ya se encuentra fuera de la Ciudad de Pedro. Pero sigue *aturdido* de tantas gracias recibidas en Roma. El día siguiente de la audiencia había partido hacia Florencia con el padre José. Y desde allí escribe a la Patagonia:

> «*Rdo. Padre Augusto Crestanello*
>
> *Junín de los Andes*
>
> *Amadísimo Padre:*
>
> *Espero que ya tendrá en sus manos este cajoncito lleno de objetos de devoción: los atados de retratos de María Aux., Don*

382 San Luis Orione, *Cartas* (Cfr. *Osservatore Romano* del 24/07/1992). Cit. por *Directorio de Espiritualidad*, Instituto del Verbo Encarnado, nº 312.

383 San Luis Orione, *Cartas de Don Orione,* Carta de Pentecostés de 1912. Cit. por *Directorio de Espiritualidad*, Instituto del Verbo Encarnado, nº 312.

384 Juan Pablo II, *Osservatore Romano* (02/12/1984). Cit. en *Constituciones*, Instituto del Verbo Encarnado, nº 266.

Bosco, Don Rúa, Mons. Cagliero y el mío; además el retrato del Papa con la Bendición del Santo Padre e indulgencia plenaria in Articulo Mortis para mi querida familia.

V. Reverencia puede darles un día de Misionsita a mi familia para que puedan ganar la indulgencia, con la Bendición que manda a mi familia y tribu.

Hacerlos confesar y comulgar a todos los [que] están admitidos a la Comunión y decirles que yo he visto al Padre Santo, le he hablado de mi familia e indios que están sujetos a mi Papá y que el Padre Santo, sumamente conmovido, me dio su Apostólica Bendición con estas palabras:

Dí a tu Papá, cuando le escribas, que el Vicario de Cristo les bendice de todo corazón: a él, a su familia y gentes de su tribu. Y que sean siempre buenos cristianos para que todos puedan ir al paraíso.

Estas son las palabras mismas del Padre Santo que pronunció al mandar su Bendición a todos los de la Patagonia.

Y como recuerdo de esa pequeña misión, le dará las medallitas de aluminio benditas por el mismo y Rosarios por él Rmo. Señor Don Rúa.

Les distribuirá también las estampitas que mando. Y todas las sobras de medallitas, rosarios y estampitas son para Vuestra Reverencia.

Hay un crucifijo grande, que es para poner en el dormitorio y puede servir para cuando V. R. vaya a rezar Misa en casa, bendito también por el Santo Padre.

Después hay cuatro rosarios chiquitos de color; son para mis hermanitas que van al colegio de María Auxiliadora y si no va ninguna, para las más chicas niñas de mi casa.

Los retratos los hará poner en un cuadro, si pueden, pagando al colegio lo que fuera menester y si no pueden pagarlos para ponerlos en cuadro, que los guarden bien para siempre en modo especial la del Papa[385].

385 La fotografía de S.S. Pío X.

Les traducirá[386] *lo que ha escrito el Señor Don Rúa abajo de su retrato y de Don Bosco.*

Recomiéndoles mucho no pierdan esos retratos porque son preciosos. Cuando vuelva, lo primero que haré será ver los retratos que les mandé de aquí.

Después hay otras vistas de algunas ciudades de Italia y regalos de María Auxiliadora para poner en los escritorios, si tienen, o de no[387] *guardarlos todos hasta que yo vaya allá.*

Yo creo que le habré hablado bastante claro y habrá entendido.

Quédole y envíole mi anticipado agradecimiento si en todo me sirve como V. R. sabe ejecutar.

Siempre rezará por V. R. este su amigo que le quiere, Ceferino Namuncurá.»[388]



Pio IX - Papa que aprobó la congregación Salesiana en 1874

386 Nos dice Entraigas que la carta original dice "*traducirá*". La edición del libro *Cartas* coloca "*distribuirá*".

387 "*de lo contrario*".

388 *Originales*, carta n. 9.

No puede guardarse lo vivido en Roma, ciertamente que no, pues el bien es difusivo de sí[389]. Ya quiere que lo sepan sus familiares. Y que ¡ganen la indulgencia que él les ha conseguido! Por eso pide al padre Crestanello que los prepare con una pequeña misión. Es ya, con sus cartas, todo un misionero. Misiona con sus cartas, y con su plegaria… del resto se encargará la Providencia. Como decía Don Bosco: «*Para triunfar en las misiones se requieren: muchas oraciones, mucho sacrificio y mucho tiempo; el tiempo depende de Dios, el trabajo del misionero, pero las plegarias las debemos suministrar nosotros*»[390].

Su euforia es palpable. Comenta el padre Vespignani: «*No se puede explicar con palabras la inmensa satisfacción y el provecho espiritual que de esta entrevista sacó Ceferino. No cabía en sí de alegría...*». Sus palabras corroboran el comentario, como en la carta que le escribe a su amigo Firpo:

Señor Faustino Firpo

Buenos Aires

Carísimo Señor Faustino:

Con la presente le mando la medalla de aluminio que le prometí antes de ausentarme de esas tierras queridas.

Es una medalla que de un lado tiene la efigie veneranda de nuestro santísimo Padre Pío X, y del otro lado la santa imagen de la Sma. Virgen Inmaculada cuyo jubileo se conmemora este año con toda la pompa y solemnidad en todo el orbe católico[391].

---

389 "*Bonum diffusivum sui*" (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, q. 5, art.4).

390 *Máximas...*, nº 585.

391 Se conmemoraban los 50 años de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Nos relata el *Bollettino Salesiano* de diciembre de 1904: "… *sia benedetta la Divina Provvidenza. L'Apostolato che compie la Vergine in mezzo alla società presente non è meno solenne ed efficace* (...) *Nel 1854, quando l'angelico Pio IX proclamava il gran dogma, nell'istante in cui le sue labbra infallibili pronunziarono le solenni parole della definizione, un raggio di sole squarciando le nubi e penetrando attraverso le finestre della cupola di Michelangelo, irradiava il volto del Pontefice, e intanto suonavano a gloria tutte le campane di Roma... Il ricordo è solenne. L'8 dicembre 1841, Don Bosco cominciò il suo apostolato... L'Immacolata nel 1841 ispirava il Padre ; nel 1904 i figli ringraziano solennemente la Madre comune.*

Consérvelo como un recuerdo afectuoso del año jubilar de nuestra Madre la Sma. Virgen y de nuestro Padre Santo Pío X, al cual este año, EL DÍA 27 DE SEPTIEMBRE TUVE LA MÁXIMA DICHA Y HONOR DE POSTRARME A SUS PIES Y BESARLE SU SAGRADO ANILLO Y RECIBIR, EN MEDIO DE LA CONMOCIÓN, SU SANTA APOSTÓLICA BENDICIÓN.

Pláceme al mismo tiempo comunicarle y enviarle a Ud. y a su querida familia, la santa Bendición del Supremo Jerarca de la Iglesia. Esto lo que puedo mandar de Roma.

Dicha medalla fue bendita por el mismo Papa y tocó la casulla que tenía puesta Don Bosco.

No le he escrito antes para aprovechar esta circunstancia de la partida de los misioneros para América y Buenos Aires. Espero de llenar lo mejor posible su más distinguido deseo.

Hónrome saludar a su distinguida familia y desear a Ud. y familia salud, prosperidad y felicidad temporal y eterna. Soy de Ud. humilde servidor y amigo,

Ceferino Namuncurá.

N.B. - No he recibido carta suya y lo s... o...[392]

En la carta escribe Ceferino: «*… esta circunstancia de la partida de los misioneros para América y Buenos Aires…*». Con ellos envía su cajoncito y recuerdos. Pero no son los únicos misioneros que parten… pues la despedida del 29 de octubre fue para 150 misioneros que se desperdigaron por el mundo, yendo en su mayoría a América. En otra carta decía: «*Ya todos los misioneros de América se han ido, como también los de Asia, África y China*». Los despidió Mons. Costamagna con un discurso. Y el arzobispo de Turín, cardenal Richelmy, les dio la bendición.

Ya se han ido los misioneros… y Namuncurá se encamina a las aulas de Domingo Savio, en Frascati. Se va impactado por el encuentro con la «Piedra de Roma»…

«Dos piedras se han enfrentado
en la Roma milenaria
donde reina el Pescador:

392 *Originales*, carta n. 31.

la Eterna, tallada al ritmo
del Verbo: "Estaré contigo
hasta la consumación…"

y la Piedra del desierto
patagónico, congénere
de las arenas y el Sol»[393].

393 N.A. Noriega, *Poemas.* Cit. por Entraigas.

Capítulo III

El «*Domingo Savio*» Namuncurá

«Pasaba siempre leyendo;
decían que estaba aprendiendo
pa recebirse de flaire»[394].

Vuelve Ceferino a Turín, para «*reanudar sus estudios*» dice el padre Vespignani.

Entraigas coloca lo siguiente: «*A nuestro mapuche lo pusieron en primer año*».

Y Gálvez, más detalladamente, nos refiere: «*El 18 de octubre, en el oratorio de Valdocco, lo presentan, por orden de Don Rúa, al profesor y a los alumnos del curso superior de Latín. Es de imaginar la sorpresa y las sonrisas burlonas de los italianitos ante la allí exótica fisonomía del hijo de la Pampa, el cual, además, es mayor que cualquiera de ellos. Ceferino, impasible, sin darse por aludido y con su habitual calma, ocupa el sitio que le indican. El profesor, por prudencia, demora varios días en interrogarle. Él le escucha con toda su alma. Por fin, un día, el profesor le permite recitar una poesía latina que es el tema de la lección. Y Ceferino, en pie, calmosamente, lo hace con tan perfecta pronunciación y sin vacilar ni una vez, que sus compañeros lo aplauden, mientras él se sienta y, desdeñoso de toda vanidad, pone su mirada en el suelo*»[395].

394 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 1005.
395 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. IX, págs. 167-179.

Molesta situación la suya. Colocado entre pequeños *italianitos* que de seguro lo habrán molestado o mirado con desdeño. En Buenos Aires ya había sido objeto de burlas cuando le mostraban fotos de indios y lo azuzaban con preguntas maliciosas. O como aquel que le preguntó cuál era el sabor de la carne humana. Y en todo esto, ninguna queja por parte de Ceferino. Los testigos nos lo presentan quizás muy blandamente. No llegan a percibir del todo que debajo de aquella mansedumbre se encuentra la fiereza de un Namuncurá. Y si no dice nada es por esa voluntad de *piedra* que lo mantiene firme en su camino al cielo...

«*No teníamos nada que corregir en él... Nunca se quejaba de nada. ¡Y eso que no debía ser nada cómodo para un muchacho de 18 años estar mezclado con los de 12!*»[396].

Pero ya se encuentra en Turín.

El clima de la ciudad de Don Bosco va a serle fatal. Es muy rígido para Ceferino[397]. Por eso muchos se preguntaron después: ¿Por qué no lo dejaron en Roma?

La respuesta es el silencio de la Providencia que nos dice: que frecuente las aulas de Santo Domingo Savio.

Ahí se cursaban estudios de gimnasia o bachillerato humanístico.

Sigue allí su apostolado del buen ejemplo. Apostolado tan preciado por Don Bosco.

Mons. Tihamér Toth[398] nos habla de este particular modo de misionar: «*Es enorme la influencia que el buen ejemplo irradia. Enseñando con el buen ejemplo, atraeremos, con la fuerza de un imán, a los tibios y a los indiferentes…*»[399]. Y más adelante se pregunta: «*¿Existen hombres como estos? Sí, existen*». Y es el caso de nuestro *Domingo Savio* Namuncurá.

396 Don Zuretti.
397 Un historiador comenta que en Monte Rosa (Turín) el frío llegaba a 17° bajo cero.
398 Obispo de Weissbrün, durante el viejo imperio austrohúngaro (1889-1939).
399 Tihamér Toth, *Venga a nos el tu Reino*, pág. 141.

Algunas cosas nos las cuenta Don Zuretti, un joven sacerdote. En ese entonces era profesor del primer año de gimnasia. Era muy observador, y además llevaba su Diario, que nos viene de perlas:

«*Mi primer encuentro con él fue el 18 de octubre de 1904, apenas había regresado a Turín, después de dos meses de ausencia… Ceferino tenía 18 años…*».



Clase de Gimnasia en el Oratorio.
Foto extraída del Bollettino Salesiano de septiembre de 1904.

Ante este joven *excepcional* escribe frases llenas de profundo asombro:

«*Tengo un nuevo alumno: ¡qué continente admirable tiene! Quedé más asombrado todavía cuando conversé con él después de clase: ¡qué bondad de alma y qué humildad cristiana! El 19 le hablé en el patio largamente, por tres cuartos de hora, y me narró muchas cosas de América. Lo encuentro muy culto. Se me acercó espontáneamente y me llamó* maestro*...*».

Y el profesor añade el 29 de octubre, pocos días después:

«*Ceferino escucha con diligencia mis lecciones. ¡Cuánto me agrada verlo tan atento a cada sílaba, sonreír con gusto también él como los otros cuando les doy ocasión! Después de clase, le hago a él solo*

las correcciones de las traducciones latinas. Las hace bastante bien. Me traduce bien el epítome de Lhomand[400]*. En el patio paseo a menudo con él y hablamos familiarmente también de las cosas de su tribu*».

Si Don Zuretti no nos cuenta más cosas es debido a su poco tiempo: tenía 90 alumnos.

En otro lugar se lee: «*Mis alumnos lo calificaron bien pronto, como alumno modelo*».

Es también asombroso para nosotros ver que en casi todos los testimonios sobre Ceferino siempre hay alguna referencia a su piedad. Su cuerpo declinaba cada día que pasaba… pero su alma se fortalecía en cada oración. Como era la enseñanza de Don Bosco: «*Así como nuestro cuerpo se debilita y muere si no lo alimentamos, del mismo modo pierde nuestra alma su vigor si no le damos lo que necesita…*». Y Namuncurá sabe qué es lo que necesita, lo que también había señalado Don Bosco: la frecuencia de los sacramentos y la oración.

¡Sacramentos y oración...! Ceferino es prontísimo en lo que a ellos se refiere. Y esto ya no es simple piedad, en la que tantos jóvenes se quedan, sino devoción, porque está movida por un amor profundísimo a Dios. Como bien lo expresan las palabras del santo en quien Don Bosco se inspiró al fundar la congregación, Francisco de Sales:

«*La viva y verdadera devoción presupone el amor a Dios; pero no un amor cualquiera, porque, cuando el amor divino embellece a nuestras almas, se llama "gracia", la cual nos hace agradables a Dios; cuando nos da fuerzas para obrar bien, se llama "caridad"; pero, cuando llega a un tal grado de perfección, que no sólo nos hace obrar bien, sino además, con cuidado, frecuencia y prontitud, entonces se llama "devoción"*»[401].

Y esta es la razón que explica el siguiente testimonio de Don Zuretti:

400 Habla aquí del *Epitome Historiae Sacrae*, del autor francés Carlos Francisco Lhomond (1717-1794). Redactor también del *De Viris Illustribus*.

401 San Francisco de Sales, *Introducción a la Vida Devota*, Primera parte, capítulo I.

«*Su piedad no era vaporosa, sino superior a la común, con profundas raíces en su corazón*»[402].

Podríamos preguntarnos ¿Por qué tanta preocupación de Ceferino en su estudio? ¿Para qué tanta devoción? ¿Qué lo mueve? Ciertamente que Dios, fin de todo hombre... pero hay algo más... ¡su vocación! Vocación al sacerdocio y a la vida misionera que nunca dejaron de ver quiénes serán luego sus testigos.

«*Tenía una vocación sacerdotal decidida, sin titubeos. Y quería ser sacerdote, para dedicar su vida a sus paisanos.*

Hacía sus deberes con tal exactitud y espontaneidad, que sólo podía ser fruto de la fe... De su porte externo se podía argüir que ese joven vivía continuamente unido a Dios. Tenía en gran veneración al santo Evangelio, que él quería difundir un día entre sus contemporáneos»[403].

¿Cómo aprovechaba el tiempo? Hacía lo que tenía que hacer. *Age quod agis*[404] dice el adagio latino. Como el mismo Domingo Savio, aquella vez que le preguntaron qué haría si le avisaran que en unos momentos le llegaría la muerte, y éste respondió «*Seguiría jugando*»...

El que está preparado para presentarse a Dios no debe preocuparse a último momento, ya se preocupa a cada momento, y por eso está tranquilo, pudiendo hacer lo que debe hacer. Así Ceferino, aprovecha el tiempo y juega... aunque en la medida que se lo permiten sus fuerzas. Es por eso que no juega *tanto* en los recreos. Más bien aprovecha a pasear y charlar con algún profesor u otro de sus superiores. Manifiesta siempre su deseo de adelantar en los estudios... quiere ser sacerdote y evangelizar a los indígenas de la Patagonia. ¡Y no se avergüenza de decir «*indígenas*»! Pero evita un poco hablar de sí o de los suyos. Siempre se refiere en las conversaciones a Don Bosco, Cagliero, Don Rúa, los salesianos en general... y lo hace con entusiasmo...

---

402 Palabras del padre Zuretti.
403 El padre Zuretti nuevamente.
404 *Haz lo que haces* (o *lo que debes hacer ahora*).

Se toma en esa época unas pequeñas vacaciones en Grana, villa de Monferrato[405].

Desde el lugar de vacaciones escribe:

«¡V. J. M.!

Torino, Noviembre 11 de 1904.

Redmo. Sr. Pro Vicario Pbro. Don Esteban Pagliere

Redmo. Padre:

Después de algún tiempo de descanso, vuelvo nuevamente a comunicar algunas noticias a S. R.

Esta semana pasada el R. P. Garrone me llevó a su país natal a pasar 8 días de vacaciones.

En medio de sus queridos, lo pasé muy [bien]; todos humildes y condiciones casi igual. Pero a decir verdad, no les falta nada.

Los miles los tienen bajo tierra: las grandísimas bordalezas de vino de todas clases. Todos los vinos buenos que tomé en los ocho días, no los tomé en la Patagonia. Volví a Turín con la lengua un poco negra y un poco empachado.

Allí me tomé relación y amistad especial con un primito del Padre Garrone, el cual se lo llevará consigo a la Patagonia para el noviciado de Patagones.

José Garrone es su nombre de edad de 12 años, muy bueno, inteligente y un poco vivaracho. En casa lo llaman el Pin. El Padre Doctor ya piensa en su sucesor para la medicina.

Me parece que Don Garrone tiene pocas ganas de volver, porque todavía no se sabe cuándo volverá. Ya todos los misioneros de América se han ido, como también los de Asia, África y China.

La causa es porque aquí le dan muchos trabajos. Tiene al Rdmo. Sr. Don Rúa que está enfermo. Ya son tres semanas que guarda cama.

405 Cuna del padre Garrone.

Después le mandan de aquí y de allá a visitar enfermos y sanarlos. Casi no hay colegio salesiano en Italia que no lo haya tocado y dejado un montón de recetas.

Porque donde va se hace conocer y vienen los enfermos a porfía para que los visite.

E una fare seria[406]*. Puede ser que llegue allá para la fiesta de San Francisco de Sales*[407]*. De D. Garrone todo esto.*

Y Monseñor Cagliero espero que llegará a Roma el 12 o el 15 de éste para la fiesta o Congreso Mariano.

La semana venidera saldré con Monseñor Fagnano para Roma para no volver más en Turin, hasta de aquí al año venidero, si vuelvo.

Espero de ir a la Misa del Smo. Padre Pío X el 8 de diciembre y hacer bendecir algunas medallas de aluminio de igual dimensión casi como aquellas que me regaló: con las efigies de la Inmaculada y del Vicario de Cristo.

Espero mandarle algunas cuando vuelva Don Garrone como el mejor recuerdo que le puedo hacer para este año jubilar de la Inmaculada, de N. Madre queridísima.

De salud estoy bastante bien y más grueso que antes. Solamente la tos, que no se me quiere ir nunca, me embroma siempre la pava y hay [que] hacerle guerra: yo japonés y él ruso...

Pero el buen Jesús y la dulce María me sanarán de una vez...

Saludos y recuerdos a los Superiores, Hermanos y niños. Su bendición. Soy de V. R. humilde hijo en J. y M.Ceferino Namuncurá.»[408]

406 Quiso decir: "*È un affare serio*", que significa: "*Es una cosa seria*".

407 El 29 de enero.

408 *Originales*, carta n. 29.

Comenta Entraigas esta carta:

«*No deja de impresionar la forma chacotona*[409] *en que toma el Siervo de Dios a su tremenda enfermedad: primero dice que la tos embroma la pava —modismo argentino para decir que fastidia—, y luego añade que hay que hacerle la guerra; y aludiendo una vez más a la guerra ruso japonesa, dice que él, Ceferino, será japonés, y la tos, el ruso... ¡Se necesita tener valor, presencia de ánimo y una dosis muy grande de virtud, para jugar, como lo hace él, con el bacilo de Koch! ...*».

Luego escribe a su confesor, desde la capital del Piamonte, Turín, de la que se está despidiendo para ir a Roma. Cuenta, como siempre, sus vivencias, que quiere compartir, y sobre los salesianos tan queridos para él:

Turín, Noviembre 15 de 1904.

«Revmo. Padre Juan Beraldi

Amadísimo Padre:

Tengo el honor de enviarle mi último saludo y cartita desde el Santuario de N. M. Celestial María SS. Auxiliadora y desde la tumba querida de N. Amadísimo Padre y Fundador, Don Bosco, antes de partir hacia la Capital del Mundo Católico, la Ciudad Eterna: Roma.

¡Oh, mi amado Padre Juan! Cuán dulce y suave suenan en mis oídos estos lugares queridos: Roma, el Santuario de María Aux. y la Tumba de Don Bosco...

Al honor de la verdad le digo: cuando toco estos santos temas, las lágrimas saltan de mis ojos; me parece ver siempre al Venerable Anciano en Roma, a la Bendita Auxiliadora en su Santuario y a Don Bosco en su Tumba: me parece de verlos en Persona.

Y le confía algo que permite compararlo al mismo Don Bosco *soñador*, pues sueña con ellos:

De noche muchas veces me siguen en mis dulces sueños y hablo con Ellos...

---

409 *Jocosa.*

Dos noches ha que vi en sueños a D. Bosco y Don Rúa que hablaban entre sí y yo me presenté, les bezé las manos repetidas veces a los dos y dirigí la palabra a D. Bosco: "Señor Don Bosco ¿Me haré Salesiano?". Y El me contestó: "Si, hijo mío, Dios te bendiga. Adiós...".

Bezéles nuevamente la mano y me fui.»

Comenta Manuel Gálvez: «*Ceferino cree, sin duda, que este sueño se va a realizar. Sus ilusiones tienen ya sobre qué apoyarse. En la misma carta pide al padre Beraldi no repetir a nadie lo que le ha contado. Pero no por esto deja de rogarle que rece a Jesús y a María Auxiliadora, en especial durante la Misa, para que le ayuden en sus estudios y pueda ponerse pronto la sotana. Confía en las plegarias del sacerdote*»[410].

Sigue la carta:

«*Esto es verdad y deseo que no se lo diga a nadie, porque a ninguno se lo he dicho.*

Padre Juan, reze mucho al buen Jesús y a María Aux. en un modo especial en la Santa Misa para que me ayuden en mis estudios y pueda poner pronto la sotana: vestirme de una vez para siempre de luto; creo que ya es tiempo. Confío en sus fervorosas plegarias y yo haré otro tanto por V. R.

Monseñor Cagliero está en Roma para siempre[411]*. Para el ocho de Diciembre vendrá a Turín para Pontificar en el Santuario de María Auxiliadora y volverá nuevamente a Roma con los Prelados de la Corte Pontificia.*

Parece que S. Santidad no lo deja volver más en América, cuando dijo en la Audiencia: "De ahora en adelante no hará más esos viajes largos y penosos".

---

410 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. IX, págs. 167-179.

411 Comenta Entraigas: "*Creía Ceferino que monseñor Cagliero se quedaría en Roma para siempre, en la corte pontificia. No. Cagliero no tenía espíritu palaciego: el Papa lo mandó a visitar algunas diócesis de Italia, y luego, a la América Central, como delegado apostólico. Y allá quizá más que en la Patagonia tuvo que soportar esos viajes largos y penosos..., hasta que Benedicto XV lo hizo cardenal, en 1915. Tampoco entonces fue a descansar a Roma. A los ochenta y dos años, el Sumo Pontífice le ofreció una diócesis suburbicaria que nadie quería, Frascati. Y él la aceptó...*".

"¿Y nosotros en la América, Santidad, quedamos solos?" "Yo no sé nada. Arréglense", contestó el Padre Santo. Es demasiado bueno el Padre Santo. Esperamos que lo haga Cardenal[412]*. Sea como Dios quiera...*

Don Garrone volverá para Diciembre, si lo dejan salir los del Capítulo, con un primito suyo que se llama José Garrone...

Don Gonzalo de San Martín[413] *espera ansioso una carta suya y siempre que me ve, me dice: "El Padre Beraldi todavía no contestó mi carta. ¿Te escribió a ti?" Yo tengo que contestarle negativamente. Su Sede es en Ivrea, Colegio Salesiano.*

Si no le es molesto, mis saludos y recuerdos al R. P. Pagliere, Padre Ángel[414] *y P. MacCabe.*

Aquí todos los Superiores buenos de salud, menos N. amadísimo Padre Don Rúa, que está enfermo ya de tres semanas de cama y otras debe de pasar.

Yo bueno de salud. Felicidad. Soy su humilde hijo en J. y M.Ceferino Namuncurá.»[415]

Le pide oraciones por su vocación. En realidad para que pueda recibir la sotana. Pero no separemos estas dos realidades: la vocación sacerdotal, del santo hábito. ¿Por qué? «*...no sólo porque contribuye al decoro del sacerdote en su comportamiento externo o en el ejercicio de su ministerio, sino sobre todo porque* (el hábito) *evidencia en la comunidad eclesiástica el testimonio público que cada sacerdote está llamado a dar de la propia identidad y especial pertenencia a Dios*»[416].

Es llamativo este permanente deseo: «*vestirme de una vez para siempre de luto*». Deseo expresado también por un querido sacerdote argentino: «*El hábito se nos debe hacer piel*»[417].

412 Fue nombrado Cardenal por S.S. Benedicto XV en 1915.

413 Entraigas dice ignorar quién es este personaje.

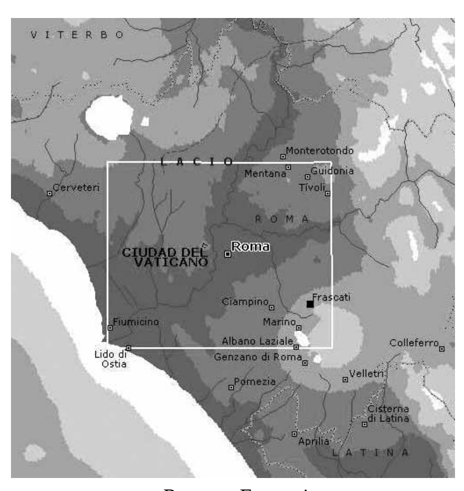
414 Ángel Veneroni, párroco de Viedma.

415 *Originales*, carta n. 32.

416 S.S. Juan Pablo II, *Carta al Card. Ugo Poletti*, 08/09/1982 (Cfr. *Osservatore Romano* del 24/10/1982). Cit. por *Constituciones*, Instituto del Verbo Encarnado, nº 154.

417 Sentencia del padre Leonardo Castellani. Tantas veces repetida por el R.P. Carlos Miguel Buela.

Por esos días llega un misionero desde Argentina, el padre Marelli, que trabajaba en Viedma. Y Ceferino se le presenta sonriente. Le comenta, ¡como a tantos!, de la entrevista con el Papa. Y agrega: «*Si Dios me ayuda en mis estudios, algún día volveré a la Patagonia y hablaré a mis compañeros del cariño que el Santo Padre, sin conocernos, nos tiene a los de la Patagonia*».



Roma y Frascati
Frascati, lugar en el que pasó sus últimos meses Ceferino, se encuentra a muy poca distancia de la Ciudad Eterna.

Los recuerdos del Inspector salesiano de varios países de América, padre José Reyneri, al encontrarse con Ceferino en Turín, son los siguientes:

«*Paseábamos juntos por los patios del Oratorio en amena conversación. No pude olvidar la grata impresión que dejó en mi alma este buen joven.*

Rostro alegre, que reflejaba serenidad de alma; porte y ademán culto como en el mejor educado; su conversación impregnada de santa unción, manifestaba desde ya sus nobles ideales hacia la futura misión que ansiaba ejercer entre las gentes de su raza; y un corazón desbordante de gratitud para con los Superiores Salesianos, dejaba entrever de cuántas delicadezas era capaz...

A mi mente acudió entonces el recuerdo de Domingo Savio y dije para mí: ¿No será este joven un nuevo timbre de gloria para la Obra de Don Bosco?»[418].

Y no yerra este sacerdote en su comentario, pues el indiecito «*será una de las joyas más brillantes engarzadas en la diadema de San Juan Bosco*»[419]. Realidad ya prefigurada en el nombre de su abuelo: *Calfucurá, Piedra Azul*... aunque Ceferino será *piedra azul* en el orden sobrenatural... y el brillo y belleza de esta *piedra* ya la está viendo Don Bosco en la Vida Eterna... y allí se goza de este fruto... eternamente.

Son muchos los testimonios anteriores a su último viaje a Roma. Nos remitimos a unos pocos... los referidos a su piedad eucarística.

Pero antes de colocar en el papel estos testimonios traemos a la memoria lo dicho por Don Bosco: «*Mostradme un jovencito que frecuente la Confesión y Comunión; lo veréis florecer en su juventud, llegar a una edad viril y alcanzar, si así place a Dios, la más avanzada edad, con una conducta que será para ejemplo de quienes lo conozcan*»[420].

Ceferino no gozo de una vida larga, pero ciertamente floreció su espiritú en su juventud, pues ostentaba un alma profundamente eucarística.

Comenzamos con el testimonio de Eugenio Ceria, quien fue historiador de la Sociedad Salesiana:

«*Ante todo, noté en él una actitud desenvuelta y confiada, un aire de serenidad y de reflexión, y una piedad ejemplar.*

Rezaba realmente bien y sin afectación alguna. Lo acompañé una vez por las calles de Roma. Observé que no demostraba ninguna curiosidad por ver cosas profanas.

418 *Testimonios*, serie primera, pág. 92.
419 Palabras de Entraigas.
420 *Máximas...*, nº 192.

En cambio, me di cuenta de que se encontraba muy a gusto en las iglesias. Su primera preocupación, en ellas, era buscar el altar del Santísimo Sacramento; iba y se quedaba algunos instantes en devota adoración»[421].

Recordemos que en Buenos Aires había tenido la gracia, «*extraordinaria*» decía Ceferino, de comulgar a diario, puesto que su confesor, el padre Vespignani, se lo había permitido. Y allí, en Almagro, había participado de todas las cofradías para estudiantes que había en el colegio, pero fascinándose de modo particular en la del Santísimo Sacramento. De la cual decían sus compañeros que era el *alma mater*.

Y no hacía solo las visitas al Santísimo, también eran estas ocasión de apostolado para el pequeño misionero:

«*Cuando el Padre Consejero disponía romper filas a la columna que venía del comedor, para iniciar el recreo largo de mediodía, Ceferino dedicaba algunos instantes para comprometer a algunos de los alumnos a que lo acompañaran hasta la capilla para cumplir lo que en el lenguaje estudiantil llamábamos la visita.*

"Vamos a la visita", decía simplemente el niño»[422].

El padre De Salvo nos narra también este apostolado, quizás poco común entre los jóvenes:

«*Puedo asegurar que no sólo hacía regularmente las visitas al Smo. Sacramento, sino que hacía otras más por su cuenta y con frecuencia invitando a otros compañeros a que hicieran lo propio; a mí entre ellos, muchas veces...*».

Estos dos testimonios provienen de Buenos Aires el primero, y de Viedma el segundo... De Italia tenemos las palabras del párroco de la basílica del Sagrado Corazón, Don Juan Brossa. Su testimonio nos

---

421 "*...un rato de verdadera adoración eucarística tiene más valor y fruto espiritual que la más intensa actividad, aunque se tratase de la misma actividad apostólica*" (Juan Pablo II, *Discurso a los Superiores Generales de Órdenes y Congregaciones Religiosas*, el 24/11/1978. Cfr. *L`Osservatore Romano* del 3/12/1978, pág. 10).

422 *Testimonios*, serie primera, pág. 11.

interesa un poco más, ya que nos remite al mes anterior de la muerte del Beato Namuncurá:

«*...lo vi yo mismo en abril de 1905 en la basílica del Sagrado Corazón. En los días en que esperaba ser recibido en el hospital de los Fatebenefratelli, ayudaba a diario la misa y hacía la comunión. ¡Parecía un serafín!*

Su inalterable mansedumbre y su extraordinaria piedad lo presentaban como un modelo de virtud, un fiel imitador de Domingo Savio y un nuevo san Luis».

Capítulo IV

«Ego sum christianus»[423]

«Amigazo, pa sufrir
han nacido los varones;
estas son las ocasiones
de mostrarse un hombre juerte...»[424].

Nos adentramos en el epílogo de este libro que es la vida de Ceferino. Llega por última vez a la Ciudad de San Pedro y San Pablo, la ciudad de los primeros mártires... pero también la urbe de los gladiadores... Él no lo sabe, pero en este lugar lo habrá de alcanzar la eternidad.

Viene a aprender, aunque terminará enseñando... enseñando cómo se debe morir... pues nos ha mostrado, a lo largo de su corta vida, cómo se debe vivir... «*Como es la vida, tal es la muerte*»[425].

El 19 de noviembre de 1904 viaja nuevamente a Roma. E inmediatamente al otro día, como es su costumbre al llegar a un lugar, escribe a la Patagonia:

> *«Revmo. Señor Pro Vicario*
>
> *Pbro. Don Esteban Pagliere — Viedma*
>
> *Muy Rdo. Padre:*
>
> *Tengo el máximo honor de dirigir a V. R. una humilde como la presente, desde la capital del Mundo Católico.*

---

423 *Yo soy cristiano.* Asi declaraban los martires de los primeros siglos en Roma.
424 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 291.
425 El adagio latino reza así "*sicut vita, finis ita*".

Llegué a ésta ayer mañana[426] *y fui a saludar al Ilustrmo. Mons. Cagliero en la Procura General de los Salesianos ante la S. Sede, su residencia Episcopal.*[427]

Estuve todo el día con el bondadoso Prelado y al mismo tiempo me manifestó su juicio diciéndome que mi colegio estaba en la simpática y hermosa villa de Frascati.

Mañana lunes Mons. Cagliero me conducirá a aquél Paraíso Terrestre donde el Señor y Buen Jesús obrará en mí según su Santa Voluntad.

¡Oh, quiera el Corazón Sacratísimo de Jesús y la materna bondad de la Purísima Concepción Inmaculada, bendecirme y tomarme bajo sus mantos seguros, ayudándome en mis estudios, dándome la Salud, Santidad y Sabiduría que me son indispensables para seguir con buen éxito mis atrasados estudios!

¡Oh, tengo verdaderamente una santa envidia a mis seis antiguos condiscípulos que este año jubilar de la Inmaculada ofrecerán a tan buena madre Celestial una brillante corona consagrándose totalmente a su Divino Hijo Jesús, revistiéndose con la vestidura del Divino Maestro, pasar del hombre viejo al nuevo,[428] *en fin, renunciando por completo al demonio, mundo y carne. ¡Qué dichosos! También ellos me debían preceder...*

Pero fiat voluntas domini...[429] *El Señor no se olvida de sus criaturas. Llegará el día en que yo también me enlute para siempre de una vez. Puede ser que el Señor no me veía bastante preparado; y por mal de mis pecados haya deparado*[430] *el tiempo de consagrarme por completo al Señor.*

V. R. no se olvidará de este su pobre hijo en la Santa Misa...

Cuando llegue a Frascati le escribiré nuevamente, dándole noticias más detalladas e impresiones de los primeros días.

---

426 Esta frase tiene un toque del italiano: *ieri mattina* (*ayer a la mañana*).

427 En ese entonces la Procura estaba en Lungo Tevere 10, se llamaba casa de San Sixto.

428 Se refiere allí a la fórmula empleada en la toma de sotana: “*El Señor te despoje del hombre viejo, y te vista del nuevo...*”

429 *Que se cumpla voluntad del Señor.*

430 Según Entraigas, Ceferino quiere decir allí: *prorrogado.*

Mons. Cagliero no está muy bien de salud, pero puede atender todo sus cosas y quehaceres pero con moderación.

Se preparan grandes fiestas para la Inmaculada en la Ciudad Eterna. Corren voces de que todas las estatuas de la Virgen existentes en la Santa Ciudad, serán coronadas y se verificarán varias beatificaciones en dicho día en la Gran Basílica de San Pedro[431].

Para esos días espero estar en Roma, según promesa de Mons. Cagliero.

Espero una de sus cartas.

Con la esperanza de escribirle lo más pronto posible le saludo atentamente, a los demás Rdos. Superiores, Hermanos y Niños y profésome de V.R. humildísimo hijo en J. y M. Ceferino Namuncurá. Buena fiesta de la Purísima y hasta Frascati ¡Adiós![432]».

«*Cuando llegue a Frascati*» le dice. Pues Mons. Cagliero le tiene preparado un lugar allí, en el edificio del colegio de Villa Sora. Frascati toma este último nombre, Villa Sora, debido a que allí se encuentra el palacio de los duques Boncompagni de Sora...

Imaginemos a nuestro indiecito, que viene de los toldos empujados por el viento patagónico, entrando en la mansión de Villa Sora...

Esta mansión había sido antiguamente residencia del Papa Gregorio XIII, perteneciente a la familia de los Boncompagni, durante el siglo XVI. En ella se había hospedado san Carlos Borromeo. Estuvo también allí, en el siglo XVII, conduciendo a la Virgen del Consuelo de los Afligidos, san José de Calasanz. Y en esa misma villa murió en olor de santidad el venerable capuchino Juan de Augusta.

Villa Moroni se llamaba antiguamente el lugar. Y había sido comprado en 1900 por Don Arturo Conelli, quien había donado seguidamente la villa para el colegio. Este era como un internado, cuyos alumnos, cursaban el bachillerato clásico.

---

431 Ya hemos hecho referencia a esta gran fiesta de la Inmaculada en una nota al pie de la carta dirigida por Ceferino a su amigo Firpo. Donde le cuenta sobre su encuentro con el Papa Pío X. Cfr. Capítulo 2 de esta sección.

432 *Originales*, carta n. 34.

Ahora entra en dicho colegio[433] un nuevo e ilustre alumno salesiano... proveniente de la familia *Curá*... Llega el 21 de noviembre de 1904 conducido por Mons. Cagliero.

Frasscati, situado a veinticuatro kilómetros de Roma, es un pequeño y delicioso lugar. Su paisaje se ve embellecido en el horizonte por los montes Albanos. Habrán elegido este lugar para el joven Namuncurá por estar rodeado de un mejor clima, cerca de la montaña, y a poca distancia de Roma.

Nuevamente es admirado como un fiel imitador de Domingo Savio. Es notable, también allí, su piedad superior a su edad.

«... *siempre recogido, silencioso, atento..., como si estuviera en constante oración. Era evidente, en la serenidad de su mirada y en la compostura de todos sus actos, que la pureza era el sello de su santidad*»[434].

Como había sucedido en Turín, se encuentra entre compañeros de menor edad, entre *bambinelli*, de once y doce años. Pero nunca mostró disgusto en nada. El Director del Colegio temía que Ceferino debiera soportar agravios de parte de los alumnos, muchachitos *romani di Roma*, buenos, abiertos, alegres, pero inquietos y vivaces, traviesos... pícaros. Es evidente el contraste de estos con el carácter del recién llegado.

La respuesta de Ceferino no es más que su sonrisa, que no era una salida al paso sino sonrisa verdadera: «*Muéstrate siempre alegre, pero que tu sonrisa sea sincera*»[435]. Y con ella cautiva a sus compañeros. «*Sonríe con los ojos*», decían. Y era la pureza la que se traslucía en las ventanas del alma: «... *la sonrisa que brillaba en sus ojos expresaba el virginal candor de su corazón*».

433 Era director del Instituto el padre Ludovico Costa. Prefecto, Don Rosso, y director de estudios, Don Vallino. Confesor era Don Félix Toselli, y fue profesor de Ceferino Don Héctor Pavoni.

434 Palabras del Director de Villa Sora, padre Ludovico Costa.

435 *Máximas...*, nº 3.

Era de continente serio. Y la enfermedad le había aumentado la melancolía del rostro. Pero eso no le impedía la alegría propia de los santos. Tal virtud imponía respeto:



Fotografía obtenida en 1904.
Ceferino contaba ya con 18 años.

«*Su bondad, mansedumbre y humildad se impusieron a la natural irreflexión hasta de los más inquietos y pilluelos...*»[436].

436 *Testimonios*, serie primera, pág. 69.

Es edificante su actitud en clases. Generoso en alentar a sus compañeritos... atento en las lecciones que escucha... exacto a la hora de cumplir los deberes...

«*Recuerdo que muchas veces, en clase de Religión, después de haber insistido con alguna pregunta a varios alumnos, sin poder tener una respuesta satisfactoria, interrogué a Ceferino, el cual, sin titubeo ni incertidumbre, respondió siempre de modo impecable, sea que se tratase de recitar al pie de la letra una respuesta del texto, sea que debiese escoger alguna dificultad surgida fuera del texto mismo*»[437].

No nos olvidemos que la circunstancia que marca todos estos actos de virtud, es la enfermedad que viene trayendo desde Argentina. Y, como ya hemos dicho y seguiremos diciendo, nunca se le escuchó una queja.

Siempre tuvo ante sí los sufrimientos de la Pasión de Nuestro Señor. Y se unió a ellos.

Así nos enseña aquello de San Pablo: que «*debemos completar lo que falta a la Pasión de Cristo*[438] *con una reparación "afectiva" -por la oración y el amor-, "efectiva" –cumpliendo los deberes de estado, apostolado...-, y "aflictiva" –el sufrimiento santificado-, en provecho de sí mismo y de todo el Cuerpo Místico*»[439].

«Y mi valor se duplica
con un ejemplo tan puro»[440].

En Villa Sora no tuvo todas las consideraciones[441] que se le debieron tener. Sinsabores y sacrificios no leves fueron la consecuencia. «*Por una lamentable equivocación*» dijo Don Ludovico Costa.

«En medio de mi inorancia
conozco que nada valgo:

437 Testimonio del Padre Costa, Director de Villa Sora.
438 Col. 1, 24.
439 *Directorio de Espiritualidad*, Instituto del Verbo Encarnado, nº 169.
440 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 606.
441 En cuanto al alimento y las ocupaciones.

soy la liebre o soy el galgo
asigún los tiempos andan;
pero también los que mandan
debieran cuidarnos algo»[442].

Y así llevó las obligaciones de los deberes y de la vida colegial como un alumno normal, cuando no tenía las aptitudes físicas necesarias para hacerlo.

«*Y lo que fue más patente en él, en los tres meses pasados en Villa Sora, fue la inalterable paciencia con que sobrellevó los dolores de la enfermedad, que se agudizaban por la falta de comodidades y de cuidados*»[443].

«*… cansado y enfermo. Pero serio y mesurado, como siempre, no demostró nunca abatimiento ni se lamentó*»[444].

«*... La enfermedad hacía cada vez mayores estragos en él: su rostro se tornaba cada día más enjuto y afilado. La tos lo atormentaba dolorosamente día y noche, y el pobre Ceferino se curvaba cada vez más, mientras su habitual sonrisa se esfumaba en un gesto de tranquila resignación...*»[445].

Acompaña el sufrimiento con la virtud. «*Lo que santifica no es el sufrimiento, sino la paciencia*»[446].

Debemos recordar que nuestro Señor nos ha salvado con el sufrimiento, y sólo vamos a alcanzar nuestra salvación con el sufrimiento, viviendo cuanto Dios permita en nuestras vidas buscando el máximo de virtud. Pues el camino de la salvación está estrechísimamente unido al deseo y tendencia constante a la santidad… «*Sin paciencia nunca podremos llegar a ser santos*»[447].

442 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 164.
443 Palabras de Don Ludovico Costa.
444 Testimonio del padre Pedro Gallini.
445 *Testimonios*, serie primera, pág. 12. Entraigas, pág. 267.
446 *Máximas...*, nº 682.
447 *Máximas...*, nº 674.

A pesar de las preocupaciones y estudio, encuentra tiempo para seguir escribiendo. Lo hace en Navidad, a su amigo Firpo, en una emotiva carta:


Facciata della chiesa del S. Cuore in Roma.

Iglesia del Sagrado Corazón - Roma (Boletín Salesiano Julio de 1905)

«¡V. J. y M.!

Collegio Convitto Villa Sora (Roma) — Frascati.

Señor Don Faustino S. Firpo

Amigo de mi mayor aprecio:

He recibido su atenta fecha del 10 de Noviembre p. p. Debo rendirle mil gracias por las buenas e importantes noticias que por medio de ella me comunica.

No esperaba semejantes noticias de mi querida Patria...[448] *Pero, en fin, dejemos aparte estas fantasías y vengamos a*

448 Comenta este pedacito Entraigas: "*Ignoramos cuáles eran. Muy probablemente, Firpo se ha referido a los primeros movimientos obreros que sacudieron a Buenos Aires, y que, por ser los primeros, causaron honda impresión. Y también le habrá comunicado que los*

lo principal. Sí, permítame que le entere algunas noticias Romanas.

El ocho de Diciembre lo pasé en Roma. Tuve la dicha en ese día de oír una misa celebrada por S. S. Pío X[449].

A las 7 y 1/2 de la mañana ya estaba dentro de San Pedro. La gran Basílica a las 9 y 1/2 ya estaba repleta de gentes. En media hora atrás había empezado los desfiles de los Obispos, Arzobispos y Cardenales.

Pasaron en medio de la Iglesia y atrás.

Llevado en andas por seis robustos príncipes y cortejado por veinte soldados de la guardia noble Pontificia, se adelantaba poco a poco: vestido con los ricos ornamentos Pontificios y la gran TIARA *en la cabeza, el gran Pontífice Reinante, el Inmortal Pío X, que sentado en su trono, bendecía con la paternidad más amable, a derecha y a izquierda.*

¡Qué Majestad grande tiene el Santo Padre! Es mucho mayor, si no me equivoco, que la de un rey o emperador.

Bueno, no le digo más cosas porque no acabaría más.

Solamente le diré que los Arzobispos y Obispos entre todos eran doscientos y veinte; Cardenales, treinta y cinco.

Estaban presentes en la Santa Misa todos los embajadores de las Naciones del mundo ante la Santa Sede.

Entre ellos estaba también el nuestro, de la R. Argentina, el cual ocupaba un puesto muy honorífico, es decir que estaba cerca del trono de Su Santidad.

Música no faltaba, parecíame de estar en el Paraíso. Al frente venía un sol de luces, porque la Inmaculada estaba en medio de luces eléctricas y salíanla rayos por todas partes. Jamás he visto una gloria semejante.

---

radicales preparaban una revolución —que estalló en febrero de 1905— contra el gobierno del doctor Quintana, que había sucedido al general Roca en la presidencia de la Nación".

449 La gran Solemnidad del 8 de diciembre de 1904, al cumplirse los 50 años del Dogma de la Inmaculada.

La misa terminó al medio día y duró casi una hora para que los Obispos y Compañía y S. S. acabasen de salir.

De modo que yo fui a comer a la una de la tarde.

En la gran plaza de San Pedro era una hormiguera de gentes y coches que iban y venían. ¡Qué mundo de gentes en esa plaza! Yo creo que habrán pasado a la mañana más de 100.000 personas.

Ahora un poco de las mías.

Son ya dos meses que he empezado el año escolar[450]*. Sigo mis estudios en Italiano. Tengo que hacer doble esfuerzo porque nunca he estudiado el Italiano y con lo poco que aprendí en Italia, me tengo que arreglar.*

Sin embargo no estamos muy atrazado. No soy de los últimos de la clase. Si no fuera por el idioma, sería el primero[451]*.*

No tengo aquella facilidad de usar palabras de alta categoría y etc. etc. etc.

Monseñor Cagliero está entre nosotros de dos ha[452]*. Ha venido [a] visitarme. Se irá mañana Sábado a Roma, donde reside para siempre, hasta que muera.*

Es el único amigo que tengo cerca en Italia. Es mi patrón porque él me puso en el colegio y atiende mi educación y que algún día saldremos como el Señor disponga.

Yo quería fechar esta carta 25 del corriente, pero los cuatro días de cama, me lo impidió.

La empezé en dicho día y faltábame dos páginas para concluirla.

Ahora tengo la mano débil y sin gana de trabajar. La fantasía también muy pobre de manifestar o comunicar pensamientos más nobles y sublimes.

---

450 Incluido el tiempo que estuvo en Turín.

451 Por otros testimonios se ve que tenía razón.

452 Quiso decir: “*Hace dos días*”.

Me perdonará, mi querido amigo, si en la presente falta, como debe faltar, aquella descripción más bien desarrollada.

Le mando una cartolina[453] *que dice:* SALUTI DA ROMA. *En la cual verá los principales monumentos de la Ciudad Eterna de los Papas; en cada letra encontrará varios monumentos.*

Bien, le deseo los augurios más sinceros y felicitaciones más vivas de mi corazón y goze un buen fin y principio de año nuevo.

El Señor Todopoderoso le sea propicio y conceda mil años de vida. Recuerdos afectuosos a su respetable familia y amigos de la Librería: Pastori Antonio, Don David y Pedro Torrero, Don Angelo [Ángel]. Me es honroso declararme de Ud. su amigo íntimo y S. S. S. Ceferino Namuncurá. Frascati, 30-12-1904.

N. B. — Mi dirección la he puesto al principio de la presente, basta añadir: ITALIA. *Adiós! ¡¡¡¡¡Salud y Felicidad!!!!! Vale...*»[454]

Ceferino no faltaba a la verdad cuando decía: «*Si no fuera por el idioma, sería el primero*». Los registros de Villa Sora nos permiten corroborar esto. Y el padre Cástano, que los ha visto, nos atestigua:

«*La palabra hay que dejarla a los registros* (...) */ De Ceferino Namuncurá, en el registro escolar de Villá Sora para el año 1904-05, se encuentran veintidós calificaciones: once en el primer trimestre y otras tantas en el segundo. /* (...) *el indio araucano era el segundo de la clase* (en 1º año)*: solamente Gino Tosi lo supera, por algunos puntos, en lengua italiana y en alguna otra materia. Ceferino, en cambio, lo aventaja en latín oral y escrito, y en aritmética; por lo menos, en el primer trimestre. /En efecto, tiene ocho de versión latina, nueve de latín oral, nueve de aritmética, nueve de religión, siete de francés y siete de historia civil. La única deficiencia es en italiano escrito* (...). */Es de notar que sólo dos condiscípulos, comprendido Tosi, lo superaban en italiano, y que entre el primero y el segundo trimestres se nota en esta materia una ligera mejoría.*

453 Una tarjeta postal.
454 *Originales*, carta n. 35.

Sin embargo, las calificaciones del segundo trimestre —excluida, precisamente, la de italiano escrito— se mantienen estacionarias o bajan algún punto. Señal inequívoca de que la salud del joven estudiante, cada vez más quebrantada y débil, no le permitía frecuentar con asiduidad las clases, ni aplicarse con intensidad a los estudios. /En latín hallamos dos sietes y un ocho; ocho en religión, siete en aritmética, siete en francés y seis en historia. También en geografía se nota un retroceso.

Quedó invariable el diez absoluto en conducta, que deja suponer un alumno modelo en su comportamiento respetuoso para con los Superiores, en el gentil trato para con los compañeros y en la exacta observancia de todas las prescripciones disciplinarias de la clase y del colegio...».

No hay vanidad en este comentario de Ceferino. Era ciertamente diligente en el estudio. Porque buscaba lo que otros jóvenes más contemporáneos a Don Bosco habían intentado. De entre los cuales uno había logrado el siguiente elogio de Don Bosco: «*La finalidad de sus estudios era: hacerse digno de su vocación*»[455].

Ceferino sabía de esa dignidad. La quería para sí... por la grandeza de la vocación a la que se sentía llamado. No buscaba el aplauso... mas bien huía de él. Como nos narra Don Zuretti:

«*... sus alumnos pronto lo consideraron un alumno modelo. Adrede, durante algunos días, no interrogué a Ceferino; más que todo, para permitirle que se orientara; pero llegó el momento:*

- *Namuncurá, recite la poesía...*

Todos lo miraron, y con un silencio tan expectante que se hubiera oído volar una mosca. El se puso de pie y comenzó, con calma, con pronunciación exacta, y llegó al fin sin errores y sin tropiezos. Los condiscípulos aplaudieron, y Ceferino se sentó y bajó los ojos sobre el libro...».

455 *Máximas...*, nº 443.

«Le dió claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dió vida y moviumiento
dende la águila al gusano;
pero más le dio al cristiano
al darle el entendimiento»[456].

En estos momentos últimos de su vida, en su pequeño Calvario, tiene el recuerdo especial de su madre Rosario...

«Soñaba siempre con ella...
el tiempo que estuvo enfermo...»[457].

Para ella eligió la mejor tarjeta postal que encontró. Tiene en primer plano la imagen del Sumo Pontífice Pío X... y en la lejanía se pierde el paisaje de la Basílica Vaticana. Allí se puede leer:

A mi querida mamá Rosaria[458] *B. de Namuncurá, su afectísimo hijo de leche Ceferino Namuncurá este recuerdo filial dedica a su madre. ¡Felicidad!.*

Y en el anverso estas palabras coronan el papel:

> *Estimada mamá. Conserva este retrato de su Santidad Pío Décimo como demostración de amor, cariño y gratitud que vuestro hijo querido os conserva. Dios y la Virgen os bendigan y concedan felicidad. Su afmo. Ceferino.*[459]

¡Cuánto afecto para con su madre!

«¡Amigo, qué tiempo aquél!
¡La pucha, que la quería!»[460].

No puede faltar en Frascati alguna referencia a su entrañable devoción eucarística...

---

456 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 370.

457 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 754.

458 Es Ceferino quien coloca el nombre terminado en -a.

459 L.J. Pedemonte, *Cartas...*, cit., documento n. 43, fotocopia del original. Entraigas, pág. 267-268.

460 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 304.

Vuelve a repetirse lo sucedido en el colegio Pío IX. El profesor lo cree distraído, y, efectivamente, lo ve echar miradas furtivas a la ventana abierta de la capilla, cuyo sagrario y respectiva lucecita podían verse desde el aula de primer año. Y lo reprendió.

Se acerca al indio, y le interroga sobre la causa de su distracción. Y Ceferino, avergonzado de su *falta*, le responde:

> - Miro la capilla, y rezo a Jesús Sacramentado... Le pido que me ayude a sanar, estudiar, ser sacerdote... y volver a la Patagonia, misionero de mi tribu...[461]

El sonrojo de la vergüenza, ante tal respuesta, habrá cambiado su cara...

El amor a las *tres cosas blancas*, la Eucaristía, la Santísima Virgen y el Papa, lo acompañó durante toda su vida... especialmente ahora, en su debilidad...

Ceferino Namuncurá está frágil... ya se encuentra en los últimos meses de permanencia en esta tierra.

Unos años antes Domingo Savio no quería perder tiempo en la búsqueda de la santidad. Ceferino lo imita... y sigue trabajando su virtud... «*Trabajemos como si nunca tuviéramos que morir y vivamos como si tuviésemos que desaparecer a cada instante*»[462].

El padre Parollini se admira de su robusta voluntad en medio de tantas penas, que no fueron pocas:

«*Nunca un lamento, nunca un acto de impaciencia, nunca un gesto de fastidio o de cansancio; y la paciencia y la resignación se hacían más evidentes cuanto más pesada y dolorosa resultaba la prueba.*

En las largas noches de insomnio, agitado y sacudido por la tos implacable, se sentaba en el lecho y besaba y volvía a besar la medalla de María Auxiliadora, y musitaba las más ardientes jaculatorias... El querido enfermo me traía a la memoria la figura dolorosa del venera-

461 Testimonio del padre Pavoni.
462 *Máximas...*, nº 591.

ble Don Andrés Beltrami, que a cada golpe de tos respondía con un ¡bendito sea Dios!»[463].

Muy fuertes eran también sus deseos de misionar.

La Providencia aprueba estos deseos de apostolado... pero no con el trabajo activo, sino con su generoso sacrificio... Sacrificio que habrá de culminar en Roma, a orillas del Tíber...

463 *Testimonios*, serie primera, pág. 69.

Capítulo V

Muere «Piedra» cerca de Pedro

«*¡Ah pobre! si el mismo creiba*
que la vida le sobraba;
ninguno diría que andaba
aguaitándolo la muerte»[464].

«*Llegará el día en que yo también me enlute*»… decía, suspirando por el santo hábito. Y miraba pasar el negro de las sotanas por el patio del colegio.

Su mirada no estaba en el mundo. Su vista se dirigía al cielo… Su alma era gemela con el alma de Don Bosco, de la cual había brotado la frase que decía: «*Caminad con los pies en la tierra, pero teniendo la mirada y el corazón en el cielo*»[465]. Ceferino comprendía esto. Y por eso el deseo de vivir en el siglo con el signo que distingue al religioso, el muerto al mundo… Sólo faltaba que llegara el momento…

«*Sigún mi saber alcanza:*
el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir...»[466].

Pero no será el momento en que suceda lo que él piensa, sino lo que piensa y quiere Dios: llevar a su regazo a este lirio puro de las Pam-

464 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho,* estrofa 224.
465 *Máximas...*, nº 166.
466 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta,* estrofa 1113.

pas. Y esto, en la Providencia de Dios, es lo mejor para él... como lo expresaba san Pablo, en palabras nuestras: Si muero, mejor para mí... si me quedo, mejor para ustedes[467].

Comienza el año 1905. Entramos en los últimos meses de nuestro querido beato. Las fuerzas no le dan el vigor necesario para llevar una vida normal. Pero no por ello deja su correspondencia epistolar:

«*Revdo. Padre Don Nicolás Esandi – Bernal.*

Del Collegio Convitto Villa Sora, 1.1.05 (Roma) – Frascati

Revdo. Padre:

Agradezco infinitamente sus paternales felicitaciones y quiera el buen Jesús darle las gracias espirituales que necesita y al mismo tiempo, muchos años de vida santa.

No puedo negar las numerosas distinciones que he recibido en Italia, en modo especial en la Ciudad Eterna, en Roma Celeste, cual es de haber tenido la gran dicha de ir a postrarme delante del Vicario de Cristo, de S. S. Pío X y recibir de su propia mano veneranda una medalla de Plata conmemorativa de su primer año de Pontificado y del Jubileo de la Inmaculada.

Varias otras, a su debido tiempo le manifestaré.

Pero lo que me consuela en este momento es el poder enterarle que apenas pisé el Santuario de María Auxiliadora en Turín y todos los demás días de los cuatro meses que permanecí, dirigía mis pobres oraciones a la Celeste Reina de los Cristianos, por los Superiores, Novicios y Aspirantes para que Ella desde su Santuario Milagroso diera sus bendiciones maternales a los de esa S. Casa.

¡Cuán cara me es esa casa donde quería refugiarme, pero la salud me ha contrapuesto!

V. R. me hará el gran favor de encomendarme a las oraciones de los Niños para [que] *el buen Jesús y su Madre S. S. me*

467 «*Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros*» (Flp 1, 23-24).

concedan la salud espiritual y corporal y las demás virtudes que necesito.

La fiesta de la Inmaculada en Roma ha sido para mí una fiesta de Paraíso. No sabía, en verdad, donde estaba. La gloria de la Inmaculada en la gran Basílica de S. Pedro era una que jamás ha visto uno igual.

Después, la misa de S. S. Pío X, asistido por 220 entre Obispos y Arzobispos y 35 Cardenales todos vestidos con capa pluvial y mitra. Las músicas de Perosi y Palestrina me pasaron un rato de Paraíso.

A la noche las casas particolares iluminaron sus ventanas con faroles de papel, con una vela dentro. De modo que la ciudad era iluminada desde el primer piso hasta el último en honor de la Inmaculada...

Presentemente sigo mis estudios en el colegio salesiano de Frascati, a una hora de tren en Roma. Desde el patio contemplo esta Santa Ciudad.

Domina toda la ciudad la gran Cupulona de la Basílica de S. Pedro. De modo que lo primero que veo es la cúpula de S. Pedro y después la ciudad.

Monseñor Cagliero no se mueve más de Roma. Está en la Procura General de los Salesianos ante la Santa Sede.

La dirección nueva es así (porque cambiaron) Piaza Pigna n. 51, Roma.

Ahora basta de lata. Tenga la bondad de decirle al P. Pedrolini que, si no le causa daño, no le perjudica: tenga la bondad de mandarme su renombrada e ilustrada revista Santa Cecilia.

Lo pido porque me agrada mucho y hacerla conocer aquí en Italia.

Salud y felicidad a los de esa S. Casa. Memento mei semper ad Dominum[468]*. Soy de V. R. humilde servidor, Ceferino Namuncurá.»*[469]

---

468 *Recuérdeme siempre delante del Señor.*

469 *Originales*, carta n. 52.

Ceferino envía esta carta a Bernal... y es como su testamento.

¡Cómo habrán leído en las *buenas noches* esta carta! ¡Cuánta la impresión que habrán recibido los aspirantes y novicios...!

No dice prácticamente nada de su enfermedad.

En marzo empeora. De noche no puede dormir a causa de la tos. Entonces es obligado a guardar reposo.

En esos días de primavera, a pesar de su estado, no deja de escribir, y cuenta un poco más de la evolución de su enfermedad:

«Collegio Convitto "Villa Sora", Roma, Frascati 21.3.05.

Al Revmo. Señor Pro Vicario D. Esteban Pagliere – Viedma.

Muy Revdo. Padre:

Heme aquí nuevamente. La vez pasada le manifestaba el estado de mi salud.

Ahora debo decirle que de Turín viene el bondadoso y amoroso Mons. Cagliero a verme.

Le escribí manifestándole que por consejos del doctor y superiores del colegio, dejase el estudio.

Ahora, mientras lo espero, paso las horas de la clase a tomar aire bueno en el oliveto del colegio[470]*. No asisto más* [a] *la escuela.*

Cuando venga Monseñor Cagliero quien sabe dónde [me] *mandará. Hasta ahora el Director del Colegio me ha dicho que me mandará a Castellamare, cerca de Nápoles y a metros del mar.*

Puede ser que el aire marítimo me haga bien. El clima de Frascati es muy fuerte; para un enfermo no va.

En cuanto a mis estudios, pierdo muy poca cosa. Porque ya terminamos el programa de casi todas las materias. Los que me faltan a terminar son de poca consideración y son dos: la historia Romana y la Geografía.

470 Una especie de huerto junto al colegio de Frascati, donde predominaban los olivos.

Ahora empiezan a repetir lo estudiado, a prepararse en los exámenes bimestrales y finales.

Al menos puedo decir que este año no lo he perdido...

Además de la enfermedad tengo muy poco apetito. Raras veces como un pan al día, entre café, almuerzo y cena.

Me dan dos huevos al día: al café y a la cena. Ahora, cambiando de colegio, cualque cosa resultará. ¡Bendito sea Dios y María SS.!

Basta que pueda salvar mi alma y en lo demás, hágase la santa voluntad del Señor!

Cuando llegue en mi nuevo destinatario, le avisaré en seguida con una Cartolina Postal o carta.

Ruegue al buen Jesús y a María SS. para que me concedan la gracia de perseverar en mis santos propósitos.

Yo lo hice, lo hago y lo haré siempre por V. R.

Con suma alegría me declaro de V. R. humilde servidor e hijo en J. y M. Ceferino Namuncurá.»[471]

Se asoma a la muerte en sus consideraciones: «*Basta que pueda salvar mi alma y en lo demás, hágase la santa voluntad del Señor*».

Fiel hijo de Don Bosco es Ceferino, no dejamos de encontrar máximas del santo educador para aplicarlas al beato Namuncurá: «*Tengo una alma sola: si la pierdo, ¿de qué me servirá haber vivido?*»[472]. O también esta otra: «*Para salvar nuestra pobre alma, hay que estar dispuesto a todo*»[473].

Ese mismo día escribe al padre Beraldi. La carta es más corta:

«*Collegio Convitto Villa Sora, Roma, Frascati, 21.3.05.*

Revdo. Padre D. Juan Beraldi:

Aquí me tiene V. R. a darle una noticia que poco le agradará ciertamente.

471 *Originales*, carta n. 37.
472 *Máximas...*, nº 23.
473 *Máximas...*, nº 30.

Cuando estaba en Viedma, S. R. a menudo me repetía: "Vale más un burro vivo que un caballo muerto". La razón de las razones es de V. R.

No asisto más a la clase porque la salud no me lo permite. Viene el bondadoso y amoroso Mons. Cagliero de Turín a Roma a propósito por mí, para arreglar las cosas.

¡Pobre Mons.! Esto lo siento, tantos sacrificios hizo por mí...

Creo que me mandará a Castellamare, cerca de Nápoles. El aire marítimo me hará bien, espero. El clima de Frascati es muy fuerte y para mí no va...

Los Superiores de este colegio me aconsejaban: el Padre enfermero me dijo en serio y es por él que dejo los estudios: "Senti, prendi tutti i tuoi libri e portali in cucina e falo fuoco. Poi va tra le montagne a prender aria"[474].

Otro me decía a menudo: "Escribe a Monsignore e dile che ti mandi in America"[475].

Porque los recreos que hago no es recreo. Solamente voy al patio a tomar aire. Después siempre solo, sin hablar con ninguno...

Ruegue al Señor y a la Virgen S. S. por mí que tantas necesidades tengo. Yo no me olvido de V. R.

Recuerdos al R. P. Ángel y Ramón, demás superiores y Hermanos. Créame siempre su humilde servidor e hijo en J. y M. Zefferino Namuncurá.»[476]

Muchas cosas a destacar en esta carta. Tocamos sólo algunos puntos.

Le manda un superior quemar los libros. Y lo hace. Quema sus *naves*, como Hernán Cortés, para nunca más volver a tomarlas. Aunque por obediencia: «*Es por él que dejo los estudios*».

474 «*Mira, toma todos tus libros, llévalos a la cocina, y haz fuego con ellos. Después te vas a las montañas a tomar aire*».

475 «*Escríbele a Monseñor pidiéndole que te lleve a América*».

476 *Originales*, carta n. 36.

Se conduele muchísimo por Cagliero, que ha hecho *tantos sacrificios* por él...

Hace un mes que empecé una
cura seria para sanarme del
todo. El Doctor que me asiste
es uno bueno y muy distingui-
do porque es Doctor del Papa,
el Sumo Pontífice. Se llama
Lapponi. Me hace dos visitas
al día. De aquí a dos semanas me
voy del Hospital y voy en otro
Ospital, cerca del mar. A mi me
hace muy bien el aire de mar.
Cuando esté mejor, me prepararé
para volver en Buenos Aires y de
allí á Viedma. En otras cartas
le daré noticias más claras.
Monseñor Cagliero agradece sus
amigables saludos y os manda los
suyos con la Bendición Apostólica.
Saludos y recuerdos á todos. Mil besos
y abrazos. Querido Papá, os pido
su paternal Bendición y creame
Su afectmo hijo que desea abrazarlo,
Ceferino Namuncurá

Carta de Ceferino escrita pocas semanas antes de su muerte.
Fechada en Roma, el 21 de abril 1905.

Deja entrever esa cruz, que parece le imponen los superiores, de estar un poco más apartado (por el posible contagio)... y expresa así su pena: «*los recreos no son recreos*». Pero sin quejarse de la cruz de la soledad... que viene a juntarse a su enfermedad.

«*El silencio es de tal suerte*
que, cuando llegue a venir,
hasta se le han de sentir
las pisadas a la muerte»[477].

Al final, intenta poner su firma en italiano: *Zefferino*, aunque se equivoca, pues se escribe: «*Zeffirino*».

Y, cosa notable entre los santos, no deja de bromear ante la cercanía de la muerte. En medio de sus sufrimientos recuerda jocosamente las palabras del P. Beraldi: "*Vale más un burro vivo que un caballo muerto*". Su ironía nos hace pensar si se está identificando él mismo con el burro o con el caballo... en fin, es una broma del estilo de las personas que tienen ante sí la eternidad...

Como necesita cuidados más especiales que los que ha venido recibiendo, lo llevan al hospital que los *Fatebenefratelli*[478] tienen en la isla de San Bartolomé, en el río Tíber.

Escribe Don Ludovico Costa:

«Y yo, con la angustia en el corazón, veía a este alumno dilecto cómo declinaba día tras día, cómo se movía cada vez más lentamente y cómo caminaba siempre más penosamente.

Querido Ceferino: tú ibas subiendo a paso lento, pero seguro, la cuesta de tu Calvario, encorvado bajo la cruz cada vez más pesada que el Señor hacía gravitar sobre tus hombros...»[479].

---

477 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 687.

478 Congregación fundada por el español san Juan de Dios (1495-1550), y aprobada por san Pío V, en 1572. En España lleva por nombre *Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios*; en Francia, *Frères de la Charité*, y en Italia, *Fate Bene Fratelli*, y también, *Fatebenefratelli*.

479 Don Ludovico Costa.

Llega al hospital el 28 de marzo de 1905. En el registro de enfermos internados, años 1900-1905, aparece en la página 247. Fue recibido con el número 259. Y ocupó la cámara 24 de la sala Amici. Y allí se lee: «*Célibe, estudiante salesiano, (...) Colegio del Sagrado Corazón*». También el diagnóstico: «*proceso pulmonar fímico*»[480].

Veinticuatro días pasa Ceferino en el hospital antes de la carta que escribe a su padre, a modo de despedida:

«*V. J. e M.*

Roma, Abril 21 de 1905.

Excmo. Señor D. Manuel Namuncurá

Mi amadísimo Papá:

Recibí su paternal y respetable carta última, fechada 11 de marzo. Me causó un inmenso júbilo y alegría al saber que todos están bien de salud, gracias a Dios Todopoderoso.

Debo comunicarle también mi grande complacencia por la sublimidad de sus pensamientos, altos, nobles y verdaderos.

Agradézcole su grande resignación de sacrificar años en no vernos.

En cuantos a mis estudios, resulta muy bien. Pero la salud me lo impedió continuar.

Hace un mes que empecé una cura seria para sanarme del todo.

El Doctor que me asiste es uno bueno y muy Distinguido, porque es Doctor del Papa, el Sumo Pontífice. Se llama Lapponi[481].

Me hace dos visitas al día. De aquí a dos semanas me voy del Hospital y voy a otro Ospital cerca del mar. A mí me hace muy bien el aire de mar.

---

480 *Fímico* significa *tuberculoso*, en lenguaje científico.

481 El doctor José Laponni nació en las Marcas, en 1851. Escribió dos libros: *Le malattie con imminente pericolo di vita* (1896) e *Ipnotismo e spiritismo* (1897). Era miembro de la *Accademia dei Nuovi Licei*, y médico de cabecera de los papas León XIII y Pío X. Falleció joven, en 1906, poco después de Ceferino.

Cuanto estía mejor me prepararé para volver en Buenos Aires y de allí, a Viedma.

En otras cartas le daré noticias más claras.

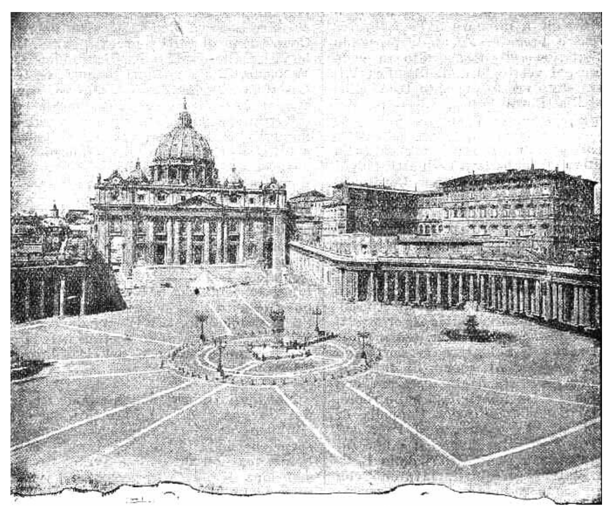
Monseñor Cagliero agradece sus amigables saludos y os manda los suyo con la Bendición Apostólica.

Saludos y recuerdos a todos. Mil bezos y abrazos.

Querido Papá, os pido su paternal Bendición y créame su afectmo. hijo que desea abrazaros, Ceferino Namuncurá.»[482]

Le agradece al gran cacique Namuncurá los sacrificios. Causados por su estadía en Italia.

Piensa que en unas semanas estará fuera de la islita de San Bartolomé, en otro hospital cerca del mar. En esa época no se sabía que el clima marítimo era nocivo para la tuberculosis. Y por eso pensaba que le haría bien.



Piazza di S. Pietro in Roma.

El Vaticano. Foto extraída del Bollettino Salesiano de febrero de 1900. Muchas veces se lo sorprendió a Ceferino contemplando desde lejos la cúpula de San Pedro... mirando hacia la Ciudad Eterna... Donde tantos murieron a lo largo de la historia... y con fines tan distintos. Gladiadores... y mártires...

---

482 *Originales*, carta n. 38.

Los hechos nos refieren una historia distinta. Sólo fueron cuarenta y cuatro los días de su hospitalización. Pero no fue al *otro hospital* al finalizar estos días... Cuando Don Manuel recibe la carta Ceferino ya había muerto.

Mientras tanto, no ceja Ceferino en fortalecer la virtud de la paciencia, donde especialmente se juega la virtud sobrenatural de la fortaleza. Y más ahora que la muerte se acerca a su lecho. «*La paciencia es absolutamente necesaria para* (...) *asegurar la victoria para ganar el paraíso*»[483].

No aparta su mirada del cielo... y menos en este dramático momento en que muchos se dejan abatir... «*Hay que tener la paciencia como compañera inseparable*»[484].

Los enfermeros del hospital comentaban la falta de lamentos en Ceferino. Junto al asombro de ver que nunca pedía nada. Es muy notable el contraste de este enfermo con los demás internados, que naturalmente exigen una atención constante. Lo cual lleva mucha veces al cansancio de los que allí trabajan, si no están muy enraizados en la virtud. Y este *arrastrado cansancio* les hizo exclamar: «*... si todos los enfermos fueran como él, el hospital se convertiría en un paraíso...*».

«*Jamás lo vi dijustao;*
tenía los ojos paraos
como los ojos de un santo»[485].

La falta de quejas ante los sufrimientos no es lo único admirable en él.

En medio de tales circunstancias, la preocupación sobre sí recae sólo sobre su alma:

«*Lo visité una vez en el hospital y le dije que rezaba por su salud y él me dijo que rezara por la salvación de su alma...*»[486].

483 *Máximas...*, nº 681.
484 *Máximas...*, nº 679.
485 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 1006.
486 Testimonio de Don Antonio Prenz. Sacristán de la Basílica del Sagrado Corazón.

Y se olvida de sus sufrimientos para llevar la atención al dolor de los otros[487]:

«... *había sido conducido al hospital y colocado en la cama a su lado, un joven de nuestra casa de Roma que estaba, como Namuncurá, en el último período de su enfermedad.*

Ceferino a este joven le infundía valor con palabras llenas de amor y enseñándole a dirigir toda acción, todo sufrimiento a Dios Nuestro Señor. Y al padre Torio, tres días antes de morir decía:

—Padre, yo entre poco me iré; pero le recomiendo este pobre joven que está a mi lado; venga a visitarlo a menudo... ¡Si viera usted cuánto sufre! ... De noche no duerme casi nada: tose y tose...

Y esto lo decía mientras él estaba peor, mientras él mismo no solamente no dormía casi nada, sino nada, nada...»[488].

Otro de los enfermeros, Fray Alipio Filippini, queda marcado por Ceferino. «*De su permanencia aquí, guardo el más grato recuerdo*». Y sólo se entera después de la muerte quién era este joven: uno de los hijos del rey de las Pampas... un «Piedra». Comprendiendo así, dice él, porqué venía a visitarlo el arzobispo Juan Cagliero.

«*Era el hijo de un cacique,*
sigun yo lo averigüé...»[489].

Estamos en el último capítulo... en él se suceden varias *últimas cosas*. Entre ellas, sus *últimas* buenas obras. Con ellas se ha preparado para este momento... «*No es necesario saber el momento de la muerte para ir al Paraíso; pero sí es preciso prepararse con buenas obras*»[490].

La última de las cartas, con las que ha hecho tanto bien, va dirigida al padre José Vespignani. A cuatro días de haber escrito a su padre. El 25 de abril. Quizás temiendo que su padre no reciba la carta envía noticias con esta otra.

---

487 «*Para hacer el bien se necesita valor, estar dispuesto a sufrir cualquier mortificación, no hacer sufrir nunca a nadie, ser siempre amable*» (*Máximas...*, nº 60).

488 *Testimonios*, serie primera, pág. 34.

489 José Hernández, *Martín Fierro, El Gaucho*, estrofa 101.

490 *Máximas...*, nº 647.

Desde el lecho que lo acuna en la isla de San Bartolomé suspira por su Patria, y los suyos:

> *«V. J. e M.*
>
> *Roma, abril 25 de 1905*[491]*.*
>
> *Muy Rdo. Padre José Vespignani*
>
> *Revedmo. Padre:*
>
> *Tengo el sumo gozo de manifestarle mis deseos.*
>
> *Me encuentro enfermo en un Ospedal de esta gran Capital de un mes ha, y espero de andar tomar aire de mar para rinforzarme, porque estoy muy débil.*
>
> *Cuando esté mejor, volveré otra vez a la patria.*
>
> *Le escribo en nombre de Mor. Cagliero. El objeto es que procure de averiguar (o por otro) si mi Papá, D. Manuel Namuncurá, está en Buenos Aires o al menos si estuvo.*
>
> *Si tiene ocación de ocasión*[492] *de verlo, le comunicará el estado de mi salud y del mio próximo ritorno*[493]*.*
>
> *Me encomiendo en sus oraciones y de los demás Rdos. Superiores que me conocen.*
>
> *Yo continúo mis humildes oraciones para todos los de esa Santa Casa.*
>
> *Me encuentro mucho mejor en cuanto a la toz; pero estoy muy débil. Puede ver por la caligrafía.*
>
> *Créame siempre devoto Hijo en Jesús y María, Ceferino Namuncurá.»*[494]

Llega el 11 de mayo... su último día en esta vida mortal. Es de noche. Le administran el sacramento de la Extrema Unción. El final es inminente. Como grano de trigo va a morir... y ya está dando frutos.

---

491 En la carta original había colocado *1904*. Luego tachó y puso la fecha correcta.

492 Sic.

493 Quiso decir: «*Mi pronto regreso*». Se confunde a veces con el italiano.

494 *Originales*, carta n. 34.

El hijo de la madre tierra se acerca a su fin, como consecuencia de los males que también vienen con ella, acompañándola.

Fallece a las seis de la mañana... cuando el reflejo del sol ya se puede ver en el cenit del cielo romano.

«*Mas quien manda los pesares*
manda también el consuelo:
la luz que baja del cielo
alumbra al más encumbrao...»[495].

«A las seis de la mañana de ese día, en la Roma Eterna y maravillosa, en una isla del clásico Tíber, no lejos de las ruinas del Foro Romano y con el pensamiento puesto en Dios y en el Papa, se extingue la cortísima vida del nieto de Calfucurá, fundador de la dinastía de los Piedra; del hijo de Namuncurá, que dominó en cuarenta mil leguas de pampa; del pobre indiecito que naciera en la mísera toldería de Chimpay y que soñó, durante siete años, con ser sacerdote salesiano y volver a su patria para evangelizar a los indígenas de la Patagonia»[496].



«¿No es un milagro eso de haber pasado desde los ranchos junto al Collon-Curá hasta la capilla Sixtina, en el palacio de los Papas, junto al clásico Tíber? En una isleta dentro de este río que fue cantado por los poetas latinos, murió el que había nacido en los míseros y sucios ranchos de Chimpay» (Manuel Gálvez).

495 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 457.
496 Manuel Gálvez, *El santito...*, cap. X, págs. 180-187.

Sólo lo acompaña Cagliero, el misionero de la Patagonia... sólo él lo ve morir:

«*¡Oh, sí, recuerdo sus últimos momentos! Resignado a la santa voluntad de Dios, tranquilo en su alma, pacientísimo y risueño en sus dolores, agradecido a la divina gracia y a sus Superiores, y lleno de deseos del paraíso y de unirse pronto a la Virgen María Auxiliadora y al venerable Don Bosco, que había aprendido a amar y a venerar cual hijo suyo amantísimo...*»[497].

Los registros parroquiales nos dicen en el libro de difuntos de 1905, página 73: «*El día 11.V.1905 a las 6 en el hospital de los Fate Bene Fratelli, confortado con todos los sacramentos, murió Ceferino Namuncurá, de 18 años*[498]*, hijo de Manuel y de...*[499] ».

Ya sube al cielo. Luego de pasar por el camino necesario para todo cristiano, por la muerte y por la cruz «*...pues la cruz engendró para el Cielo a los que habíais nacido de una misma carne*»[500].

Ha llegado al culmen de sus aspiraciones... el cielo. Anhelo que nunca dejó de transparentar a sus circundantes. Como en aquel suceso que tuvo con José Arrio[501]. Este una vez sacó de la iglesia a Ceferino, diciéndole que iba a fastidiar a Dios, a la Virgen y a los santos... Namuncurá no respondió nada, sólo procedió a arrodillarse y seguirlo. Ya en la calle comentó que estaría gustoso de estar todo el día a los pies de María Santísima. Arrio le expresó el fastidio que sería para él el estar siempre en la iglesia, y cuánto se aburriría. Lo siguiente lo narra él mismo:

«*Él, entonces, mirándome con extrañeza mezclada con afán, me dijo que en el Paraíso estaríamos siempre contemplando a Dios, a la*

497 Carta de Mons. Cagliero al padre Pagliere, en septiembre de 1911.

498 Cuatro meses más y cumplía 19 años.

499 Parece que ignoraban el nombre de la madre en la parroquia. Cosa que no pasaba en el hospital.

500 Himno de laudes, *Captator olim píscium*, compuesto por San Pedro Damián en el siglo XI en honor de San Andrés Apóstol.

501 Coadjutor salesiano que luego fue misionero en la Patagonia.

Virgen, a Don Bosco, y que él mucho deseaba que eso fuera muy pronto...»[502].

La viveza propia de los indios la tuvo también Ceferino. Pero su astucia era sobrenatural. Colaboró esforzadamente con la gracia... y llegó al cielo. Nuevamente la frase de Don Bosco nos lo pinta a Ceferino: «*El mundo está lleno de tontos y de astutos. Los astutos son los que trabajan y sufren para ganarse el cielo; los tontos son los que viven su vida sin pensar en la eternidad*»[503].

Dios se lo lleva porque ya lo ve como un fruto maduro... y su premio es la eternidad.

Los funerales del beato indiecito se realizaron en la Basílica del Sagrado Corazón. La solemnidad fue emotiva. Se encontraba presente la comunidad salesiana, y un cierto público. Muchos pasaban objetos de devoción por su ataúd, como muestra de veneración.

El día siguiente, el cuerpo del último descendiente de la «*dinastía Piedra*», del príncipe Ceferino Namuncurá, es acompañado al cementerio de Campo Verano. Su tumba se destaca por la pobreza. Marca el lugar una pequeña cruz de madera. Y en un trozo de latón puede leerse: «*Zeffirino Namuncurá, d'anni 18, morto a Roma, il 11 maggio 1905*»[504].

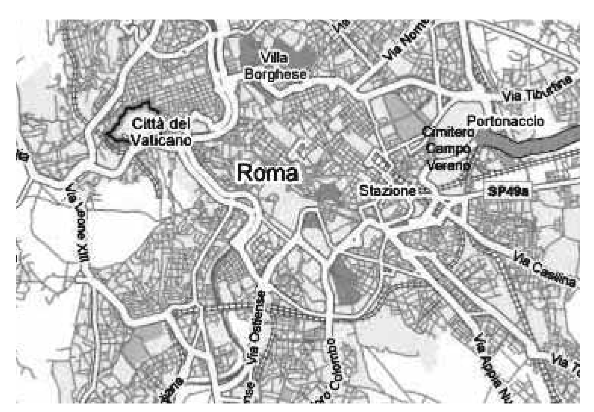
---

502 *Testimonios*, serie primera, pág. 74-75. Cit. por Entraigas, Cap. XXIX, pág. 219.

503 *Máximas...*, nº 168.

504 El estudiante chileno Víctor H. Kinast narra: «*Me di prisa de averiguar, también de parte de los Superiores de acá, que Namuncurá estaba sepultado en el Campo General, de donde lo sacarán dentro de poco para ponerlo en la huesa común. / Habría que proveer pronto a la exhumación de sus restos. He hecho las diligencias necesarias. Los gastos completos para la exhumación alcanzan a más de 600 liras. Yo estaré aquí en Roma todavía un año, y me sentiría feliz si pudiera hacer algo por el carísimo Ceferino. / Por lo tanto, si necesita mis explicaciones, o quisiera hacer pronto esta exhumación, que sería lo mejor, puede dirigirse no más a mi, que de todo corazón haré cuanto pueda por complacerlo. / Usted me había pedido una descripción del lugar donde está sepultado: es el más miserable que se pueda imaginar: apenas una pequeña cruz indica que allí hay uno bajo tierra y que es el joven Zeffirino Namuncurá. Lo testifica una inscripción en latón que dice: <Zeffirino Namuncurá, d`anni 18, morto a Roma il 11 maggio 1905>. El día de difuntos yo mismo quise ir a barnizar un poco esa cruz, a cortar la yerba que, espesa, crecía sobre la tumba, a sembrar algunas flores sobre ella, e hice pasar adelante y rezar a sus pies a los niños del Sagrado Corazón, narrándoles en pocas palabras la vida de Ceferino. / Sí, de Ceferino,* (...) *a lo menos por ser la primera flor, la flor más bella recogida por los Salesianos en la Patagonia; sí, de Ceferino, que, espero, desde*

El *Bolletino Salesiano*, fechado en junio de 1905, publicó una nota necrológica: «*Il giov. patagone Zeffirino Namuncurà*». Entre otras cosas dice: «*Estamos seguros que la noticia de su muerte despertará, especialmente en América, un gran sentimiento de dolor, pero nos permitimos esperar que el bueno y virtuoso jovencito ya habrá comenzado un vigoroso apostolado de oración y de intercesión ante el trono de Dios, en favor de todos sus queridos compatriotas*»



Ubicación del Cementerio de Campo Verano

En esos días, no teniendo aún noticias de su muerte, llega una carta del coronel Namuncurá. La correspondencia viene desde la lejanísima Aluminé. Piensa su padre que ya está sano. Le recuerda que es hijo de quien fue el señor de las pampas y jefe de los guerreros araucanos. Y le pide que, desde Roma, «*la ciudad más grande del mundo*», no se olvide de los suyos... y que rece por ellos...

Sus deseos ya los conoce Ceferino... y ruega por ellos desde el cielo.

El padre Valentín Bonetti, por encargo de Vespignani, debe dar la noticia del fallecimiento de Ceferino al cacique Namuncurá.

---

el Cielo se acordará también de mi y me obtendrá muchas, muchas gracias del Señor y de poder un día ir con él al Paraíso...» (Kinast fue luego sacerdote salesiano. Falleció en Santiago de Chile, el 26-VI-1951).

Llega este unos días después, junto con dos hijos. Ya hemos colocado las palabras salidas de labios de Don Bosco: «*...un día los indios irán espontáneamente hasta ustedes...*». Uno de estos era lenguaraz. Se quedan a comer. Al terminar los postres, su hijo, el lenguaraz, se levanta y expresa: «*El señor Cacique, mi padre, pide permiso para hablar a la comunidad*». Se levanta Manuel Namuncurá, y habla, luego de los aplausos, en su idioma natal. Sus palabras fueron un canto de agradecimiento a la obra de Don Bosco y sus hijos en la Patagonia. No podía expresar todos los beneficios recibidos de la civilización cristiana por parte de su tribu... en particular por su hijo:

«Mucho he sentido la muerte de mi querido hijo lejos de la patria, sin tener el consuelo de abrazarlo y darle el último adiós. Pero me consuela que lo ha hecho por mí el inolvidable amigo monseñor Cagliero y los salesianos que lo asistieron.

Resignado en mi dolor, acatando la disposición de Dios, no tengo sino palabras de reconocimiento hacia los salesianos que lo educaron. Y lo mismo sus hermanos, mis hijos...»[505].

Pensemos que estas palabras provienen del indio que dirigió malones contra la ciudad de Buenos Aires. El cacique que era terror de los gobernantes.

Lo que dice Namuncurá expresa el triunfo en las almas del Reinado de Cristo. El único que puede apagar la sed del alma... también de los indios...

«*El hombre, hasta el más soberbio,*
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca:
hasta la hacienda baguala
cai al jagüel con la seca»[506].

505 *Testimonios*, serie primera, págs. 117-118.

506 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 760.

El 1° de agosto de 1908 fallecerá el cacique Namuncurá en San Ignacio[507]. Poco después, Mons. Cagliero dará noticia a S.S. Pío X de la muerte del ahora beato Ceferino. Se apenó su paternal corazón por la partida de este preciado hijo de las pampas patagónicas. Y elevando los ojos al cielo, en medio de un suspiro, expresó lo que nos toca ver a nosotros hoy: «*¡Era una bella esperanza para las misiones de la Patagonia, pero es ahora y será su más válido protector!*»[508].

Muere santamente quien murió a sí mismo durante la vida. Es pues «*preciso vivir muriendo*»[509].

«El que no sabe morir mientras vive,
es vano y loco: morir cada hora un poco
es el modo de vivir
... de la muerte recibo
nueva vida y que si vivo,
vivo de tanto morir»[510].

«*¡Este es el secreto de toda fecundidad sobrenatural! ¡Todo está en saber morir!*»[511].

San Rafael, 12 de Octubre de 2007.

507 A su muerte, el diario *La Prensa*, en 1905, publicó un artículo: «*El Patriotismo de los indios*».

508 *Testimonios*, serie primera, pág. 7.

509 Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, L. II, cap. 12.

510 José María Pemán.

511 *Directorio de Espiritualidad*, Instituto del Verbo Encarnado, nº 173.

Cronología

1834	8 de septiembre	-Irrumpió Calfucurá, con una tromba de 800 lanceros, sobre las tribus vorogas de Salinas Grandes, en Río Negro.
		-Comienza su reinado sobre la Pampa.
1852	3 de febrero	-Batalla de Caseros.
		-Derrota de Juan Manuel de Rosas.
1872	8 de mayo	Derrota de Calfucurá ante las lanzas de los indios de Coliqueo y Catriel.
1873	3 de junio	-Muerte del cacique Calfucurá.
		-Es elegido su hijo Manuel Namuncurá como nuevo gran cacique de la Patagonia.
1875	14 diciembre	-Desembarca la 1ª expedición misionera salesiana en Buenos Aires
1876	23 de abril	-Comienza la decadencia de Namuncurá.
1879		-Victoria del General Roca que culmina la Conquista del Desierto.
1882		-Manuel Namuncurá se encuentra, refugiado, en tierras chilenas.
1883	5 de mayo	-Manuel Namuncurá se rinde. Llega a General Roca.
1884		-Viaja Namuncurá a la capital de Argentina. Lo acompañan quince indios, entre los cuales lleva un hijo y cuatro hermanos.
		-Se asienta con su tribu en Chimpay (Río Negro).
1886	26 de agosto	-Nace Ceferino en las tolderías de Manuel Namuncurá, su padre, de 75 años, y de Rosario Burgos, su madre, de 29 años de edad, en Chimpay.
1887		-Ceferino es milagrosamente salvado al caer en las aguas del río Negro.
1888	24 de diciembre (Navidad)	-Es bautizado por el P. Domingo Milanesio. Acta Nº 127, libro Nº 29 de la Parroquia de Carmen de Patagones.

1897	25 de agosto	-Ceferino queda tres días en Bahía Blanca de paso a la Capital. Se hospeda con su papá en el Colegio Don Bosco.
	26 de agosto	-Le celebran el cumpleaños número 11 en el Colegio.
		-Llega a Buenos Aires para estudiar y “ser útil a su gente”.
		-Ingresa en los Talleres Nacionales de Marina como aprendiz de carpintería.
	20 de septiembre	-Ingresa en el Colegio Pío IX.
	27 de diciembre	-Concurre a la Escuela Agrícola de Uribelarrea para pasar las vacaciones.
1898	28 de febrero	-Se reintegra al colegio.
	8 de septiembre	-Hace su Primera Comunión. Tiene 12 años.
	20 de diciembre	-Obtiene el puesto de Príncipe en el certamen de catecismo en la corte de menores.
	29 de diciembre	-Va a Uribelarrea de vacaciones y se prepara para aprobar el 1er. grado.
1899	15 de febrero	-Regresa de Uribelarrea; rinde examen y aprueba. Pasa a segundo grado.
	5 de noviembre	-Recibe la Confirmación de manos de Mons. Gregorio Romero.
	20 de diciembre	-Exámenes finales: Primer premio en conducta y aplicación; Primer premio de todo el curso; Diploma de alabanza en canto.
1900		-Se establece Manuel Namuncurá con su tribu en San Ignacio.
	2 de enero	-Pasa sus merecidas vacaciones en la Escuela Agrícola de Uribelarrea.
	1 de febrero	-Regresa de vacaciones para cursar el tercer grado.
		-Exámenes finales de 1900. Obtiene el Primer premio en conducta y aplicación; Tercer premio de todo el curso; Premio de Historia Sagrada; Segundo premio en canto.
		-Pasa nuevamente sus vacaciones en Uribelarrea.
	12 de febrero	-Manuel Namuncurá se casa en Roca con Ignacia Rañil

1901		-Regresa al Colegio Pío IX para cursar el Cuarto Grado.
	4 de noviembre	-En el acto tributado a Mons. Cagliero en el Colegio Pío IX, Ceferino pronuncia un discurso en el cual le da a Monseñor el epíteto de “El Ángel de la Patagonia”.
1902	8 de setiembre	-A fines de octubre, por problemas de salud, va nuevamente a Uribelarrea.
	17 de noviembre	-Le comunica al P. Inspector que Mons. Cagliero le prometió enviarlo a Bernal para seguir su vocación sacerdotal.
1903		-Don Manuel quiere llevar a Ceferino a sus tolderías como lenguaraz y secretario. El acude a su protector el Dr. Luis Sáenz Peña y a Mons. Cagliero para que le permitan seguir su vocación. Se decide enviarlo a Viedma para continuar sus estudios bajo el cuidado del Padre “Doctor” Evasio Garrone. El viaje lo hace por mar.
	15 de enero	-Entra en el Colegio San Francisco de Sales para iniciar el secundario y es registrado con la matrícula nº 299. Se encuentra con el aspirante Artémides Zatti, también enfermo de tuberculosis. -Augusto Valle lo prepara para que lo sustituya como sacristán al marchar al noviciado.
	24 de septiembre	-Agotado por los preparativos y realización de la fiesta litúrgica y la procesión de la patrona de Viedma, esa noche tuvo un vómito de sangre.
1904	6 de julio	-Mons. Cagliero, el Padre Garrone y Ceferino inician el viaje que culminará en Italia.
	7 de julio	-Los viajeros vadean el río Colorado en un bote. Obligados los viajeros a pernoctar, lo hacen en la Estancia de los Señores Luro en Fortín Viejo. El 9 de julio lo pasan en Fortín Mercedes.
	11 de julio	-A las 10 de la mañana arriban a Bahía Blanca. A las 14,30 salen en tren hacia Buenos Aires.
	19 de julio	-Se embarcan en el vapor Sicilia, rumbo a Génova, monseñor Cagliero, el padre Garrone y Ceferino.
	10 de agosto	-Llegan a San Pier d’ Arena, en Génova.
	13 de agosto	-Se encuentran con Don Rúa, en Turín. Ceferino inicia sus estudios en Valdocco. Permanece cuatro meses.

1904	Del 23 de agosto al 11 de septiembre	-Capítulo General de los Salesianos.
	19 de septiembre	-Ceferino con Cagliero y misioneros de Argentina llegan a Roma.
	27 de septiembre	-Son recibidos en Audiencia por el Papa Pío X.
	28 de septiembre	-Ceferino viaja hacia Florencia.
	29 de octubre	Despiden en Turín a 150 misioneros salesianos.
	Del 6 al 12 de noviembre	-Toma vacaciones en Grana
	19 de noviembre	-Viaja Ceferino con Fagnano a Roma. -Vive en el colegio Sagrado Corazón.
	21 de noviembre	-Llega a Frascati.
	8 de diciembre	-Oye la Misa de S.S. Pío X en el Vaticano. Al cumplirse los 50 años de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por S.S. Pío IX.
1905	28 de marzo	-Se interna con el Nº 259 en el Hospital “Fatebenefratelli” ocupando la cama 24 de la sala “Amici”. El Dr. José Laponi, médico personal del Papa Pío X, le hace dos visitas diarias.
	4 de mayo	-Ceferino le comunica al Dr. Laponi el presentimiento de que dentro de 8 días moriría.
	11 de mayo	-Fallece a las seis de la mañana
	12 de mayo	-Solemne funeral en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Es sepultado en el cementerio «Campo Verano» de Roma en la sección 38, fila 20, último par, segunda hilera.
1908	1 de agosto	-Fallece el cacique Namuncurá en San Ignacio.
1911	24 de junio	-El P. José Vespignani pide en una circular datos sobre Ceferino.
1915	6 de mayo	Se exhuman los restos de Ceferino.
	6 de diciembre	Benedicto XV hace Cardenal a Cagliero
1924	13 de septiembre	-El vapor de Carga «Ardito» parte hacia Argentina con los restos de Ceferino. En La Plata entrega la preciosa carga al Expreso Villalonga. -Traídos sus restos a Argentina los llevan a Fortín Mercedes.
1926	28 de febrero	-Fallece el Cardenal Cagliero en Turín

1947	14 al 10 de mayo	-Se inicia el proceso de canonización en Viedma. Declaran 21 testigos.
1936	31 de enero	-Se inaugura en la Basílica de San Pedro la Estatua de Don Bosco con Domingo Savio y Ceferino.
1958	7 de abril	-Reconocimiento de los restos en presencia de Mons. José Borgatti, Mons. Carlos M. Pérez y el P. Julio Bianchini (Postulador General de la Causa) y los Dres. Carmelo Esandi, Enzo Testoni y Arturo Otaño.
1972	22 de junio	-El Papa Pablo VI promulga el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, «Decretum super Virtutibus», declarándolo Venerable.
1987	7 de abril	-En el marco de su segunda visita a la Argentina, el papa Juan Pablo II pronunció un discurso en el aeropuerto de Viedma sobre «La nueva evangelización». En el saludo a los «hermanos mapuches», en su propia lengua, se refirió a Ceferino y los cien años de su nacimiento.
1992	5 de agosto	-Monseñor Rómulo García concede el permiso de nuevo cambio de urna y su traslado desde la Capilla del Fortín al antiguo baptisterio del Santuario de María Auxiliadora.
2007	15 de mayo	-La sesión de cardenales y obispos que forman parte de la Congregación para las Causas de los Santos aprobó por unanimidad el milagro atribuido a la intercesión del venerable Siervo de Dios Ceferino Namuncurá.
	7 de julio	-El Pontífice rubricó la notificación durante una audiencia que mantuvo con el prefecto para la Congregación para las Causas de los Santos, cardenal José Saraiva Martins.
	11 de noviembre	-Solemne beatificación de Ceferino Namuncurá en Chimpay. La primera en terreno argentino.

Apéndices

Ceferino y la vocación al sacerdocio

José Gabriel Ansaldi

«Pasaba siempre leyendo;
decían que estaba aprendiendo
pa recebirse de flaire...»[512].

«*Quiero ser misionero salesiano para evangelizar a los míos*».

Ceferino, en numerosas oportunidades, ya en sus conversaciones, ya en sus cartas afirmará su ideal: «*ser útil… estudiar… para bien de mi raza*». Pero ¿qué servicio anhelaba prestar Ceferino a los suyos? El paso de los días junto a los padres Salesianos van perfilando la índole de este deseo:

«*-¿Por qué te cansas tanto, Ceferino y no juegas un poco?, le pregunta en cierta ocasión el Padre Luis Pedemonte.*

-Es que debo aprender mejor que todos el catecismo, porque tengo que enseñárselo después a mi gente. Ellos no saben estas lindas cosas; por eso son malos y se pierden»[513].

Y otra vez, «*tengo que prepararme para enseñar religión y convertir, no sólo a los de mi familia, sino también a los de mi raza*»[514]. Entonces no podemos dudar que además de soñar mejoras de orden

512 José Hernández, *Martín Fierro*, *La Vuelta*, estrofa 1005.

513 *Testimonios*, primera serie, pág. 50. Citado por Entraigas, *El mancebo*..., Cap. XIII, págs. 98- 99.

514 *Testimonios*, primera serie, pág. 50. Citado por Entraigas, *El mancebo*..., Cap. XIII, pág. 100.

material, su interés se centraba principalmente en desear para los suyos el Bien de la Fe. Quería que Cristo sea adorado y servido por familia, por su raza, quería ganarlos a todos para Cristo. Y veía que este ideal no se realizaría de mejor modo que siguiendo la vocación sacerdotal y religiosa, que ardientemente ambicionó durante gran parte de su vida. Se mostraba de este modo digno hijo de Don Bosco, quién constantemente repetía: «*Da mihi animas et cetera tolle*»[515], norma que legó a sus hijos.

El mismo San Juan Bosco nos explica en que consiste la vocación sacerdotal.

En 1857 un joven italiano terminaba sus estudios de bachiller. Su conducta era ejemplar; durante los cinco años nadie le había hablado de vocación. Había preguntado varias veces a Don Bosco qué forma de vida le aconsejaba seguir, una vez terminados los estudios.

-¿Cuáles son las señales que manifiestan si un joven es, o no, llamado al estado eclesiástico?, le preguntó el joven.

-*La probidad de costumbres, esto es la victoria sobre los vicios, especialmente los contrarios al sexto mandamiento; la ciencia; y el espíritu eclesiástico, es decir la inclinación y el gusto que se experimenta en tomar parte en la funciones de iglesia compatibles con la edad y las ocupaciones…*, respondió el santo.

- ¿Y nada más?

-*Hay una parte del espíritu eclesiástico más importante que las otras. Es una inclinación a dicho estado, que le lleva a uno a abrazarlo con preferencia a cualquier otro, aún más ventajoso y prestigioso*.

-Todo esto lo encuentro en mí. Hace tiempo tuve gran deseo de hacerme sacerdote.

Don Bosco le hizo observar que hacerse sacerdote quería decir *renunciar a los placeres terrenos, a las riquezas, a los honores del mundo, a los cargos brillantes; estar pronto a soportar desprecios por parte de*

---

515 «*Dame almas, toma el resto*».

los malos y dispuesto a hacerlo todo, a soportarlo todo para promover la gloria de Dios, ganarse almas y, en primer lugar, salvar la propia...

Y concluía: «*Hijo mío, te espera una gran batalla. Ten cuidado con los malos compañeros y las malas lecturas. Ten siempre a la Virgen por madre y recurre a ella con frecuencia. Mándame pronto tus noticias*»[516].

Pues bien todas las indicaciones que el Santo de Turín daba a este joven las encontramos presentes en el «lirio de las pampas».

a- «Probidad de costumbres»

Don Bosco escribía a Don Rúa el 16 de abril de 1876 contándole detalles de su entrevista con el Santo Padre:

«*Me preguntó si hay muchos tan buenos como Domingo Savio. A lo que contesté:*

- *Creo que hay algunos, pero son muchos los que se esfuerzan por emular a aquel antiguo alumno y superarlo en virtud*»[517].

En 1898 Ceferino lee la vida de Domingo y desde ese momento se decide a imitarlo. Es evidentísimo que en su alma se arraiga, honda y firmemente, la resolución de practicar todas las virtudes del italianito. Sigue el rumbo de Domingo con tanta perfección, que cuantos le rodean lo advierten. «*Era una copia fiel de Domingo Savio*», escribirán años después tanto Monseñor Cagliero como el padre Vespignani. Y hasta conviértese en costumbre el llamarle «*un nuevo Domingo Savio*». Ceferino hace suyo este lema de Domingo Savio: «*antes morir que pecar*»[518]. Y lo hace suyo, no como ciertos propósitos de los cristianos imperfectos, sino con fe, esperanza y voluntad heroicas.

No hace ciertamente falta hablar aquí de la santidad de Dominguito, ya por todos conocida, y los diversos capítulos de este libro nos pusieron de manifiesto la de nuestro indiecito.

516 *M.B.*, T. V , p. 500-502.
517 *M.B.*, T. XII, p. 156.
518 «*La morte, ma non peccati*».

b- «Ciencia»

En abril de 1900, el Boletín Salesiano publicó un artículo titulado «*Aptitud de los indios de la Patagonia para el progreso y la cultura*». Dice que muchos viajeros superficiales creen que los indios son impermeables a la cultura. Pero no piensan así «*los que han vivido con ellos y se han dedicado al estudio de sus costumbres y han tomado sobre sí la ardua y honrosa tarea de civilizarlos... Los que están al tanto de los trabajos de nuestros misioneros pueden dar testimonio de la verdad de nuestro aserto*», dice el articulista.

Y agrega: «*Nos ha sugerido estas líneas, escritas al correr de la pluma, la carta de un indiecito del cacique Calfucurá, el rey temible de la Pampa, e hijo del cacique Namuncurá, hoy coronel de la Nación, que por casualidad ha caído en nuestras manos y que viene a confirmamos más en nuestras ideas. Este niño recibe actualmente educación en el Colegio Salesiano de Artes y Oficios de Almagro, donde se asilan e instruyen más de quinientos niños. Entre todos se distingue nuestro indiecito, por su aplicación al estudio, la asiduidad a las prácticas de religión y las buenas dotes que adornan su carácter...*»[519].

No cabe duda que Ceferino es un alumno inteligente y aventajado... mas no sólo eso, tiene además ideas grandes: «*cuando yo sea grande, le ayudaré a monseñor Cagliero a convertir indios. Los pobres no saben que hay Dios... Yo tampoco lo sabía cuando vine...*». Como siempre, respira agradecimiento, la virtud que más que ninguna otra pone de relieve nobleza de alma.

c- «Espíritu eclesiástico»

Nos cuenta el Padre Vespignani: «*Ceferino es admitido en el clero. Hay que ver su entusiasmo por la sotana, por las ceremonias y por las solemnes funciones religiosas; cómo ayuda la misa...*»[520].

Otro testimonio nos transmite lo siguiente: «*... en las primeras semanas de 1898, quiere ayudar la misa y es preciso enseñarle. Cuida*

519 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XII, págs. 91-92.
520 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XII, pág. 93.

la capilla y corta en el jardín flores para Jesús y María. Y dice cuanto siente no poder todavía comulgar».

En la iglesia o en la capilla o en cualquier parte que se rece, el indiecito es admirable. El padre José María Brentana dice: «*Donde más se revelaba en él al imitador de San Luis Gonzaga y de Domingo Savio era en el templo. Sin recostarse ni apoyarse en el banco, sus miradas juntas, su mirada hacia el altar y su porte exterior, demostraban bien a las claras cuán compenetrado estaba de la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sagrario*». Lo mismo asegura el padre Julio César Ceccotto: «*Su comportamiento en la iglesia, durante la oración, era edificante*». Desde 1899 comulga cotidianamente. «*Nunca recuerdo* -refiere el mismo Ceccotto- *haya faltado a la visita diaria a Jesús Sacramentado*».

A estos meses de 1904 han de referirse las palabras de otro condiscípulo suyo, también hoy sacerdote: «*Era un Domingo Savio de color. Había que verlo en la iglesia enfervorizado y recogido en oración*». Durante los recreos, aun los breves, hacía visitas a Jesús Sacramentado. «*Me invitaba —dice aquel condiscípulo— con un gesto y sonrisa tan amable que no podía menos que acceder*». Y agrega el autor de esas palabras: «*Parecía en tales circunstancias un serafín de amor, completamente abstraído de lo exterior y con la cara embelesada en el Santo Tabernáculo*».

d- «Inclinación y preferencia por el estado religioso»

Recordemos las palabras citadas más arriba cuando en su estancia en Uribelarrea había dicho a un joven repartidor de leche a quién a diario acompañaba en su trabajo: «*¡Qué dicha es la de poder llegar un día a ser sacerdote!*».

Una vez le preguntaron a qué iba a dedicarse cuando acabara sus estudios. Él contestó: «*Tengo que prepararme para enseñar la religión, y convertir no sólo a los de mi familia sino también a todos los de mi raza*».

No olvidemos la carta que el 19 de marzo de 1900 escribió a su nuevo confesor, padre Vespignani que acaso se refiere a su anhelo de

ser sacerdote y a la aprobación del confesor: «*Doy muchas gracias a Dios por haberme hablado la palabra del Señor en la confesión; yo lo quiero tener a Vuestra Reverencia por padre espiritual*». Como se ha acercado al Sacramento de la penitencia muchísimas veces, no cabe dudar de que esa «*palabra del Señor*», que le «*ha hablado en la confesión*», indica algo especialísimo. No puede referirse a otra cosa que a su vocación sacerdotal. Y confirma esta suposición lo que asevera uno de sus condiscípulos, que le trató en los años de 1899 a 1901, el cual escribe: «*En su devocionario "La Juventud Instruida", que llevaba siempre consigo, vi una estampa de la Santísima Virgen con una oración escrita por él de puño y letra, en la que pedía la gracia de llegar a ser sacerdote para convertir a sus paisanos*».

Deseaba ir al seminario de Bernal, «*para seguir la voluntad Santa del Señor, que me llama a su santo servicio, aunque soy indigno de tan alto honor*».

A sus compañeros y profesores les dice, cuando la ocasión se ofrece: «*Quiero ser misionero salesiano para evangelizar a los míos*». Su mayor dicha es poder continuar la obra del padre Milanesio, que está convirtiendo y civilizando a los indígenas.

Es el 5 de julio de 1904. En una falúa de gala embárcanse monseñor Cagliero, el padre Garrone y el joven Namuncurá. El pueblo despide al obispo. A muchas personas sorprende el tipo de Ceferino, a quien el padre Beraldi ha llevado un trecho abrazado y hablándole con «*mucha intimidad*». Y cuando preguntan quién es, los que contestan dicen su nombre y agregan: «*Es un santito, y monseñor lo lleva a Roma porque él quiere ser sacerdote y misionero entre sus paisanos*».

Por estos días, el padre Marelli, de Viedma, que acaba de llegar de la Argentina, va al Colegio del Sagrado Corazón y allí Ceferino se le presenta sonriente. Habla al sacerdote de la entrevista con el Papa. Marelli, que ha observado la tosecita del muchacho, «precursora de su corta existencia», le dice que está bien estudiar y ser devoto, pero que no descuide su salud. Y él, optimista, le responde: «*Padre Carlos, mis superiores me cuidan mucho y no dejan que me falte nada*». Y al despedirse, vuelve con el tema de siempre: «*Rece, padre, por mí, para*

que un día pueda yo también llegar al sacerdocio y pueda volver a la Patagonia y cooperar a la salvación de las almas».

e- «Renuncia a los placeres terrenos, a las riquezas, a los honores del mundo, a los cargos brillantes»

En el capítulo dedicado al análisis sobre la heroicidad de sus virtudes[521] profundizamos en este punto, mas como para muestra basta un botón, es apropiada una declaración muy importante que narra un sacerdote digno de fe. Según ella, el maestro carpintero de la Escuela de Artes y Oficios de Viedma oyó un diálogo entre Ceferino y un tío que había venido para llevarlo a los toldos de San Ignacio. El indio dijo: «*Ceferino, aquí, encerrado, vas a estar mal, triste y aburrido... No podrás bailar, no hay mujeres y allá hay muchas para divertirte con ellas y juntarte con alguna*». A lo cual Ceferino contestó con resolución y los ojos llenos de lágrimas: «*No, tío, eso no es para mí, yo tengo otro destino. Yo no voy, estoy mejor aquí*». Ceferino era consciente de que cosas le ofrecía el mundo, era consciente de lo que dejaba, mas había hecho suyas las palabras del Apóstol: *«Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo... »*[522].

f- «Ten siempre a la Virgen por Madre y recurre a ella con frecuencia»

Una de las manifestaciones de su religiosidad es el altarcito que hace en su banco de estudiante. Con una caja y con dos estampas, una de María Auxiliadora y otra del Sagrado Corazón, construye el pedestal y sobre él coloca un crucifijo pequeño.

Aconseja siempre a sus compañeros y, en su fervor catequístico, lleva a más de uno por los caminos de la exaltada devoción. ¡Hay que oírlo hablar de María Auxiliadora y de las gracias con que favorece a los que la aman! Se encomienda siempre a María y encomienda

521 Cfr. Sección III, cap. 3.
522 *Flp 3, 7-10.*

también a los suyos, se muestra así no solo hijo de Don Bosco sino también de nuestro suelo argentino que nació mariano, como narra el gaucho Fierro:

«Me hinqué también a su lado
a dar gracias a mi santo;
en su dolor y quebranto
ella, a la Madre de Dios,
le pide en su triste llanto
que nos ampare a los dos»[523].

Antes de partir para Roma, el 15 de noviembre de 1903, escribe al padre Beraldi. «*¡Oh, mi amado padre Juan! ¡Cuán dulces y suaves suenan en mis oídos estos lugares queridos: Roma, el santuario de María Auxiliadora y la tumba de Don Bosco!*» Al recorrer en el tren el camino de los Apeninos y ver tantos campanarios de templos dedicados a la Virgen Santísima, exclamaba: «*¡ah, cuándo llegará en mis tierras patagónicas el día en que las pampas y la Cordillera se vean jalonadas por capillas dedicadas a María Santísima!*». Encomienda a la Madre continuamente su salud: «*Quiera el Señor y la Virgen Auxiliadora sanarme del todo de una vez*».

Recordemos las palabras de Cagliero, cuando dice que Ceferino, en sus últimos días, estaba «*lleno de deseos del Paraíso y de unirse pronto con la Virgen María Auxiliadora y con el venerable padre Don Bosco*».

«*¡Viva Jesús, María y José!*», repetiría hasta la muerte.

«*¡Felices los que se dan a Dios desde el tiempo de su juventud!*»[524] enseñaba Don Bosco.

Feliz Ceferino que no temió dar su «sí» a Jesucristo, que es exigente, pues no pide algo, lo pide todo: «*El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue su cruz y me siga*»[525].

---

523 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta,*estrofa 622.
524 *M.B.*, T. XVIII, p. 864.
525 Mt 16, 24.

Feliz Ceferino que suspiraba por algo sublime: él quería ser todo eso que el Apóstol San Pedro enfatiza, cuando escribe: «*Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz*»[526].

Feliz Ceferino que deseaba con toda su alma el bien de la fe para su familia, para su pueblo: «*Algún día, cuando sea grande, también le ayudaré a monseñor Cagliero a convertir indios... debemos rezar por ellos para que se salven...*»[527].

¡Cuántas veces lo dijo él en lenguaje corriente! Desde que se apersonó, en Chimpay, al Cacique su padre, hasta que murió suspirando por la sotana en una isla del Tíber, allá en Italia, ésa fue su obsesión y su locura.

El Sacerdote es «*mediador*», es «*pontífice*», hacedor de puentes, entre Dios y los hombres, es el hombre que une el Cielo y la Tierra, es «*el hombre que ofrece el Sacrificio*», el sacrificio de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo perpetuado en cada Santa Misa y nuestros propios sacrificios,… el sacerdote es por fin «*Alter Christus*», otro Cristo, y al igual que Cristo, como enseña la Iglesia, «*Víctima y Altar*», «*Víctima*» por su sacrificio, «*Altar*» porque es Piedra Fundamental de la Iglesia y Piedra donde se perpetúa el sacrificio. Y Ceferino fue sacerdote… Fue sacerdote porque fue mediador: con sus palabras, con sus oraciones, con su ejemplo. Sólo anhelaba que sus contemporáneos se acercaran a Dios. Fue sacerdote porque ofreció sacrificios: los dolores y molestias de su enfermedad, la pobreza espiritual y material de su pueblo, la lejanía de su familia, las bromas y burlas de algunos compañeros,… sacrificios que unía al Sacrificio de la Misa del cual diariamente participaba y por esto su sacrificio no fue vano, fue redentor. Fue sacerdote porque fue «*otro Cristo*» porque buscó configurarse con Cristo, pues se esforzó con la práctica de la virtud por ser lo más parecido posible a Cristo. Fue sacerdote porque al igual que Cristo fue «*Víctima y Altar*», «*Victima*» por sus sacrificios, «*Altar*» porque su vida de santidad es fundamento de

526 1Pe 2,9.
527 26 de diciembre de 1899. Citado por Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XII, pág. 92.

virtud para nuestros jóvenes y así quién nació «*Piedra*» por don divino llegó a ser «*Altar*».

Concluyamos con las palabras del mismo Pío X al recibir la noticia del paso de Ceferino a la Patria: «*¡Era una bella esperanza para las misiones de la Patagonia, pero es ahora y será su más válido protector!*».

El rechazo de la beatificación

Juan Manuel del Corazón de Jesús Rossi

«Pido perdón a mi Dios
que tantos bienes me hizo»[528].

El mundo laicizado de hoy nos tiene ya acostumbrados a algunas cosas a las que jamás deberíamos acostumbrarnos. Entre otras me refiero a las continuas críticas que recibe el Papa Benedicto XVI.

Parece estandarizado que la palabra de aquel que es Vicario de Jesucristo, infalible por promesa divina, debe necesariamente ser puesta en tela de juicio por periodistas, políticos, actores, jugadores de fútbol, cajeros de supermercados y amas de casa, todos infalibles por prerrogativa propia.

Hasta entre los mismos viejos cristianos, fieles en tiempos difíciles, se está instalando esta usanza. De a poco, el «*dulce Cristo en la tierra*», en palabras de la doctora de la Iglesia santa Catalina de Siena, se está viendo transformado en un columnista más.

Esta situación de rechazo de que hablo, se vio demostrada una vez más, en estos tiempos en nuestro país, con respecto a un tema recurrido hasta el cansancio por los amigos de la dialectica marxista y enemigos de la verdad histórica, de la Iglesia, y en definitiva de aquellos mismos que pretenden defender. Se trata de la reacción indigenista, desatada en concreto actualmente por la noticia de la beatificación de Ceferino Namuncurá.

---

528 José Hernández, ***Martín Fierro***, ***El Gaucho***, estrofa 368.

El Papa Benedicto XVI, durante el curso de la audiencia concedida el pasado 6 de julio al Cardenal J. A. Saraiva Martins, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, ha firmado el Decreto sobre el milagro de curación atribuido a la intercesión de Ceferino. En este sentido, la Iglesia lo propone como modelo para todos los hombres de todas las épocas, al elevarlo a la categoría de beato.

Evidentemente, modelo especial será para nosotros, sus compatriotas. Es cierto que cada uno podrá ir descubriendo en su vida -por eso es importante conocerla- similitudes con la vida propia, lo cual lo hará al pequeño santo indio cada vez más imitable y más cercano, pero sobre todo lo deberán encontrar mucho más imitable y cercano quienes son sus hermanos de raza, el pueblo mapuche.

De más está decir que para ellos la beatificación de Ceferino debe ser recibida como una gran fiesta, debe significar una ocasión de acercamiento mayor a la Iglesia y al Papa y, por qué no, un impulso singular hacia la santidad de los miembros de esa etnia.

En su mismísima lengua mapuche el Siervo de Dios Juan Pablo II, cuando visitó la República Argentina en abril de 1987 les hablo así:

"*Poyén pu mapúche peñi ka pu déya: marimári, pu wen! Ayüwnkéchi tykúlpanién, déuma rupái kiñe patáka trípántü, féichi ñi llegmúm támyn wéche peñi, Ceferino Namúnkura. Inchetáñi mlen fau fachántü, tfáchi nütrám ayüafún ñi nieál eiwyn mu: féichi Pápa, rumél mleái aiwyn ñi ináu méu; Peumanén, inchíñ táiñ Wénu-Cháu, pile támyn rumél kümélkaleál, mynél pu pyñéñ. Kúmé feleáimn, pu wén!*", esto es, "*Estimados hermanos y hermanas: Hola amigos. Con alegría recuerdo que ya han pasado cien años del nacimiento de vuestro joven hermano Ceferino Namuncurá. Mi presencia hoy aquí quisiera que tuviera este sentido para vosotros: el Papa estará siempre a vuestro lado; ojalá nuestro Padre del cielo os conceda un permanente bienestar, en particular a vuestros niños. Felicidades, amigos*".

Es una completa realidad: Ceferino debería invitar a miles de mapuches a entregarse completamente a Cristo, cumpliéndose así su deseo, ya que lo que él más anhelaba era ordenarse sacerdote para ayudar espiritualmente a su raza, a su padre y sus hermanos, a su pueblo, serle útil… A esto se refirieron los miembros del *Mapuche Documentation Center* europeo, cuando escribieron una carta al Papa, pidiéndole la intervención de la Iglesia en los conflictos que tiene su raza con el gobierno chileno. Allí, además de recordar todas las veces que la etnia mapuche fue ayudada en su supervivencia y en sus derechos por la santa Iglesia -como, dicho sea de paso, lo fueron todas las razas que poblaban el continente a la llegada de los españoles, ya que educación, organización política, progresos innumerables espirituales y materiales, mejora de las condiciones de vida, etc. no son un daño sino una ayuda inestimable para los pueblos que, sumergidos en el poder del príncipe de este mundo, caminaban hacia la autodestrucción- se continuaba aquella carta de este modo:

«*En este periodo, al concluir la Campaña del Desierto el niño Ceferino Namuncurá es trasladado a la capital de Argentina. Las palabras a su padre expresan el ambiente de un período de indefensión e injusticias: "Papá, ¡mira cómo nos encontramos después de haber sido dueños de esta tierra! Estamos sin amparo. ¿Por qué no me llevas a Buenos Aires a estudiar? Entre tantos hombres que hay allá, habrá alguno de buen corazón que quiera darme protección y así poder estudiar y ser útil a mi raza". Su Santidad, reconocemos como un gesto positivo la beatificación de Ceferino Namuncurá. Se materializa su aspiración de ser útil no sólo a su raza mapuche y a la fe que él abrazo con tanta devoción, sino a toda la humanidad.*

(…) *Ceferino Namuncurá representa y simboliza el linaje noble hereditario en su condición de miembro de la familia del Toki (máxima autoridad ancestral) del pueblo Mapuche, Juan Kalfukura*».

Pero no todos piensan de este modo. La agencia de información Terra presentó hace poco esta noticia:

«*La Coordinación de Organizaciones Mapuche (COM) rechazó hoy la beatificación de Ceferino Namuncurá, el primer argentino y primer indígena de este país que recibirá esta distinción, por considerar que la Iglesia católica se lo llevó a Europa "vivo y lo devolvió muerto y sin identidad". "No les aceptamos este perverso título para un hermano nuestro que murió a manos de la colonización. Desterrado de su tierra de origen, lo consumió la tuberculosis", dijo la COM en un comunicado firmado por su portavoz, Jorge Nahuel. El texto, escrito bajo el título de "Ceferino, un santo regalo", añade que la beatificación de Namuncurá es un "regalo" que no pidieron y consideraron al Papa Benedicto XVI como "un manipulador que dijo hace poco que la religión católica no había sido impuesta" a los aborígenes.*

Nahuel afirma que la beatificación es "una distracción para un pueblo que ya no se distrae". "Se lo llevaron vivo, lo devolvieron muerto y para disimular semejante asesinato prometen devolverlo con título de semi-héroe, beato o santo", señala el comunicado.

¿Cuál es la razón de que haya indios que aceptan íntegro el mensaje de la Iglesia, como Ceferino y tantos otros, y haya otros que lo rechazan abiertamente? O mejor, ¿por qué hay personas que parecieran estar imposibilitados a abrirse a la verdad sobrenatural? ¿Por qué algunos no pueden comprender la transfiguración de la cultura, la elevación de las costumbres, la resignación de tradiciones contrarias a misma naturaleza?

Es una injusticia lo dicho por aquellos que se oponen a la beatificación. No representan sus palabras los ideales de los grandes mapuches de la dinastía «Piedra». Calfucurá, Namuncurá y el pequeño Ceferino, no estuvieron cerrados a la civilización, y menos a la gracia...

Hoy hay mapuches que rechazan la beatificación de Ceferino, pero hay mapuches que no tienen un corazón mezquino, sino grande, como es propio de su raza, y a ellos se dirige este acto hermoso de la Iglesia de beatificar a un fruto de las misiones americanas, al

Beato de la dinastía «Piedra», que logró unir en sí la fortaleza de su raza y la corona de la gracia.

Una vez más la Iglesia es madre y el Papa Benedicto se vuelve a erguir en Padre y Pastor del género humano de hoy día. Aunque a algunos les pese a nosotros no… porque tenemos fe en su poder, en sus llaves y… "*¡Gracias a las llaves podemos gozar de una paz y de una alegría que el mundo no puede dar! ¡Gracias a las llaves la Iglesia es defensora invicta de toda vida humana! ¡Gracias a las llaves si el Anticristo nos pisase las cabezas con el último aliento, imbuidos del magisterio de Pedro, por gracia de Dios, confesaríamos: "Tu eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»"!*"[529]

529 R. P. Carlos Miguel Buela, IVE, *Sermón en el altar de la cátedra de la Basílica de San Pedro* con ocasión del Vº Capítulo General del IVE, en julio del 2007. En http://capitulo2007.ive.org/pag_res.asp?id=140

El patriotismo del indiecito

Tristán Manuel María Gelonch Villarino

«...Que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota[530].
Debe el gaucho tener casa,
escuela, iglesia y derechos»[531].

Simplemente son asombrosas las palabras de este pequeño indio del desierto argentino, y más aún, teniendo en cuenta que posee sólo diez años cuando las dice: « *¡Quiero estudiar y ser útil a mi pueblo!*». A simple vista parece que es solamente una bonita expresión naciente de un buen corazón, pero no es así. La seriedad de esta frase y profundidad que lleva implícita, muestran mucho más, delatan algo muy superior. Son un verdadero testimonio del más genuino *patriotismo.*

Nos obliga la justicia a destacar una de las virtudes que más sobresale en estos indios pampas, tal vez la principal, aquella que los mantuvo en pie hasta el final: *el patriotismo*. Es de suponer que el mismo Ceferino la aprendiera de su pueblo, especialmente de su propio padre y de su abuelo.

La patria terrenal

Es innegable que todos hemos nacido en un país, un pueblo o una tierra determinada, a la cual pertenecemos y de la cual nos sen-

530 José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*, estrofa 997.
531 José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*, estrofa 1182.

timos parte. Dice Santo Tomás que «*junto al padre y a la madre, la patria es nuestro mayor benefactor*»[532]. Por lo tanto, como deber de gratitud, debemos amar a esta patria, a esta tierra que conquistaron nuestros mayores derramando su sangre, y a amar esta raza en la que hemos sido gestados.

Este deber, que se nos impone por la pertenencia a una patria, fue cumplido en gran parte por los habitantes de nuestras pampas. Durante varias décadas los pampas se encargaron de defender la frontera con Chile de las invasiones de los indios trasandinos, como habían acordado Calfucurá y Rosas.

Pero para que haya verdadera virtud, ésta debe ser probada. Fue entonces que, a pesar de sus conflictos con el gobierno de Buenos Aires, los indios guardaron aquellas tierras heredadas de sus ancestros. Por ejemplo, cuando se encontraba Namuncurá en Chile, huyendo del ejército argentino, los caciques trasandinos le ofrecieron que se les uniese para realizar una gran invasión a las pampas patagónicas. El gran cacique respondió enérgicamente que no, pues se trataba de invadir su Patria, y que él nunca haría algo semejante. Prefiere regresar a su Patria, la República Argentina y presentarse al gobierno. Con mucha ironía cuenta: «*Tenía hambre por respirar el aire de la pampa. Chile es muy chico, muchas sierras, mucha piedra*»[533].

¡Qué noble corazón patriótico! Y hasta nos animamos a decir, ¡Qué noble corazón patriótico cristiano!, pues «*el patriotismo cristiano importa fidelidad a la tierra natal en todas las circunstancias, en las buenas y en las malas*»[534].

Patria y apertura cultural

El amor a la patria o patriotismo no debe ser entendido como un mero apego caprichoso a un pedazo de tierra, o un orgullo irracional que se oponga a todo intercambio cultural y lleve al desprecio de toda civilización extranjera. De hecho, la historia nos muestra que no

---

532 Cit. por Mons. Tihamer Toth, *Venga a nos el tu reino*, Ed. Difusión 1944, pág. 64.

533 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. II, pág. 15.

534 Mons. Tihamer Toth, *Venga a nos el tu reino*, Ed. Difusión 1944, pág. 68.

fue esa la actitud de los grandes caciques Calfucurá y Namuncurá. Su Santidad, Benedicto XVI, en el discurso de apertura de la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, llevada a cabo en mayo del año 2007, refiriéndose a las culturas indígenas de América, señala justamente lo que estamos diciendo: «*Las auténticas culturas no están cerradas en sí mismas ni petrificadas en un determinado punto de la historia, sino que están abiertas, más aún, buscan el encuentro con otras culturas, esperan alcanzar la universalidad en el encuentro y el diálogo con otras formas de vida y con los elementos que puedan llevar a una nueva síntesis en la que se respete siempre la diversidad de las expresiones y de su realización cultural concreta*».

Por los acontecimientos se deja entrever un arraigo muy fuerte a sus raíces, en el que prima ante todo el bien común de las tribus indias. Así, se construye verdaderamente la patria, como un territorio determinado, donde un pueblo creció y plasmó en su vida unos ideales que los lleven hacia su fin, que no es otra cosa que la felicidad plena de todos sus habitantes. ¿No es acaso esto lo que buscaban los monarcas del desierto? Alguno podrá objetar que nos equivocamos, pues ellos no creían en el único Dios verdadero, por lo que nunca iban a llegar a ser felices. Lo cual, es cierto en un aspecto, pues realmente no conocían el nombre de Jesucristo, pero ya probaremos que estos indios lo buscaban y deseaban conocerlo.

Patriotismo y cristianismo

Dice el Martín Fierro describiendo a un indio del desierto argentino:

«*...mostró noble corazón,*
Cristiano anhelaba ser...»[535].

Nuevamente, nos vienen a esclarecer las palabras del Vicario de Cristo, Benedicto XVI: « *¿Qué ha significado la aceptación de la fe cristiana para los pueblos de América Latina y del Caribe? Para ellos ha significado conocer y acoger a Cristo, el Dios desconocido que sus*

535 José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*, estrofa 526.

antepasados, sin saberlo, buscaban en sus ricas tradiciones religiosas. Cristo era el Salvador que anhelaban silenciosamente».

Alguno se puede preguntar ¿De donde viene la relación entre patriotismo y cristianismo? El cristianismo fomenta el patriotismo. Éste implica un amor y una piedad ordenados, primero a Dios, después a la patria y finalmente a nuestros padres. Sin embargo, el hombre para llegar a ser patriota recorre el camino inverso, debido a su misma naturaleza. Primero conoce y ama a sus padres, luego a la patria donde nació y a la que le debe su ser social, y cuando ya ha recibido cierta educación y noticia de Dios se entrega totalmente a su amor infinito. Si hace esto cumple a la perfección con el cuarto mandamiento de la ley de Dios, que nos manda *honrar padre y madre*. Pero, ¿no son estos los peldaños de la escalera que ha llevado a Ceferino hasta la santidad?

Como sostuvimos anteriormente, los indios antes de su evangelización ya tenían un fuerte sentido del patriotismo, de su identidad racial y territorial. Sin embargo, con la llegada del cristianismo a su cultura, el amor a la patria creció. Podemos decir que se aplica perfectamente el principio que dice que la gracia no destruye la naturaleza sino que la eleva. Por lo mismo, el cristianismo lejos de destruir el patriotismo, lo fomenta y lleva a su plenitud.

Es cierto que los indios antes de convertirse definitivamente al cristianismo nunca llegaron a este patriotismo maduro, al que paradójicamente llegó este indiecito de tan sólo 18 años. Pero lo mismo es muy loable su amor por la familia, por su pueblo y por sus tierras. Recordemos que practicaban el culto a los antepasados, que es una manifestación de piedad para con nuestros ancestros, como muestra de gratitud por lo que nos dieron.

También se nos cuenta el hecho de que Namuncurá exigía al gobierno que le devuelvan las tierras de Carhué, por la única razón de que era deseo de su padre que conservasen esas tierras.

Las pruebas que han dado los caciques de la Dinastía Piedra del amor a su raza son innumerables. Se entiende de dónde le sale al pequeño Ceferino esta idea que lo acompañará hasta su muerte:

«*quiero ayudar a mi gente, quiero ser útil a mi raza*». Algo curioso es la maduración que se da en el joven, que en un comienzo manifiesta tan sólo que quiere estudiar y luego ya hace patente su vocación al sacerdocio. Lo llamativo es que en ambos casos la finalidad de la acción es la misma: «*para ayudar a mi gente*». Por supuesto que es mucho más perfecta la ayuda que podrá brindarles como misionero que como simple erudito, pues apunta a un bien espiritual que es infinitamente mayor que cualquier bien material, a saciar la sed de cristianismo que tiene su pueblo.

«Es mejor que aprender mucho,
el aprender cosas güenas»[536].

Es imposible negar el amor de este indio por sus indios, por su tierra, por su patria.

Ya más adelante tocaremos detalladamente el patriotismo de Ceferino, por ahora volvamos al patriotismo de los indios, en especial de Calfucurá y de Namuncurá. Estos caciques, con gran sentido común, se percataron de que a su riquísima y centenaria cultura le faltaba algo, y no un algo accidental, sino aquello por lo cual y para lo cual se desarrolla un pueblo. Explícitamente, se dieron cuenta de que no tenían a Dios. Son numerosos los testimonios en que los indios muestran una intención por acercarse a Dios. No hablemos tanto de acercamiento al cristianismo como forma de vida, pues lamentablemente la tibieza y el mal ejemplo de muchos cristianos de la época, era un impedimento para la conversión de los indios. Sobre todo, los gobernantes liberales que sucedieron a Rosas, que bajo la máscara de cristianos, cometieron toda clase de robos y abusos contra los indígenas. Se les aplica perfectamente:

«Y digo, aunque no me cuadre
decir lo que naides dijo:
la Provincia es una madre
que no defiende a sus hijos»[537].

536 José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*, estrofa 1146.
537 José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*, estrofa 995.

A principios del 1876, Namuncurá había pensado en la posibilidad y conveniencia de que misioneros enviados por el arzobispo se establecieran en Salinas Grandes. Pero, luego, le dijo al padre Meister: «*Mientras estemos en pendencias con el gobierno de Buenos Aires, que mil veces promete mandarnos las raciones estipuladas, que nunca recibimos, no hay esperanza para la misión*».

Es elocuente el testimonio del cacique Mariano Rosas: «*Hermano, cuando los cristianos han podido nos han muerto; y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado a trabajar, ni nos han hecho conocer a su Dios. Y entonces, hermano, ¿qué servicios les debemos?*»[538].

Es muy crudo el planteo de Mariano Rosas, pero es tan duro como cierto. No fueron las autoridades públicas ni los jefes militares quienes saciaron esa sed de Cristo que tenían los pampas. Como siempre ha sucedido en la historia, y ojalá siga sucediendo, fueron los misioneros, auténticos apóstoles del Evangelio, quienes llevaron a los indios a dar el salto que los lleve al cristianismo. Y nuevamente tenemos testimonios de esto y del respeto y cariño que los indios le profesaban a estos hombres de Cristo. Puede leerse en las cartas de Namuncurá dirigidas al P. Salvaire, «*... sin otro objeto saluda a Usted, su amigo y servidor, Manuel Namuncurá*» o «*...damos las gracias al Sr. Obispo y Usted....a quienes consideramos unos padres carnales de nosotros que miran por nuestro bienestar y por la atención de nuestras familias en vivir en plena paz*». Son muy representativas estas palabras del cacique, y más si se tiene en cuenta el episodio ocurrido entre ambos en octubre 1876[539].

Son numerosos los testimonios de esta cordial relación entre los caciques y los clérigos, en la que también se deja ver el deseo de evangelización de los indios. En una carta el cacique Cipriano Catriel dice al Arzobispo Aneiros:

---

538 .Lucio V. Mansilla, *Una excursión...*, Cap. LXVIII.

539 Cfr. Sección II, Cap. II, pág. 68..

«Yo también tengo el deseo de aprovecharme é instruirme como los cristianos y he prometido á los Padres recibir con gusto todas las instrucciones; también he de usar de toda la influencia que ttengo (sic) *sobre la gente de mi órden paarraa que reciban bien a los Misioneros y manden á sus criaturas á la escuela que ellos dirigen para su bien y prrovecho.- Sin más saluda á V. S. este que es y será siempre amigo suyo Affmo. / Cipriano Catriel»*[540].

En estos documentos se confirman los deseos que tenían los caciques de que su pueblo abrazara la fe cristiana, y se uniera a los blancos en una paz fraternal. Como bien lo expresa el sucesor de Pedro, el Papa Benedicto XVI: «*En última instancia, sólo la verdad unifica y su prueba es el amor. Por eso Cristo, siendo realmente el Logos Encarnado,..., no es ajeno a cultura alguna ni a ninguna persona; por el contrario, la respuesta anhelada en el corazón de las culturas es lo que les da su identidad última, uniendo a la humanidad y respetando a la vez la riqueza de las diversidades, abriendo a todos al crecimiento en la verdadera humanización, en el auténtico progreso. El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura*». Es por eso que comienzan los pedidos de misiones para las tolderías. Lo que dará pie para que ingresen en escena los fabulosos misioneros salesianos, que en poco tiempo lograron evangelizar la patagonia, cumpliendo los deseos de su fundador, el gran Don Bosco.

En resumen, el patriotismo viene de la mano con el cristianismo, y esto explica porqué los indios argentinos estaban sedientos de evangelización. Es notable como lo explica *el dulce Cristo en la tierra* en su discurso de apertura del CELAM: «*La sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos*».

540 Juan Guillermo Durán, *En los toldos de Catriel y Railef, la obra misionera del Padre Jorge María Salvaire en Azul y Bragado 1874–1876,* Facultad de Teología U.C.A., Buenos Aires, 2002, p. 804. En este libro hay una recopilación de muchas cartas de los caciques que muestran lo que sostenemos.

El patriotismo de Ceferino

Para cerrar este capítulo sobre el patriotismo indígena y su relación con la evangelización, haremos un pequeño resumen de lo que significaba la patria para nuestro Ceferino, compendiando rápidamente algunas anécdotas de su vida, siempre iluminados por esas preciosas palabras: «*quiero ser útil a mi raza*».

Como su Maestro

En su evangelio San Lucas nos cuenta que nuestro Señor Jesucristo, «*al ver la ciudad* -de Jerusalén-, *lloró sobre ella*»[541]; y completa San Mateo diciendo que se quejó amargamente: «*¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Que matas a los Profetas y apedreas a los que a ti son enviados; ¿cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina recoge a sus pollitos bajo sus alas y tú nos has querido?*»[542]. Sin lugar a dudas, como en todo, el Señor nos está dando un claro ejemplo de amor a su Patria. Se duele el Hijo de Dios pues conoce la corrupción de su pueblo y sabe que pronto sobrevendrá su destrucción.

Ahora nos detenemos en un episodio de la vida de Ceferino. Relata Entraigas: «*...lagrimeaba al ver la misérrima condición de los indios de chusma, mal alimentados, ridículamente cubiertos con ropas prestadas o mal habidas. En esos días de escasez aun en los toldos del cacique, ante el apremio del padre imposibilitado de aliviar las necesidades de su gente hambrienta, en un gesto de hombría, exclamó:*

- Papá, ¡cómo nos encontramos, después de haber sido dueños de esta tierra! Ahora nos encontramos sin amparo... ¿Por qué no me llevas a Buenos Aires a estudiar? Entre tantos hombres que hay allá, habrá alguno de buen corazón que quiera darme protección, y yo podré estudiar y ser un día útil a mi raza»[543].

541 Lc 19,41

542 Mt 23,37

543 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. V, pág. 37.

En ambos se muestra, una virtud, y esta virtud es el patriotismo. Tanto el Maestro como el discípulo se duelen del mal de su pueblo, los dos lo aman y quieren ayudarlo.

Soy Mapuche

Es innegable que Ceferino se sentía identificado con su pueblo. Veámoslo con ejemplos concretos.

Cierto día se paseaba el indiecito por las calles de Roma, con el coadjutor Arrio, y viendo que la gente lo miraba y murmuraba, preguntó a su acompañante qué estaba diciendo esa buena gente, éste respondió que su aspecto, su cutis y su modo de conversar en castellano atraían la atención, demostrando que era americano. Él, gloriándose, replicó: «*Sí, soy americano, y por añadidura, de la Patagonia...*»[544].

En otra parte dice Arrio: «*Varias veces fuimos de paseo por la ciudad de Turín, y nuestras conversaciones fueron siempre sobre la Argentina, tierra que idolatraba*».

Cuando estaba llegando a Roma, la ciudad de los Papas, observa desde el tren en marcha, la cantidad de iglesias que hay en los Apeninos. Luego escribirá a un sacerdote de Viedma: «*Al recorrer en el tren el camino de los Apeninos y ver tantos campanarios de templos dedicados a la Virgen Santísima, exclamaba: ¡ah, cuándo llegará en mis tierras patagónicas el día en que las pampas y la Cordillera se vean jalonadas por capillas dedicadas a María Santísima*»[545].

Durante las vacaciones que pasaba en Uribelarrea, aprovechaba para hacer largas cabalgatas y ocuparse de todo lo que tenía que ver con la tierra y el campo. Cuenta uno de sus compañeros: «*Como yo era el encargado de llevar todas las mañanas la leche del Colegio San Miguel a las Hermanas de María Auxiliadora me pidió el P. Gherra que, ya que iba solo en la jardinera, que llevara al niño Ceferino como compañero, pues le serviría de distracción y paseo. Yo, encantado de tener un compañero de viaje; en pocas horas nos*

544 Entraigas, *El mancebo...*, Cap. XXIX, pág. 219.
545 Manuel Gálvez, *El santito...*, Cap. IX, págs. 167 - 179.

hicimos amigos. En el trayecto quería siempre él manejar el caballo. Yo siempre lo complacía. El me narraba muchas cosas de la Patagonia. Para mí eran todas novedades pero, como no me interesaban, prestaba poca atención. Tanto, que una vez lo interrumpí con una pregunta que no venía al caso. Y él me dijo: "¿Cómo? ¿No le interesan a Ud. mis explicaciones? Si Ud. conociera la Patagonia, vería qué linda es"»[546].

Otra vez, van los dos en el carrito, cuando he ahí que Ceferino exclama, según relato del lego: «*¡Qué dicha es la de poder llegar un día a ser sacerdote! Entonces volvería a mis tierras a enseñar a tantos paisanos míos a conocer y amar a Dios*».

La patria celestial y la terrenal

Se destaca en Ceferino un orden en su patriotismo, que lo hizo subordinar la patria terrenal a la patria celestial. Es decir, él supo siempre que el reino que buscaba no era de este mundo, pero que había que pasar por esta tierra para llegar al cielo. No se puede tildar a Ceferino de olvidarse de su raza y de su suelo natal, por aspirar a la patria eternal. Eso sería una calumnia. Durante toda su corta vida quiso, y puso los medios que tenía a su alcance, para ayudar a su patria. Con gran amor se abrazó a la vocación sacerdotal, pero siempre con la ilusión de volver a evangelizar a su pueblo. Es notable como en su último tiempo de vida, cuando ya la tuberculosis estaba muy avanzada y la muerte era inminente, él conservaba la esperanza de curarse con el afán de poder regresar a Argentina como sacerdote para ayudar a su gente, para llevarla a Dios.

Pero como dijimos, su amor a la patria terrenal estuvo ordenado a la obtención de la patria celestial, pues la fidelidad y el amor que debemos a la patria terrenal es preciso tenerlos mientras no se conviertan en un obstáculo para llegar a la patria celestial. Ceferino demuestra que tuvo esto muy en claro, pues se opuso a volver a su casa, cuando vio un peligro serio para su vocación. Se debe tener gran valor y fortaleza para tomar una decisión semejante. Pues el

546 Manuel Gálvez, *El santito*..., Cap. VII, págs. 117 - 146.

verdadero patriotismo, el patriotismo cristiano, exige el sacrificio, la renuncia de uno mismo en bien de la Patria.

¿Son necesarias más pruebas del profundísimo amor, que no sólo tenía sino que además profesaba, Ceferino por su patria, por su pueblo, por sus padres, y por encima de todo, por su Dios?

Después de su muerte...

Francisco Javier Muñoz Iturrieta

«Y hoy ruego a mi Dios piadoso
que lo mantenga en su gloria;
se ha de conservar su historia
en el corazón del hijo;
él al morir me bendijo
yo bendigo su memoria»[547].

Sus restos

La fecha en que nuestro beato fue internado en el hospital de los *Fatebenefratelli*, Hermanos de San Juan de Dios, corresponde al día 28 de marzo[548] de 1905. Muere el 11 de mayo de 1905. A las 6 de la mañana. En la espaciosa sala *Assunta* del hospital San Juan Calybita, de los Hermanos de San Juan de Dios, en Roma, se puede leer una lápida conmemorativa[549] que dice: «*El 11 de mayo de 1905, en una cama de esta sala, antiguamente llamada Amici, en este venerable hospital, el Siervo de Dios Ceferino Namuncurá terminaba santamente su breve jornada terrena*».

El comentario de Monseñor D`Aquino Correa es sugestivo: «*Murió muy pronto, pero fue como si hubiera vivido mucho tiempo.*

547 José Hernández, *Martín Fierro, La Vuelta*, estrofa 959.

548 Revista *La Caridad*, del Sanatorio de los Hermanos de San Juan de Dios, en Palencia (España), nº 168 (julio-agosto de 1960). Cit. por Entraigas, *El Mancebo...*, Cap. XXXVIII, pág. 306.

549 Colocada por iniciativa de Fray Silvio Crosato, prior del hospital.

Un joven que se inmola así, en la flor de su inocencia es un reproche para la larga vida de los pecadores...»[550].

El 12 de mayo se realiza el Solemne funeral en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Siendo sepultado luego en el cementerio *Campo Verano* de Roma, en la sección 38, fila 20, último par, segunda hilera. Don Eugenio Cera (famoso cronista de la Sociedad Salesiana) publicó en el diario *Il Popolo Romano*, por pedido del Procurador de su Congregación, Don Marenco, un artículo sobre Namuncurá, el mismo día de los funerales en el Sagrado Corazón[551].

Seis años después, el 24 de junio de 1911, el padre José Vespignani, en ese momento inspector de las casas salesianas de Argentina, publicó una circular pidiendo datos y testimonio sobre Ceferino. Comenzaba así:

«*La Sociedad Salesiana desea perpetuar la memoria del malogrado joven Ceferino Namuncurá, y los Superiores han dispuesto que se publique su biografía, para la cual ya tenemos datos muy importantes y de sumo interés...*»[552].

Tal circular llevaba adjunto un cuestionario que constaba de cincuenta y un puntos, para facilitar el relato de los testimonios.

A las diez de la mañana del 6 de mayo de 1915 se procedió a la exhumación de sus restos. Se hallaban presentes: el Director del Colegio Sagrado Corazón (P. Salvador Rotolo), el Director del Oratorio Festivo del Sagrado Corazón (P.José Ulcelli), el sacristán amigo de Ceferino (Antonio Prenz), y tres personas más.

Los restos, luego de ser identificados, fueron colocados en una urna de cinc. En ella se colocó también un tubo de cristal, sellado con cera virgen, con tapa de esmeril. Dentro pusieron el acta de la exhumación, de pergamino, firmada por los seis presentes[553]. Pro-

550 *Testimonios*, serie primera, pág. 32.
551 Artículo que no fue encontrado ni por su autor mismo.
552 *Testimonios*, serie primera, pág. 70.
553 Esta acta se encuentra actualmente en los archivos del Colegio Sagrado Corazón.

cedieron entonces a ubicar los restos «*en el nicho 358, fila segunda, sección nueva del cementerio Verano. Y fueron debidamente tapiados*»[554].

La urna con sus restos recién pudo tomar rumbo a la Argentina 19 años después de su muerte, en 1924. Gracias al P. Adolfo Tornquist, que corrió con todos los gastos. Se acudió a él por ser familiar del Cardenal Cagliero. 1.435 liras fue el precio del traslado de la urna, dentro de una caja de madera, desde Roma a Génova. No pudieron embarcarse inmediatamente hacia la Argentina. Los trámites, largos y complicados, se llevaron a cabo entre marzo y septiembre de 1924. Se encargó de ellos la empresa romana *Vianetti*. Recién el 13 de septiembre comenzaba el viaje hacia la tan añorada Patagonia de Ceferino. El transporte que llevó a cabo la repatriación de los restos fue el vapor de carga *Ardito*, de la sociedad *La Platense*[555]. Llegados a La Plata se entregó la urna, con los restos de Ceferino, al *Expreso Villalonga*, el cual lo llevó a Fortín Mercedes.El total de los gastos fue, redondeando, una suma de 3.360 liras. «*Todo se hizo en la forma más privada posible, como dice el P. Tornquist en carta del 19 de septiembre de 1942 al P. Parolini*»[556].

Nos narra Gálvez:

«*En 1924 son traídos sus restos a la Argentina y llevados a Fortín Mercedes. Una tarde apacible, un grupo de niños aspirantes, de sotana y sobrepelliz, van en procesión, desde el Colegio San Pedro hasta la capillita recién reconstruida, detrás de la modesta caja en que están los restos de Ceferino, la que es conducida por cuatro monaguillos. Y allí en Fortín Mercedes, sitio de combates entre cristianos e indios y donde ha estado Ceferino tanto al ir a*

554 ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. XXXIX, pág. 293.

555 Según el P. Parolini, en *Historia del Milagroso Fortín Mercedes*, del año 1970, se embarcan los restos de Ceferino el 8 de mayo. Llegando por la mitad del mes de junio a territorio argentino.

556 ENTRAIGAS, *El mancebo...*, Cap. XXXIX, pág. 294.

Viedma como al volver de esta ciudad, surge pronto un verdadero culto popular hacia el descendiente de los Piedra»[557].

Los padres salesianos comenzaron a editar un boletín bimestral, compuesto de cuatro páginas: *Noticiario Ceferiniano*. En él se publicaban las cartas de las personas que decían haber recibido favores de parte del indiecito.

En enero de 1925 el padre Vespignani bendice el «*Mausoleo*» de Ceferino, colocando los restos debajo del altar de la capillita del Fortín[558].

El 24 de septiembre de 1944 se inicia en Roma el proceso de su beatificación[559]

Del 14 de mayo al 10 de julio de 1947 se inicia el proceso de canonización en Viedma. Declararon 21 testigos.

El acto de ubicación de los restos en una nueva urna, presidido por Mons. Germiniano Esorto, se realizó el día 28 de octubre de 1947.

Instruidos los procesos ordinarios en la Curia del Vicariato de Roma y, mediante cartas postulatorias, en las Curias Eclesiásticas de Turín, Viedma y Buenos Aires, y una vez publicado el decreto sobre sus escritos, el Papa Pío XII aprobó con su firma la comisión de introducción de la causa el 3 de marzo de 1957. El 7 de abril de 1958 se realiza el reconocimiento de los restos en presencia de Mons. José Borgatti, Mons. Carlos M. Pérez y el P. Julio Bianchini (Postulador General de la Causa) y los doctores Carmelo Esandi, Enzo Testoni y Arturo Otaño.

El 7 de enero de año 1972, su Santidad, Pablo VI, ratificando el parecer de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, ordenó que se preparara el decreto sobre la heroicidad de las

---

557 Manuel Gálvez, *Vida de...,* Cap. XII, págs. 200 - 209.

558 Carta del P. José Garófoli al P. Adolfo Tornquist, el 31/03/1925. Cfr. Epistolario del Archivo Salesiano de Buenos Aires.

559 Manuel Gálvez, *Vida de...,* Cap. XII, págs. 200 - 209.

virtudes del Siervo de Dios. Tal decreto fue promulgado el 22 de junio de 1972, declarando así a Ceferino *Venerable*.



Don Ziggiotti, rector mayor de los Salesianos, en 1956 en Junin de los Andes, en diálogo cordial con los Caciques Aníbal Namuncurá, último hermano de Ceferino, Painefilú, y otros representantes indigenas.

...en el día de hoy, el mismo Sumo Pontífice, hechos llamar el suscrito Cardenal Prefecto, como asimismo el Rdo. Cardenal Luis Traglia, Ponente de la Causa, yo —que soy el secretario— y los demás a quienes se acostumbra citar, en presencia de todos promulgó este decreto, declarando que: Consta de las virtudes teologales: Fe, Esperanza, Caridad hacia Dios y hacia el prójimo, y de las virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y de sus anexas, en grado heroico del Siervo de Dios Ceferino Namuncurá, en el caso y para el efecto de que se trata.

Y mandó que se publicara este decreto y se incluyera en las actas de esta Congregación.

«*Dado en Roma, el 22 de junio del año del Señor 1972*».

Cardenal Pablo Bertoli, Prefecto, Fernando Antonelli, Arzobispo titular de Idicra, Secretario.

El 5 de agosto de 1992 Mons. Rómulo García concede el permiso de nuevo cambio de urna y su traslado desde la Capilla del Fortín al antiguo baptisterio del Santuario de María Auxiliadora.

La imagen del Beato Ceferino Namuncurá fue inmortalizada junto a la de Domingo Savio y a la de Don Bosco en la Basílica de San Pedro.

«*...acaso nada tan interesante como el homenaje que se ha hecho en Roma al indiecito. El 31 de enero de 1936 fue inaugurado en la basílica de San Pedro del Vaticano un monumento a San Juan Bosco, y para el grupo de mármol fue elegida -no por voluntad del artista, sino por decisión superior- la figura de Ceferino como acompañante de la del venerable Domingo Savio*»[560].

El lugar del grupo escultórico es privilegiado: al entrar, a mano derecha, frente al altar de la confesión y sobre la estatua de San Pedro.

El 31 de enero de 1936, en presencia de todas las escuelas de Roma, el cardenal Eugenio Pacelli, luego Pío XII, bendijo el monumental conjunto.

El Milagro para la Beatificación

Para que una persona, ya declarada *venerable*, sea declarada *beata* se necesita un favor especialísimo, un milagro, constatado y probado. Constatación que se realiza primero en el país de origen del favorecido, y luego en Roma, por una consulta médica (cinco o más especialistas), nombrada por la Congregación para las Causas de los Santos.

Después que la consulta médica emite un dictamen positivo por simple mayoría, una comisión de nueve teólogos analizan si el venerable está en condiciones teológicas de ser declarado beato.

Luego, otra comisión de cinco cardenales, habiendo sido aprobados los pasos anteriores, le comunican al Papa que el venerable en

560 Manuel Gálvez, *Vida de...*, Cap. XIII, págs. 210 - 231.

cuestión puede ser declarado beato. Sólo en dichas condiciones, el Papa aprueba todo lo realizado y fija la fecha de la beatificación.

Rezaba una noticia del corriente año 2007:

«*El Papa Benedicto XVI firmó el decreto sobre el milagro de curación atribuido a la intercesión del venerable Ceferino Namuncurá, el joven seglar, alumno de la Sociedad de San Francisco de Sales (Chimpay 1886 - Roma 1905).*

El Pontífice rubricó la notificación durante una audiencia que mantuvo con el prefecto para la Congregación para las Causas de los Santos, cardenal José Saraiva Martins.

La sesión de cardenales y obispos que forman parte de la Congregación para las Causas de los Santos había aprobado por unanimidad, durante la sesión del 15 de mayo, el milagro atribuido a la intercesión del venerable Siervo de Dios Ceferino Namuncurá.

El secretario de la Congregación, monseñor Michele Di Ruberto, explicó que "es un milagro espléndido, que honra al próximo santo, a la Iglesia y a toda la familia salesiana"».

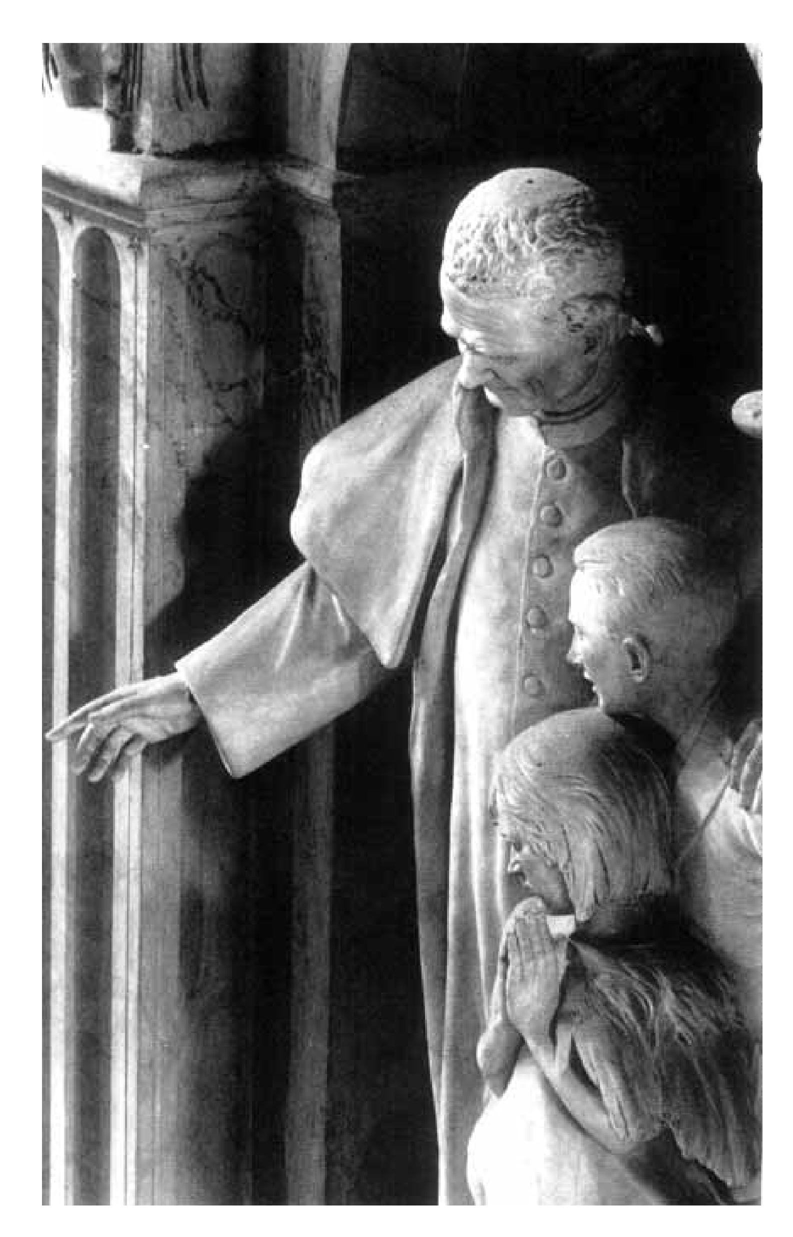
El milagro aprobado, que ha permitido proceder a la elevación a los altares de Ceferino Namuncurá, es el caso de una mujer de Córdoba, de 24 años, que se curó en forma instantánea e íntegramente de un cáncer de útero, y hasta pudo concebir nuevamente. Hecho absolutamente inexplicable. La familia de esta joven pidió intensamente la intercesión de Ceferino ante Dios para salvarle la vida. Y fue curada. El año 2000, año del Jubileo Cristiano, enmarcó este suceso.

El hecho fue corroborado con estudios médicos anteriores y posteriores. Y de modo infalible se acreditó la desaparición de la enfermedad. Desde Córdoba la causa llegó a Roma, donde se estudió durante cuatro años. Algunos indicaron que fue bastante rápido el tratamiento del caso. El padre Enrico Dal Cóvolo, postulador de la causa de Ceferino en Roma, salesiano, fue quien expresó que a principios de diciembre pasado «*la consulta médica de la Congregación para la Causa de los Santos dictaminó que, desde el punto de vista clínico, la curación sometida a su juicio científico, era inexplicable*». Este mismo sacerdote

decía a los medios de comunicación: «*Se ha avanzado rápidamente en ella. Yo creo que esto es una señal de la Providencia*». Y ciertamente que sí. Gracias a lo cual hoy nosotros, argentinos del tercer milenio, podemos ver concretada su beatificación.

Reflexionaba Gálvez en su libro sobre Ceferino: «*¿llegará a los altares? Así lo deseamos los argentinos*».

Ceferino quería ser sacerdote salesiano y evangelizar a los indios. Hoy su campo de acción, gracias a la beatificación y su fama de santidad, es más vasto que la Patagonia, y que la misma Argentina... ¡paradojas de la Providencia!



Estatua de Don Bosco en la Basilica de San Pedro. Roma.

Bibliografía

- Entraigas, Raúl A., *El Mancebo de la Tierra*, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Buenos Aires, 1970.

- Gálvez, Manuel, *El Santito de las Tolderías,* Club de Lectores, Bs. As., 1976.

- Bruno, Cayetano, S.D.B., *Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, 1º volumen, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, Buenos Aires, 1981.

- Espinosa, Antonio, *La Conquista del Desierto,* Compañía Impesora Argentina, S.A., Buenos Aires, 1939.

- Durán, Juan Guillermo, *En los toldos de Catriel y Railef*, Talleres Gráficos de la Casa Salesiana San José, Iª ed., Rosario, 2001.

- Mansilla, Lucio.V., *Una excursión a los indios Ranqueles, http://www.librodot.com*.

- Wast, Hugo, *Las Aventuras de Don Bosco*, Ed. Verlap S.A., Iª ed., Buenos Aires, 2005.

- Hernández, José, *Martín Fierro*, Ed. Aguilar, 1ª ed., Bs. As., 2005.

- Buela, Carlos M., *María de Luján*, Ed. Verbo Encarnado, San Rafael-Mendoza, 2000.

- Sales, san Francisco de, *Introducción a la Vida Devota*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 2002.

- Instituto del Verbo Encarnado, *Constituciones – Directorio de Espiritualidad*, Editrice del Verbo Incarnato, Segni, 2004.

- Bosco, san Juan, *1000 Máximas de Don Bosco*, Recopiladas por el P. Rafael Sánchez Vargas, SDB., Centro ACS «Mamá Margarita» de Bernal, Buenos Aires, 2003.

-www.dbp.org.ar/revistaceferino

-www.sdb.org/BS/BSrete/archivio.aspx

-www.librodot.com

Índice

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones del Verbo Encarnado

12 de Octubre de 2007
Fiesta de Nuestra Señora del Pilar
Aniversario del Descubrimiento de América

EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)
San Rafael – Mendoza –Argentina
Tel: (02627) 434051
www.edicionesive.org.ar
ediciones@iveargentina.org